

¿Qué Estabas Esperando?

Redimiendo las Realidades
del Matrimonio



Paul David Tripp

CONTENIDO

PREFACIO

1. ¿QUÉ ESTABAS ESPERANDO?
2. UNA RAZÓN PARA CONTINUAR
3. ¿EL REINO DE QUIÉN?
4. DIA A DIA

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

5. SIENDO HONESTOS: LA CONFESIÓN
6. CANCELANDO DEUDAS

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

7. ARRANCANDO LA MALEZA
8. PLANTANDO SEMILLAS

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

9. ARRIESGANDO EL CUELLO
10. UNA PERSONA CONFIABLE

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

11. TODO LO QUE NECESITAMOS ES EL AMOR
12. PREPARADOS, DISPUESTOS Y ESPERANDO

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

13. MARAVILLOSA GRACIA
14. ANTES DE QUE OSCUREZCA

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

15. CON LOS OJOS BIEN ABIERTOS
16. DE RODILLAS
17. ADORACIÓN, TRABAJO Y GRACIA

¿Qué Estabas Esperando?

REDIMIENDO LAS REALIDADES DEL MATRIMONIO

Paul David Tripp

Publicaciones Faro de Gracia

P.O. Box 1043
Graham, NC 27253

Publicado por:
Publicaciones Faro de Gracia
P.O. Box 1043
Graham, NC 27253
www.farodegracia.org
ISBN 978-1-629460-03-1

Agradecemos el permiso y la ayuda brindada por Crossway y Paul Tripp Ministries para traducir e imprimir este libro, What Did You Expect? al español.

What Did You Expect?

Copyright © 2010, by Paul David Tripp

Published by Crossway

a publishing company of Good News Publishers

Wheaton, IL 60187, USA

This edition published by arrangement with Crossway.

All rights reserved.

© 2013, por Publicaciones Faro de Gracia. Traducción al español realizada por Victor García. Diseño de la portada por Jeremy Bennett, Kalos Grafx Studios. Todos los Derechos Reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio – electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro – excepto por breves citas en revistas impresas, sin permiso previo del editor.

© Las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina. © renovada 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Impreso en los Bogotá, Colombia, 2013

No hay muchas
parejas favorecidas
que tengan ejemplos tan distinguidos
que vayan delante de ellos.
Gracias, Tedd y Margy,
por darnos un ejemplo vivo
de cómo vivir en un matrimonio
a la manera
de Dios.

Otros Títulos de Paul Tripp
publicados y distribuidos por

Publicaciones Faro de Gracia:

www.farodegracia.org

Instrumentos en las Manos del Redentor

*Edad de Oportunidad: Una Guía para Educar a los Adolescentes (Libro y
Guía de Estudio)*

*El Llamamiento Peligroso: Enfrentandose con los Desafíos Particulares
del Ministerio Pastoral*

Cómo Cambia la Gente (Cuaderno de Estudios, y Guía del Líder)

PREFACIO

Por alguna razón parece que me atrae escribir cosas para las que no soy muy bueno. El matrimonio es un buen ejemplo. Me casé a los veinte años y me sentía demasiado seguro de mí mismo. Estaba convencido de mi carácter y madurez y pensaba que el matrimonio sería fácil para mí. ¡No lo fue! No se tomó mucho tiempo para que el verdadero egoísmo e impaciencia de mi corazón fuesen revelados. Pero yo procuré negar lo que Dios estaba revelando claramente. Luché para auto-convencerme de que yo no era el problema. Me volví bueno en auto-persuadirme y me esforcé en persuadir a Luella, mi esposa, de que yo estaba en lo correcto y ella estaba equivocada. Dios en su magnificente gracia nunca cesó de buscarme y Luella estaba comprometida en ser honesta conmigo.

Iba camino al desastre y no me daba cuenta. Pero no me malentiendan; no es que yo fuese un constante monstruo, y realmente quería que mi matrimonio con Luella funcionara. El problema era que había cosas dentro de mí que hacían que el tipo de matrimonio del cual este libro trata fuese absolutamente imposible. Yo analizaba, racionalizaba, criticaba y generalmente señalaba con el dedo. Pero no había escape – yo era el problema. Había sido cercado de gracia, la que no descansaría hasta que fuese liberado de eso de lo que no podía escapar – yo mismo. Descendí pateando y gritando, pero Dios me extendió su gracia y Luella fue paciente hasta que empecé a enfrentar eso con lo que había luchado tanto para no admitir: Necesitaba desesperadamente un cambio.

Recientemente Luella y yo celebramos otro aniversario. Cuando vemos hacia atrás, nos asombramos de todo lo que ha sucedido, de todo lo que Dios ha hecho. Nos amamos el uno al otro profundamente, y estamos muy agradecidos por nuestros años juntos. Han sido ricos y apasionantes. No hemos experimentado muchos días aburridos. Nos encanta estar juntos y amamos celebrar la vida que compartimos. Pero hay algo que amamos aún más. Amamos a Jesús y su gracia transformadora. Amamos Su Palabra y la asombrosa gracia que contiene. Sabemos que nuestra historia no es una historia de éxito matrimonial. No, nuestra historia es la historia de dos personas que han sido rescatadas por la gracia y sabiduría una y otra vez.

Repetidamente hemos sido perdonados y fortalecidos por la gracia de Dios. Repetidamente hemos sido atrapados, convencidos, transformados y dirigidos por su Palabra.

Si ustedes pudieran ver un video de nuestra vida juntos, se darían cuenta que no hemos “arribado.” Aún estamos siendo rescatados por esa misma sabiduría y gracia. Dios aún está trabajando para revelar y ganar nuestros corazones. Quisiéramos poder decir que la guerra del amor se terminó en nuestro matrimonio, pero no podemos. Nuestro amor propio aún se mete en el camino de nuestro amor a Dios y del uno al otro. Y cuando lo hace, nuestro matrimonio sufre. Aún hay veces cuando confiamos más en nuestros instintos que en la sabiduría de Dios, y cuando lo hacemos nuestro matrimonio sufre los resultados de nuestra necesidad. Así que, descansamos en la sabiduría y la gracia de Dios, pero no descasamos en nuestro matrimonio. Mientras seamos dos pecadores viviendo en este mundo caído, habrá trabajo que hacer.

Algunas veces esto significa estar dispuestos a servir cuando eso es lo último que queremos hacer. A veces significa estar dispuestos a escuchar cuando nuestro instinto es argumentar. A veces conlleva estar dispuestos a amar aun en los momentos cuando el otro no parece merecerlo. A veces requiere pedir humildemente perdón cuando somos tentados a argüir que estábamos en lo correcto. A veces implica disponerse a pasar momentos de tensión para que la verdad sea puesta sobre la mesa. En ocasiones implica dejar pasar por alto alguna ofensa menor. Pero hay una cosa que sabemos con certeza: mientras descansamos en la gracia de Dios, somos llamados a darnos gracia el uno al otro. Y mientras celebramos la sabiduría de Dios, tenemos que decidarnos a dejar que esa sabiduría sea nuestro guía momento a momento en nuestra relación y nuestras respuestas mutuas.

Personalmente no tengo nada brillante que darles. Realmente, este libro es un testimonio de mi propio rescate. Les ofrezco a ustedes y a su matrimonio dos cosas: la transformadora y poderosa gracia de Dios y Su sabiduría que reajusta vidas. En estas dos cosas ustedes encontrarán esperanza y cambio verdadero para su matrimonio, y mientras lo hacen, también aprenderán lo que significa descansar y trabajar al mismo tiempo.

Paul David Tripp

Agosto 31, 2009

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

1.

¿QUÉ ESTABAS ESPERANDO?

“Nunca pensé que sería así,” dijo María. Ella se veía completamente exhausta y derrotada. Samuel solo observaba con enojo. Él no quería estar hablando conmigo de su matrimonio con María. De hecho, para decir la verdad, él no quería estar casado con María. ¡Ya estaba cansado! “Quince años – ¡quince años! – ¿Y es esto lo que tengo?”

María rehusaba responder; se sentó y se puso a llorar. “Mira lo que mi duro trabajo te da. Nadie que tú conozcas vive en una casa como la nuestra. Nadie que tú conozcas tiene las cosas que yo te he provisto. Nadie ha tenido las maravillosas experiencias alrededor del mundo que yo te he dado. Pero no, nunca es suficiente. María, estoy cansado de tus constantes quejas. Estoy cansando de la crítica diaria. Ya no quiero hacer esto más, ni creo que tú lo quieras tampoco,” dijo Samuel mientras su voz se apagaba.

Miré a Samuel y a María, y supe que no siempre había sido así. Yo me he sentado con muchas parejas mientras estaban en el proceso de considerar casarse, lo cual ha sido frecuentemente una experiencia un poco frustrante para mí. No, no me he frustrado porque ellos estuvieran “locamente” enamorados; yo creo que es maravilloso cuando un hombre y una mujer se aman el uno al otro. Entiendo que por la ansiedad del romance, se les hace difícil concentrarse en el trabajo de preparación que hay que hacer. Nada de esto me ha frustrado. Pienso que el profundo afecto mutuo es una cosa hermosa.

Es este lo que me ha frustrado una y otra vez: *las expectativas irreales*. Allí está – lo dije. Estoy convencido que es más usual que inusual para las parejas casarse con expectativas imaginarias. Una y otra vez me he sentado con parejas que simplemente no parecen tomar en serio las cosas importantes que la Biblia tiene que decir sobre lo que cada matrimonio encontrará en el aquí y ahora. Las expectativas irreales siempre llevan al desengaño.

Tú sabes que esto es verdad si alguna vez has visto una página de vacaciones en el internet. Ningún sitio de vacaciones luce tan hermoso ni funciona tan bien en la realidad como lo hace en su página de promoción en

el internet. Inevitablemente terminas desilusionado porque comenzaste con expectativas no realistas.

Nosotros llevamos a nuestra familia de vacaciones a Disney World. Miramos la hermosa literatura de Disney. ¡Pero no nos dijeron que estaríamos parados bajo un sol abrazador por 90 minutos con 120 grados de calor y 200 por ciento de humedad para subir a un juego que tomaba 33 segundos!

Mi hijo, que al momento era solo un pequeño muchacho, vio un juego al que quería subir. Caminamos por lo que parecía una eternidad y al fin encontramos el extremo de la línea. Estuvimos tanto tiempo en la línea que mi hijo y yo tuvimos esta conversación: “Papa,” dijo él, “¿Por qué estamos parados aquí? Yo le dije, “hay un juego al final de esta línea.” El dijo, con una mirada de completa fatiga, “¿y qué juego es?” Habíamos estado en la línea tanto tiempo que se le había olvidado por qué estábamos parados allí. Las expectativas irreales siempre llevan al desengaño.

USANDO LA BIBLIA BÍBLICAMENTE

Parte del problema es la manera en que usamos la Escritura. Erróneamente tratamos la Biblia como si estuviese clasificada por temas – tú sabes, el mejor compendio del mundo sobre los problemas humanos y las soluciones divinas. De modo que cuando pensamos en el matrimonio, juntamos todos los pasajes sobre el matrimonio. Pero la Biblia no es una enciclopedia; es una historia, la gran historia del origen al destino de la redención. De hecho, es más que una historia. Es una historia teológicamente anotada. Es una historia con las notas de Dios. Esto significa que no podremos entender lo que la Biblia dice sobre el matrimonio si solo miramos los pasajes que hablan del matrimonio, porque hay una vasta cantidad de información bíblica sobre el matrimonio que no se encuentra en los pasajes matrimoniales.

De hecho, podríamos argumentar que en el grado en el que cada porción de la Biblia nos hable de Dios, de nosotros, de la vida en este mundo y de la naturaleza del conflicto humano y la solución divina, en ese grado, cada pasaje de la Biblia es un pasaje matrimonial. Cada pasaje nos imparte una perspectiva que es vital para un entendimiento apropiado de los pasajes que hablan directamente sobre el matrimonio, y cada pasaje nos dice lo que deberíamos esperar mientras tratamos con la totalidad de las relaciones matrimoniales.

Uno de nuestros problemas es que no hemos usado la Biblia bíblicamente, y

esto nos ha puesto en posición para sorpresas que no deberíamos haber tenido.

POR FAVOR NO ARRUINES ESTO

Pero las expectativas irreales tienen otra fuente. Es casi como si el potencial del esposo y la esposa fuesen motivados a no oír la verdad sobre lo que inevitablemente enfrentarán porque no quieren que nada arruine el irreprimible sentimiento que los ha dejado en un virtual delirio romántico. Ahora, nuevamente quiero decir que yo pienso que el sentimiento profundo y muto es una cosa hermosa, pero no debemos dejar que nos mueva a negar la realidad.

Esa dinámica es como lo que te sucede cuando estás comiendo una exquisita comida de pescado bien frito y papitas seguidas por un postre delicioso de torta de chocolate y helado. Tú simplemente no quieres considerar lo que esta comida está haciéndole a tu corazón y a tu cintura. Tú no quieres hablar de calorías y colesterol. No te sientes motivado a considerar el contenido de grasa y de azúcar. No. Tú quieres saborear cada deliciosa mordida. Quieres comerte todo el pescado y las papas fritas que puedas mientras aun están calientes y doraditas. Y no importa cuán lleno estés, planeas comerte un buen pedazo de esa torta doble de chocolate cremoso de cuatro pisos.

Como ves, en medio del poder del romance prematrimonial es muy difícil que quieras mirar honesta y estrechamente a la realidad, es decir, a esas cosas que toda pareja enfrentará algún día, de alguna manera. Tienes miedo que bajo el fuego de la luz de la verdad, tus sentimientos se evaporarán. Temes que algo va arruinar el deleite de lo que estás experimentando al momento. Lo que estás experimentando es una de las cosas más poderosas que un ser humano puede experimentar. El amor es convincente. Es motivador. Es intoxicante. Puede controlar tu mente y tus emociones. Tú te sientas con la persona que amas, consideras tu matrimonio por venir, y quieres que lo que ahora estás sintiendo y experimentando dure por siempre. Y no vas a hacer nada que lo arruine.

He aquí cómo suele operar: ustedes están enamorado y convencidos que el amor que ahora sienten los sacará adelante frente a lo que deban enfrentar. Simplemente no quieren analizar las potenciales dificultades. No quieren considerar lo que podría suceder. No quieren dejar que el futuro se meta en lo que están experimentando ahora. Su capacidad de concentrarse es corta.

Están enamorados y eso les gusta; y no van a dejar que nada se les interponga en el camino. Se miran el uno al otro con ojos vidriosos y están seguros que el poderoso amor que siente los sacará adelante de lo que sea. No sienten que tengan mucho que temer. Están seguros que poca gente ha sentido el amor que ustedes sienten. Saben que otras parejas tienen problemas, pero están convencidos que ustedes son diferentes. Están seguros que ellos no pueden haber sentido lo que ustedes sienten. Ustedes están enamorados y están seguros que todo saldrá bien. Simplemente no están interesados en ser realistas.

ENTRE EL AHORA Y EL AUN NO

Hay una manera que los teólogos tienen de pensar sobre la vida en el aquí y ahora que resulta muy útil y puede impartirnos expectativas realistas. Todo lo que hacemos y decimos, todo a lo que nos comprometemos y toda situación, lugar y relación que experimentamos, es experimentada en el ahora y el todavía no. Tú nunca comprenderás las cosas que enfrentas diariamente hasta que entiendas que vives en el medio. Todo en tu vida es conformado por lo que es el medio. Tal vez estás pensando, “Paul, no sé de que estás hablando.” Permíteme explicarlo.

Saber que estás viviendo entre el ahora y el todavía no te dice donde estás localizado en la historia redentora de Dios. Atiéndeme; esto es intensamente práctico. Dios ya nos ha dado su Palabra como nuestra guía. Ya ha enviado a su Hijo a vivir, morir y resucitar por nuestra salvación. Ya nos ha dado su Espíritu para que viva en nosotros. Pero el mundo aún no ha sido restaurado. El pecado no ha sido aún completamente erradicado. Nosotros no hemos sido aún conformados a la imagen perfecta de Jesús. El sufrimiento, la tristeza y la muerte aún no han dejado de existir.

Es difícil vivir en el medio, pero es allí exactamente donde vivimos. Aún vivimos en un mundo triste y terriblemente quebrado. Tu matrimonio no escapará de ese quebrantamiento. Vivimos con gente con defectos. Tu matrimonio no estará protegido de esos defectos. Cuando comienzas a desenvolver lo que realmente es el ahora y el todavía no, ganas perspectivas que son enormemente útiles para entender las cosas que necesitas enfrentar si quieres un matrimonio completo y sano a los ojos de Dios.

ESPONTANEIDAD PREPARADA

Tú y yo nunca sabemos con seguridad lo que ha de venir. Piensa en ello: tu vida no ha sido conforme lo planeaste. Tú no podrías haber escrito sobre tu

situación presente veinte años atrás. La semana pasada no salió de acuerdo a tu plan. Hoy no será como lo planeaste. Tu vida está bajo el sabio y soberano plan de otro (mira Hechos 17:26-27; Dan. 4:34b-35). Esto significa que cada día, enfrentas lo inesperado, con cosas que tú no planeabas. Esto es seguramente verdad sobre tu matrimonio. Los problemas que surgen tienen un enorme impacto en ti y tu esposa. La enfermedad y el pecado se atraviesan en el camino de lo que tú pensabas que estarían compartiendo juntos. Todo matrimonio tiene que enfrentar lo inesperado. Pero lidiar con lo inesperado no significa que tienes que estar sin preparación. Este libro se trata precisamente sobre el principio de la espontaneidad preparada.

Sé que esto suena como una contradicción, pero no lo es. Puede ser que estés preparado para cosas que aún no sabes que vas a enfrentar. Puedes estar listo para cosas que no tienes idea que se atravesarán en tu camino. De hecho, estoy seguro que ésta es una de las principales funciones de la Escritura. Nos capacita para estar preparados para decidir, pensar, desear, actuar y hablar bien en un mundo en el cual nosotros no somos soberanos. Esto funciona así: si hemos digerido lo que la Biblia dice sobre Dios, nosotros, la vida, el pecado y el mundo alrededor, estamos listos para lidiar espontáneamente con cosas que no sabíamos que tendríamos que enfrentar.

Una y otra vez me he sentado con parejas sorprendidas por lo que tienen que enfrentar. Pero, cuando les doy la oportunidad de contar su historia, me impresiona encontrar, de nuevo, que las cosas que están enfrentando son la clase de cosas que la Biblia predice que gente con defectos en un mundo caído enfrentará. Es perturbador cuando me siento con una esposa que está estremecida porque su esposo es un pecador o con un esposo que no estaba preparado para el hecho de que su esposa es tentada a ser egoísta.

Más parejas de las que puedo nombrar se sorprenden de que su matrimonio necesite ser rescatado regularmente por la gracia. Y por no tomar la Biblia seriamente, se quedaron cortos en el momento cuando las ruedas comienzan a girar en el camino de la vida diaria donde la gracia es su única esperanza.

No es solo la predicción de los problemas potenciales lo que la gente no ha tomado seriamente, sino también el mensaje de la provisión prometida. La espontaneidad preparada no se trata solo de saber lo que vas a enfrentar y por ello estar listo para enfrentarlo. Es también saber lo que te ha sido dado para que puedas enfrentarlo con esperanza y coraje práctico.

Este libro desplegará ante ti un estilo de vida de preparación que toma

seriamente las perspectivas sabias y vivificantes de la Palabra de Dios. Estas perspectivas sabias te harán vivir preparado, aun cuando el control no esté en tu mano y en realidad no sepas qué es lo que hay para tu matrimonio al doblar de la esquina.

PUEDES ESPERAR LO ESPERADO

Jaime se enfermó y tuvo que abandonar su búsqueda por ascender en la escalera empresarial. Esto trajo una tensión en su matrimonio con Jeni que él nunca pudo haber anticipado. Braulio y Sara se volvieron tan ocupados que dejaron de comunicarse como debían y su relación pagó el precio. Bruno luchó con un pecado secreto por años y cuando Elisa lo descubrió, casi terminó con su matrimonio. Lidia y Francisco parecían estar siempre en una batalla por el control de su relación. Era cansado ser parte de ese matrimonio. Alfredo y Susana nunca parecían estar en el mismo lugar espiritualmente. Jorge y Susana tenían un infeccioso afecto el uno por el otro, pero sus dificultades financieras trajeron mucha tensión a su matrimonio. La madre de Julia la impelía a tan repetidas guerras de lealtad que causaban muchos conflictos entre ella y Carlos.

Hay dos observaciones que hacer acerca de estos matrimonios. Primero, ninguno era un mal matrimonio. Nadie estaba abandonándolo. Nadia había sido infiel aún. No había abuso o violencia. Pero ninguno estaba experimentando lo que Dios tuvo en mente cuando los unió al principio. Y todos ellos estaban sorprendidos de lo que tenían que enfrentar como parejas.

Segundo, todo lo que cada pareja enfrentaba esta predicho por mandato, principio, o perspectiva en la Biblia. Estas parejas deberían haber esperado lo esperado. Si se hubiesen allegado a la Biblia como un maravillosa ventana a su matrimonio, habrían sabido qué esperar y no se habrían sorprendido de que se pusiera en su camino.

Así que, ¿Cuáles son las perspectivas sabias esenciales que la Escritura nos da para capacitarnos a tener expectativas realistas para nuestro matrimonio?

1. Estás Desarrollando tu Matrimonio en un Mundo Caído.

Samuel no podía creer que había sido despedido después de tantos años. Julia luchaba con el pensamiento de tener que vivir con un hombre con una enfermedad crónica. Job nunca se imaginó que tendría que lidiar con las cosas que estaba enfrentado con su hijo. María se sentía como una prisionera en la casa que amaba, localizada en un vecindario que se había arruinado. Sheny luchaba con las reacciones que había tenido por su matrimonio bi-

racial. Juan se preguntaba frecuentemente por qué la vida tenía que ser tan dura.

Todos enfrentamos lo mismo. Nuestros matrimonios viven en medio de un mundo que no funciona como Dios lo quiso. Por algún motivo, de alguna manera, tu matrimonio es alcanzado diariamente por la ruptura de este mundo. Tal vez simplemente tiene que ver con la necesidad de vivir con los inconvenientes menores de este mundo roto o quizá estás enfrentando asuntos graves que han alterado el curso de tu vida y tu matrimonio. Pero una cosa es segura: no escaparás del medio ambiente en el cual Dios ha escogido que vivas. No es un accidente que estés conduciendo tu matrimonio en este mundo quebrantado. Nada de esto es destino, casualidad o suerte. Todo es parte del plan redentor de Dios. Hechos 17 dice que Él determina el lugar exacto donde tú vives y el tiempo exacto de tu vida. Él conoce donde vives, y no le sorprende lo que estás enfrentando. Aunque enfrentes cosas que no tienen sentido para ti, hay sentido y propósito para todo lo que te sucede. Estoy seguro que entender tu mundo caído y el propósito de Dios para sostenerte en él, es fundamental para edificar un matrimonio de unidad, entendimiento y amor.

No hay mejor ventana para lo que enfrentamos en el aquí y ahora de este mundo que las palabras descriptivas que la Biblia usa en 1 Pedro 1:3-7: “afligido,” “pruebas,” y “sometido a prueba.” Estas palabras deberían hacer que nos detengamos. De todas las palabras descriptivas que Pedro tiene a su disposición para describir lo que Dios está haciendo en nosotros a través del medio ambiente en el cual vivimos, es muy significativo que él use estas tres palabras. Cada una es instructiva e interpretativa. Primero, tú no escaparás de las aflicciones de la vida en este mundo caído. Esas aflicciones pueden ser un dolor momentáneo o un momento significativo de pérdida. El punto es que, en el camino, la aflicción nos tocará a todos ya sea en maneras pequeñas o significativas. Segundo, todos enfrentamos pruebas. Sufriremos cosas que nunca habríamos planeado o puesto en nuestra agenda. Nos afligiremos porque enfrentaremos dificultades que no anticipamos ni planeamos. La palabra final nos trae el retrato completo de la vida en este mundo caído. La frase “*sometido a prueba*” no significa prueba como en un examen. No; significa “templado,” o “refinado.”

Con esta expresión, “*sometido a prueba*” Dios te dice una de las cosas mas significativas que entenderás acerca de tu matrimonio en el aquí y ahora. Dios decidió dejarte en este mundo caído para vivir, amar y trabajar, porque

Él se propone usar las dificultades que enfrentes para hacer en ti algo que no podría ser hecho de ninguna otra manera. La mayoría de nosotros tiene un *paradigma personal de la felicidad*. Ahora, no es malo querer ser feliz, no esta mal luchar por la felicidad marital. Dios te ha dado la capacidad de disfrutar y ha puesto cosas maravillosas a tu alrededor para que las disfrutes. El problema no es que esto sea una meta equivocada sino en que es una meta demasiado pequeña. Dios está trabajando en algo profundo, necesario y eterno. Si Él no estuviera trabajando en esto, no sería fiel a su promesa contigo. Dios te tiene un *paradigma personal de la santidad*. No te molestes por este lenguaje. Estas palabras significan que Dios está trabajando a través de tus circunstancias diarias para cambiarte.

En su amor, Él sabe que tú no eres todo lo que fuiste creado para ser. Aunque sea duro admitirlo, aún hay pecado dentro de ti, y ese pecado se interpone en el camino de lo que estás supuesto a ser y diseñado para hacer. Y, dicho sea de paso, ese pecado es el más grande obstáculo de todos para un matrimonio de unidad, entendimiento y amor. Dios está usando las dificultades del aquí y el ahora para transformarte, es decir, para rescatarte de ti mismo. Y puesto que Él te ama, interrumpirá voluntariamente o comprometerá tu felicidad momentánea para hacerte avanzar un paso más en el proceso de rescate y transformación con el que Él está firmemente comprometido.

Cuando comiences a entrar en el paradigma de Dios, la vida no solo tendrá mas sentido para ti (las cosas que te suceden no son problemas irracionales, sino herramientas transformadoras), sino que también tendrás de inmediato más esperanza. Hay esperanza para ti y tu matrimonio porque Dios está en medio de tus circunstancias, y Él está usándolas para moldearte conforme a aquello para lo que te creó. Mientras Él hace esto, tu no solo responderás mejor a la vida sino que te volverás una mejor persona con la cual vivir, y esto resultará en un mejor matrimonio.

Esto no significa que cesarás de ser afligido. De hecho, Jesús lloró cuando caminó por los caminos de este mundo. Pero esta aflicción no es un túnel negro que el destino ha puesto en tu camino. Es un instrumento sabio en las manos de un Dios amoroso que sabe cuán profunda es tu necesidad y quiere darte dones de gracia que durarán eternamente.

Así que, como sea y de alguna manera, este mundo caído y lo que hay en él entrará por tu puerta, pero no tienes que temer. Dios está contigo, y Él está

obrando de modo que esas aflicciones resulten en cosas buenas en y a través de ti.

2. Eres Pecador Casado con Alguien Pecador.

Voy a decir mucho más sobre esto a través del libro, pero tú y yo no nos casamos con alguien perfecto. Parece verdad cuando lo lees, pero aunque parezca obvio, mucha gente se casa con expectativas falsas acerca de la persona con quien se casa. Este es el punto: ambos traen algo a su matrimonio que es destructivo para lo que el matrimonio necesita y tiene que ser. Ese algo se llama pecado. La mayoría de los problemas que enfrentamos en el matrimonio no son *intencionales* o *personales*. En la mayoría de las situaciones matrimoniales, tú no enfrentas dificultades porque tu esposo o esposa hace algo intencionalmente para hacer tu vida difícil. Sí, en momentos de enojo eso puede suceder. Pero frecuentemente lo que realmente pasa es que tu vida está siendo afectada por el pecado, la debilidad y las fallas de la persona con la que vives. Así que si tu esposa está teniendo un mal día, eso te salpicará de alguna manera. Si tu esposo se enojó en su trabajo, hay una buena posibilidad que traiga enojo a la casa con él.

En algún momento dado tú serás egoísta. En alguna situación hablarás rudamente. Habrá momentos de celos, amargura y conflicto. No podrás evitarlo porque eres un pecador y estás casado o casada con alguien pecador. Si minimizas los conflictos del corazón que ambos traen al matrimonio, sucederá esto: tendrás la tendencia de convertir los *momentos de ministerio* en *momentos de enojo*. Cuando tus oídos oyen y tus ojos ven el pecado, la debilidad y la falla de tu esposo o esposa, no es por accidente; es siempre gracia. Dios ama a tu cónyuge y Él está comprometido a transformarlo o transformarla por su gracia y te ha escogido para que seas uno de sus instrumentos regulares de transformación. Así que, Él te hará ver, oír y experimentar la necesidad de cambio de tu cónyuge para que puedas ser un agente de su rescate.

Frecuentemente, en estos momentos de ministerio que Dios nos da, en lugar de servir al propósito de Dios, nos enojamos porque nuestro cónyuge de alguna manera está estorbando lo que nosotros queremos. Esto nos lleva a la segunda cosa que sucede: la razón por la que cambiamos estos momentos de ministerio en momentos de cólera es nuestra tendencia a *personalizar lo que no es personal*. Al finalizar un mal día en el trabajo, tu esposo no dice, “Sé lo que voy a hacer. Le voy a arrojar este mal día a mi esposa para que su día sea

tan miserable como el mío.” No; el problema que estás experimentando no es acerca de ti directamente. Si, es tu problema, porque este hombre enojado es tu esposo. Pero lo que estás experimentando no es personal en términos de una intencionalidad consciente. Estás viviendo con un pecador, de modo que vas a experimentar su pecado. Pero cuando personalizas lo que no es personal, *tiendes a ser agresivo en tu respuesta*. Cuando eso sucede, lo que te motiva no es la necesidad espiritual que Dios te ha revelado que hay en tu esposo, sino la ofensa de tu esposo contra ti, tu agenda, tu paz, etc. Así que, tu respuesta no es un “para él,” sino un “contra él.” En lugar de buscar ministrarlo, lo que quieres hacer es quitarlo de en medio de tu camino para volver a lo que querías hacer previamente. Seamos honestos – todos hemos estado allí.

Cuando respondemos agresivamente, agravamos el problema que la otra persona ha lanzado contra nosotros. Esto nos lleva a una cosa más: puesto que hemos convertido un momento de ministerio en un momento de enojo al personalizar lo que no es personal, nos portamos como adversarios al responder y por ello *terminamos adoptando soluciones circunstanciales que no llegan al corazón del problema*. En lugar de buscar maneras de ayudar le decimos al otro que se comporte, lo amenazamos para que se calle o nos enojamos y convertimos un momento de debilidad en una confrontación seria.

Este es un lugar donde creo que la Biblia es muy útil. El mundo de la Biblia es como tu mundo—confuso y fragmentado. Los personajes de la Biblia son como tú y tu esposa—débiles y con defectos. Las situaciones de la Biblia son como las tuyas—complicadas e inesperadas. La Biblia no es un libro de cosmética religiosa. Te trastornará con su honestidad sobre lo que sucede en el mundo en el que vivimos. Desde el fratricidio de Caín hasta la traición de Judas por dinero, la sangre y las entrañas de un mundo roto son diseminadas en cada una de sus páginas. La honestidad de Dios respecto al lugar donde vivimos es en sí misma un acto de amor y gracia. Él acerca nuestra cabeza al agujero bíblico por donde se puede ver el mundo como realmente es, no como nosotros fantaseamos que sea. Él hace esto para que seamos realistas en nuestras expectativas y así busquemos humildemente la ayuda que solo Él puede darnos.

3. Dios es Fiel, Poderoso y Generoso

Hay una realidad más que debes incluir mientras tratas de ver tu matrimonio

tan realísticamente como sea posible. No solo debes considerar la condición caída del mundo en que vives y el hecho de que tú y tu esposa están lejos de ser perfectos; también debes recordar que no están solos en esta batalla. La Biblia dice que Dios está cerca, tan cerca que en tu momento de necesidad puedes alcanzarlo y tocarlo porque no está lejos de cada uno de nosotros (Hechos 17:27). Sí, ustedes viven en un mal vecindario (el mundo caído), y ambos son menos que perfectos (pecado), pero en todo esto no han sido abandonados a sus propios recursos. El Dios que determinó el lugar donde vives, vive contigo y se ha comprometido a darte todo lo que necesitas.

Estoy escribiendo esto pocos días después del día de resurrección, así que he estado pensando en la tumba vacía. Considera por un momento lo que esa tumba nos enseña. Primero, nos enseña que Dios es *fiel*. Siglos antes, luego que Adán y Eva desobedecieron a Dios, Él prometió que aplastaría el mal de una sola vez. Así que envió a su Hijo para derrotar el pecado y la muerte por su crucifixión y resurrección. Pasaron miles de años y Dios no olvidó ni cambió respecto a su promesa. Él no se cansó ni se distrajo. Hizo una promesa y controló los eventos de la historia (los grandes y pequeños) para que en el momento justo Jesucristo viniera y cumpliera lo que había prometido.

Pero la tumba vacía también nos recuerda que Dios es *poderoso*. Él es poderoso en autoridad y en fuerza. ¡Piensa en la autoridad que tú necesitarías para tener control de todas las situaciones, lugares y relaciones para poder garantizar que Jesús vendría en el momento preciso y haría lo que estaba designado a hacer! También, ¿puede haber una demostración más apropiada de poder que tener poder sobre la muerte? Por el asombroso poder de Dios, Jesús se despojó de las vestiduras de su sepultura y salió de la tumba. Esos hombres que hacen competencias de poder para levantar cosas pueden jalar un bus con sus dientes, pero todos van a morir, y no hay nada que puedan hacer al respecto.

La tumba vacía nos señala otra cosa asombrosa. Nos enseña que Dios es *generoso*. ¿Por qué Él se esforzó tanto para ayudarnos? ¿Por qué se preocupa tanto para darse cuenta de nosotros, no digamos para rescatarnos? ¿Por qué habría de sacrificar a su Hijo? Porque Él es generoso. Tú y yo necesitamos reconocer que su bondad fue motivada no por lo que vio en nosotros, sino por lo que hay dentro de Él. Está dispuesto por que Él es la definición de la misericordia. Es bondadoso porque es la fuente de amor. Es generoso porque está lleno de gracia sublime. Es generoso porque es bueno, noble, paciente, y

benevolente. Aun cuando nosotros estamos indispuestos, llenos de nosotros mismos y buscando nuestro propio camino, Él es generoso. Él se deleita en transformarnos por su gracia. Se deleita en rescatarnos por su poderoso amor.

Así que cuando pecan contra ti o cuando este mundo caído irrumpe por tu puerta, no contra ataques o salgas corriendo. Afírmate en tu debilidad y confusión y di, “No estoy solo. Dios está conmigo, y Él es fiel, poderoso y está dispuesto.” Puedes ser realista y tener esperanza al mismo tiempo. Las expectativas realistas no son esperanza sin honestidad y no son honestidad sin esperanza. El realismo se encuentra en la intersección de la honestidad audaz y una esperanza inquebrantable. La palabra y la gracia de Dios hacen que esto sea posible en tu matrimonio.

¿Son realistas tus expectativas matrimoniales?

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

2.

UNA RAZÓN PARA CONTINUAR

Todos buscan esperanza. Todos anhelan una razón para continuar. Todos aferran su diario vivir a alguna clase de sueño. Todos quieren saber que a lo que se dedican es algo que vale la pena. Los seres humanos no vivimos por instinto. Somos seres racionales hechos a la semejanza de Dios. Las cosas que hacemos y decimos tienen sus raíces en deseos y pensamientos profundamente establecidos. Hay un sentido en el cual es correcto decir que todos estamos de por vida en la gran búsqueda de un tesoro. Tu tesoro puede no ser mi tesoro, pero igualmente ambos somos buscadores de tesoros. Si tú no crees que las cosas que estás haciendo te van a dar algún tipo de ganancia probablemente vas a dejar de hacerlas.

Tomas estaba batallando y listo para hacer sus maletas. No era que estuviese enfrentando algún desastre que lo hubiese dejado devastado y solo. De hecho, a la distancia, Tomas parecía tener una buena vida. El tenía una esposa brillante, hermosa e inteligente. Tenía tres niños hermosos menores de siete años. Su trabajo nunca era aburrido o trivial. Pero Tomas jugaba con el deseo de renunciar a su propia vida. Simplemente ya no lo podía disfrutar. El y Daniela parecían funcionar todo el tiempo con una irritación reprimida el uno hacia el otro. Sus horarios eran ridículamente exigentes, y sus hijos parecían estar en constante necesidad de atención. Tomas sentía que era raro el día en el que no se sintiera molesto con Daniela por alguna razón. Estaba cansado de trabajar duro sin ver resultados y ya no encontraba mucha razón para continuar.

Cynthia estaba en la cama despierta. Miraba a Manuel. Era difícil para ella comprender que el hombre acostado a su lado era el mismo que la había cautivado. Mientras una lagrima corría por su mejilla, recordaba la contagiosa sonrisa de Manuel y su sentido del humor. Pensaba cómo él era capaz de hacer que las cosas más triviales se convirtieran en algo placentero. Recordaba que solía emocionarse al sonido de su voz; pero ya no más. De

alguna manera, en el camino, Manuel había dejado de ser Manuel. Ahora parecía permanentemente distraído y frustrado. Se pasaba el tiempo viendo deportes o en la computadora. Ir a la cama era particularmente difícil para Cynthia. Ella anhelaba un poco de ternura antes de que ambos sucumbieran al cansancio y se durmieran, pero no había ternura. Manuel se metía a la cama, fastidiado otra vez, murmuraba un buenas noches, le daba un beso mecánico y se daba la vuelta para dormirse. Noche tras noche, Cynthia se acostaba y permanecía despierta buscando una razón para continuar.

Desde el principio, Erica sabía que Willy era muy apegado a su familia, pero nunca pensó que sería como esto. Ella se sentía como una extraña en su propia vida. Estaba cansada de pasar cada día festivo y vacación con la familia de Willy. Estaba cansada de las complicaciones del matrimonio, la familia extendida, el trabajo, la iglesia. ¿Cuántos días festivos había pasado viendo a Willy y a sus hermanos divertirse y pasarla bien, indiferentes al hecho de que ella no estaba bien? Ella se había dado cuenta tiempo atrás donde estaba la lealtad de Willy, y sabía que nunca habría una decisión que él no discutiera con su familia. Había pensado mucho sobre lo que decía la Biblia acerca de “dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer,” y sabía en lo profundo de su corazón que Willy nunca había dejado a su familia. Erica estaba cansada de ser una extraña y le resultaba difícil continuar.

Nathan se paró allí con la nota arrugada en su mano. La había encontrado varias semanas atrás en el piso de su armario. Las cosas se habían dificultado desde entonces. Anita no lo había negado. Ella se había infatuado emocionalmente con un compañero de trabajo. La relación no había sido física en ninguna manera. De hecho, nunca se habían juntado fuera del trabajo, pero no por eso la nota dejaba de ser devastadora. Quienquiera que la leyera la consideraría una carta de amor. Nathan no sabe por qué la conserva. No sabe por qué la saca día a día y la lee una y otra vez. Él solo lo hace. Anita parece tener remordimiento y hace todo lo que puede para remediar lo sucedido. Nathan está agradecido que ella renunció al trabajo, pero no puede olvidar la nota. Se interpone en su vida como un Everest que sabe que necesita ascender pero nunca lo hace. Es como si esa nota se hubiese llevado todo motivo para continuar.

Sandra mira el huevo crudo que su hija de tres años acaba de botar al suelo, y quisiera gritar. Se siente más como policía que como madre. Le parece que día tras día se pasa limpiando y ordenando desde que se levanta hasta que se

va a la cama para luego levantarse y hacerlo de nuevo. Se viste con un sudadero y zapatos deportivos; los días cuando se sentía atractiva casi se han borrado de su memoria. Paco ha ganado peso y tampoco luce muy bien. Ella pasa frente al espejo de cuerpo entero en el corredor y piensa, “¿que nos sucedió?” La mañana cuando se cayeron al suelo en el armario los álbumes de fotos de sus primeros años de matrimonio, ella tocó fondo. Le parecía que las fotos eran de una pareja, un tiempo y un lugar diferentes. Estaba cansada de su existencia doméstica y no podía encontrar mucha motivación para continuar.

Roberto simplemente está cansado del trabajo duro. Es difícil no desear los primeros años de nuevo. Estar con Jorge había sido tan divertido. Él amaba la espontánea libertad de su relación y sus horarios. Le encantaba el hecho de que Jorge parecía estar siempre dispuesta para todo en todo momento. Él sabía que no siempre sería así, pero nunca se imaginó que llegaría a ser como era. Con su nuevo trabajo y el arribo de los gemelos, él y Jorge hacían poco que no fuera trabajar duro. Ocupado y agotado, la vida no era muy divertida, aun en los raros momentos cuando tenían tiempo para estar juntos. Cuando Roberto trabaja hasta tarde, Jorge se queja de que él no está en casa para ayudar, y cuando está en casa para ayudar, ella se queja de que no está haciendo suficiente dinero. Roberto se lo resume bien a un compañero de trabajo: “cuando sientes que no puedes ganar, es difícil continuar tratando.”

Nora y Cristian están cansados de discutir, pero no saben cómo parar. Se levantan de lado diferente del universo cada mañana y miran todo desde perspectivas opuestas. Ambos están convencidos de estar en lo correcto y constantemente se frustran cuando el otro no ve las cosas a su manera. Han llegado a un punto en el que parece que nada importa. Las toallas tiradas en el baño o el queso que se ha secado en el refrigerador se han vuelto asuntos más importantes de lo que deberían ser. Ambos dirían que se aman mutuamente, y se piden perdón después de que el calor de otro altercado se desvanece, pero no paran de discutir. Es una existencia infeliz y ambos lo sienten. Silenciosamente se preguntan que se necesitará para que las cosas sean diferentes y qué van a hacer si nada cambia.

LO QUE NO DEBERÍA SER

Les sucede a todos. Es una realidad inevitable del matrimonio. Como sea, de alguna manera, todo matrimonio se convierte en un conflicto. La vida después de la luna de miel es radicalmente diferente de la luna de miel que la

precede. La persona con la que te encantaba jugar es con la que ahora vives y trabajas. La persona que una vez fue tu escape de las responsabilidades, es ahora tu responsabilidad más grande. Pasar tiempo junto es radicalmente diferente que vivir juntos. Lo que era motivo de atracción ahora es fuente de irritación. Todos nos enfrentamos al hecho de que de alguna manera nuestro matrimonio no es lo que debería de ser. ¿Por qué? Las razones se encuentran en lo que miramos en el primer capítulo.

En algún punto durante el camino, te diste cuenta que tu también eres una persona pecadora casada con otra persona pecadora y que estás viviendo en mundo fracturado. A veces esta realidad hace que pequeños momentos intrascendentes sean mas difíciles de lo que deberían ser; a veces significa enfrentar cosas devastadoras que nunca pensaste que tendrías que enfrentar. Pero le sucede a todos. En algún punto necesitas algo más sólido que el romance. Necesitas algo más profundo que los intereses compartidos y la atracción mutua. Necesitas algo más que habilidades de supervivencia matrimonial. Necesitas algo que le dé paz a tu corazón y fuerza a tu resolución cuando no te sientas romántico y tus problemas te estén abatiendo.

Todos los matrimonios se convierten en algo que los esposos no querían que fuese. Tu vas a tener que lidiar con cosas que no planeaste enfrentar. En cada matrimonio el pecado complica lo que de otra manera sería simple. En cada matrimonio este mundo quebrado hace las cosas más complicadas y difíciles. En cada matrimonio la euforia del romance se desvanece y es reemplazada por un amor más sólido y maduro, o el egoísmo del pecado reduce el matrimonio a un estado de letargo relacional.

¿Qué haces cuando tu matrimonio se convierte en lo que no debería ser? ¿Qué haces en los momentos cuando no te sientes tan atraído a tu esposa? ¿Hacia dónde miras cuando estás irritado, herido o desanimado? ¿Qué buscas? ¿Hacia dónde corres?

BASADO EN LA ADORACIÓN

¿Qué es entonces lo que te motiva a continuar cuando los pequeños problemas se te han metido en la piel o los grandes problemas te han dejado devastado? ¿Cómo es que se produce un matrimonio de amor, unidad y entendimiento sólidos? Creo que la respuesta que estoy por dar va a sorprender a muchos. Aquí está: *un matrimonio de amor, unidad y entendimiento no basado en el romance; sino enraizado en la adoración.* Ahora pues, puedes ser capaz de leer todas las palabras, pero sin poder

entender la profundidad del significado de este principio.

¿Qué significa decir que un matrimonio está “basado en la adoración”? La palabra *adoración* es compleja. Cuando la persona promedio escucha la palabra *adoración* piensa en una reunión donde hay himnos, ofrenda y un sermón. Pero hay una verdad bíblica envuelta en esta palabra que es vital entender si alguna vez vas a descifrar por qué tienes conflictos en tu matrimonio y cómo esos conflictos podrán ser solucionados. La adoración es tu identidad antes de ser tu actividad. Tú *eres* un adorador, de modo que todo lo que piensas, deseas, escoges, haces o dices está moldeado por la adoración. Simplemente no hay una explicación más profunda que ésta del por qué la gente hace lo que hace; y una vez que lo entiendes se te abren puertas que nunca antes se te habían abierto para entenderte a ti mismo y para cambiar. Déjame explicarlo.

Cuando la Biblia enseña que somos adoradores (ver Romanos 1:19-25), no está hablando sobre una función religiosa separada de los otros aspectos de nuestras funciones regulares. No, al llamarnos adoradores, la Biblia nos ofrece una perspectiva radical sobre la motivación humana fundamental. Puesto que no eres un animal que funciona por instinto, las cosas que haces y dices son producidas por una cierta clase de propósito. En otras palabras, ya sea que tus palabras y acciones tengan o no sentido en la superficie, tú has actuado o hablado por una razón. La razón más general y fundamental para hacer lo que haces es la adoración. Probablemente estás sintiendo que este enfoque necesita una explicación más amplia.

Piensa sobre esto. ¿No es interesante que algunas de las cosas que te irritan no le molestan para nada a tu esposa? ¿Por qué algo que a ti te deleita, tu esposo o esposa puede vivir fácilmente sin ello? ¿Por qué hay algunas cosas que son mucho más importantes para ti que otras? ¿Y por qué es que tu lista de lo que es importante no concuerda completamente con la de tu esposo? ¿Por qué hay cosas que te enojan (ciertos momentos, lugares, situaciones, relaciones, etc.) y ciertas que te animan? Bueno, todas estas cosas están conectadas con la adoración.

Cuando la Biblia dice que somos adoradores, quiere decir que cada ser humano vive para algo. Todos nosotros estamos excavando en busca de un tesoro. Todos buscamos algún sueño. Detrás de todo lo que hacemos hay alguna clase de esperanza. Todos están en la búsqueda constante de la vida. Tal vez estás pensando, “Paul, entiendo todo esto, pero no entiendo cómo me

ayuda a entender mi matrimonio.” Déjame llevarte más allá.

Ser un adorador implica que conectas tu identidad, tu significado, tu propósito y tu sentido interno de propósito a algo. Esas cosas las vas a conseguir ya sea verticalmente (del Creador) u horizontalmente (de la creación). Esto tiene que ver por completo con lo que un matrimonio llega a ser. Ningún matrimonio deja de ser afectado cuando los cónyuges están buscando conseguir en la creación lo que solo se puede lograr en el Creador.

La comodidad se había convertido en el dios funcional de Jenny. No, no había dejado de ir a la iglesia. Amaba los servicios de adoración del domingo y le encantaba la predicación del pastor, pero la comodidad era lo que gobernaba su corazón. Conseguía su comodidad haciendo de su casa un museo donde exhibía su habilidad doméstica. Tenía mil revistas de decoración. Siempre estaba decorando o remodelando. Limpiaba sin cesar y era obsesivamente pulcra. Se decía a sí misma que quería hacer de su casa un lugar hermoso para su familia, pero lo que la movía no era su interés por su familia. Ella había atado su identidad, su sentido interno de bienestar, a la belleza de su casa.

Jenny nunca estaba realmente relajada en su casa; tampoco lo estaba su esposo ni su familia. No quería que nadie anduviera con zapatos en la casa. Se irritaba ante cada indicio de desorden y le reclamaba a quien pensara que era el culpable. En un momento de enojo, su esposo lo expresó bien: “Jenny, ya no tenemos una casa a donde llegamos. Este lugar ya no es nuestra casa; es tu museo ¡Cada vez nos sentimos menos bienvenidos aquí!”

Tito había ligado su identidad al éxito. No tenía idea de que lo que estaba supuesto a obtener del Creador lo estaba buscando en la creación, pero eso es exactamente lo que estaba haciendo. El lugar donde Tito buscaba el éxito que lo motivaba a levantarse por la mañana era su trabajo. Tito era bueno para lo que hacía; mientras más lo hacía, mejor era, y mientras mejor era, recibía más dinero y poder. Todo era muy emocionante e intoxicante. Era como si estuviese viviendo un sueño. El trabajo no era perfecto de ninguna manera, pero le daba una razón para levantarse por la mañana.

Pero con cada nueva promoción la presión crecía y las horas se alargaban. Cuando Tito llegaba a casa, mucho después de que su esposa e hijos habían cenado, a él le quedaba poca energía para su familia. Pero algo aún más profundo estaba sucediendo. Puesto que Tito encontraba su valor como persona en su trabajo, cuando dejaba su trabajo para ir a su casa, él estaba

dejando lo que le daba valor. Su matrimonio realmente existía fuera de su círculo de valor. Así que, aunque Tito diría que amaba a su esposa, no le entusiasmaba llegar a su casa después del trabajo. Fácilmente se irritaba y era con frecuencia un no-participante en lo que allí sucedía.

Adriana ataba su sentido y propósito a Carlos. Ella no lo sabía, pero él se había convertido en su mesías personal. Ella diría que él era todo lo que había deseado en un esposo. Tu pensarías que eso significaba que siempre estaría feliz y satisfecha en su matrimonio, pero la verdad era lo contrario. Adriana vivía permanentemente insatisfecha. Se levantaba cada mañana y se subía en la montaña rusa de cada acción, reacción, o respuesta que Carlos tenía hacia ella. Le ponía demasiada atención al tono de su voz, a la expresión de su rostro y a su lenguaje corporal. Aun la cosa más pequeña tenía el potencial de arruinar su día. No solo estaba enfocada en como Carlos le respondería, sino que observaba estrechamente como él le respondía a otras mujeres. Para Carlos, su matrimonio era como un examen final, y él sentía que siempre era reprobado. Todo era muy agobiante y desagradable. Carlos necesitaba una razón para continuar.

He llegado a convencerme más y más que los matrimonios deben establecerse verticalmente antes de hacerlo horizontalmente. Tenemos que enfrentar lo que nos mueve antes de lidiar con la manera que reaccionamos el uno al otro. Toda relación es victimizada en alguna manera cuando buscamos en las criaturas lo que por diseño solo podemos conseguir en Dios. Cuando Dios está en su justo lugar, estamos en camino de poner a la gente en su justo lugar. Pero hay más. Estoy convencido de que solo en la adoración a Dios en nuestro matrimonio podemos encontrar una razón para continuar.

¿COMO LUCE UN MATRIMONIO BASADO EN LA ADORACIÓN

A DIOS?

Pablo dijo algo asombroso en Gálatas 5:14: Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” He pensado acerca de esto muchas veces. Si yo hubiese escrito estas palabra, “toda la ley en esta sola palabra se cumple,” creo que habrían sido seguidas por, “amarás a Dios sobre todas las cosas.” Pero esto no es lo que Pablo escribió. ¿Cómo es que el amor al prójimo resume todo lo que Dios nos ha llamado a hacer? El principio integrado en estas palabras es increíblemente práctico e instructivo cuando los comprendes. Es solo cuando yo amo a Dios sobre todo, que voy a amar a mi prójimo como a mí mismo. Fundamentalmente, las

dificultades en nuestros matrimonios no vienen por no amarnos suficiente el uno al otro. Suceden porque no amamos suficiente a Dios; y por no amar a Dios suficiente, no nos tratamos el uno al otro con la clase de amor que hace funcionar los matrimonios.

Considere los Diez Mandamientos: es solo cuando guardamos los primeros cuatro mandamientos (que tienen que ver con la adoración a Dios) que guardaremos los últimos seis mandamientos (que tienen que ver con el amor a nuestro prójimo). *El amor horizontal sólido siempre comienza verticalmente.* Una vida que se centra en la otra persona de manera permanente y perseverante no fluye de una atracción romántica, de compatibilidad de caracteres o de estilos de vida similares. Es solo cuando vivo una vida de adoración a Dios celebratoria y reposada que dejo de tomarme demasiado seriamente a mí mismo y soy libre para servir y celebrar a otros.

Probablemente ya agoté tu paciencia y estarás pensando, “¡vamos Paul, ve al punto y ayúdame a entender cómo luce esto!” La adoración que te da un amor marital sólido y una razón para continuar fluirá de tres maneras en las que debes adorar a Dios.

1) Un matrimonio de amor, unidad y entendimiento fluirá de una cotidiana adoración a Dios como Creador.

Es solo cuando miras a tu esposa y vez en ella la gloria creativa y artística de Dios que la tratarás con la dignidad y el respeto que un matrimonio sano requiere. Dios creó cada aspecto de tu persona. Él administró cada elección de tu constitución. Determinó cuán alto serías, si tendrías la tendencia a ganar peso, cuál sería el color de tus ojos, la textura de tu pelo, la forma de tu nariz, el tamaño de tus manos, el tono de tu voz, tu personalidad innata, tus dones naturales, el tono de tu piel, el grado natural de tu físico y atletismo, o si serías metódico, analítico o relacional. Tú no escogiste ninguna de estas cosas. No te levantaste a los seis meses y dijiste, “creo que cuando crezca seré un tipo metódico,” o “voy a ocuparme en desarrollar una nariz larga y delgada porque eso beneficiará la simetría de mi rostro.”

Todas estas cosas fueron hechas por el divino artista que tiene una infinita creatividad. Pero hay momentos en nuestro egoísmo, cuando la otra persona interfiere en lo que queremos, que deseáramos subirnos al trono del creador y re-crear a nuestro esposo o esposa conforme a nuestra propia imagen, o al menos conforme a la imagen de alguien con quien sería más fácil vivir. La

esposa relacional quiere cambiar a su esposo metódico en un clon de ella. El esposo analítico quiere re-crear a su esposa emocional en una pensadora desapasionada como él. El esposo se irrita por la voz chillona de su esposa o la esposa se impacienta por la lentitud con que su esposo hace las cosas.

De manera sutil o no tan sutil, todos cuestionamos al Creador, y al hacerlo deshonoramos y faltamos al respecto a nuestro esposo o esposa. Terminamos criticando a nuestro cónyuge por cosas que él o ella no eligió. Terminamos pidiéndole que cambie en áreas donde simplemente no es posible. Yo no me puedo hacer más alto. No puedo alterar el rango natural de las características personales con que Dios me creó.

Cuando celebramos al Creador, nos vemos el uno al otro con asombro y gozo. Cuando ves a tu cónyuge y ves la gloria del Creador, te sientes bendecido por las formas en que es diferente. Te causa asombro y eres respetuoso de las experiencias y perspectivas que ha traído a tu vida y que nunca abríás tenido sin ese cónyuge. Y buscas maneras de expresar tu honor por tu cónyuge y por lo que los dedos del Creador hicieron.

2) Un matrimonio de amor, unidad y entendimiento fluirá de una adoración diaria a Dios como soberano.

¡Probablemente ya habrás notado que tu vida no es conforme al plan que tú tenías! La semana pasada no salió como la habías planeado. Cada una de nuestras historias está siendo escrita por otros. Piensa esto: quince años atrás no podrías haber escrito sobre la situación en que te encuentras ahora mismo mientras lees este libro. Igualmente, tu matrimonio es un drama en desarrollo escrito por el sabio control de un Dios amante y soberano.

Yo fui confrontado con esto el primer momento de mi relación con Luella. Estaba de pie detrás de ella en la línea del almuerzo de un nuevo año en la universidad. La línea era en un campus universitario en Carolina del Sur. Luella había sido criada en Cuba y yo en Toledo Ohio. No hay manera posible que hubiésemos podido controlar todas las cosas que tenían que ser controladas para garantizar que estaríamos en esa línea juntos, no solo el mismo día sino el mismo momento preciso durante el día.

Dios controló todo el proceso. El controló todas las influencias culturales que nos formaron. Controló todos los valores familiares que ayudaron a formarnos. Controló todas las situaciones, lugares y experiencias que ayudaron a conformar las formas particulares en que pensamos y en que respondemos a la vida.

Nosotros traemos al matrimonio todas esas influencias culturales y familiares, de modo que venimos con una lista de suposiciones que no son las suposiciones de nuestro cónyuge. Venimos con expectativas culturales que no son las expectativas de nuestro cónyuge. Venimos con horarios y expectativas sobre gustos, y relaciones que la otra persona no tiene. Uno espera que la cena sea un momento apresurado de ingesta alimenticia, mientras el otro espera que sea un tiempo sereno para comer y conversar. A uno no le importa si la casa se mantiene desordenada, mientras el otro está entrenado a esperar y mantener un ambiente nítido. En una familia, las reglas del esposo y la esposa eran definidas y evidentes; en la otra familia las reglas eran imprecisas. Una familia pensaba sobre el dinero como algo que hay que gastar, la otra pensaba como algo que hay que ahorrar. Podríamos multiplicar un ejemplo tras otro.

No se requiere mucho tiempo de matrimonio para darse cuenta que tu esposo no comparte tus instintos. Al llegar a ese punto, puedes adorar a Dios como soberano y celebrar la forma diferente en que tu esposo ve el mundo y con lo cual te ha bendecido, o lo deshonoras tratando de re-escribir su historia. Por ejemplo, la casa en que vives no debería ser el reflejo de solo uno de ustedes. Debería ser una hermosa mezcla de las sensibilidades soberanamente producidas de ambos. Muchos esposos y esposas llevan con ellos el dolor de la deshonra y la falta de respeto que resulta cuando su cónyuge se ha burlado o denigrado su manera de hacer las cosas o rechaza su familia y su manera de relacionarse o hacer las cosas.

Pero cuando comienzas a celebrar la soberanía de Dios y cómo Él te formó y te unió a tu esposo para Su gloria y tu bien, dejas de irritarte por sus diferencias y comienzas a celebrar cómo tu vida ha sido enriquecida por ellas. Como resultado, no solo darás lugar a las cosas que caracterizan a tu cónyuge, sino que lo honrarás en lo que hagas y digas cuando seas confrontada con el hecho de que tú haces de manera diferente las mismas cosas.

3) Un matrimonio de amor, unidad y entendimiento brotará de una adoración diaria a Dios como Salvador.

No hay área más importante que ésta. No hace falta mucho para darte cuenta que te casaste con una persona pecadora, y lo que hagas cuando descubras esto determinará el carácter y la calidad de tu unión. Solo responderás de manera correcta, compasiva y beneficiosa al pecado, debilidades y conflictos

de tu cónyuge si celebras la gracia transformadora de un Redentor siempre presente y siempre fiel.

Tu no puedes permitir que tus respuestas a tu cónyuge en esos momentos sean causadas por tu dolor o tu sentido de justicia propia. Deben ser causadas por la adoración. ¿Qué significa esto? Bueno, primero, significa que cuando celebras a Dios como Salvador, te confrontas con la realidad de cuán desesperadamente necesitamos de su gracia. Esto hace imposible que mires a tu cónyuge como el único pecador en la habitación o como más pecador que tú. El hecho es que nadie da más gracia que quien está convencido que la necesita también.

Adorar a Dios como Salvador también significa que encontrarás gozo en ser parte de la obra de gracia que Dios se ha comprometido incesantemente a hacer en la vida de tu cónyuge. Así que cuando tu cónyuge falla, no le vas a lanzar su pecado en la cara. No le vas a hacer sentir culpable de cuán difícil te ha hecho la vida por su pecado. No usarás sus pecados en su contra. No guardarás un registro detallado de sus faltas en tu contra. Más bien buscarás maneras de encarnar la gracia transformadora del Salvador. Estarás listo para motivarle cuando falle y restaurarle cuando caiga sin tratarle como a alguien menos justo que tú.

UNA RAZÓN PARA CONTINUAR

¿Dónde vas a encontrar razones para continuar trabajando en tu matrimonio en los momentos decepcionantes cuando más se necesitan esas razones? Bueno, no las vas a encontrar en tu cónyuge. Ella o él comparte tu condición; tu cónyuge es aún una persona defectuosa necesitada de la gracia transformadora de Dios. Todavía vives en un mundo que está gimiendo y quebrantado. No vas a encontrar esas razones en estrategias y técnicas superficiales; tus conflictos son más profundos que eso. Solo vas a encontrar esas razones mirando hacia arriba.

Cuando tu corazón descansa en la maravillosa sabiduría de las decisiones hechas por el poderoso Creador te das a ti mismo una razón para continuar. Cuando tu corazón celebra las miríadas de cuidadosas decisiones que fueron hechas para compilar las historias personales de ambos, te das a ti mismo otra razón para continuar. Cuando tu corazón se llena de gratitud por la asombrosa gracia que ambos han recibido y siguen recibiendo, te das a ti mismo otra razón para continuar. No estás sola. Tu Señor, el creador, gobernador y transformador de todo, está aun contigo. Él ha unido tu historia y la de tu

cónyuge y las ha colocado directamente en el centro de Su historia redentora. Mientras Él siga siendo el Creador, mientras sea soberano, y mientras sea el Salvador, ustedes tiene razones para levantarse por la mañana y amarse el uno al otro, aun cuando no son todavía aquello para lo cual fueron creados.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

3.

¿EL REINO DE QUIÉN?

Gabriela había llevado siempre su sueño consigo como una piedra preciosa en una bolsa de terciopelo. A los doce años hojeaba las revistas hogareñas de su madre y se imaginaba su futura casa y familia. Cuando fue a la universidad ya sabía qué clase de casa y familia quería. Ella no estaba simplemente esperando ser feliz; ya sabía qué la haría feliz. No estaba consciente, pero en realidad cuando salía con hombres lo que estaba haciendo era comprar uno. Estaba buscando a ese hombre especial que la ayudaría a realizar su sueño. Así que mientras más conocía a Bernardo, mas se sentía atraída hacia él. Ella en verdad creía que se estaba enamorando, y a él le encantaba el hecho de que ella está loca por él.

Fue un cortejo rápido. Ni Gabriela ni Bernardo querían algo se interpusiera en su relación. Su boda, mientras estaban entre el tercero y cuarto año de la universidad, fue emocionante y hermosa. En verdad parecían la pareja perfecta. Gabriela era vibrante y amistosa, y Bernardo era administrativo y analítico; parecían complementarse perfectamente el uno al otro. Gabriela no podía creerlo. Recordaba el álbum que había hecho cuando niña. ¡Estaba a punto de vivir lo que había puesto en esas hojas!

Quedar embarazada de inmediato no era parte del sueño de Gabriela, pero tantas cosas habían tomado su lugar tan perfectamente que ella no dejó que esto le afectara. Le molestaba no poder graduarse con Bernardo, pero sabía que habría tiempo en el futuro para finalizar sus estudios. Bernardo no estaba preparado para la presión de trabajar y estudiar a tiempo completo al mismo tiempo, pero sabía que tenía que hacerlo. Ambos se asustaron al saber que Gabriela iba a tener gemelos. Gabriela estaba abrumada ante la idea de una familia tan súbita, pero no se lo podía decir a Bernardo. Simplemente no había tiempo en su cargada agenda para escuchar sus preocupaciones y sus quejas. Ambos adquirieron rutinas diferentes, mientras Gabriela trataba de convencerse a sí misma de que aún estaba encaminándose a vivir su sueño.

En el álbum que Gabriela había hecho de niña no había retratos de gemelos con cólicos, una casa pequeña, grandes deudas estudiantiles, ni un trabajo de

principiante con bajo salario. Gabriela trataba de no deprimirse, pero lo estaba. Su casa no tenía patio y el interior era tan pequeño que lucía desordenada todo el tiempo. La vida parecía consistir no más que en levantarse por la mañana, trabajar todo el día, ir a la cama, levantarse por la mañana y volver a lo mismo de nuevo. Pero la decepción de Gabriela era más profunda que su entorno material y que su ocupada agenda. Ella estaba decepcionada de Bernardo.

La forma en que él veía la vida le había sido tan útil durante su cortejo; ahora solía irritarla más que interesarle. Parecía que Bernardo estaba perennemente insatisfecho con la desorganización de la vida que vivían juntos. Él se quejaba constantemente de lo desordenado de la casa y siempre le estaba diciendo a Gabriela como podía ser más eficiente. Para Gabriela él parecía frío, distante y constantemente a punto de enojarse.

Bernardo también tenía conflicto. Gabriela parecía más interesada en hablar por horas en el teléfono que en cuidar de sus hijas y de la casa. Él estaba cansado de ver a aquella mujer que era tan hermosa viviendo ahora en sudadero y luciendo como si se acabara de levantar. Sabía que era ofensivo pensar estas cosas, pero lo hacía. Parecía que Gabriela raramente tenía lista la cena cuando él llegaba a la casa y nunca parecía ser capaz de acostar a las niñas temprano.

Gabriela se preguntaba silenciosamente a dónde se había ido el hombre que la había atraído. Bernardo podía vestirse como quisiera en su trabajo, y lo hacía. No tenía tiempo para hacer ejercicio y frecuentemente parecía comer a la carrera, así que comenzó a engordar. Con seguridad, él ya no era tan atento y amable como lo había sido en el cortejo. Para Gabriela se hizo más y más difícil convencerse de que esto era parte de su sueño. Los hechos eran los hechos, y Gabriela no podía evadirlos. La vida era dura e iba a ser así por un tiempo.

Al principio, Gabriela y Bernardo se unieron y trataron de salir adelante juntos, pero eso no duró. Gabriela estaba muy decepcionada por lo que su vida había llegado a ser y por cómo Bernardo la trataba. Bernardo estaba frustrado de que a pesar de sus intentos por ayudar a Gabriela, ella simplemente no quería cambiar. La desdicha silenciosa que ambos sentían no permaneció silenciosa mucho tiempo. Comenzó con breves comentarios para infligir culpa y leves observaciones de insatisfacción. Al poco tiempo cayeron en un patrón de altercados regulares. Ambos tenían mucho que decir

y ninguno parecía dispuesto a escuchar. Mientras más discutían, más crecía la opinión negativa que tenían el uno del otro y de su matrimonio. Ninguno de los dos olvidará jamás la noche cuando Gabriela algo que los dejó marcados. Hacía tiempo que se veía venir, pero fue difícil seguir adelante una vez que se dijo.

Ella lanzó las palabras una noche en que Bernardo llegó tarde a casa, a pesar de que las gemelas estaban enfermas y que Gabriela estaba exhausta. “Creo que cometí un gran error Bernardo. Cada día se me hace más difícil no lamentar haberme casado.” Eso cortó a Bernardo como un cuchillo. Ella sabía cuán duro él había trabajado por ella; sabía todas las cosas a las que él había renunciado por ella, ¡y ésta era su forma de darle gracias!

El próximo día fue difícil para Bernardo venir a casa del trabajo. Era difícil tener que vivir con alguien que no quería realmente estar con él. Era difícil para Gabriela también; su sueño se había convertido en una pesadilla, y no sabía qué hacer.

UNA BATALLA MAS PROFUNDA

Pobres Gabriela y Bernardo – tan heridos, tan confusos, y deseando tanto volver el reloj atrás, pero ellos no sabían qué estaba pasando y cuál era el problema. Es duro arreglar algo que no entiendes, y más duro aún cuando piensas que tu problema es realmente la otra persona. Mientras Bernardo manejaba hacia el trabajo el próximo día, repasa las cosas buenas que había hecho para Gabriela. La terraza que le había hecho a la pequeña casa la hacía más visible. Las vacaciones, que realmente no podían costear, habían saneado algo la frenética vida de Gabriela con las gemelas. Su disposición a trabajar en casa los viernes había complicado su vida laboral, pero estaba dispuesto a hacerlo por Gabriela. Él no podía creer la forma en que ella había estado actuando, y era aún más difícil creer que había dicho esas cosas.

Gabriela estaba herida también. Se pasó la mayor parte del próximo día en una espiral emocional. Si, lavó alguna ropa y cuidó de las necesidades de las gemelas, pero realmente no estaba allí. Cuando derramó el café, comenzó a llorar y le costó dejar de hacerlo. ¡No se supone que fuera así! La vida con Bernardo era todo lo que había deseado. Podía aceptar el embarazo no esperado. Podía aceptar la casa pequeña. Podía aceptar las largas horas de Bernardo. Pero su frialdad y constante irritación eran cosas que nunca pensó que tendría que enfrentar. Simplemente no les encontraba sentido. Tal vez él lamentaba haberse casado con ella. Tal vez estaba teniendo una aventura

amorosa. Quizás él quería separarse y no sabía cómo decírselo. Su mente estaba agitada y su corazón quebrantado, pero no sabía qué hacer.

Tristemente, muchas parejas han arribado a este punto. Sí, los detalles son diferentes, pero han llegado allí de todas formas. La dulzura se ha evaporado de su matrimonio. La amistad se ha disipado. La persona que cortejaron no parece ser la persona con la que viven ahora. Hay distancia, frialdad, impaciencia y conflicto que no estaban allí al principio. A veces una pareja se ajusta a la guerra fría, a veces se ajusta a una tregua marital, y a veces se provocan el uno al otro como si buscaran una oportunidad para expresar su insatisfacción. A veces se vuelve una guerra frontal. A veces se esconden detrás de sus ocupaciones. Tristemente, muchas parejas simplemente se separan sin nunca entender lo que le sucedió a esa relación que una vez les trajo tanto gozo.

Son pocas las parejas que entienden lo que se necesita entender para que un cambio permanente tome lugar en su matrimonio. Ellas piensan que la batalla es con su cónyuge, o que las circunstancias en que se encuentran son las que tienen que cambiar. Pero he aquí la realidad: *todas las batallas horizontales son el fruto de una guerra más profunda*. La guerra más importante, la que se debe ganar, no es la que tiene el uno con el otro, sino la guerra que se libra dentro de cada uno individualmente. La victoria en esta guerra se trata de un verdadero cambio.

¿ATRACCIÓN O AMOR?

La manera de comenzar a entender esta guerra más profunda es mirando al inicio del cortejo y del matrimonio de las parejas. Considerar el inicio de la relación entre Gabriela y Bernardo nos ayudará aquí. Déjeme sugerir algo que molestará a algunos de ustedes, y que luego explicaré. Tal vez desde el mismo principio, lo que Gabriela y Bernardo pensaron que era amor, no era amor. Ahora, para ayudarlo a entender esta posibilidad, tengo que llevarlo por un pequeño recorrido bíblico.

He escrito antes acerca de lo que 2 Corintios 5.14-15 dice sobre la naturaleza fundamental del pecado, pero pienso que es particularmente útil aquí. El pasaje dice, “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, *ya no vivan para sí*, sino para aquel que murió y resucitó por ellos.” El apóstol Pablo resume aquí lo que el pecado nos hace a todos. El pecado se vuelve contra nosotros. Hace que empequeñezcamos nuestras vidas

según los estrechos confines de nuestro pequeño auto definido mundo. Nos hace empequeñecer nuestro foco, motivaciones e intereses conforme al tamaño de nuestros deseos, necesidades y sentimientos. Hace que nos centremos extremadamente en nosotros mismos y en nuestra importancia. Hace que lo que más nos ofenda sean las ofensas contra nosotros mismos y que lo que más nos interese sean nuestros propios intereses. Hace que nuestros sueños sean egoístas y que hagamos planes orientados hacia nosotros mismos. ¡Por causa del pecado, realmente nos amamos y tenemos un plan maravilloso para nuestras vidas!

Todo esto significa que *el pecado es esencialmente antisocial*. Realmente no tenemos tiempo para amar a nuestro cónyuge en el más completo sentido de la palabra porque estamos demasiado ocupados amándonos a nosotros mismos. Lo que realmente queremos es que nuestro cónyuge nos ame tanto como nosotros nos amamos y si él o ella está dispuesto a hacerlo tendremos una maravillosa relación. Así que tratamos de reclutar a nuestra esposa para que se someta voluntariamente a los planes y propósitos de nuestro claustrofóbico reino unipersonal.

Pero hay más. Puesto que el pecado es antisocial tiende a deshumanizar a la gente en nuestras vidas. Ellas dejan de ser el objeto de nuestro afecto voluntario, la gente a quien gozosamente amamos; en lugar de eso se convierten en una de dos cosas. O *vehículos* que nos ayudan a conseguir lo que queremos u *obstáculos* obstruyendo el camino de lo que queremos. Cuando tu cónyuge cumple las demandas de tus deseos, necesidades y sentimientos, te emociona y la tratas con afecto. Pero cuando se convierte en un obstáculo que obstruye tus deseos, necesidades y sentimientos, te cuesta esconder tu decepción, impaciencia e irritación.

Es aquí donde viene otra elocuente observación bíblica. Es que nosotros somos gente orientada hacia un reino. Vivimos siempre al servicio de uno de dos reinos. Vivimos al servicio de la pequeña agenda de la felicidad personal de nuestro propio reino, o vivimos al servicio de la grandiosa agenda del Reino de Dios donde está el origen y el destino de la creación. Cuando vivimos para nuestro propio reino, nuestras decisiones, pensamientos, planes, acciones y palabras son dirigidos por el deseo personal. Nosotros sabemos lo que queremos, dónde lo queremos, por qué lo queremos, cómo lo queremos, cuándo lo queremos y quién preferiríamos que nos los entregue. Nuestras relaciones son conformadas por una infraestructura de expectativas sutiles y silenciosas demandas. Sabemos lo que queremos de la gente y cómo

conseguir que nos lo den.

Piensa en Gabriela. Ella no estaba enojada porque Bernardo había quebrado las leyes del Reino de Dios. Ella no se sentía agraviada porque él estaba obstruyendo lo que Dios quería realizar en y a través de su matrimonio. No, Gabriela estaba herida y enojada porque Bernardo había quebrado las leyes de su reino. En este lado del cielo, se pelea una constante guerra en nuestros corazones entre el reino de nuestro ego y el Reino de Dios. Cada batalla que tú tienes con otra gente es el resultado de esa guerra más profunda. Cuando estás perdiendo esa guerra, vives para ti mismo e invariablemente terminas en conflicto con tu cónyuge.

Tal vez estas dos perspectivas nos digan mucho más de lo que podríamos pensar sobre el inicio de la relación de Gabriela y Bernardo. Quizás lo que ellos pensaban que era amor en realidad no era amor sino algo muy diferente disfrazado de amor. Recuerda, Gabriela había tenido toda su vida sueños muy específicos sobre el matrimonio y la familia. Aunque no se daba cuenta, ella estaba buscando al hombre que sería la pieza perdida del rompecabezas que era el sueño de su vida. Bernardo parecía ser esa pieza, y ella no tendría que sacrificar nada para que encajara. Desde el primer día ella se sintió poderosamente atraída hacia Bernardo. No podía esperar verlo otra vez. Le encantaban sus ingeniosos mensajes de texto. Le hacía feliz imaginarlo en medio de sus sueños maritales. Se aferraba a cada palabra mientras hablaban sobre su futuro. Gabriela sabía meses antes de que él le preguntara que su respuesta a su proposición sería sí. Estaba convencida de que, por primera vez, estaba profundamente enamorada.

Bernardo no había salido con muchas muchachas, así que era difícil que no le gustara la atención que le daba Gabriela. Las tarjetas cursis no eran su estilo pero eran el estilo de Gabriela. Ella lo escuchaba, respetaba su opinión y disfrutaba su compañía, ¿Cómo no habría de gustarle eso? Mientras más estaba con ella, más atraído se sentía. Le encantaba que ella fuera a recogerlo a medianoche después de la clase que tenía al salir del trabajo. Le daba risa lo específico que eran sus sueños para el futuro, pero le gustaba. Parecía lógico que debían casarse. Podría casarse con Gabriela y seguir siendo él mismo; él lograría su sueño y Gabriela también. Todo era muy atractivo.

En la superficie parecía maravilloso, pero quizás ése era el problema. No había duda que Gabriela y Bernardo se sentían muy atraídos mutuamente y que esta atracción producía un fuerte afecto. Eso era en sí mismo algo

hermoso. La pregunta es si lo que estaban experimentando era amor. ¿Sería que Gabriela se sentía atraída a Bernardo no porque ella lo amaba a él sino porque él amaba a Gabriela? ¿No era que su atracción era mucho más orientada a sí misma de lo que se daba cuenta? Lo que parecía amor podría haber sido realmente la emoción de que este hombre se ajustaba plenamente al sueño de su vida que siempre había abrigado.

He aconsejado muchas parejas a punto de casarse como Bernardo y Gabriela. La emoción de estar juntos era tanta que costaba que me pusieran atención para prepararlos para el matrimonio. Estaban convencidos de que nunca tendrían problemas. Estaban seguros de que nada jamás sofocaría los sentimientos que tenían el uno por el otro. Estaban persuadidos que eran la pareja perfecta. Se sentaban en el sillón agarrados de las manos, mirándose el uno al otro con ojos vidriosos mientras procuraba advertirles que ellos eran gente defectuosa casándose con gente defectuosa. Pero siempre les era difícil tomarme en serio.

La orientación egocéntrica del pecado puede producir una atracción poderosa hacia otra persona, pero esa atracción no debe ser confundida con el amor porque no puede hacer lo que el amor hace cuando la atracción muere. Y la muerte de los sueños le sucede a toda pareja. Ninguno de nosotros logra su sueño como lo soñó, porque ninguno escribe su propia historia. Dios en su amor, escribe una mejor historia de lo que nosotros podríamos escribir. Él tiene un mejor sueño de lo que podríamos concebir. Él sabe mucho mejor lo que es mejor para cada uno. Nos puede llevar a lugares que nunca intentamos porque al hacerlo así somos transformados conforme a lo que los destinó a ser en Cristo.

¿Podría ser que a medida que Gabriela y Bernardo comienzan a enfrentar la dura realidad de la muerte de sus sueños, individuales y compartidos, su conflicto no es que están luchando por amarse sino que se les está dando la oportunidad de amarse más de lo que lo hicieron jamás? Es cuando la atracción se desvanece, cuando los defectos brotan y los sueños mueren, que el verdadero amor tiene su mejor oportunidad de germinar y crecer. Para Gabriela y Bernardo, este triste y decepcionante momento no es el fin de todo, sino el inicio de algo maravilloso. Podríamos decir que Dios los tiene ahora donde los quería. Su atracción ya no se basa en deseos centrados en ellos mismos. Ya no se aferran a su sueño, porque este se desvaneció frente a sus mismos ojos. Se sienten heridos y temerosos porque lo que impulsaba su relación se ha ido y no saben qué hacer. Pero esto no es derrota; es una

oportunidad para escapar del pequeño espacio del reino de ellos mismos y comenzar a disfrutar la belleza y los beneficios del Reino de Dios. Lo que parece ser amor puede no ser amor, y cuando Dios lo revela, es una cosa muy buena. Lo que le sucedió a Gabriela y Bernardo no sucede porque Dios estaba ausente de su matrimonio. No, sucedió, precisamente porque Dios estaba presente, rescatándolos de sí mismos y dándoles lo que ellos no podían producir por sí mismos.

El matrimonio de Gabriela y Bernardo no murió; el sueño ególatra sí, y cuando esto sucedió, el amor sólido, satisfactorio, centrado en el otro, honroso a Dios y perseverante, comenzó a crecer. Su vida juntos no luce para nada como el sueño que una vez tuvieron, pero se aman más que nunca y están muy agradecidos de que Dios quiere para ellos algo mejor de lo que ellos querían.

¿EL CARRUAJE ANTES QUE EL CABALLO?

Es tentador pensar que tal vez Dios se equivocó. Quizás Él puso el carruaje antes que el caballo. Piensa: ¿no se habría evitado mucho quebranto, conflicto, heridas y decepción si Dios hubiese hecho las cosas de otra manera? ¿Por qué tenemos que casarnos con gente imperfecta? ¿Quién no se querría casar con una persona perfeccionada? ¿No haría esto que el matrimonio fuese fundamentalmente más fácil y placentero? Tal vez Dios confundió las cosas.

Ahora, la razón por la que solemos pensar así es precisamente porque somos tan cautivos de nuestro propio reino. Somos atraídos por el orden, la previsibilidad, la comodidad, la facilidad, el placer, la estima, la diversión y la felicidad personal. Estas cosas no son malas en sí mismas, pero no deben controlarnos. Tenemos conflicto con el plan de Dios porque, a nivel terreno, nosotros en realidad no queremos lo que Dios quiere. Queremos lo que nosotros queremos, y queremos que Él nos lo dé. Pero ése no es el plan. Dios no nos da su gracia para que nuestro reino trabaje; Él nos la da para invitarnos a un Reino muchísimo mejor.

Piensa en la persistencia de tu apego a los propósitos de tu propio reino. Déjame ayudarte a ver a lo que me refiero. Piensa en cuán poco de tu enojo durante el último mes tenía que ver algo con el Reino de Dios. Tu cólera raramente brota del celo por los planes, propósitos, valores y llamado del Reino de Dios. Cuando te sientes herido, enojado o decepcionado por tu esposa no es porque ella ha quebrado las leyes del Reino de Dios y eso te

afecta. No, con frecuencia tu enojo se debe a que tu esposa ha quebrado las leyes de tu reino. Ella se ha interpuesto frente a lo que tú quieres y eso te ha enfurecido y te mueve a hacer o decir algo que someta a tu esposa de nuevo al servicio de tus deseos, necesidades y sentimientos.

Pero la gracia de Dios viene para demoler eso. Su gracia se propone exponer y liberarte de la esclavitud a ti mismo; quiere acabar contigo para que comiences finalmente a poner tu identidad, significado, propósito y sentido de bienestar interior en Él. Por eso te coloca en una relación integral con otra persona imperfecta en un mundo imperfecto. Es más, Él diseña las circunstancias que tú nunca habrías diseñado para ti mismo. Todo esto para llevarte al fin de ti mismo porque es allí donde comienza la verdadera justicia. Él quiere que te rindas; quiere que abandones tu sueño; quiere que enfrentes la futilidad de tratar de manipular a la otra persona para tu servicio. Él sabe que la vida no se encuentra en estas cosas.

¿Qué significado práctico tiene esto? Significa que las dificultades que enfrentas en tu matrimonio no son una evidencia del fracaso de la gracia. No, estos problemas *son* gracia. Ellos son herramientas que Dios usa para acosarnos y sacarnos de los entorpecedores confines del reino del yo, para que seamos libres para disfrutar las glorias celestiales del Reino de Dios. Esto significa que tú y yo nunca entenderemos nuestros matrimonios y nunca estaremos satisfechos en ellos hasta que entendamos que el matrimonio no es un fin en sí mismo. No, la realidad es que el matrimonio ha sido diseñado por Dios como un medio para un fin. Cuando lo conviertes en el fin, suceden cosas malas. Pero cuando comienzas a entender que es un medio para un fin, comienzas a disfrutar y ver valor en cosas que antes no eras capaz de disfrutar.

Cuando la guerra entre el Reino de Dios y el reino del ego, que se libra en el corazón de todos nosotros, no se gana, arrastramos nuestro matrimonio a los propósitos de nuestro diminuto reino. El problema es que nuestro cónyuge hace lo mismo. Así, que solo es cuestión de tiempo antes de que la devastación comience cuando nuestros pequeños reinos unilaterales colisionen.

Es solo cuando un esposo y su esposa viven intencional y gozosamente apegados a los planes, a los propósitos y al Señor del Reino, que su matrimonio puede realmente ser un lugar de unidad, entendimiento y amor. Libres de las agotadoras ansiedades por satisfacer la agenda de los deseos,

necesidades y sentimientos del reino del ego, ahora pueden descansar en la bondad de Dios y amarse y servirse el uno al otro. *El matrimonio es algo maravilloso que logra lo que fue destinado a ser solo a través de un arduo proceso.*

Nuestro problema es que no nos gustan las dificultades de ningún tipo. Odiamos el dolor y repelemos el sufrimiento. Muchos de nosotros preferimos una vida fácil que una vida que honre a Dios. Así que antes de comenzar a pelear uno contra el otro, estamos realmente peleando contra Dios. Estamos peleando contra su plan y criticando su voluntad. Lo traemos a la corte de nuestro juicio y dictaminamos que no es amoroso ni sabio. Comenzamos a preguntarnos si lo que hemos creído es verdad y si vale la pena seguirlo. Al mismo tiempo, mientras nuestros corazones meditan en estas cosas, Dios está cerca y nos ama con un amor transformador. Cuidadosamente, Él nos trae al fin de nosotros mismos y nos está haciendo gente que encuentra gozo en amar a otros con la misma clase de amor sacrificial que Él nos ha dado.

Así que, mientras lees te pregunto: ¿Qué reino es el que da forma a tu matrimonio? ¿Qué reino define tu sueño? ¿Qué te hace realmente feliz? ¿Qué es lo que intensamente anhelas que sea tu matrimonio? ¿No será que lo que pensabas que era amor no era realmente el amor del Reino de Dios, centrado en el otro, para el servicio del otro? ¿No será que lo que realmente querías de la otra persona era que te amara tanto como tú te amas a ti mismo? ¿No será que tu enojo revela cuán celosamente apegado estás a los propósitos de tu propio reino? ¿No será que los problemas que enfrentas en tu matrimonio, tanto los pequeños como los grandes, no son estorbos sino oportunidades? ¿No será que cuando tú has pensado que Dios te ha abandonado a ti y a tu matrimonio, Él ha estado muy cerca, dándote el mejor regalo de tu vida—Su gracia transformadora? Esta gracia te rescata de aquello de lo que tú no puedes rescatarte—tú mismo.

La reconciliación en tu matrimonio comienza cuando tú comienzas a reconciliarte con Dios. Comienza cuando comienzas a hacer esta oración radical: “Vénganos tu Reino, hágase tu voluntad justo aquí y ahora en este matrimonio, como se hace en el cielo.” ¡Cosas buenas suceden como resultado de esta oración!

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometemos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

4.

DIA A DIA

Nunca olvidaré el momento. Era 1974 y Luella y yo estábamos en el primer nivel de la platea del teatro Forrest en Filadelfia. El teatro estaba lleno al final de la obra *Godspell*. Esta ya no era la audiencia de un teatro. Era una celebración, una fiesta. Estaban tocando y cantando la música de la obra una y otra vez. El aire estaba lleno de magia. La escena era electrizante. Las puertas estaban abiertas, pero nadie estaba interesado en irse. La historia del evangelio nos había transportado por un momento a otro lugar. Gente que no se conocía y probablemente nunca volverían a verse se agarraban de las manos unas a otras. Danzábamos, nos abrazábamos y reíamos. Fuimos llevados mas allá de nuestros temores e intereses personales. Estábamos celebrando una victoria que muchos ni entendíamos. Habíamos visto venir a la tierra a la Sabiduría y convertir a gente necia en héroes.

En ese momento único en la vida, todos cantamos la misma canción. La cantamos una y otra vez. Nadie en ese salón quería que esa canción terminara. Los músicos sonreían mientras la tocaban una vez más. Ellos sabían que quizás no volverían a experimentar eso de nuevo. Era como si sintieran que ellos no habían hecho que esto sucediera. Tal vez, por primera vez, estaban entendiendo de qué se trataba esa producción de la que habían sido parte por muchos meses.

Pensábamos que teníamos los mejores asientos en el teatro. Observábamos y veíamos una exuberancia que nunca habíamos visto y probablemente nunca volveríamos a ver hasta la eternidad. Mientras Luella y yo nos veíamos uno al otro, sabíamos que no necesitamos decir lo que estábamos pensando. Sabíamos lo que el otro sabía. Repentinamente, mi mente se hizo consciente con frescura de las palabras que estábamos cantando, palabras que toda la humanidad estaba supuesta a cantar. Las lágrimas comenzaron a llenar mis ojos. “Esto es para lo que fuimos hechos, de esto es de lo que se trata el evangelio, y solo la gracia es capaz lograrlo,” pensé mientras entonaba estas palabras con mi boca con la multitud que por el momento era como mi familia:

Día a día
Día a día
Amado Señor
Por tres cosas te ruego:
Verte claramente
Amarte intensamente
Seguirte fielmente
Día a día

No creo que sea posible tener una misión más apropiada para el matrimonio. Estoy profundamente convencido por la Escritura, por mi propia experiencia, y por las historias de otros que el matrimonio hay que afirmarlo verticalmente antes de poder rectificarlo horizontalmente. Antes de que puedas realmente ganar un terreno significativo en tu relación con tu cónyuge, un terreno real, donde tome lugar un cambio permanente, tú tienes que estar dispuesto a aceptar y tratar con lo que Dios dice sobre ti, tu esposa, tu mundo y Dios mismo – su propósito y su gracia. Estas cosas no son el enfoque de gente súper espiritual que quiere un matrimonio y además una gran espiritualidad. No; lidiar con estas cosas de manera que forme un cotidiano estilo de vida es el fundamento de un matrimonio como Dios lo diseñó y como El intenta hacerlo. Tú no puedes evitar enfrentar estas cosas más de lo que puedes evitar remover los árboles del terreno boscoso donde va a estar localizada tu nueva casa.

Lo que cantamos tan gozosamente esa noche fue mucho más que una canción, si bien la mayoría de la multitud no lo sabía. Era más bien un paradigma radical para una forma de vida que llena cada día con honestidad y esperanza. Las cosas a las que nos llama la letra de esta canción no son decisiones de una sola vez; están supuestas a ser compromisos cotidianos que se convierten en una manera regular de vivir la vida. Cuando los compromisos y las acciones que siguen son aplicados al matrimonio, algo muy simple, pero muy revolucionario sucede, y una vez sucede, nunca quieres volver atrás de nuevo.

LADRILLO A LADRILLO

Yo los había casado, así que fui yo quien recibió la llamada. Casi siempre es la esposa quien llama, y ella lo hizo porque se había visto forzada a enfrentar

lo que en algún lugar recóndito de su mente sabía que era verdad – ella y su esposo eran pecadores. La llamada llega usualmente pocos días o semanas después de la luna de miel. Durante la luna de miel la naturaleza egocéntrica del pecado es opacada por la comida exótica y los hermosos paisajes, pero cuando la pareja regresa a la vida real, cotidiana, sin esas distracciones, se ven forzados a enfrentar lo que ellos y el matrimonio realmente son.

Siempre he pensado que este momento, cuando uno despierta a la realidad es una cosa muy positiva, aunque la persona que llama raramente se da cuenta. Usualmente la esposa entra en pánico; piensa que ha cometido un error, que su amor se acabó y que su vida va a ser una vida de tormento sin amor. Pero yo pienso que en este momento ella está por experimentar las cosas buenas que solo un matrimonio honesto puede experimentar. Está a punto de ser llevada mas allá de sí misma y eso la hará abandonar su sueño y le hará adoptar un mejor sueño y comprometerse a una serie de nuevos hábitos que no solo sanarán su matrimonio, sino lo harán algo mejor de lo que ella jamás concibió. El problema es que nada de esto es lo que ella esperaba.

Sara me llamó a las 6:30 de la mañana el día después de la ceremonia. Yo levanté el teléfono y escuché estas palabras: “¡Se acabó!” Yo sabía que no se había acabado. De hecho, estaba feliz que hubiese hecho la llamada tan pronto. Pensaba que Sara y Berto eran los jóvenes más inteligentes en la clase. Ellos habían llegado al límite de sus propias fuerzas y estaban haciendo algo muy sabio–buscando ayuda. Me daba gusto ayudarles y sabía que la jornada que estábamos por recorrer juntos los cambiaría a ellos y a su matrimonio.

He aquí lo que he dicho a las parejas una y otra vez. Es lo que he tratado de vivir en mi propio matrimonio también. *La reconciliación en un matrimonio debe ser un estilo de vida, no solo la respuesta que das cuando las cosas van mal.* Considera por qué esto debe ser así. Si tú eres un pecador casado con una pecadora–y lo eres–entonces es muy peligroso y potencialmente destructivo permitir la negligencia como pareja. Simplemente no pueden vivir juntos un día en el cual un acto de desconsideración, egoísmo, enojo, arrogancia, justicia propia, amargura o deslealtad muestre su horrible cabeza. Con frecuencia será benigno y de bajo nivel, pero aún estará allí.

Ahora, quisiera introducirte a un tema que surgirá una y otra vez en este libro: *si vas a tener un matrimonio en unidad, entendimiento y amor, tienes*

que tener una estrategia de “pequeños-momentos.” Todo lo que esto hace es reconocer la naturaleza de la vida que Dios ha diseñado para nosotros. En su sabiduría, Dios nos da una vida que no avanza de momento trascendental a momento trascendental. De hecho, si examinas tu vida, veras que has tenido pocos de esos momentos. Probablemente puedas recordar solo dos o tres situaciones que transformaron tu vida totalmente. Todos somos iguales; el carácter y la calidad de nuestra vida se forma en momentos pequeños. Cada día ponemos pequeños ladrillos sobre el fundamento de lo que será nuestra vida. Los ladrillos de las palabras que decimos, de las acciones que tomamos, de las pequeñas decisiones, de los pequeños pensamientos, de los pequeños momentos, obran juntos para formar el edificio funcional que es tu matrimonio. Así que tienes que verte a ti mismo como constructor marital. Diariamente tienes el trabajo de agregar otra serie de ladrillos que determinara la forma de tu matrimonio por días, semanas y años en el futuro.

Quizás éste sea precisamente el problema. Es el problema de la percepción. Nosotros solemos no vivir de esta manera. Tendemos a caer en rutinas de casi-desidia y de actuar instintivamente con menos consciencia de lo que deberíamos hacerlo. Tendemos a retraernos de la importancia de esos pequeños momentos precisamente porque son pequeños. Pero lo opuesto es verdad: los pequeños momentos son importantes porque son pequeños momentos. Estos son los momentos de los que se compone nuestra vida, los momentos que establecen nuestro futuro y que dan forma a nuestras relaciones. Tenemos que tener una actitud de “día a día” hacia todo en nuestras vidas y si lo hacemos, escogeremos nuestros ladrillos cuidadosamente y los colocaremos estratégicamente.

Las cosas no se arruinan en un matrimonio instantáneamente. El carácter de un matrimonio no se forma en un gran momento. Las cosas se vuelven dulces y hermosas progresivamente. El desarrollo y la profundización del amor en un matrimonio ocurren por lo que se hace diariamente; esto también es verdad del triste deterioro de un matrimonio. El problema es que simplemente nosotros no le ponemos atención y por eso nos ponemos a pensar, desear, decir y hacer cosas que no deberíamos.

Déjame caracterizar esta vida de “un pequeño momento.” Tú exprimes y doblas el tubo de la pasta de dientes aunque sabes que le molesta a tu esposa. Te quejas de los platos sucios en lugar de ponerlos en el lavadero. Peleas por hacer las cosas pequeñas a tu manera en lugar de verlas como una oportunidad para servir. Te vas a la cama irritado por pequeños desacuerdos.

Día a día te vas al trabajo sin un gesto de ternura entre ustedes. Peleas por lo que tú crees que es hermoso en lugar de hacer de tu casa una expresión visual del gusto de ambos. Te das la libertad de hacer cosas pequeñas con rudeza en una forma que nunca lo habrías hecho durante el cortejo. Dejas de pedir perdón en los pequeños momentos de cosas erradas. Te quejas de cómo tu cónyuge hace cosas pequeñas cuando realmente no hacen ninguna diferencia. Haces cosas pequeñas sin consultar.

Dejas de invertir en la amistad íntima en tu matrimonio. Peleas por lo que quieres en los pequeños momentos de desacuerdo en lugar de pelear por la unidad. Te quejas de las idiosincrasias y debilidades de tu cónyuge. Fallas en aprovechar esas oportunidades para animar. Dejas de buscar las maneras pequeñas de expresar amor. Comienzas a guardar un registro de los pequeños errores. Te irritas por lo una vez apreciabas. Dejas de asegurarte que cada día esté salpicado con ternura antes de ir a dormir. Cesas de expresar regularmente aprecio y respeto. Permites que tus ojos físicos y los ojos de tu corazón divaguen. Te tragas pequeñas heridas que antes habrías discutido. Comienzas a convertir pequeñas peticiones en demandas regulares. Ya no tomas cuidado de ti mismo. Estás dispuesto a vivir con más silencio y distancia de lo que permitías cuando estabas por casarte. Dejas de esforzarte por esos pequeños momentos que hacen tu matrimonio mejor y comienzas a sucumbir a lo que hay.

¿Por qué cesamos de poner atención? Porque es difícil ser cuidadosos, es arduo trabajo tener la disciplina de vigilar, y requiere un gran esfuerzo estar siempre pensando en la otra persona. Ahora, prepárate para que tus sentimientos sean heridos: tú y yo tendemos a querer que el otro se esfuerce porque eso nos facilita la vida, pero la verdad es que no queremos comprometernos a ser nosotros quienes se esfuerzan. ¡Pero no he terminado aún! Pienso que hay una epidemia de indolencia marital entre nosotros. Queremos no tener que esforzarnos y que las cosas no solo sigan igual sino mejoren. Y estoy absolutamente persuadido que la indolencia está enraizada en la naturaleza egoísta del pecado. Ya hemos examinado los peligros antisociales de esta cosa dentro de nosotros a la que la Biblia le llama pecado. Ya hemos considerado que nos hace centrarnos en nosotros mismos, pero hace algo más. Nos reduce a la pasividad marital. Queremos tener las cosas buenas sin el esfuerzo arduo de colocar los ladrillos diarios que hacen que esas cosas vengan. Y con frecuencia estamos más enfocados en lo que otros fallan y en que estos corrijan sus errores que en comprometernos a hacer lo

que sea necesario diariamente para que nuestro matrimonio sea lo que Dios quiere.

Tú puedes tener un buen matrimonio, pero tienes que entender que un buen matrimonio no es un regalo misterioso. No; es más bien, una serie de compromisos que se forman a través de un estilo de vida que aprecia los momentos pequeños.

LA RECONCILIACIÓN COMO UN ESTILO DE VIDA:

¿QUE SIGNIFICA ESTO?

Hay un pasaje muy interesante en 2 Corintios 5:14-21 que provee un modelo de como luce este estilo de vida de día a día.

El amor de Cristo nos obliga, porque estamos convencidos de que uno murió por todos, y por consiguiente todos murieron. Y él murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado. Así que de ahora en adelante no consideramos a nadie según criterios meramente humanos. Aunque antes conocimos a Cristo de esta manera, ya no lo conocemos así. Por lo tanto, si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación: esto es, que en Cristo, Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándole en cuenta sus pecados y encargándonos a nosotros el mensaje de la reconciliación. Así que somos embajadores de Cristo, como si Dios los exhortara a ustedes por medio de nosotros: «En nombre de Cristo les rogamos que se reconcilien con Dios.» Al que no cometió pecado alguno, por nosotros Dios lo trató como pecador, para que en él recibiéramos la justicia de Dios. (Versión NVI)

Este pasaje es un llamado a una manera particular de pensar y de vivir en nuestra relación con Dios. A lo que nos llama en nuestra relación con Dios es un modelo maravilloso para nuestra relación matrimonial. Esto siempre es verdad. El primer gran mandamiento siempre define el segundo gran mandamiento.

Pablo entiende que hemos sido reconciliados con Dios por un acto de su gracia. Él sabía que no hay manera en que nosotros podamos ganar el amor de Dios o merecer su favor, pero, habiendo dicho esto, él de inmediato nos recuerda que la reconciliación con Dios es tanto un evento como un proceso. Note las palabras del verso 20: “En nombre de Cristo les rogamos que se reconcilien con Dios.” ¿A quién se refiere Pablo cuando dice “les rogamos”? A la iglesia de Corinto. Ahora, quizás tu pienses, “Pablo, si esta gente es creyente, ¿no se han reconciliado ya con Dios?” La respuesta es sí y no. Sí, se han reconciliado con Dios en el sentido de que han sido aceptados por Dios en Cristo. Pero hay otra reconciliación que está tomando lugar. En el grado

en el que continuamos viviendo para nosotros mismos (v.15) en ese grado aún necesitamos reconciliarnos con Dios. Puesto que en alguna manera seguimos viviendo diariamente para nosotros mismos, necesitamos reconciliarnos con Dios en confesión y arrepentimiento. ¡Qué modelo tan perfecto es éste para nuestros matrimonios!

Sí, ustedes ya han hecho la decisión única de vivir en amor el uno al otro, pero no siempre viven como si lo hicieran. En el grado en que ustedes diariamente, en alguna manera, continúen viviendo para sí mismos, en ese grado necesitan reconciliarse diariamente con Dios y el uno con el otro. Ustedes no pueden andar cuesta abajo, esperando evitar de alguna manera lo malo. No, tienen que vivir *intencionalmente reconciliándose*. Tienen que vivir con corazones humildes y ojos bien abiertos. Estarán preparados para escuchar y dispuestos a oír. Ustedes examinan y consideran bien lo mejor y a ustedes mismos. Tienen que adquirir el hábito de la reconciliación que se convierte en un estilo de vida en su matrimonio, y hacen de esos hábitos una parte regular de su rutina diaria.

Tristemente, pienso que hay pocas parejas que en realidad vivan de esta manera. ¿Cuántas parejas conoces tú que dicen que su relación es la mejor que ha habido y que cada vez es mejor? ¿Cuántas parejas dicen estar experimentando ahora un nivel más profundo de unidad, entendimiento y amor del que jamás han experimentado? ¿Cuántos casados dicen que su cónyuge es su amigo más profundo, íntimo y precioso? Estas cosas no son como una nube romántica en la que andas rondando. Ellas son las ricas bendiciones de una relación que se vive de la manera en que Dios, quien creó el matrimonio, quiere que vivamos. Ellas no son lujos de relación para los que tienen inclinaciones románticas. No, son los elementos esenciales de un matrimonio verdaderamente saludable y feliz, un matrimonio que no solo te hace sonreír a ti sino hace sonreír también a Dios.

LA RECONCILIACIÓN MATRIMONIAL COMO UNA MANERA DE PENSAR

Recuerdo que cuando era un joven pastor (¡hace pocos años!), mi hermano Tedd dijo que el 95 por ciento de lo que las parejas necesitan saber, entender y hacer está claramente escrito en las Biblias que ellos decían que tanto apreciaban. Cuando él lo dijo, pensé que era la exageración de un pastor frustrado, quien de paso, era mi hermano, pero yo he llegado a ver la exactitud y profundidad en lo que él dijo. No hay una colección de principios

de sabiduría más asombrosamente instructiva que la que se encuentra en las páginas de la Escritura. Por supuesto, esto tiene que ser verdad pues este libro fue escrito por hombres que fueron guiados a escribir por Aquel que creó todo acerca de lo que escribieron. Solo el creador podría tener un conocimiento tan poderosamente profundo y tan prácticamente transformador cuya perspectiva abarque de principio a fin como el que se halla en la Biblia. Solo Él es capaz de tener una perspectiva no limitada por el tiempo, el espacio y las arbitrariedades del pecado. Solo Él es capaz de hablar desde la ventajosa posición del propósito original de la creación. ¿Quién podría saber más sobre el mundo que Él creó y el pueblo que Él diseñó?

La palabra de Dios realmente nos abre los misterios del universo. Realmente nos hace más sabios de lo que nosotros jamás podríamos ser sin ella. Pero, habiendo dicho esto, es importante reflexionar sobre cuán triste es que no aprovechemos más la sabiduría que Dios nos ha dado. Es triste que no pensemos acerca de sus pensamientos en su presencia. Es triste que no requiramos de nosotros mismos mirar la vida siempre a través de los lentes de su sabiduría. Es triste que nos despojemos a nosotros mismo pensando que somos más sabios de lo que somos. Es triste que no nos irrite más por nuestra necesidad y nos sintamos más motivados a buscar su sabiduría.

¿Por qué les he recordado todo esto? Porque un estilo de vida de reconciliación matrimonial, que es el foco de este libro, está enraizado en tres perspectivas esenciales de la sabiduría, que juntas tienen que convertirse en la mentalidad de un matrimonio sano. Déjame bosquejártelas.

1) Tienes que vivir tu matrimonio con una mentalidad de cosecha.

Pablo captura esta mentalidad con estas muy familiares palabras: “No os engaños; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará” (Gálatas 6:7). Si vas a vivir alguna vez con la conciencia diaria de las necesidades de los momentos pequeños que te impulsan a vivir con hábitos de reconciliación, tienes que tener esta mentalidad contigo. Tienes que incorporar el principio de las consecuencias. Helo aquí: hay una relación orgánica entre las semillas que plantas y el fruto que cosechas. En el mundo físico nunca vas a plantar semillas de durazno y conseguir manzanas. ¡Si plantas semillas de durazno y cosechas manzanas, corre rápido y lejos porque algo ha sucedido en el universo! De la misma manera, habrá una consistencia orgánica entre las semillas de palabras y acciones que plantes en tu matrimonio y la calidad de relación que coseches y experimentes mientras

vivan juntos. La mayoría de las semillas que plantes serán pequeñas, pero las miles de semillas que crecerán en los árboles resultarán en un bosque que cambiará el medio ambiente.

2) Tienes que vivir tu matrimonio con una mentalidad de inversión.

Todos somos buscadores de tesoros. Vivimos para ganar, mantener, guardar y disfrutar las cosas que tienen valor para nosotros. Nuestra conducta en cualquier situación de la vida es nuestro intento por conseguir lo que valoramos. Hay cosas en tu vida a las que les ha asignado importancia, y una vez que las tienes, ya no quieres vivir sin ellas. (Estos principios son discutidos en Mateo 6.19-33). Todos lo hacemos. Vivimos para poseer y para experimentar las cosas sobre las cuales hemos puesto nuestro corazón. Siempre vivimos por alguna clase de tesoro.

Todo tesoro en el que pongas tu corazón y activamente busques te dará alguna clase de retribución. Una discusión con tu esposa es una inversión en el tesoro de estar correcto y de allí obtendrás alguna clase de retribución en tu relación. ¡Si arrinconas a tu esposa con argumentos agresivos es improbable que el resultado de tu inversión sea su aprecio por ti y el deseo de tener una de esas conversaciones de nuevo! Si inviertes en el tesoro del servicio voluntario, experimentarás a cambio el aprecio, el respeto y una mayor intimidad en la amistad conyugal. Si para ti es más valioso tener tu casa inmaculadamente limpia de lo que es que tu cónyuge se sienta confortable, entonces vivirás con el resultado de eso en la calidad de tu relación.

La inversión no tiene escape; tú lo haces cada día, y muy raramente podrás escapar de los dividendos de las inversiones que haces. Pregúntate a ti mismo, “¿Cuáles son las cosas que valen más para mí ahora, las cosas que me esfuerzo por experimentar cada día y no estoy dispuesto a vivir sin ellas? ¿Y cómo el producto de estas cosas está afectando mi matrimonio?”

3) Tienes que vivir tu matrimonio con una mentalidad de gracia.

Cuando me casé yo no entendía la gracia. Tenía una visión basada en los principios de la Escritura que me hacía traer una administración legal a mi matrimonio. El foco central de la Biblia no es un conjunto de principios de la vida práctica. No; su tema central es una persona, Cristo. Si todo lo que tú y yo hubiésemos necesitado fuese el conocimiento y entendimiento de una cierta serie de principios divinamente revelados, Jesús no habría necesitado venir. Pienso que hay muchos cristianos viviendo en matrimonios vacíos de Cristo. Sin saber lo que han hecho, han construido un matrimonio basado en

la ley y no basado en la gracia, y por esta razón, le están pidiendo a la ley que haga lo que solo la gracia puede hacer.

El problema con esto es que nosotros no somos gente solo con necesidad de sabiduría; necesitamos también rescate, y la cosa de la que necesitamos ser rescatados es de nosotros mismos. Nuestro problema fundamental no es la ignorancia de lo que es justo. Nuestro problema es el egoísmo del corazón que nos hace preocuparnos más de lo que queremos que de lo que es correcto. Las leyes, principios y perspectivas de la Escritura proveen el mejor estándar que nuestro matrimonio jamás podría encontrar. Ellos revelan nuestros errores y fallas, pero no tienen ninguna capacidad de librarnos de éstos. Para eso necesitamos la gracia diaria que solo Jesús puede darnos.

Así que, no tenemos simplemente que exigir el uno al otro que viva según los elevados estándares de la palabra de Dios; tenemos también que ofrecer día a día la misma gracia que se nos ha dado para ser instrumentos de gracia en la vida de nuestro cónyuge. Nuestra confianza no está en la habilidad que tengamos de guardar la ley de Dios, sino en la gracia vivificadora y transformadora de quien nos atraído a sí mismo y tiene el poder de atraernos el uno al otro. Cuando vivimos con esta confianza miramos las inconveniencias del matrimonio no tanto como molestias que hay que soportar, sino como oportunidades para entrar en una experiencia más profunda de la gracia libertadora, transformadora, perdonadora y capacitadora del que murió por nosotros y siempre estará con nosotros.

Tres mentalidades—cada una un bloque esencial para edificar un estilo de vida de reconciliación y que requieren la honestidad de una humildad personal y nos motivan a reconciliarnos entre nosotros y con Dios una y otra vez.

EL COMPROMISO DIARIO DE UN ESTILO DE VIDA

DE RECONCILIACIÓN

Ustedes pueden tener un matrimonio que sea mutuamente satisfactorio y a la vez honre a Dios. Ustedes pueden en realidad. Aceptando lo que ustedes son, descansando en quién es Dios y viviendo como Él los llama a vivir, producirán una cosecha mucho mejor que los pequeños sueños que ustedes pueden producir de sí mismos.

Aquí están los compromisos diarios que se convierten en los hábitos diarios de la clase de matrimonio que el diseño de Dios se propuso y que su gracia

puede hacer posible:

1) Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

Diremos la verdad y trataremos honestamente con nuestros pecados, debilidades y errores. Hay una sola manera para que un matrimonio crezca, cambie y sea como Dios lo ha diseñado y lo ha capacitado para ser. ¿Cuál es esta manera? La confesión y el perdón. Es solo cuando nos comprometemos a un patrón diario de confesión, unido a la voluntad de perdonar rápida y completamente, que un matrimonio puede exceder nuestras limitadas expectativas.

Es necesario que estas dos cosas siempre estén juntas. Los patrones regulares de perdón nos dan el coraje para continuar confesando, y los patrones regulares de confesión nos permiten experimentar el gozo de la restauración que brinda el perdón. ¿Por qué eso es tan difícil para nosotros? ¿Por qué esto no es un patrón regular en cada matrimonio? ¿Cómo luce esto realmente en el acontecer de la vida diaria?

2) Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

Arrancaremos la mala hierba. Se pensaría que la insatisfacción es el enemigo del matrimonio, pero de hecho, lo contrario es la verdad. Como pecadores, tenemos la perversa habilidad de sentirnos demasiado fácilmente satisfechos. Solemos estar dispuestos a vivir con cosas secundarias que están trágicamente por debajo del sabio y maravilloso plan de Dios. Tendemos a conformarnos con la apatía marital en lugar de luchar por el verdadero amor. Tendemos a satisfacernos con una amargura y decepción de bajo nivel en lugar de esforzarnos por un patrón de confesión y perdón verdaderos. Nos conformaremos con una relación en la que todo es negociación de derechos en lugar de amor a la entrega y el servicio.

¿Cómo luce comprometerse a un cambio cotidiano? ¿Cómo identificas tú las malas hierbas del error que deben ser desarraigadas? ¿Cómo sabes con seguridad lo que debes plantar en su lugar? ¿Qué puedes hacer para convertir la insatisfacción en algo bueno, algo que más bien profundice tu amor y la calidad funcional de tu matrimonio? ¿Cómo evitas quedarte estancado en patrones que se alejan del plan de Dios y fracasan en apoyarse en los recursos de la gracia de Dios?

3) Trabajaremos unidos para edificar un vínculo robusto de confianza.

Confundiendo y encomendando, edificaremos un fundamento firme. Simplemente no podemos tener un matrimonio saludable, que honre a Dios, y

sea mutuamente satisfactorio sin confianza. En un mundo caído, la confianza es la loza fina de una relación. Es hermoso cuando está allí, pero es seguramente dedicado y quebradizo. Cuando la confianza se rompe, puede ser muy duro restaurarla. Es la confianza lo que permite a un esposo y su esposa enfrentar todas las amenazas internas y externas a su unidad, amor y entendimiento. Es la confianza lo que permite a las parejas lidiar con las diferencias y el desánimo que cada matrimonio enfrenta. Es la confianza lo que permite a las parejas hablar con honestidad y esperanza acerca de las cosas más personales y difíciles.

Hay dos lados respecto a la confianza. Primero, tienes que hacer todo lo que puedas para probar que eres confiable. Segundo, tienes que tomar la decisión de entregarte con confianza al cuidado de tu cónyuge. ¿Cómo luce cultivar un matrimonio donde la confianza prospera? ¿Cómo luce edificar la confianza cuando ha sido fragmentada? ¿Cuáles son las características de una relación donde la confianza es el adhesivo?

4) Nos comprometemos a cultivar una relación de amor.

Encarnaremos el amor de Cristo. Yo me siento en el balcón de mi iglesia cada domingo en la mañana, veo hacia abajo a la multitud y me pregunto cuántas de las parejas están viviendo en matrimonios sin amor. Puede que esto te choque, pero estoy convencido que hay muchos matrimonios vacíos de un verdadero amor. Acaso hay algún respeto y aprecio, y sí, las parejas pueden haber aprendido como evitar las batallas diarias. Puede ser que disfruten hacer cosas juntos de vez en cuando, pero los sacrificios prácticos y personales que definen el amor simplemente no están allí.

Estas parejas no responden el uno al otro con misericordia y gracia ante las debilidades y errores. No están dispuestas a sacrificar sus agendas y su comodidad por el bien del otro; no buscan maneras de ayudarse y motivarse; no se apresuran ni se ayudan el uno al otro a llevar las cargas de la vida en este mundo caído. ¿Cómo luce el verdadero amor en el matrimonio? ¿Cuáles son los sacrificios diarios que hace el amor? ¿Qué significa responder a tu cónyuge con misericordia? ¿Qué significa de manera práctica estar dispuesto a dar tu vida por la otra persona? ¿Cuáles son las características de un matrimonio amoroso?

5) Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

Celebrando al Creador, manejaremos nuestras diferencias con esperanza. Dios coloca los lirios junto a las rocas. Coloca los árboles junto a los ríos.

Hace que el sol brille después de una noche oscura. Hace los músculos de un león y las delicadas alas de un colibrí. Una de las maneras en que Dios establece la belleza es poniendo cosas que son diferentes una junto a la otra. ¿No es esto exactamente lo que Dios hace en el matrimonio? El pone personas muy diferentes una al lado de la otra. Es así como Él establece la belleza de un matrimonio. La luna no sería tan impactante si estuviese suspendida en un cielo blanco; de la misma manera, la impactante belleza de un matrimonio puede verse cuando dos personas muy diferentes aprenden a celebrar y beneficiarse de sus diferencias y a proteger sus debilidades cubriéndose con las fortalezas del otro.

6) Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

Vigilando y orando, trabajaremos para proteger nuestra relación. Pocas cosas son tan peligrosas en un matrimonio como el sentimiento de “haber arribado”. Cuando una pareja pierde un sentido sano de necesidad, los patrones de apatía y desconsideración crecen. La pareja ya no camina con el sentido de la enormidad de la tarea que ha asumido; ya no viven con la actitud compartida de su necesidad de la ayuda y la protección de Dios; dejan de estar atentos a las dificultades potenciales que pueden amenazar su unión. Su matrimonio ya no es protegido por la oración humilde.

Cada matrimonio requiere la intervención divina y la sabiduría divina. Cada pareja será llevada más allá de los límites de su carácter. Cada pareja necesitará fuerzas más allá de las que tienen. Ningún esposo y esposa pueden hacer lo fueron diseñados a hacer en el matrimonio sin asistencia. Una de las cosas hermosas que el matrimonio se supone que haga es alejarnos de los hábitos de la auto-dependencia para llevarnos a patrones de dependencia en Dios. ¿Qué significa tener en nuestro matrimonio patrones de “velar y orar”? ¿Cómo puede una pareja medir su potencial? ¿Cómo reconocemos las señales de un inminente peligro matrimonial?

Estos son las seis promesas de un matrimonio saludable. Con la práctica estos pueden convertirse en hábitos diarios. Ellos definen cómo admities diariamente tu necesidad y cómo haces de la continua reconciliación un estilo de vida en tu relación. Hay pocas cosas más dulces y hermosas que un matrimonio de largo tiempo en unidad, entendimiento y amor. Hay pocas cosas más profundamente desalentadoras y personalmente dolorosas que un matrimonio distante, frío y conflictivo. Hay pocas cosas más tristes que las parejas que se conforman con sobrevivir, que escogen la mediocridad o están

juntos pero prácticamente ya no esperan nada el uno del otro.

UNA MEJOR MANERA

No sucede con frecuencia, pero ésta era una de esas ocasiones. Lloré mientras escuchaba la historia. La tensión en el cuarto era increíble. Era imposible para Chad y María hablar entre ellos o uno acerca del otro sin enojo. Sentada frente al sillón de Chad, María nunca dejó de llorar. Ella estaba herida, pero llevaba en los archivos de su mente un registro detallado de las faltas que lo que hacía era profundizar su dolor. Chad era claramente un hombre que ya no aguantaba. Lo asombroso era que no había habido infidelidad, ni violencia entre ellos; tampoco había habido momentos decisivos de desavenencia. Chad y María simplemente habían cesado de trabajar en su matrimonio. Habían dejado de ponerle atención. Ya no tenían ninguno de los hábitos que este libro considerará. Este matrimonio de desaliento y desafecto se había formado a través de miles de pequeños momentos mundanos y casi imperceptibles.

Ninguno de los dos quería seguir casado. A ambos les aterraba levantarse por la mañana y enfrentar el día. Ambos apuntabas sus dedos y mantenían su lista egoísta de ofensas. Hubo un tiempo cuando se adoraban mutuamente, pero ese tiempo parecía como historia antigua. Ahora no había paz, mucho menos afecto. Pero yo no estaba desesperanzado porque Chad y María habían finalmente hecho una buena decisión. Habían buscado ayuda. Yo sabía que Dios cuidaba de ellos y nunca cerraría su oído a su clamor por ayuda. Seguramente había un largo camino que recorrer, pero lo recorreríamos juntos y experimentaríamos el nuevo comienzo que Dios había hecho posible en su Hijo, el Señor Jesús.

¿Y ustedes? Quizá nunca lleguen a la condición de María y Chad, pero tal vez en su corazón sepan que las cosas en su matrimonio no son lo que deberían ser. Ustedes saben que se han conformado con menos en lugar de esforzarse por más. Saben que en los pequeños momentos dicen y hacen cosas que ni los unen ni profundizan su amor. Saben que hay aéreas en las que están decepcionados, que hay momentos cuando desean que las cosas sean mejores. Saben que hay aspectos en los que se sienten estancados. No están seguros cómo se puede lograr un cambio pero desearían saberlo.

Los invito a sentarse conmigo, como Chad y María lo hicieron. Déjenme sostener frente a su matrimonio el más fiel espejo jamás hecho—la Biblia. Déjenme ayudarlos a ver con ojos y oídos nuevos y a invitarlos a abrir su

corazón y a extender humildemente sus manos para recibir ayuda. Déjenme animarlos a no sentirse satisfechos sino necesitados y hambrientos. No estoy seguro qué esperan que sea su matrimonio, pero puedo decirles con seguridad que como sea que esté hoy, puede ser mejor. Dios da a todos la bienvenida a un estilo de vida de gracia reconciliadora, donde los problemas son confrontados y donde suceden cambios y no repetimos los mismos errores una y otra vez. Siéntense. Tómense su tiempo. Dios está con ustedes y tiene algo mejor para su matrimonio.

Hemos dejado de hacer cosas que deberíamos haber hecho y hemos hecho cosas que deberíamos haber dejado de hacer.

LIBRO DE LA ORACIÓN COMÚN

Puesto que nada que intentemos es jamás sin falta, nada que procuremos es jamás sin error y no logramos nada sin alguna medida de límite e imperfección humana, somos salvos por el perdón.

DAVID AUGSBURGER

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

5.

SIENDO HONESTOS:

LA CONFESIÓN

Ellos nunca fueron honestos. Oh, eran hábiles para señalar uno al otro. Eran buenos para acusar, para poner excusas y para llevar la cuenta de los errores. No lo sabían, pero eran bastante hábiles en el hábito de la animosidad y la división. Era lógico que cuando vinieran a mí estuviesen desesperados. Uno no puedes revivir continuamente en el corazón las ofensas que percibes que alguien le hace y crecer en afecto hacia esa persona. No puedes argumentar diariamente que la persona con la que vives es la principal causa de las cosas malas que tú haces y querer estar cerca de ella. No puedes llevar contigo la evidencia detallada de lo que has sufrido en las manos de otro y tener esperanza de un futuro a su lado. Pero esto es lo que ellos hacían.

En un momento del cual he hablado muchas veces, ellos revelaron el estilo básico de su vida matrimonial, aunque no sabían que lo estaban haciendo. Yo había orado con ellos al inicio de la primera vez que nos juntamos y estaba tratando de encontrar una manera de hablar acerca de las cosas difíciles que se debían discutir. No creo que alguno de ellos tuviera mucha esperanza que yo pudiera decir o hacer algo que les ayudara, pero me lancé de todas maneras. Le pedí a cada uno que me dijera lo que pensaban que estaba mal en su relación. Fue un momento que nunca olvidaré, un momento de indecisión o reflexión. En el segundo en que mis palabras salieron de mi boca, ambos hablaron y dijeron una sola palabra – el nombre del otro.

En ese momento me quedé sin trabajo porque nadie buscaba nada en la habitación. Él estaba allí únicamente intentando con desesperación corregir a su esposa, y ella estaba allí intentando lo mismo. Sus ojos estaban firmemente enfocados el uno en el otro, completamente convencidos que su

mayor dificultad marital estaba a su lado en el sillón. Había poca conciencia de sí mismos. No había casi ningún compromiso con el auto examen. Habría sido muy alentador escuchar a uno de ellos decir, “sé que no soy perfecto, pero....” Ellos no llegaron ni siquiera allí, lo cual explica por qué ambos estaban estancados y sin esperanza. Estaban convencidos que habían cometido el error de casarse con una persona dañada; estaban convencidos que el uno había hecho al otro hacer cosas que de otra manera nunca habrían hecho y que no tenían el poder para hacer cambiar al otro aunque lo habían intentado. Estando sentado con ellos, recordé de nuevo que el desaliento es una manera de ver, no una forma de ser.

Desde entonces me he preguntado muchas veces cuantos matrimonios están de alguna manera, estancados en este mismo ciclo. Quizás el ciclo de culpabilidad es más sutil, y el desaliento no se arraigado, pero el sistema ya está en su lugar. La pareja está estancada en un ciclo donde se repiten las mismas cosas una y otra vez ellos regresan a los mismos malos entendidos; reiteran los mismos argumentos, cometen los mismos errores. Una y otra vez y las cosas no se resuelven. Noche a noche van a la cama con nada reconciliado; se despiertan con el recuerdo de otro mal momento y se encaminan hacia la próxima vez que el ciclo habrá de repetirse. Todo se vuelve predicible y desalentador. Odian el ciclo. Desearían que las cosas fueran como antes. Sus mentes oscilan entre la nostalgia y la decepción. Quieren que las cosas sean diferentes, pero no saben cómo escapar y no están dispuestos a hacer lo que se necesita para que el cambio suceda – confesar.

Se dicen a sí mismos que todo mejorará. Prometen que pasarán juntos más tiempo. Prometen que orarán juntos un tiempo cada día por la mañana. Deciden pasar juntos más tiempo fuera de casa. Prometen que hablarán más. Pero no pasa mucho tiempo antes de que todas las promesas se desvanezcan y ellos vuelvan al mismo lugar. Todos sus esfuerzos por cambiar han sido estorbados por lo que no están dispuesto a hacer; dejar de enfocarse en el otro y enfocarse en sí mismos. Aquí está el punto: ningún cambio acontece en un matrimonio que no comienza con la confesión.

La confesión es la puerta de entrada al crecimiento y al cambio en tu relación. Es esencial. Es fundamental. Sin ella ustedes están relegados a un ciclo de repetición y profundización de los malentendidos, errores y conflictos. Pero con la confesión, el futuro es radiante y esperanzador, no importa cuán grandes sean los problemas que estén enfrentando.

LA GRACIA DE LA CONFESIÓN

1) Es la gracia para distinguir entre lo bueno y lo malo.

El cambio implica que al ponerte bajo una norma descubras con insatisfacción lo lejos que estás de cumplirla y busques la gracia para acortar la distancia de dónde estás hacia donde necesitas estar. Santiago comparo la Palabra de Dios a un espejo (Santiago 1:22-25) en el cual podemos mirarnos a nosotros mismos como realmente somos. Es imposible enfatizar demasiado cuán importante es esto. Un diagnóstico correcto siempre precede una cura efectiva. La única manera de saber que una madera es demasiado corta es cuando la mides con una regla. La única manera de saber que la temperatura de tu casa es demasiado caliente es porque tiene un instrumento para medir llamado termostato. La única forma de saber que tus llantas tienen suficiente aire es porque puedes usar un calibrador que mide la presión exacta del aire. La Biblia es el instrumento supremo de Dios para medir. Está diseñada para funcionar en nuestras vidas como una regla de medida. Podemos ponernos nosotros mismos y nuestros matrimonios frente a ella y ver si nos ajustamos a las normas de Dios. La Palabra de Dios es uno de los regalos de gracia más dulces, tener los ojos abiertos para verla claramente y el corazón abierto para recibirla voluntariamente son señales seguras de la gracia de Dios.

2) Es la gracia para entender el concepto del pecado que aún habita en nosotros.

Una de las más tentadoras falacias para nosotros – y cada ser humano en este mundo caído – es creer que nuestro más grandes problemas existen afuera, no adentro de nosotros. Es fácil caer en esta forma de pensar porque tenemos mucho material con el cual trabajar. Vivimos en un mundo quebrado donde las cosas no operan como debería ser. Cada día está lleno con dificultades y obstáculos de alguna clase. Vivimos con gente defectuosa y nuestras vidas son complicadas por sus defectos. A pesar de esto, la Biblia nos llama a confesar humildemente que el problema más grande, profundo y permanente que enfrentamos está adentro, no afuera de nosotros. La Biblia tiene un nombre para ese problema – pecado. Puesto que el pecado es egocéntrico y auto-complaciente, es antisocial y destructivo para nuestras relaciones. Es aquí hacia donde esto se dirige: requiere que cada uno de nosotros diga que nuestros más grandes problemas maritales existen dentro de nosotros, no fuera de nosotros.

Tú sabes que posees la gracia cuando puedes decir, “mi más grande

problema marital soy yo.” Es fácil señalar con el dedo. Es fácil culpar. Es una bendición reconocer que llevas dentro de ti tu propio Judas personal que te traicionará una y otra vez (lee Romanos 7), y es alentador saber que no estás solo en tu lucha con el pecado.

3) Es la gracia para tener una conciencia que funciona bíblicamente.

Muchos matrimonios viajan en una carretera de una sola vía y en la dirección equivocada. Es la dirección de un corazón endurecido. Déjenme explicar esto. Durante el cortejo nos preocupamos mucho por ganarnos a la otra persona, así que nos esforzamos por ser amorosos, corteses, serviciales, respetuosos, dadivosos, perdonadores y pacientes. Nunca se nos ocurriría hacer nada descortés o rudo. Siempre estamos pensando en la otra persona, en lo que siente, lo que desea y lo que necesita. Encontramos deleite en hacerla feliz. Buscamos maneras de expresar nuestro amor. Pero después de la ceremonia, el matrimonio con frecuencia da vuelta y comienza a moverse en otra dirección. Tal vez es porque ahora ya tenemos a la persona y no necesitamos más ganárnosla. Tal vez es porque comenzamos a dar por hecho la relación que Dios nos ha dado. Cualquiera que sea la razón, comenzamos a bajar la guardia. Cesamos de ser atentos. El egoísmo comienza a reemplazar el servicio. Poco a poco, nos permitimos hacer y decir cosas que nunca se nos habría ocurrido pensar o hacer durante el cortejo. Progresivamente nos volvemos menos dadivosos, menos pacientes, y menos perdonadores. Comenzamos a cuidar más de nosotros que de la otra persona. Tal vez es algo tan pequeño como esperar que el otro limpie nuestro desorden o (sí, lo voy a decir) soltar una flatulencia en la cama. Pero éstas no son cosas pequeñas; son signos de algo destructivo y peligroso que está pasando. Al principio, cuando hacemos estas cosas rudas y egoístas nuestra conciencia nos afecta, pero no pasará mucho tiempo antes de que nuestro corazón se endurezca y nuestra conciencia ya no nos moleste más.

Es como el hombre desamparado de la calle. Tú lo miras y te preguntas cómo es posible que pueda soportar vivir tan sucio. Te preguntas por qué no teme el maltrato o la vergüenza por su condición. Puedes estar seguro que él una vez sintió esas cosas, pero en su lucha por sobrevivir se ha endurecido. Ya no le molesta más. Muchos matrimonios viajan por un camino similar. Es la triste ruta de un endurecimiento progresivo del corazón. Yo me he sentido ofuscado por la manera en que algunas parejas se tratan el uno al otro sin ninguna aparente punzada de conciencia o vergüenza mientras se sientan conmigo en busca de ayuda. Es una capacidad perversa que todos los

pecadores tenemos – llegar a sentirnos progresivamente cómodos con las cosas que deberían alarmarnos, afligirnos y avergonzarnos.

Es una señal de la gracia de Dios cuando nuestras conciencias son sensitivas y nuestros corazones se afligen, no por lo que otras personas hacen, sino por lo que nosotros hemos llegado a ser. Esa sensibilidad es la puerta de entrada a un cambio real y permanente. El cambio siempre comienza cuando nos sentimos insatisfechos, y la insatisfacción personal siempre comienza con una conciencia que es sensitiva a lo malo. De aquí viene un deseo por el cambio y una inquietud que nos hace buscar ayuda, de Dios y de otros, lo cual es requerido por el cambio.

4) Es la única gracia que nos protege de nuestra justicia propia.

Este es el otro lado de la moneda. Es importante entender la dinámica que opera tan sutil pero destructivamente en nuestra relación. Puesto que todos sufrimos en algún grado de la ceguera espiritual personal – es decir, no nos vemos a nosotros mismos con precisión – y porque tendemos a ver la debilidad y las fallas de nuestro cónyuge con más precisión, comenzamos a pensar de nosotros mismos como más justos que nuestro esposo o esposa. Cuando hacemos esto, y en alguna manera todos lo hacemos, se nos hace difícil pensar que somos parte del problema en nuestro matrimonio y aceptar la crítica amorosa y correctiva de la otra persona. Esto significa que no es solo la ceguera la que nos evita cambiar, sino también el concepto de nuestra propia justicia. Si estamos convencidos que estamos bien, no deseamos el cambio ni la ayuda que lo puede producir.

1 Juan 1:8 dice “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.” El engaño de la justicia personal es un enorme muro en el camino del cambio marital. Es así como trabaja: el esposo se ve a sí mismo como justo y ve a su esposa como una pecadora necesitada de ayuda; y la esposa se ve a sí misma como justa y ve a su esposo como un pecador necesitado de ayuda. Así, ninguno siente la necesidad de un cambio personal. Cada uno se torna más insatisfecho, impaciente y amargado, mientras la condición del matrimonio se empeora. ¡Pero hay esperanza! La gracia hace menguar la auto-justicia, abre los ojos y suaviza nuestros corazones, profundiza nuestro sentido de necesidad y nos confronta con nuestra pobreza y debilidades. La gracia nos hace correr en busca de ayuda y nos recibe con brazos abiertos cuando venimos. Cuando un esposo y su esposa dejan de discutir sobre quién es el más justo y comienzan

a afligirse por su respectivo pecado, puedes saber por seguro que la gracia ha visitado ese matrimonio.

5) Es la gracia para vernos a nosotros mismos tal como somos.

Vernos a nosotros mismos realísticamente es lo opuesto de la justicia propia. Yo he visto con asombro esposos enojados asegurando con enojo que no están enojados. Me ha sorprendido ver a esposos y esposas manipuladores manipulando una conversación para convencerme de que no son manipuladores. He visto a una esposa amargada rehusando amargamente el pensamiento de que podría estar amargada. He escuchado a hombres y mujeres que se creen justos declarando que no se creen justos. He escuchado a gente egoísta demandando egoístamente no ser vistos como egoístas. En cada caso, ellos escuchaban lo que yo les decía y luego me expresaban su evidencia de que mi veredicto era erróneo. No era simplemente que estaban rechazando mirarse a sí mismos (aunque esto también era verdad). Era que cuando se miraban a sí mismos, simplemente no veían lo que yo veía.

Esto es lo que sucede como resultado. Puesto que el esposo está convencido de que él está en lo correcto y su esposa no, él no siente la necesidad de mirarse o examinarse a sí mismo. Eso lo deja solo con una conclusión, que los problemas en el matrimonio son culpa de su esposa. Así que él la vigila con más vigilancia y puesto que ella es menos que perfecta, él acumula más y más “evidencias” para apoyar su visión de los problemas matrimoniales. Cada día él se convence más de que su esposa es la que necesita cambiar, no él. En lugar de estar afligido por las debilidades y egoísmo de su propio corazón, él encuentra más y más difícil lidiar con las de ella. Él lucha por ser paciente con ella y secretamente desearía que ella fuese como él. Esta actitud es peligrosa para cualquier relación, pero especialmente es devastadora para la salud de un matrimonio.

Muchas personas casadas son como el fariseo en el templo, quien agradecía a Dios que no era como los pecadores alrededor de él. Ellas necesitan la gracia de un auto examen correcto. Pocas cosas evitan cambios en un matrimonio más que un concepto equivocado acerca de nosotros mismos. Pocas cosas son más necesarias que ojos para vernos a nosotros mismos con claridad y exactitud.

6) Es la gracia para estar dispuesto a escuchar y considerar la crítica y la reprensión.

Es difícil vernos a nosotros mismos con claridad y es duro aceptar lo que

vemos cuando lo hacemos. Es tan fácil ser defensivo. Todos llevamos dentro de nosotros un abogado que se activa fácilmente y se levanta de inmediato para defendernos. Todos hemos estado en uno de esos momentos cuando alguien nos señala algún error y aunque no lo digamos audiblemente, comenzamos a defendernos en silencio contra lo que se nos dice. Mientras se nos señala la evidencia de nuestra necesidad de cambiar, nosotros organizamos evidencias de que no somos la persona que ellos alegan que somos. Se necesita gracia para estar listos a escuchar y deseosos de oír. Se necesita gracia para aquietar nuestra mente, enfocar nuestra atención y establecer nuestro corazón para que podamos recibir la ayuda que Dios nos ofrece en ese momento de inesperada confrontación.

Aun las palabras que usamos para describir este tipo de conversación conllevan una connotación negativa. Palabras como *reprensión*, *crítica*, *exhortación* y *confrontación* no representan una situación que nosotros disfrutaríamos, pero apuntan a algo que es esencial para un matrimonio saludable. Es algo que he discutido en otros escritos. Las relaciones saludables tienen dos cualidades esenciales de carácter. Primero, *la humildad de accesibilidad*. Cuando ambas personas se salen de detrás de su muro protector y se abren a las perspectivas y ayuda de otros, cada individuo – y sus relaciones – tendrán una oportunidad para crecer y cambiar. La segunda es *el coraje de amar honestamente*. Nosotros no solo nos defendemos de la opinión de otros, sino que evitamos los momentos incómodos dejando de decir lo que hay que decir. Por el temor al desacuerdo, la tensión y el rechazo, escogemos callar acerca de cosas que, si se hablan en amor, podrían ser usadas para traer una nueva visión a unos y a otros y un nuevo comienzo a la relación.

Solo cuando nuestra confianza es en el Señor, es decir, en su constante ayuda y perdón, somos capaces de avanzar hacia la luz, sin temor de lo que tengamos que enfrentar. Cuando creamos realmente que su gracia ya ha cubierto todo lo que tengamos que confesar y nos ha dado el poder para todo cambio al que nos tengamos que someter, no temeremos vivir en matrimonios que son abiertos y honestos.

7) Es la gracia para no ser paralizados por el remordimiento.

Estoy persuadido que el temor al remordimiento evita que enfrentemos lo que necesitamos enfrentar. La confesión no solo nos llama a mirarnos a nosotros mismos en el presente, sino a ir al pasado. Si eres un esposo que ha estado

casado por siete años y estás comenzando a enfrentar el hecho de que eres un hombre iracundo, tienes que estar dispuesto también a mirar el fruto que tu ira ha producido todos estos años. Si eres una esposa amargada quien en tu amargura te has retraído a una concha protectora, tienes que enfrentar no solo tu presente estado de retraimiento sino cómo tu amargura ha impactado a la gente a tu alrededor. Es suficientemente duro considerar nuestras debilidades y errores presentes. Pero es aún más duro considerar el fruto que esas debilidades y errores han producido a través de los años. Así que, en lugar de entregarnos a la tentación de correr y escondernos, necesitamos correr hacia donde se puede encontrar la ayuda.

Tal vez el más brillante y maravilloso compromiso de nuestro Redentor es capturado en estas palabras de Apocalipsis 21:5: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.” *Nueva* es la palabra operativa para lo que Dios está buscando hacer en ti y en tu matrimonio. Ustedes no están estancados. No están atados a los deslices del pasado. No están condenados a pagar por siempre por sus errores. La obra de Dios está en la obra de renovación. Él envió a su Hijo a la tierra para hacer posible un cambio real y permanente. Dios ha hecho posible empezar de cero y comenzar de nuevo. La reconciliación puede suceder. La restauración puede ser real. Lo que se ha roto puede ser sanado. La mala hierba de los caminos viejos puede morir y las flores de un nuevo y mejor camino pueden crecer en su lugar. Dios no nos llamará a enfrentar nuestra cosecha sin darnos lo que necesitamos para enfrentarla, y no nos llamará a plantar las nuevas semillas de un mejor camino sin darnos la sabiduría y la fuerza para hacerlo. Cuando enfrentemos el remordimiento, envolvámonos en el perdón y volvámonos a vivir una vida nueva, tomando posesión del poder que nos pertenece como hijos de Dios.

8) Es la gracia para conocer que podemos enfrentar nuestros errores porque Cristo ha tomado nuestra culpa y vergüenza.

Este punto toma de los temas previos pero necesita su propia atención. Es significativo observar que las primeras dos cosas que Adán y Eva hicieron después de desobedecer a Dios fue cubrirse y esconderse. Por primera vez, experimentaron vergüenza y culpabilidad. Temieron ser descubiertos y juzgados, y aunque trataron de atribuirle la culpa a alguien más, estaban jugando un juego de tontos. Culpar a otros no aquietó sus corazones. No les trajo paz. Lo que habían hecho trajo sobre ellos vergüenza y culpa en relación a Dios. Es importante entender que la vergüenza y la culpa no fueron solo experiencias psicológicas o emocionales; fueron reales y tuvieron que lidiar

con eso.

Lidiar con nuestra culpa y vergüenza es de lo que se trata la Biblia. Es acerca de la redención, es decir, el pago de una deuda de culpa y vergüenza que tiene que ser pagada. Ese pago fue hecho en la cruz. Jesús tomó nuestra vergüenza, colgado públicamente entre criminales. Él llevó nuestra culpa tomando nuestro pecado sobre sí y pagando el precio que había que pagar por ello – la muerte. Él hizo esto aun cuando no era culpable ni tenía de que avergonzarse porque era un hombre perfecto. Él no hizo esto por sí mismo; cada acto en todo este proceso fue substitutivo, fue hecho por nosotros. ¿Para qué? Para que la culpa y la vergüenza no se apoderaran de nosotros; para que en el denuedo de la fe celebratoria dejáramos de escondernos, cesáramos de excusarnos, desistiéramos de culpar a otros, y renunciáramos a estarnos defendiendo. Para que ya no tuviéramos miedo de decir, “tienes razón, yo estoy mal y necesito que me perdones.” Para que pudiéramos decir, “sé que lo arruiné todo anoche, pero estoy dispuesto a ser mejor.” Para que pudiéramos decirnos el uno al otro, “necesito tu ayuda. Yo no siempre me veo tal como soy. Si tú ves algo mal en mí, te permito que me ayudes a verlo también.” Para que pudiéramos mirar nuestros matrimonios y no pretender que son perfectos, sino celebrar el hecho de que, a través de los años, hemos dado varios pasos importantes para acercarnos a lo que Dios nos llamó a ser y a lo que designó que nuestro matrimonio sea.

Como ves, la confesión no debe ser esa cosa temible que tratamos de evitar a toda costa; y el pecado, las debilidades y los errores no deberían ser el constante elefante en el cuarto que los esposos y esposas saben que está allí pero no quieren hablar de ello. La confesión debería ser vista como un maravilloso regalo que cada matrimonio necesita. Debería ser liberador. No debería ser visto como un momento de pérdida, sino como una oportunidad para una ganancia personal en nuestra relación. Nuestra confesión debería ser impulsada por un profundo aprecio y gratitud hacia Dios, quien ha hecho posible para nosotros no tener más miedo a ser expuestos. Por causa de lo que Jesús ha hecho por nosotros, no deberíamos tener que esconder o excusar nuestras fallas. Somos libres de aparentar que somos perfectos, cuando en lo profundo de nuestro corazón sabemos que no lo somos. Hemos sido liberados de tener que negar nuestras dificultades. Podemos ver a los problemas cara a cara con esperanza y coraje porque Cristo ha hecho posible el cambio verdadero, permanente y personal en las relaciones. Comenzar de nuevo de manera fresca realmente sucede y puede ser nuestra experiencia. ¿Se está

beneficiando tu matrimonio de la libertad de confesión?

LOS HABITOS DIARIOS DE UNA VIDA DE CONFESIÓN

¿Cómo luce tomar en serio la gracia de la confesión, dejar de hacerse de la vista gorda y hacer de la admisión honesta de los errores el hábito regular de un matrimonio? Bueno, aquí están los hábitos de la confesión como estilo de vida.

1) *Seremos amorosamente honestos.* La confesión requiere honestidad. Requiere la disposición a confrontar al otro cuando ha actuado o hablado de una manera que Dios dice que es errónea. Tenemos que comprometernos a lidiar con esos asuntos de una manera que sea motivada por un amor como el de Cristo. Esto significa que antes que podamos hablarle a otros de los problemas de su corazón necesitamos tratar con el dolor, la cólera y la amargura del nuestro. Recuerda, la verdad no hablada en amor cesa de ser útil porque el mensaje es tergiversado y distorsionado por otras emociones y agendas humanas. Cuando nos acercamos a nuestro cónyuge, estamos buscando ayudarlo a ver lo que Dios quiere que vea. Recuerda, no podemos confesar lo que no vemos.

2) *Seremos humildes cuando seamos confrontados.* La humildad, cuando somos confrontados por el otro, significa la disposición a considerar. Significa aquietar ese ruido de fondo que brota de nuestro sistema de defensa interno. Significa recordar que no hemos arribado, que aún somos pecadores diariamente necesitados de la gracia y que en el momento de la confrontación estamos siendo amados por nuestro Redentor. La humildad significa la disposición a mirar en el espejo de la Palabra de Dios y regocijarnos en que cualquier cosa que veamos ya ha sido cubierta por la sangre de Jesús.

3) *No pondremos excusas.* Es un impulso tan típico en todos nosotros: alguien señala nuestra falta y de inmediato nos llenamos de una visión alternativa que nos sitúa bajo una diferente luz. Rehusar poner excusas significa resistir la urgencia de levantar argumentos para nuestra justificación. Significa rehusar darle vuelta a las cosas para que el otro sepa que no somos los únicos pecadores en la habitación.

4) *Estaremos prestos a admitir nuestro error.* Hay pocas cosas que contribuyan más a la salud de un matrimonio que el compromiso a mantener las cuentas cortas. Rehusamos hacer malos gestos. Rehusamos vivir en el silencio del dolor, el enojo y la venganza. Cuando hemos errado seremos prontos a buscar el perdón y la reconciliación. Si hemos sido ofendidos,

seremos prontos en acercarnos al otro y amorosamente ayudarle a ver lo que ha dicho y hecho. Nos acercaremos en un espíritu de perdón y esperanza. Rehusaremos dejar que “el sol se ponga sobre nuestro enojo” (Efesios 4:26).

Ahora, cuando te ajustas a esto comienzas a experimentar la belleza de una relación que no tiene razón para mantener un registro de los errores ni clósets llenos de maletas emocionales del año pasado. De manera que mientras antes acostumbrabas esperar días para hablar sobre las fallas en tu matrimonio, ahora te mueves rápidamente para resolver los problemas, pues has experimentado la belleza del perdón, la reconciliación y el amor tierno que produce un estilo de vida basado en la confesión.

5) *Escucharemos y examinaremos.* Cada uno de nosotros tiene que trabajar para aquietar las emociones y auto justificación del corazón. Al ser confrontados, necesitamos auto obligarnos a escuchar con claridad y pensar con cuidado. Esto significa esforzarse por entender y considerar. Significa tomar la luz que se nos da a través de las palabras de nuestro cónyuge y dejar que nos alumbre, estar dispuestos a ver lo que se relaciona con nosotros que no hemos visto nunca antes. Cambiar no es solo admitir el error; se trata de crecer progresivamente en el conocimiento de nosotros mismos. Se trata de desarrollar una mayor percepción de las debilidades y fortalezas de nuestro matrimonio. Se trata de estar preparados, dispuestos y expectantes para aprender nuevas cosas acerca de nosotros mismos y nuestro matrimonio que nos guiarán a un crecimiento y cambio permanentes.

6) *Recibiremos la confesión animando a la persona.* Pocas cosas sofocan más rápido una vida entregada a la confesión que el recibir juicio. Es una tendencia en cada pecador querer que la persona que nos lastimó, sienta el mismo dolor que nosotros hemos sentido. Queremos que el otro sienta también el aguijón. Nada alienta el ánimo de la confesión más que la gracia. Si Dios fuera solo un juez, nadie le confesaría nada. Es su bondad la que nos guía al arrepentimiento. Su amor nos atrae. Su gracia nos alienta. Su paciencia nos da esperanza. Por eso acudimos a Él, no nos alejamos de Él. Cuando recibimos la confesión con la misma gracia que hemos recibido del Señor, le damos al otro mucho más coraje y esperanza para confesar.

7) *Seremos pacientes, perseverantes y considerados al enfrentar el mal.* Lo cierto es que el cambio con frecuencia es más un proceso y raramente es un evento. El cambio sucede caóticamente. Viene sin previo aviso en altas y bajas. No es que un día despertamos y decimos, “Bueno, creo que voy a

provocar toda clase de cambios hoy.” El cambio es provocado en nosotros por nuestro perseverante Redentor quien no se hará atrás de la obra que ha comenzado, tanto en el esposo como en la esposa. Él pondrá en nosotros la necesidad de cambio en los momentos más importunos. No se someterá a nuestro horario u agenda y no ha prometido que el cambio será placentero cada vez que suceda o que será un proceso cómodo a largo plazo. Él ha prometido estar cerca de nosotros, dándonos todo lo que necesitamos, y ha garantizado que seremos más de lo jamás pensamos que podríamos ser. (Él no cesará de trabajar hasta que seamos como Jesús. ¡Eso es una meta!). Por eso nos llama a ser pacientes. Nos invita a estar dispuestos a esperar. Nos llama a continuar aun cuando sea difícil, y mientras, a que veamos de qué manera podemos encarnar su amor transformador.

8) *No regresaremos al pasado.* Tristemente, muchos matrimonios son rehenes del pasado. Cada discusión por algún error presente cae presa de las fallas y heridas del pasado. Sin realmente darse cuenta, las parejas caen en un patrón desolador y desalentador de tener la misma conversación una y otra vez. Eventualmente llegan al punto donde simplemente ya no quieren hablar más; cada conversación sirve solo para recordarles cuán mal están las cosas y cuánto tiempo han estado así.

Así que establecemos un patrón de cuentas cortas donde un ciclo diario de confesión, perdón y reconciliación arregla los problemas, aliviando cualquier necesidad de abordarlos otra vez. Y resistiremos, en momentos de dolor y cólera, resucitar lo que ya hemos resuelto.

9) *Pondremos nuestra esperanza en Cristo.* La confesión se trata de esperanza. Primero, nos guía inevitablemente a dejar de esperar en nosotros mismos. Nos llama a abandonar toda confianza en nuestra propia sabiduría, justicia y fortaleza. Nos invita a admitir cuán débiles, egoístas, necesitados, variables y rebeldes somos en realidad. Nos confronta con la realidad de que aún somos gente con una profunda y diaria necesidad de ser rescatados. Sí, hemos crecido, pero el pecado aun vive dentro de nosotros, desviando nuestros deseos y distorsionando nuestras acciones. De manera que deponemos la esperanza en nosotros mismos, y echamos manos de una nueva y más brillante esperanza. Esta esperanza se halla en la cruz de Jesucristo. Él vino a la tierra y vivió la vida perfecta que nosotros no podemos vivir. Él vino a ser el cordero perfecto para el sacrificio, tomando nuestros pecados sobre sí mismo, satisfaciendo la ira del Padre y comprando nuestro perdón. Él sufrió el rechazo de su Padre para que nosotros pudiéramos ser aceptados.

Luego se levantó de la tumba, derrotando la muerte y haciendo una realidad la esperanza de la vida eterna. Pero, te preguntarás: ¿Qué tiene que ver esto con el matrimonio? ¡Todo!

Cuando la sombra de la cruz se proyecta sobre nuestro matrimonio, vivimos y nos relacionamos de diferente manera. Ya no tememos mirarnos a nosotros mismos ni nos sorprende nuestro pecado. Ya no tenemos que esforzarnos por parecer justos. Le decimos adiós a la acusación y a la auto-justificación. Abandonamos nuestro registro de errores. Arreglamos los problemas rápidamente. Y hacemos esto porque sabemos que todo lo que necesitamos confesar ya ha sido perdonado, y lo que necesitamos para cada nuevo paso que tomaremos ya ha sido suplido. Podemos vivir en la luz liberadora de la humildad y la honestidad; ambos nos vemos como necesitados y sensibles pecadores que ya no se defienden ni temen, sino que crecen juntos en su cercanía mutua a medida que también crecen para ser más como Él.

¿Quién no quiere un matrimonio así?

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

6.

CANCELANDO DEUDAS

Estábamos muy cargados. Tomábamos nuestras deudas muy seriamente. Luella acababa de dar a luz a nuestro segundo hijo y no teníamos los medios para pagar el enorme recibo. Nuestra pequeña iglesia estaba luchando por pagarnos y había encontrado inesperados gastos de auto y casa. Fue un período difícil en el que nos preguntábamos si tendríamos suficiente comida para la comida de nuestros niños. Entonces recibimos la llamada del hospital. Yo no quería responderla pero sabía que debía hacerlo. Mientras caminaba hacia el teléfono anticipaba lo que me dirían. Esperaba las amenazas y la culpa. La única cosa que me dio paz fue que sabía que no podían recobrar a nuestro hijo recién nacido.

La voz de la mujer que llamó era más amistosa de lo que había pensado. Me pregunto cómo estaba. “¿Cómo estoy?” Pensé. ¿Cómo piensa que estoy? Estoy presenciando mi ejecución económica y usted me pregunta ¿Cómo estoy?” Pero, en lugar de decir lo que pensaba, murmuré alguna clase de no-respuesta. Entonces ella dijo, “tenemos un programa de asistencia para familia como la suya; usted califica, y hemos decidido cancelar su deuda. (Nosotros tuvimos que pagar algunos gastos menores.) ¡No podía creer lo que estaba oyendo! Sentí como si hubiesen quitado una roca de mi pecho. No puedo expresar el gozo y la gratitud que inundó mi corazón. Después de llorar juntos, Luella y yo comenzamos a darnos cuenta que la cancelación de la deuda no solo nos había quitado una carga del pasado, pero que había cambiado nuestro futuro financiero. Ahora tendríamos que luchar, pero sin la carga de esta deuda pendiendo sobre nosotros cada día.

¿Por qué les he contado esta historia de gracia y provisión de Dios? Porque habla poderosamente a los matrimonios de quienes leen este libro. Los matrimonios saludables son saludables porque los esposos hallan gozo en la cancelación de deudas. No puedo pensar de un ingrediente más esencial en el matrimonio que el perdón. Sin embargo, el perdón no siempre es atractivo. El perdón es difícil y costoso. Te empuja hasta los límites de tu fe. Te tentará a temer y dudar. Pero cuando se otorga perdón y se cancelan las deudas, lo que

se gana es mucho más grande que lo que cuesta.

“NO CREO QUE SEA CAPAZ DE PERDONARLO JAMAS”

“No creo que sea capaz de perdonarlo jamás” – estas fueron la primeras palabras que le escuché decir. A ella se le salieron en medio de sus sollozos, y estaba convencida que no había manera que fuese capaz de perdonarlo por lo que había hecho. Yo creía que estaba a punto de escuchar una historia de abuso en serie o de traición, pero no fue así. Lo que oí me sorprendió.

Serena dijo, “Jairo es básicamente un buen hombre. Trabaja duro, nos provee bien y ama nuestros niños.” Yo era un joven pastor y estaba confundido, no solo por su historia, sino porque realmente no entendía la importancia y la dinámica del perdón. En los años venideros aprendí lo esencial del perdón, no aconsejando parejas sino en momentos de dolor y gracia en mi propio matrimonio.

Con gracia traté de ayuda a Serena a contar su historia. Ella y Jairo se habían conocido en la universidad, se habían enamorado locamente y se habían casado entre su segundo y tercer año de estudios. Decidieron que tenían que terminar sus estudios, así que solo podrían trabajar a tiempo parcial. Antes de que pasar el primer año, ya tenían su primer niño. Ninguno de los dos era lo suficiente maduro emocional o espiritualmente para lidiar bien con lo que tenían en sus manos. No solo eran dos pecadores casados uno con el otro, sino dos pecadores inmaduros casados uno con el otro. Tenían dificultades tratando de entenderse y expresaban precipitadamente su irritación. Jairo comenzó a acusar a Serena de ser egoísta y de estar permanentemente insatisfecha. Serena veía a Jairo como distante y exigente. No tuvieron peleas de tirarse en el suelo o arrastrarse, pero su comunicación era mayormente negativa y su tensión, aunque de bajo nivel, siempre estaba flotando en el aire. Diariamente había problemas que no se resolvían y pequeños momentos de malos entendidos, dolor y cólera. Una y otra vez, terminaban el día en un silencio decepcionante, entonces se iban a dormir mientras repasaban en su mente los errores del otro. La lista se alargaba y la carga se hacía más pesada.

A través de los meses y los años, esos momentos se convirtieron en patrones de pecado y juicio que ninguno parecía tener el interés o la capacidad de quebrar. Ambos se aferraban a su lista de errores sobre el otro como si fuese una valiosa posesión heredada. Lo que al principio los había lastimado ahora tenían miedo de soltarlo. Ambos se defendían de las

acusaciones sacando su preciosa lista de las cosas malas que el otro había hecho a través de los años. Estas confrontaciones nunca avanzaban hacia la reconciliación. Cada plática parecía incrementar el peso de la carga y engrosar los muros de sus defensas.

Pero sucedió algo más que fue devastador para su matrimonio. No fue que se pelearon físicamente ni que alguno de ellos fue infiel. No, lo que sucedió fue progresivo y sutil, pero dejó sin vida su matrimonio. Ellos se habían gustado en un tiempo y te dirían que aún se gustaban; pero no era así. Había muchas más cosas acerca de Jairo que a Serena le disgustaban que las que le gustaban. De hecho, cuando Serena hablaba de manera positiva sobre Jairo, era sobre historias viejas. Y era duro para Jairo decir algo bueno sobre Serena sin minimizarlo con historias negativas y calificaciones irritadas.

¿Por qué había sucedido esto? Porque los patrones de pecado y fallas no eran acompañados por patrones de confesión y perdón; lo que había quedado era la compilación de los errores del otro. Así que, lo que meditaban uno respecto al otro era mayormente negativo. En sus mentes se veían diariamente a través de los lentes de sus fallas y así se olvidaban progresivamente de lo que era bueno en el otro. Esto simplemente hacía más fácil el enojo y la irritación. Eran una pareja en guerra, y ambos estaban abrumados por la carnicería diaria de la batalla.

Fue un amigo de Serena quien le rogó que buscara ayuda. La salida sería simple, pero el costo sería grande.

LA COSECHA DE LA FALTA DE PERDÓN

La Biblia es muy clara: cuando siembras, cosecharás (Gal. 6.7). En un matrimonio, cosechas lo que previamente has sembrado y siembras lo que alguna vez cosecharás. Jairo y Serena no estaban experimentando dificultades misteriosas. Tristemente, estaban cosechando lo que habían sembrado por años. Déjenme mostrarles las dañinas etapas de la cosecha de la falta de perdón. Estoy profundamente convencido de que el matrimonio de incontables parejas está siguiendo de alguna manera este rumbo.

1. Inmadurez y Error

Los que se casan no solo son pecadores sino que la mayoría entran al matrimonio bastante jóvenes, ingenuos e inmaduros. Típicamente, en los primeros años de matrimonio hacen cosas tontas, egoístas y pecaminosas – cosas que ninguno pensó que haría. En su sorpresa y dolor dan lugar a la acusación, la culpa, el juicio y el castigo en lugar de recurrir a una honesta

confrontación, a la confesión y al perdón. Lo que fallan en comprender es que no solo están respondiendo pobremente al momento presente sino que están comenzando a establecer una dirección para su matrimonio. Cada acto egoísta seguido por una respuesta amarga daña los afectos que tienen el uno por el otro y la unidad que deberían disfrutar.

2. Caer en Patrones de Acomodamiento

Puesto que la confrontación, la confesión y el perdón son trabajo duro, es mas fácil darle lugar a deseos inferiores. Es mas fácil quejarse y retirarse, repasar en tu mente los errores del otro, compilar tu lista, gritar con cólera y amenazar. Muchas parejas caen en cómodos pero destructivos patrones en su relación. Mientras tanto, el afecto entre ellos se debilita y la distancia se ensancha.

3. Establecer defensas

En lugar de crecer como resultado de una vida de honestidad y perdón saludables, muchas parejas aprenden desde el inicio de su matrimonio a levantar muros de defensa contra las irritadas acusaciones del otro. Las parejas pronto aprenden que la mejor defensa es la ofensa, así que atajan las crecientes críticas de su cónyuge acudiendo a la lista que han compilado y recordándole cuán imperfecto o imperfecta es y cuán difícil es vivir a su lado. Esta combinación de auto justificación (convencernos que nosotros no somos el problema) y de acusación (decirle a nuestro cónyuge que él o ella es el problema) imposibilita la relaciones. No nos unimos buscando defender nuestro matrimonio contra ataques; más bien nos estamos viendo como adversarios y levantando muros de defensa el uno contra el otro.

4. Fomentar el Descontento

Puesto que los esposos se permiten meditar en lo que está mal con el otro en lugar de celebrar lo bueno que Dios ha hecho en y a través de él o ella, su perspectiva se vuelve cada vez más negativa. Los seres humanos se mueven, no por lo que les sucede en su experiencia sino por su interpretación de lo que les sucede, por eso esta evaluación negativa integral se convierte en el lente interpretativo con el cual se ve al cónyuge. Así, lo que antes no veían como negativo, ahora lo interpretan negativamente. He aconsejado a muchas parejas que simplemente ya no se gustan. De hecho, he tenido esposos y esposas que me dicen lo duro que les resulta recordar qué les atrajo de la otra persona al principio.

5. Agobiarse

Llega un momento en el que vivir con alguien que no te gusta y sentir la necesidad de defenderte diariamente de sus ataques te agobia y desalienta. Una y otra vez se reciben las mismas ofensas y se lanzan las mismas acusaciones. El mismo debate acerca de quién de los dos es la persona más difícil para vivir con ella sucede una y otra vez. Llegan al punto de temer levantarse por la mañana. Caminan como sobre cáscaras de huevo, preguntándose cuándo estallará la próxima bomba y despedazará la poca paz que ha quedado.

6. Envidiar a Otras Parejas

Es duro cuando vives sin poder mirar sobre la cerca o al otro pasillo y no envidiar a las parejas que parece tener lo que tú no tienes. Es tentador preguntarse cómo sería estar casado con esa otra mujer u otro hombre. Es tentador dudar del amor y la sabiduría de Dios cuando sientes que tú enfrentas dificultades que otros no. Es tentador lanzar otras parejas en el rostro de nuestro cónyuge. Comparar tu matrimonio con la maquillada apariencia pública de otra pareja es siempre peligroso, pero es particularmente destructivo para una pareja que ya ha dejado de encontrar razones para continuar.

7. Soñar con Escapar

Siempre parece guiar hasta aquí. Están enojados, heridos y agobiados. Verdaderamente, ya no se gustan, ni buscan pasar más tiempo juntos. Se sienten abrumados y oprimidos. Se dicen a sí mismos que diariamente son víctimas de los pecados del otro. No pueden imaginarse que el otro vaya realmente a cambiar. Todo parece tan imposible, así que comienzan a fantasear con escaparse. Al principio son solo pensamientos ilusorios provocados por el cansancio, pero luego se vuelven algo más. El camino entre la fantasía y la obsesión o entre la fantasía y la resolución con frecuencia no es un camino largo. Esta es una posición en la que se hacen susceptibles a buscar un medio de escape que en realidad no es un escape, sino algo que complica el problema con el que ya se sienten agobiados.

Ustedes pueden estar pensando, “¡Vaya, Paul, esto es un escenario bien desolador!” Bueno, yo les preguntaría, “¿Qué ruta han tomado ustedes como pareja? ¿Tienen mayor respeto, un afecto más tierno, y un aprecio más grande que el que tenían cuando se casaron? ¿Pueden confrontar y perdonar con gracia ahora más que antes? ¿Ha crecido su amistad y se ha solidificado su unidad? ¿O ha tomado su matrimonio el camino contrario?” Recuerden, no

habían “pecados grandes” entre Jairo y Serena. Su matrimonio se carcomió hasta quebrarse a causa de la gotera diaria de la falta de perdón.

¿ENTONCES POR QUE LA GENTE SIMPLEMENTE NO PERDONA?

¿Por qué la gente simplemente no perdona? Esa es una buena pregunta. Si el perdón es más fácil y beneficioso, ¿Por qué no es más popular? La triste realidad es que el rehusar perdonar nos da un poder destructivo de corto plazo en nuestra relación. Aferrarse a los errores del cónyuge nos da la ventaja en la relación. Mantenemos un registro de errores porque no estamos motivados por lo mejor para nuestro cónyuge sino por lo que es conveniente para nosotros. Aquí están algunos de los “beneficios” oscuros del rechazo a perdonar:

1) *La deuda es poder.* Hay poder en tener sosteniendo algo sobre la cabeza de otro. Hay poder en usar las debilidades y las fallas de una persona en su contra. Cuando queremos las cosas a nuestra manera, sacamos algún error de nuestro cónyuge como si fuese una carta escondida.

2) *La deuda es identidad.* Aferrarnos al pecado, debilidad y errores de nuestro cónyuge nos hace sentir superiores. Nos permite creer que somos más justos y maduros que él o ella. Caemos en el patrón de adquirir nuestro sentido de identidad no siendo y haciendo lo que Dios nos ha llamado a ser y a hacer sino comparándonos con nuestro cónyuge. Este patrón pone en juego la auto justificación con la que luchamos todos los pecadores.

3) *La deuda es derecho.* Por causa de los errores de nuestro cónyuge contra nosotros, él o ella nos deben. Cargar los errores de nuestro cónyuge nos hace sentir que tenemos derecho y hace que nos sintamos cómodos enfocándonos en nosotros mismos y exigiendo. “Después de todo lo que he tenido que soportar en mi relación contigo, ¿No merezco...?”

4) *La deuda es armamento.* Los pecados y errores que nuestro cónyuge comete contra nosotros y que llevamos con nosotros son como una pistola cargada; es muy tentador sacarla y usarla cuando estamos molestos. Cuando nuestra esposa nos hiere, es una tentación herirla también diciéndole en su rostro cuán mala e inmadura es.

5) *La deuda nos pone en la posición de Dios.* Es el lugar en el que nunca debemos estar, pero es una posición en la que todos nos hemos puesto. Nosotros no somos el juez de nuestro cónyuge. No somos quienes deberíamos disponer las consecuencias de los pecados de nuestro cónyuge.

No es nuestro trabajo asegurarnos que sienta la cuota adecuada de culpa por lo que ha hecho. Pero es muy tentador ascender al trono de Dios y asumir el lugar de jueces.

Esta es una cosa desagradable. Es un estilo de relacionarse movido por un egoísmo grotesco. Es motivado por lo que nosotros queremos, sentimos y pensamos que necesitamos. No tiene nada que ver con un deseo de agradar a Dios con la forma en que vivimos con nuestro esposo o esposa; y ciertamente no tiene nada que ver el amor que necesita en medio de su lucha por vivir a la manera de Dios en este mundo caído. Es también temiblemente ciego. Nosotros estamos tan enfocados en los errores de nuestro cónyuge que estamos ciegos a los nuestros. Olvidamos cuán frecuentemente fallamos, cuánto pecado mancha todo lo que hacemos y cuán desesperadamente necesitamos la gracia que no estamos dispuestos a dar. Esta manera de vivir cambia a nuestro amante en adversario y nuestra casa en una zona de guerra.

Sin embargo, todos hemos sido seducidos por el poder de la falta de perdón. Todos hemos usado el pecado de otro en su contra. Todos hemos actuado como jueces. Hemos pensado que somos más justos que nuestro esposo o esposa. Hemos usado el poder de la culpa para conseguir lo que queremos cuando lo queremos y al hacerlo hemos hecho un daño serio a la fina loza de nuestro amor marital.

Parece casi demasiado obvio decirlo, pero el perdón es una manera mucho mejor. Es la única manera de vivir en una relación íntima, a largo plazo, con otro pecador. Es la única manera de negociar a través de las debilidades y errores que marcarán diariamente tu matrimonio; de lidiar con el dolor y la decepción y de restaurar la esperanza y la confianza. Es la única forma de proteger tu amor y reforzar la unidad que has edificado. Es la única manera de no ser secuestrado por el pasado y de dar a tu matrimonio la bendición de un comienzo nuevo y fresco. El costo del perdón es grande, pero la cosecha es una cosa hermosa, así que es vital entender lo que el perdón es y lo que hace.

¿QUE ES EL PERDÓN?

Aquí está lo que tienes que entender: el perdón es un compromiso *vertical* seguido por una transacción *horizontal*. Ambos aspectos del perdón son esenciales en el orden en que los he presentado.

Cuando has sido ofendido en palabra o hecho por tu esposo o esposa, tu respuesta tiene que ser moldeada por un compromiso inmediato que haces

ante Dios. El perdón comienza cuando le das tu ofensa al Señor. Esto no significa que actúas como si lo errado es correcto. Significa que tú ya no cargas la ofensa contigo (amargura), y no tratas a la otra persona a la luz de la ofensa (juicio). Te encomiendas a la misericordia y la justicia de Dios y te entregas a vencer lo malo con lo bueno (mira los principios explicados por Pablo en Romanos 12:9-12). Tú te comprometes a responder a tu cónyuge con la misma gracia que has recibido. No te insertas a ti mismo en la posición de Dios y aplicas el castigo por sus ofensas.

Ahora, esto no significa que te comes la ofensa y actúas como si nada ha pasado. No significa que pretendes que no fuiste afectado, ofendido o herido por lo que tu esposa dijo o hizo. De hecho, la Biblia llama al que ha recibido la ofensa a ir al ofensor y mostrarle la ofensa. ¿Estás confundido? ¿Parece una contradicción lo que dije? Es aquí donde el orden de las partes del perdón es esencial. La razón por la que tienes que empezar con darle la ofensa a Dios es para que cuando vengas a tu cónyuge, vengas con la actitud correcta (gracia) y la meta correcta (reconciliación). *El perdón vertical* limpia tu corazón de la carga de amargura y condenación para que puedas enfrentar a quien te ofendió con su error de una manera noble, paciente, amorosa, humilde y alentadora.

Algo importante se debe decir aquí. Esposos, no es espiritualmente útil para ustedes, o amoroso para sus esposas, actuar como si lo que no está bien estuviera bien. Esposas, no es bueno para ustedes, ni cordial para tu esposo actuar como si un pecado contra ti está bien. La Biblia no nos llama en ninguna parte a sonreír y soportar las ofensas por causa de nuestra relación. De hecho, estoy persuadido que nuestro silencio frente a la ofensa no es motivado por un deseo de amar al otro, sino por no querer lidiar con el difícil proceso de una sincera y amorosa confrontación. Callamos no porque amamos a nuestra esposa sino porque nos amamos a nosotros mismos, y no queremos ponernos en una situación incómoda. Cuando fallamos en traer estas cosas a la luz, ellas se regocijan en la oscuridad de nuestro pecaminoso corazón, y nuestro cónyuge no se beneficia con la convicción y la confesión que le ayudaría a crecer y a cambiar.

Como ves, mientras la primera parte del perdón es *judicial*, es decir, encomendarle la ofensa a Dios quien es el único capaz de juzgar, la segunda parte es *relacional*. Es una transacción de gracia entre la persona que ha cometido la ofensa y la persona que ha sido ofendida. Ahora, atiende cuidadosamente a lo que voy a decir: no puedes perdonar relacionamente a

alguien que no te ha pedido el perdón. El patrón bíblico es este: alguien confiesa, tú perdonas. Es por esto que vas a la persona. Vas como un instrumento de Dios, con la esperanza de que sus ojos sean abiertos, que su corazón se quebrante y que responda confesando su pecado y pidiendo perdón (el cual ya se lo has dado porque tú no estás abrigando amargura en tu corazón.).

Con frecuencia perdonar es un proceso, no un evento. Puede ser que te encuentres regresando a los viejos y amargos pensamientos, enojándote otra vez y con la necesidad de confesar eso al Señor en busca de su ayuda. Puede ser que sucumbas y juzgues a tu cónyuge, aunque te has propuesto no hacerlo, y que necesites confesar ese pecado a él o ella. Tal vez quien cometió la ofensa está pasando un mal rato al ver y reconocer lo que ha hecho. Esto puede significar que tengas que ir a tu cónyuge más de una vez, recordándole que hay un pecado entre ustedes que aún no ha sido resuelto y por esa razón hay una grieta en su relación y la necesidad de reconciliarse. Tu propósito no es acosar a tu cónyuge para que confiese, sino dejarle saber que le amas tanto que te duele que haya ofensas en el camino de la unidad y el entendimiento que deberían experimentar. Pero hay que decirlo de nuevo: tú no puedes perdonar a alguien en el sentido que tiene el perdón en cuanto a la relación, hasta que la persona busque ese perdón.

¿CUANDO ES NECESARIO EL PERDÓN?

Hay otra distinción que es necesario hacer. El llamado bíblico a la confesión y el perdón debe ser seguido solo en casos cuando un esposo o esposa ha hecho algo que la Biblia llama pecado. No necesitas pedir perdón cuando has hecho algo causado por tu debilidad humana como olvidar, en medio del trajín del día, recoger algo en la tienda. Está bien comunicarle a tu cónyuge que te siente apenado por el olvido y por la inconveniencia que esto haya causado. No tienes que pedir perdón por accidentes, como si al mover una alfombra botas una pieza de china fina y se rompe. De nuevo, es correcto expresar tu pena por la pérdida, pero en tales casos no necesitas el perdón de tu cónyuge.

No necesitas pedir perdón por diferencias de personalidad o de perspectiva. No hay nada malo en que veas las cosas diferente de como las ve tu esposo o esposa. Dios es el autor de tu historia. Él determinó las influencias que te moldearon. Luego los unió en la íntima comunión del matrimonio. Las diferencias no son malas, pero lo que hacemos con ellas puede serlo.

No tienes que pedir perdón por intentar hacer algo y fallar. Tal vez le dijiste a tu esposa que podías arreglar algo y no pudiste. Esto no es un pecado contra tu esposa y no requiere confesión y perdón. Es una muestra de amor, sin embargo, dejarle saber que lamentas las molestias que le causaste por tu incapacidad de hacer el trabajo.

El perdón es una determinación vertical y una transacción en la relación que debe darse en momentos cuando el pecado se interpone en el camino de la unidad, el amor y el entendimiento que Dios nos invita a disfrutar como sus hijos en el matrimonio. Levanta la carga de nuestros hombros para no llevar los errores y restaura lo que se ha fracturado. Mientras más dispuesto estés a perdonar, más vas a experimentar sus bendiciones. Mientras más experimentes sus bendiciones, más rápido vas a ser para entregarte al ciclo de estar dispuesto-confrontar-confesar-perdonar. Comenzarás a vivir en los beneficios de las cuentas cortas entre tú y tu cónyuge. Amarás el hecho de que no hay problemas abiertos y grandes entre ustedes. No tendrán clósets que vaciar y estarán agradecidos, y en su gratitud se apreciarán más el uno al otro y apreciarán más a Aquél que los llamó a perdonar – Dios.

LO QUE EL PERDÓN REQUIERE Y LO QUE TRAE A CAMBIO

El perdón es una inversión en la relación de cada uno de ustedes con Dios y en su relación uno con el otro. Como en toda inversión, hay un costo envuelto. En cualquier inversión que hacen, su preocupación es que el retorno sea mayor que el costo. Así que es importante que consideren los requerimientos y la ganancia del perdón para ustedes y su matrimonio.

El perdón requiere *humildad*. Es solo cuando realmente creemos que la vida es mayor que nosotros, que hay algo más importante que nuestros deseos, necesidades y sentimientos, y que tenemos vida y respiramos para los propósitos, planes y alabanza de otro, que seremos capaces de perdonar. Cuando nos paramos en el centro de nuestro propio universo con nada más importante que nosotros mismos, no hay nada más ofensivo que el pecado que se hace contra nosotros. O cuando el orgullo nos hace pensar de nosotros mismos como justos – sin duda más justos que la persona con la que vivimos – entonces se nos hace difícil perdonar. El perdón es mucho más fácil para la persona que vive consciente de la realidad de cuánto necesita también ser perdonada. Nadie da gracia mejor que quien está convencido de que la necesita también.

El perdón también requiere *compasión*. La compasión es ser movido por el

conflicto del otro, aunado a la acción para ayudarlo. Esposos y esposas, ¿Sienten compasión cuando su cónyuge peca contra ustedes? ¿Son tocados por el conflicto de su cónyuge con el pecado? ¿Lamentas cuando ella enfrenta la decepcionante realidad de sus faltas una y otra vez? ¿Te entristeces por él en los momentos cuando es fácilmente atrapado? ¿Se ponen uno al lado del otro en el peor momento haciendo lo que puedan para aliviar la carga de la lucha de su cónyuge con el pecado? Tú perdonas a tu esposa porque la amas, y porque la amas te preocupas por ella y por el conflicto que enfrenta frente al pecado. Tú sabes lo que es proponerse a hacer lo bueno y terminar haciendo lo malo (mira Romanos 7). Tú perdonas a tu esposo porque, por la gracia de Dios, lo miras con ojos de ternura en lugar de verlo con ojos de juicio.

El perdón requiere *confianza*. No es tanto un acto de fe en tu esposo como de fe en Dios. Tú crees que Dios está contigo; crees que Su Palabra es verdad; crees que aquello para lo que te llamó es justo y bueno. Tú crees que El te dará lo que necesitas para hacer lo que te ha llamado a hacer; que tu identidad es segura, aun si tu cónyuge te rechaza y no busca tu perdón. Crees que hay bendición al otro lado del las dificultades del perdón; crees que cuando fallas y vuelves a ofender que Dios te perdona y te da el poder de cambiar. Por esa confianza en Dios estás dispuesto a perdonar a tu esposo o esposa.

El perdón requiere *auto-control*. Si vas a perdonar a tu cónyuge por haber pecado contra ti, tienes que decirte no a ti mismo, ejerciendo el auto-control que solo Dios puede darte. Para perdonar tienes que decirle no a la amargura lo cual te permite recibir una ofensa sin darle lugar a que se expanda en tu corazón y controle la respuesta a tu cónyuge. Tienes que decir no al deseo de responder con palabras airadas y acciones de venganza. Tienes que decir no al impulso de compartir tu ira con un familiar o amigo. Darle lugar a estas cosas no es nunca un preludio al perdón.

El perdón requiere *sacrificio*. Anteriormente dije que eludimos acercarnos a nuestro cónyuge cuando nos ha ofendido porque nos amamos a nosotros mismos más que a él o a ella. Tal vez esto te parezca áspero así que déjame explicarlo. El amor a sí mismo raramente es algo de lo que nos damos cuenta. Quizás de lo que estás consciente es que le temes al rechazo, a ser arrastrado en un largo debate, o a que tu esposa se enoje y que te lance todos tus errores en la cara. En breve, no quieres exponerte a todos los posibles peligros de confrontar amorosamente a tu cónyuge por algo que él o ella ha dicho o

hecho, pero no ha reconocido. ¿Ves lo que estás haciendo? Estás optando por la auto-protección no en lo que sería útil para tu cónyuge, para ti, para tu matrimonio y para agradar a Dios.

El perdón requiere que estemos dispuestos a renunciar a nuestro deseo por la seguridad, la comodidad y la paz superficial del silencio y, como un acto de fe, que enfrentemos lo que no queremos para ayudar al otro y alcanzar la reconciliación en nuestra relación.

Hay una cosa requerida por el perdón que es más importante que todo lo que hemos visto hasta aquí. El perdón requiere recordar. ¿Por qué somos tan hábiles para recordar las debilidades, errores y pecados de otros y tan adeptos para olvidar los propios? ¿Por qué somos tan buenos para ver las maneras que otros necesitan ser perdonados pero olvidamos cuán grande es nuestra necesidad? Cuando estamos llenos con la congoja de nuestro pecado y con gratitud por el maravilloso perdón que nos ha sido dado, encontramos gozo en dar a nuestro cónyuge lo que hemos recibido. Quizás un estilo de vida de falta de perdón esté enraizado en el pecado del olvido. Olvidamos que no hay un día en nuestras vidas en que no necesitemos ser perdonados. Olvidamos que nunca nos graduaremos de nuestra necesidad de gracia. Olvidamos que hemos sido amados con un amor que nunca habríamos ganado, alcanzado o merecido. Olvidamos que Dios nunca se burla de nuestras debilidades, nunca encuentra gozo en lanzarnos nuestras fallas en el rostro, nunca nos amenaza con darnos la espalda y nunca hace que compremos su favor.

Cuando recuerdas, cuando tienes profundo aprecio por la gracia que has recibido tendrás un corazón listo para perdonar. Eso no significa que el proceso será cómodo o fácil, pero significa que puedes ir a tu necesitado cónyuge recordando que tienes tanta necesidad de lo que vas a dar, tanto como la tiene él o ella.

UNA MEJOR COSECHA

Si, tú puedes llevar contigo esa lista. Puedes escoger castigar a tu esposo. Puedes escoger que la desilusión se convierta en distancia, que el afecto se convierta en disgusto y que el deseo de compañerismo se transforme en la búsqueda de un escape. Tú puedes saborear la triste cosecha de una tregua marital en la que muchas parejas viven o puedes plantar semillas mejores y celebrar una mejor cosecha. La cosecha del perdón es la que todo matrimonio quiere.

El perdón estimula el aprecio y el afecto. Cuando nos perdonamos

diariamente no nos vemos a través de los lentes de nuestras peores faltas y más grandes debilidades. Cuando hablamos honestamente, lloramos y oramos y nos arrepentimos y reconciliamos, nuestro aprecio uno por el otro crece y nuestro afecto se profundiza. Entonces dejamos de mirar a la otra persona como el enemigo. Dejamos de protegernos de él o ella y comenzamos a trabajar juntos para levantar paredes de defensa contra las muchas amenazas que existen para el matrimonio en este mundo caído.

El perdón produce paciencia. Cuando respondemos a la manera de Dios en una estilo de vida de confesión y perdón diarios, comenzamos a experimentar cosas que nunca pensamos que veríamos en nuestro matrimonio. Comenzamos a ver quebrarse patrones malos, a vernos cambiar el uno al otro, y que el amor que se había enfriado se vuelve nuevo y vibrante otra vez. Experimentamos que en los momentos difíciles Dios nos da la gracia para no ceder a las poderosas emociones y deseos que nos llevarían por el rumbo equivocado y vemos una y otra vez la ayuda práctica y el rescate que su sabiduría nos brindan. Todo esto significa que ya no entramos en pánico cuando suceden cosas erróneas entre nosotros. Ya no tomamos las cosas en nuestras propias manos en medio del temor al dolor y a la retribución. Ya no tratamos de ser la consciencia o el juez del otro. No, ahora estamos mucho más relajados ante los errores y dispuestos a seguir pacientemente el plan divino de estar dispuesto-confrontar-confesar-perdonar. Hemos venido a entender que Su gracia es mayor que cualquier dificultad que enfrentemos en nuestro matrimonio. Así somos capaces de descansar y esperar, sabiendo que Dios está obrando, aun cuando estemos exhaustos y desanimados, y que Él no cesará de trabajar hasta que su obra en nosotros y en nuestro matrimonio sea completada.

Pero hay una cosa más. El perdón es el terreno fértil en el cual la unidad del matrimonio crece. Cuando vives cada día en un patrón de perdón y confesión, estás renunciando a tu propio método para seguir uno mejor. Tu matrimonio deja de ser una competencia diaria para ver quién va a lograr las cosas a su manera. Ya no verás a tu cónyuge como una amenaza, preguntándote cuando va a volver a inmiscuirse en el camino de lo que tú quieres. Ya no estarás obsesionado con tu comodidad, placer y conveniencia, y con el temor de cuando tu compañero o compañera lo va a interrumpir. No, el perdón los pone a ambos en la misma página. Ambos han sometido sus deseos a los deseos de Otro. Ya no trata de edificar su propio pequeño reinado matrimonial. No, ahora, juntos, viven para el reino de Dios. Ahora viven con

la misma clase de expectativas y reglas. Ahora tienen la misma manera de pensar acerca de los problemas y de cómo resolverlos. Y juntos celebran lo que Dios les ha dado, conscientes que de nunca podrían haber hecho esto por ustedes mismos. Ahora experimentan una unidad como nunca antes porque el perdón los ha liberado para un propósito más alto y un mejor plan cotidiano.

¿Recuerdan a Jairo y Serena? Dios puso algo en sus vidas para mostrarles un mejor camino. Si, ellos aun están en guerra, pero ya no el uno contra el otro. Juntos están batallando contra el enemigo que los acosa a ellos y a su matrimonio. Habiendo hecho esto, Jairo y Serena están ahora muy agradecidos de que el perdón los ha liberado de la guerra uno contra el otro, la cual ellos eran muy buenos para hacer.

Preferimos arruinarnos que cambiar,
Mejor morir en nuestro temor
Que subir a la cruz del momento
Y que nuestras ilusiones mueran.

W. H. AUDEN

Apunta al cielo y conseguirás que te den la tierra
Apunta a la tierra y no conseguirás lo uno ni lo otro.

C. S. LEWIS

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4 Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

7.

ARRANCANDO LA MALEZA

El matrimonio es realmente un ejercicio de jardinería a largo plazo. Si has hecho jardinería sabes que simplemente no hay atajos. Cuando pasas por esa casa adornada con esplendorosas flores de una amplia variedad de colores y especies, tú sabes que estás viendo el resultado de un trabajo duro. Los jardines comienzan con trabajo arduo. Limpiar la tierra no es divertido, pero es necesario. Abrir agujeros para las semillas no es placentero, pero es también un paso esencial. La tarea de regar y de sacar la maleza regularmente es igualmente necesaria. Cortar las flores secas y las hojas muertas también debe hacerse para la frondosidad de las plantas.

¿Cómo se explica que no esperamos que nuestros jardines crezcan por sí mismos – que una tierra llena de maleza se vuelva un magnífico jardín – pero sí esperamos que nuestros matrimonios florezcan bellamente sin la labor diaria de arrancar la maleza y plantar semillas? Debo confesar que no lo entiendo. No sé por qué pensamos que la relación más completa y de largo plazo de todas las relaciones humanas puede subsistir y prosperar sin la misma dedicación con que hacemos nuestros jardines. Tal vez uno de los pecados fundamentales que cometemos en nuestros matrimonios sea el de la falta de atención.

¿Has pasado alguna vez por una de esas casas (tal vez sea la tuya) donde el jardín fue plantado por un jardinero impaciente o indolente? Se puede ver alguna evidencia de vida floral, pero las plantas no están saludables, ¡y la escena ciertamente no es bonita! Creo que hay muchos, muchos matrimonios justo así. No fueron bien plantados, y desde entonces, no han sido bien atendidos. Déjame detenerme y preguntar precisamente ahora: ¿es tu matrimonio de alguna manera una muestra de negligencia? ¿Fue plantado

correctamente? ¿Se le ha arrancado la maleza y se ha regado con regularidad? ¿Te ha faltado la motivación para la ardua tarea de sembrarlo y limpiarlo? Y luego al ponerte a la distancia y verlo te preguntas ¿por qué las cosas no lucen más hermosas

Este capítulo y el próximo son un llamado a adoptar la actitud de un jardinero en tu matrimonio. Tienes que dedicarte a arrancar la maleza y a plantar semillas o simplemente no tendrás el matrimonio que la gracia de Dios hace posible.

BIENVENIDO A MI JARDÍN DE MALEZA

No podía evitar pensar, “¿Cómo puede alguien vivir así? Samuel y Sara siempre parecían estar apurados y demasiado ocupados. Tal vez la mayor debilidad en su matrimonio era la impaciencia. Ellos parecían querer mucho, demasiado pronto; ambos trabajaban largas horas para poder adquirir todas las cosas que habían decidido que necesitaban para disfrutar la “buena vida.” Su impaciencia (“tengo que tenerlo ahora”) los mantenía demasiado afanados. Samuel parecía demasiado ocupado para el romance con Sara. No me refiero a vacaciones extravagantes a lugares exóticos o a regalos de una vez en la vida. Él no se ocupaba de las cosas pequeñas – un abrazo diario por la mañana antes de salir de casa, una tarjeta simple con un “te amo,” una inesperada cena fuera de casa, un ramo de flores “por ninguna otra razón sino que te amo y te aprecio,” o simplemente decir regularmente, “te amo.”

Ellos tenían poco tiempo para una conversación ojo-a-ojo. Sara sabía que las cosas pequeñas se estaban volviendo grandes y que podrían crecer hasta hacerse enormes y destructivas y que ella necesitaba hablar sobre esto, pero parecía que nunca había tiempo. Oh, ella lanzaba algunas insinuaciones; era buena para lanzar insinuaciones, pero Samuel no era bueno para captarlas. Más y más Sara veía a Samuel como preocupado y despistado. Más y más parecía que la clase de conversación que necesitaban no iba a suceder muy pronto.

Esto era un campo minado para los conflictos. No eran batallas para decir, “saquemos los misiles de la bodega que esto es la guerra,” donde hay más gritos airados que verdadera comunicación. Sara y Samuel raramente gritaban; no tenían tiempo para que las cosas escalaran a ese nivel. Pero, puesto que no hablaban y su relación carecía de una ternura que motivara la unidad, siempre estaban discrepando. Ellos sabían, a medida que pasaba el tiempo, que se levantaban en diferentes partes del universo cada mañana.

Estas diferencias tenían el potencial de hacer que su relación fuese algo emocionante, atractivo y mutuamente estimulante para su crecimiento. También significaba que su relación necesitaría que estuvieran constantemente arrancando la maleza. Estar en desacuerdo todo el tiempo hacia que su vida juntos fuese complicada, desalentadora y fatigosa, de modo que ambos desarrollaron hábitos para evitar el conflicto, lo cual significaba frecuentemente evitarse el uno al otro.

Su afán reducía su vida espiritual juntos a una hora y media el domingo por la mañana. No leían u oraban juntos. Sus conversaciones sobre la fe raramente se daban. De hecho, había poca moción enfocada a Dios en su matrimonio. Casi nunca hablaban sobre las bendiciones y el llamado en su relación con Dios. Cuando surgían las cosas espirituales, la conversación era más de tipo institucional y orientada a los horarios. Miraban sus calendarios y discutían brevemente si participarían en un evento o ministerio.

Era difícil hacer algún plan con el otro fuese a corto o a largo plazo. Había algunas decisiones grandes que debían analizar juntos pero nunca parecían encontrar el tiempo. Tenían que tomar decisiones respecto a si Sara continuaría trabajando y si iban a seguir viviendo en su actual casa. Puesto que no hablaban de estas cosas entre ellos, comenzaron a desarrollar pensamientos independientes al respecto. A medida que estas diferencias comenzaron a filtrarse, la discusión sobre las cosas importantes se hacía más desagradable.

Como suele suceder, la distancia y la frialdad en su relación afectaron su vida sexual. Ir a la cama por la noche no era algo que hacían juntos y cuando sucedía, no era típicamente cálido. Ellos no finalizaban su día con momentos de ternura o expresiones de amor. De hecho, ir a la cama era con frecuencia bastante silencioso. Samuel se lanzaba a la cama, se daba la vuelta y comenzaba a dormir, mientras Sara aun estaba levantada leyendo. O Sara cerraba sus ojos mientras Samuel estaba quieto al otro lado del cuarto respondiendo mensajes de Facebook.

El sexo no es el combustible de una buena relación; es la expresión o el fruto de ella. Así que es imposible no arrastrar el carácter y la calidad de la relación hacia este momento de desnudez y vulnerabilidad. Samuel no se sentía atraído hacia Sara como alguna vez sucedió; ella se había convertido en una amiga distante. Y cuando tenían sexo, Sara luchaba con el sentimiento de estar siendo usada. A medida que el sexo se volvió mas mecánico e

insatisfactoria, se hizo menos frecuente. Pero, su falta de buena comunicación hacia que pareciera imposible hablar sobre este delicado tópico.

Samuel y Sara no tenían un matrimonio desastroso, sino uno lleno de maleza, y la maleza estaba por sofocar la vida de amor que una vez hubo. Pero no seamos muy severos con ellos. Estamos de acuerdo que todos somos gente “enmalezada” que necesitamos diariamente arrancar malezas personales y de relación para que las flores del amor y la gracia puedan crecer. Los pecadores (quienes, si acaso lo olvidas, somos todos nosotros) siempre arrastran su pecado a su matrimonio. Las malezas de los pensamientos, decisiones, deseos, motivaciones, palabras y acciones no pueden ser evitadas completamente de este lado del cielo, así que arrancar malezas es una determinación necesaria en cualquier matrimonio bueno.

JEREMÍAS Y TU MATRIMONIO

Las palabras de la comisión de Dios a Jeremías tienen una poderosa y práctica aplicación al compromiso con un estilo de vida de reconciliación matrimonial cotidiana. Sé que el llamado de Dios a Jeremías es individual y específico, pues él fue llamado a ser uno de los profetas de Dios. Pero no es el llamado de Dios a Jeremías lo interesante y útil; es el contenido del llamado. Inserto en las palabras de Dios hay un modelo de cómo toma lugar el cambio verdadero y permanente. Es maravillosamente útil para diagnosticar y corregir los matrimonios en los lugares donde cada uno de los cónyuges está necesitado.

Las palabras son breves pero hermosas y puntualmente descriptivas: “Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar (Jeremías 1:10). Si habría de haber cambio en Israel (y la necesidad era desesperada), Dios está diciendo que es así como debería suceder: arrancando y destruyendo, plantando y edificando. Dios está diciendo que ese cambio siempre tiene dos lados: destrucción y construcción. El cambio es necesario porque hay cosas en ustedes, o en su situación o relación, que necesitan ser desarraigadas o derribadas, y si el cambio va a tomar lugar realmente, hay cosas nuevas que tienen que ser plantadas o edificadas en lugar de lo que se desarraigó o se derribó.

Para que su matrimonio sea saludable, ustedes tienen que tener un celo *destrutivo y constructivo*. Sé que esto suena ridículo, sin embargo, para que su matrimonio sea lo que fue diseñado a ser, hay cosas que tienen que ser

destruidas. Pero, como el problema de las malezas que se sacan sigue brotando en el terreno que una vez fue limpiado, esta destructiva agenda no puede ser una determinación de una sola vez. De alguna manera, hay cosas, pequeñas y grandes, en el camino de lo que nuestro matrimonio debería ser. Voy a sugerir lo que algunas de estas cosas podrían ser, pero es importante que sepan que lo que les voy a dar es una lista para estimularlos y ustedes necesitan expandirla y aplicarla a los aspectos específicos de su matrimonio.

Egoísmo

Tal vez es un salto por la mejor galleta, un rápido movimiento hacia el mejor asiento en el cuarto de la televisión, o controlar el curso de la conversación con los amigos. Tal vez es gesticular para conseguir ir al restaurante que quieres, argumentar fuertemente para garantizar que ganarás, o hacer algo amable, pero asegurándote que el otro lo note. Quizás es estar demasiado ocupado para ser molestado, no ayudar voluntariamente, u ofenderse demasiado fácilmente. Acaso sea querer que el que te hirió sienta también dolor, presentarte a ti mismo como más espiritual que tu cónyuge, o tomarte todo el tiempo del mundo cuando el otro está esperando. Probablemente sea rehusar olvidar que has dicho que perdonaste, manipulando un poco para lograr tú deseo, o ser menos que sincero porque no quieres tener esa conversación. Tal vez es estar tan ocupado cuidando de ti mismo que tienes poco tiempo para preocuparte por el otro, pidiendo de él o de ella lo que no estás dispuesto a dar de regreso o quizás sea hacer más demandas que concesiones.

Realmente está en todos nosotros—el egoísmo—porque está en el ADN del pecado. Tal vez nada es más destructivo en el matrimonio que esto. Puede que sea la raíz de todas las pequeñas cosas necias y despreciables que nos hacemos unos a otros. Quizás es la razón por la que hacemos esas decisiones grandes y desastrosas que tienen el potencial de acabar con los matrimonios. ¿No es hacia esa dirección que apunta Génesis 3? En el fondo, lo que está mal es que queremos hacer las cosas a nuestra manera, queremos ser soberanos sobre nuestro pequeño mundo, asegurándonos que lo que queremos lo vamos a obtener.

Todo esto es una horrible inversión del diseño de Dios, por eso nunca trabajará. Nosotros fuimos creados como seres sociales, hechos para vivir en comunión vertical con Dios y horizontal los unos con los otros. Nada funciona en la vida (incluyendo el matrimonio) cuando la comunidad humana

es comprimida por un puñado de auto-designados pequeños soberanos que buscan establecer su propio pequeño reino. Esa manera de vivir impide las relaciones y garantiza la guerra. El vivir centrados en otros, que es para lo que fuimos diseñados y lo que Dios usa para rescatarnos de nosotros mismos, es la única manera de vivir que nos capacita para vivir en respeto, aprecio y paz unos con otros.

El egoísmo es como el barro líquido; toma la forma de los contornos de cualquier molde donde se le ponga. Tú y yo no somos necesariamente menos egoístas que otras parejas a nuestro alrededor; somos egoístas de una manera diferente. Puesto que nada en nosotros está libre de pecado, necesitamos mirar a las evidencias del ADN del egoísmo moldeando la manera en que pensamos, deseamos, actuamos y respondemos en nuestro matrimonio. Esto es una maleza con un enorme sistema de raíces que tiene la vitalidad de extraer la vida de nuestro matrimonio.

Pero no se desanimen o agobien. Como dije antes, la cruz fue diseñada específicamente para libarnos de la esclavitud a nosotros mismos. La gracia es un abridor de latas. Ella tiene el poder de liberarnos de la lata sellada de nuestro egoísmo. ¿Dónde están las raíces de las malezas en el matrimonio de ustedes? ¿Qué están haciendo para encontrarlas y arrancarlas?

Afán

No hay duda; muchos de nosotros estamos tratando de tener conversaciones de cientos de dólares en momentos de diez centavos. Muchos hemos dejados muy poco tiempo en nuestro calendario para conversaciones significativas, conexiones tiernas y enfoque en la resolución de problemas. Demasiados de nosotros tenemos poco tiempo para reflexionar en nuestra relación y examinar nuestros matrimonios. La mayoría vivimos nuestros matrimonios a la ligera. Con frecuencia, el matrimonio es lo que hacemos mientras hacemos todas las otras cosas que realmente determinan el contenido y el ritmo de nuestros horarios. Pero el matrimonio no funciona bien como algo insertado, e indudablemente tiende a no prosperar cuando lo dejamos solo y le pedimos que crezca por sí mismo. Un matrimonio que va a crecer, cambiar y llegar a ser progresivamente sano, necesita ser cultivado. Al igual que los jardines, no le va bien cuando es descuidado.

Así que, ¿por qué tanto trajín? Puede haber muchas respuestas a esa pregunta, pero déjame sugerir una que es particularmente verdad en nuestra cultura occidental. La respuesta puede sorprenderte: materialismo. Creo que

todos hemos sido influenciados por el materialismo de nuestra cultura, la cual dice que la felicidad y la plenitud se encuentran en las cosas materiales. Si eres cristiano, deberías decir que esa idea está mal y que tú no la crees. Pero eso no quita el hecho de que la influencia es muy poderosa. Y las evidencias de su seducción están en nuestras vidas de alguna manera. La constante búsqueda de cosas materiales más grandes y mejores nos roba tiempo, energía y vitalidad en nuestra relación. No solo tenemos que trabajar demasiado para adquirir las cosas materiales, pero cuando las tenemos, nos esclavizamos a la responsabilidad de mantenerlas. Y con todas nuestras adquisiciones, las cosas que adquirimos no satisfacen la necesidad de nuestro corazón. Así que vamos y obtenemos más, como si estuviéramos corriendo una carrera que no tiene meta.

Muchos de nosotros vivimos en casas mucho más grandes de lo que necesitamos. Tenemos clósets llenos de ropa que raramente usamos. Gastamos demasiado dinero en restaurantes, sistemas de entretenimiento, grandes vacaciones y carros lujosos. Y si eso no te describe, tal vez esto lo hará: casi todos nosotros, en alguna manera, vivimos más allá de lo que nuestros medios nos permiten.

De nuevo, puesto que el materialismo está fundamentado en una mentira (que las cosas materiales nos pueden hacer felices), no puede hacerlo y no funciona. Nos deja vacíos, en deuda y adictos mientras nos roba el tiempo, la atención y la energía para las más importantes relaciones humanas en nuestra vida. No puedo numerar las veces que esposos y esposas me han dicho, “me encantaría hacer las cosas que mantienen un matrimonio saludable, pero simplemente no tengo tiempo.” ¿Será que trabajamos demasiado porque queremos demasiado, y seguimos trabajando y deseando porque aquello en lo que buscamos satisfacción simplemente no puede satisfacernos? Mientras tanto, la maleza sigue creciendo, y como resultado nuestros matrimonios sufren. ¿Será que estás demasiado afanado? ¿Qué te mantiene tan ocupado o tan exhausto para atender las dificultades de tu matrimonio y hacer las cosas buenas que pueden hacerlo crecer?

Falta de atención

Piensa en tu cuerpo físico. La gente saludable lo es porque ponen atención a sus cuerpos. Son atentos a lo que comen, a las señales de dolencia o enfermedad y a la necesidad de ejercicio regular. Ellos no esperan ser sanos sin poner atención y responder a lo que ven y sienten. Estoy profundamente

persuadido que muchos matrimonios se enferman simplemente por la negligencia. Tristemente, muchos de nosotros somos mejores respondiendo a las crisis que trabajando en la prevención. Todos somos culpables, en alguna manera, de no valorar nuestros matrimonios, y al hacerlo, no nos valorarnos el uno al otro.

Es así como suele suceder. Durante el cortejo todo es atención porque estas tratando de conquistar a la persona. Pones atención a lo que le gusta y a lo que no. Aprendes rápidamente acerca de sus responsabilidades y horarios. Escuchas el tono de su voz y examinas las expresiones de su rostro. Estudia cómo responde a varias situaciones. Pones atención a lo que tiende a molestarla y lo que le alegra. Aprendes donde necesita apoyo y motivación. Aprendes lo que le hace sentir cómoda y lo que considera difícil. Te vuelves un estudiante de su personalidad, sus gustos, su política, su teología, su familia, su historia y sus sueños. Haces todo esto porque estás determinado a conocerla bien, y quieres conocerla bien pues quieres conquistarla.

Ahora, nada de esto es malo en sí mismo. El amor verdadero y permanente es conocer; es decir, es entregarse a amar al otro de maneras específicas según lo que él o ella son y lo que Dios les ha llamado a hacer. Pero es notorio que esta atención a la otra persona y a la salud de la relación tiende a atenuarse una vez que la persona ha sido conquistada. Esto se siente más como si fuese una cacería que un matrimonio. Es la triste dinámica de “ya no necesito ponerte atención porque ya te tengo.” Seguramente poca gente dice eso conscientemente, pero es la manera en que muchos de nosotros terminamos viviendo el uno con el otro. Comenzamos a relajar demasiado y cesamos de esforzarnos tanto, de modo que nuestro matrimonio comienza a sufrir. No hay muchas parejas casadas por quince años que dirían que su relación uno con el otro es más comprensiva, unida, amorosa, dadivosa y servicial de lo que era cuando recién casados. Pocos dirían que su matrimonio es una amistad más tierna e íntima de lo que jamás ha sido. Pero muchas parejas miran atrás al cortejo y se preguntan qué sucedió. Recuerda: un matrimonio saludable es saludable porque por la gracia de Dios, las personas en ese matrimonio nunca han dejado de trabajar en él.

¿Sufre el matrimonio de ustedes por la falta de atención? ¿Han llegado a sentirse cómodos dándose por hecho el uno al otro? ¿Están descuidando el esfuerzo necesario para mantener su relación saludable?

Auto justificación

¿Das la bienvenida a los momentos cuando tu cónyuge viene a ti con una crítica o una preocupación acerca de algo que dijiste o hiciste? ¿Estás contento que Dios te ha puesto junto a alguien que te ayuda a verte a ti mismo con más precisión? ¿Aceptas y actúas bajo la idea de que podrías ser un mejor esposo o esposa? ¿Cuándo tu pareja se acerca con una crítica o preocupación, das vuelta a la conversación para convencerla que tú no eres el único pecador en la habitación? ¿Has invitado a tu esposa a confrontarte en las áreas donde él o ella piensan que es necesario? ¿Culpas a veces a te esposo o esposa por lo que dices? ¿Cuándo sientes una punzada de culpabilidad, procuras aliviarla auto justificándote con argumentos basados en lo que has dicho o has hecho bien? ¿Cuán activo se pone tu “abogado interno” para defenderte silenciosamente mientras tu cónyuge está hablando? ¿Tiendes a pensar que toda la maleza en tu matrimonio es causa de tu esposo o esposa?

Yo estaba allí – auto justificándome–pero no lo sabía. Era un hombre indignado, pero simplemente no veía mi realidad. De hecho, me sentía muy dolido que Luella me caracterizara como alguien enojado, y yo estaba convencido de que ella era un esposa descontenta. Una vez yo le dije (y es humillante decir esto), “¡al noventa y cinco por ciento de las mujeres en nuestra iglesia le encantaría estar casadas con un hombre como yo! ¿Pueden creerlo? Yo estaba convencido de mi propia justicia y por lo mismo, convencido de mi inocencia. Oh, y de paso, “Luella, muy dulcemente me informó que ¡ella estaba en el cinco por ciento restante!

¿Qué acerca de ti? ¿Te ha impedido tu justicia propia desarraigar la maleza de tu matrimonio? ¿Has fallado en mantener limpio el terreno de tu matrimonio para que crezcan cosas buenas porque crees que no tienes malezas? ¿Qué pensamientos, deseos, motivos, metas, decisiones, palabras o acciones necesitan ser desarraigadas para que tu matrimonio experimente lo que la gracia de Dios hace posible experimentar?

Miedo

Tú y yo probablemente somos más motivados por el miedo de lo que te imaginas. Con frecuencia el temor no es una experiencia pavorosa que nos hace apretar las manos con ansiedad. Más frecuentemente es una manera de ver tu mundo que le da forma a los pensamientos de tu corazón y determina la manera que respondes. Quizás tu lucha es con el miedo al fracaso. Tal vez pasas mucho tiempo pensando “¿y si acaso...?” Puede ser que seas

demasiado hábil para concebir las cosas malas que pueden resultar si sucede esto o aquello. De repente meditas y te preparas tanto para las dificultades potenciales que inadvertidamente cumples tus propias profecías. Probablemente respondes a tu esposo basada no realmente en lo que él está haciendo sino en lo que tú temes que él pueda hacer.

O puede ser que luches contra el miedo al hombre. Tal vez has vinculado demasiado el sentido interno de tu bienestar, tu seguridad y tu esperanza a tu esposo o esposa. Posiblemente eres demasiado apto (a) para subirte a la montaña rusa de sus respuestas hacia ti. Acaso te esfuerzas desmedidamente por leer sus emociones; o quizás lo que él piensa simplemente significa demasiado para ti. Tal vez ella es demasiado capaz de darte un buen día o de arruinártelo, o tratas exageradamente de complacerla. Posiblemente su aprobación significa para ti más de lo que debería significar.

Estoy convencido de que el temor al hombre es un enorme problema en las dificultades de muchos matrimonios. Pienso que muchos de nosotros estamos tratando de conseguir en nuestro cónyuge lo que solo podemos recibir de Dios—paz. Los deseos de ser aceptados y respetados no son malos en sí mismos. Ellos nos recuerdan que Dios nos diseñó para ser seres sociales. Fuimos hechos para vivir en comunidad. Pero hay que decir que aunque el deseo de aceptación y respeto no es malo, no tiene que controlar nuestros corazones. Cuando estos deseos nos controlan, hacen que convirtamos a nuestro esposo o esposa en nuestro mesías personal, algo que nunca produce cosas buenas en nuestro matrimonio.

¿Es el miedo una maleza que tiene que ser arrancada en tu matrimonio? ¿Hay una manera en la cual tu cónyuge se ha convertido en tu mesías de reemplazo? ¿Temes tanto al fracaso que te evita cumplir con determinación las cosas que Dios te ha llamado a hacer en tu matrimonio? ¿Son las dudas de “¿qué pasaría si?” las que evitan que vivas tu matrimonio con gozo en el aquí y ahora?

Indolencia

Es difícil admitirlo, pero la indolencia es un enorme problema en nuestros matrimonios. Sabemos que no debemos ir a la cama enojados, pero parece que toma demasiado tiempo resolver nuestros conflictos. Sabemos que necesitamos aclarar el malentendido de esta mañana, pero no nos dejaría mucho tiempo para relajarnos antes de acostarnos. Sabemos que no estamos de acuerdo financieramente, pero trabajar en eso no nos emociona. Sabemos

que necesitamos discutir lo que está sucediendo en nuestra relación sexual, pero simplemente no queremos enfrentar la naturaleza incómoda de esa conversación. Tú sabes que estás amargado, pero parece no haber tiempo en tu horario para examinarlo y confesarlo. Evades un argumento y sabes que deberías regresar y pedir perdón, pero no sabes en lo que te meterás si lo haces.

Es un hecho: la indolencia está enraizada en el amor a sí mismo. Es la habilidad de salirnos del aprieto. Es la disposición a permitirnos no hacer las cosas que sabemos que deberíamos hacer. Es creer que las cosas buenas deberían llegar sin tener que trabajar por conseguirlas. Es optar por lo que es cómodo para nosotros mismos en lugar de lo que es mejor para nuestro cónyuge. La pereza siempre está enfocada en nosotros mismos y en nuestras excusas. Es indisciplinada y desmotivada. Nos permite ser pasivos cuando se necesita la acción decidida y amorosa. Nos permite evadir cuando deberíamos involucrarnos. Espera más de otros que lo que requiere de nosotros. Demanda cosas buenas sin la disposición a invertir en ellas. Estoy convencido que la pereza es un asunto mucho mayor en nuestros matrimonios de lo que nos inclinamos a pensar. Examina estos proverbios:

Pasé junto al campo del hombre perezoso, y junto a la viña del hombre falto de entendimiento; y he aquí que por toda ella habían crecido los espinos, ortigas habían ya cubierto su faz, y su cerca de piedra estaba ya destruida (Prov. 24:30-31).

¿No es esto exactamente lo que hemos estado describiendo? Tu matrimonio es afectado con dificultades porque has fallado en actuar para que se mantenga siendo lo que Dios ha procurado que sea.

El deseo del perezoso le mata, porque sus manos no quieren trabajar (Prov. 21:25).

Con frecuencia, los matrimonios son turbados por el descontento y los deseos fallidos. Proverbios conecta esto a la indolencia. Puesto que no estás haciendo el trabajo duro de seguir la dirección de los principios de la palabra de Dios, los buenos deseos que tienes para tu matrimonio no se realizan. Esto incrementa tu descontento, agregando más problema a tu matrimonio y haciendo más difícil lidiar con las cosas que debes lidiar para que tu matrimonio sea aquello para lo que Dios lo ha diseñado.

El perezoso no ara a causa del invierno; pedirá, pues, en la siega, y no hallará (Prov. 20:4).

Dice el perezoso: el león está fuera; seré muerto en la calle (Prov. 22:13).

Estos proverbios capturan la excusa dinámica de la pereza. Nos escapamos de los aprietos dándonos a nosotros mismos razones plausibles (excusas) para

nuestra inactividad.

El camino del perezoso es como seto de espinos; mas la vereda de los rectos, como una calzada (Prov. 15:19).

¿Hacia dónde conduce la pereza en el matrimonio? Conduce hacia la decepción, el desaliento, el descontento y futuros problemas. En un mundo caído, muy pocas cosas se corrigen con la falta de acción.

Entonces, ¿Qué acerca de ti? ¿Qué acerca de tu matrimonio? ¿Cuándo fue la última vez que buscaste malezas? ¿Cuándo fue la última vez que tú y tu esposa se sentaron y le dieron un mirada honesta a su vida juntos? ¿Están pagando el precio en su matrimonio por descuidar el primer paso de la jardinería de las buenas relaciones? ¿Han sido la unidad, el amor, y el entendimiento en su matrimonio sofocados por las malezas del egoísmo, el afán, la falta de atención, la auto justificación, el miedo, la pereza o algo más que se ha interpuesto en el camino? No tienen que temer examinar su matrimonio, no importa cuánta maleza pueda tener, porque Dios les sustentará en la dificultad con su maravillosa gracia. Él les bendice con la gracia de la sabiduría, la paciencia, la fortaleza y el perdón. Si son hijos de Dios, no son nunca solo ustedes los que esperan que sea posible solucionar sus problemas. No, hay una tercera persona envuelta en cada situación y lugar de su matrimonio. Él está con ustedes, está dispuesto y es poderoso para ayudarlos. De hecho, en su gracia, ha hecho de ustedes el lugar donde Él vive. Tal vez por mucho tiempo han dejado que las malezas del pecado sofoquen la vida de su matrimonio. ¿Qué tal si se afirman y comienzan a arrancar esas malezas? ¿Qué tal si creen que, mientras lo hacen, Él les dará la gracia justa que necesitan en el momento preciso que la necesitan?

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4 Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

.

8.

PLANTANDO SEMILLAS

No sé si has pensado en esto, pero tu vida es moldeada por momentos de decisión. No, no estoy hablando de los momentos de decisiones épicas que cambian nuestras vidas dramáticamente. Estoy hablando de las miles de pequeñas decisiones en los momentos comunes y corrientes de la vida diaria que casi siempre pasan desapercibidos, pero que son los que realmente moldean y dirigen nuestras vidas. Si miramos, la calidad y el carácter del matrimonio no se establecen sobre dos o tres grandes momentos de elección. Tú haces solo tres o cuatro grandes decisiones en tu vida entera. No, el carácter de un matrimonio está formado por miles de pequeños momentos en que decimos sí a una cosa y no a otra. Es el carácter desarrollado en pequeños momentos que llevas contigo al llegar esos grandes momentos de decisión.

El capítulo anterior era acerca de examinar tu matrimonio, buscando esos pequeños pensamientos, actitudes y acciones a los que debes decir que no; este capítulo es acerca de considerar las cosas a las que debes decir que sí y que al hacerlo, les das lugar para que moldeen tu matrimonio.

Regresando a la metáfora del jardín, el terreno que se limpia no se mantiene limpio por mucho tiempo. Si rastrillas un pedazo de terreno y lo despojas por completo de maleza, en pocos días verás esos brotes de maleza saliendo de la tierra. Te preguntarás de donde viene ¡y te irritará que haya invadido el área que tan laboriosamente limpiaste! Lo que debes hacer inmediatamente después de limpiar tu tierra de maleza, es plantar flores en su lugar. La maleza, no simplemente se va; y las flores no simplemente crecen en su lugar a menos que alguien esté arrancando la maleza y plantando semillas. La aplicación para el matrimonio es obvia. No es suficiente identificar la maleza que hay que arrancar en tu relación; tienes que pensar qué es lo que Dios quiere que pongas en su lugar. Quiero hablarte de arrancar y plantar de una manera que quizás te sorprenda, pero es precisamente la forma en que la Biblia habla de ello.

LAS MALEZAS Y LAS SEMILLAS

Me asombra con frecuencia cuan útil es la Biblia en su diagnóstico de los

conflictos humanos, pero cuán poco uso nosotros hacemos de ella cuando tratamos de entender las cosas por las que pasamos en el matrimonio. Puesto que nuestro Creador nos ama y conoce cuán terriblemente defectuosos somos nosotros y nuestro mundo, Él quiere que sepamos cómo lo que está mal va a seguir mal y cómo puede esto ser resuelto. Gálatas 5 es uno de esos increíblemente útiles pasajes bíblicos. Aquí, el Creador-Salvador nos habla como un padre amoroso ayudándonos a entender el misterio de las relaciones que nunca entenderíamos sin Él. Aun cuando este pasaje establece un alto estándar, no debería dejarnos cargados o deprimidos, porque Jesús hizo perfectamente todas las cosas que nosotros fallamos en hacer, y las hizo por nosotros para que podamos presentarnos ante Dios en debilidad y fracaso, confesando nuestra necesidad sin temor. Por causa de Jesús, sabemos que Dios no nos dará la espalda cuando fallemos. Más bien, nos concederá voluntariamente la gracia que necesitamos para hacer lo que Él nos ha llamado a hacer en nuestro matrimonio.

Examinemos Gálatas 5 y veamos cómo nos ofrece una manera sencilla de ver lo que específicamente lo que debemos arrancar y plantar en nuestro matrimonio. Me asombra pensar que por años yo veía Gálatas 5:13-26 como un pasaje sobre el crecimiento del carácter espiritual, pero fallaba en verlo como un pasaje sobre las relaciones de principio a fin. Busca las implicaciones que tiene respecto a las relacionales mientras lees las palabras del apóstol Pablo:

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros. Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios. Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros (Gálatas 5:13-26).

El mejor lugar para comenzar a extraer las riquezas de la sabiduría en estas palabras es comenzar con la advertencia en el verso 15. Una cosa que todos estamos tentados a hacer es rehuir del poder y la influencia de las cosas que hacemos y decimos. Un esposo le grita a su esposa, pero se dice a sí mismo que fue solo un pequeño incidente y se tranquiliza con el pensamiento de que a pesar de su enojo ella sabe que él la ama. Una esposa es fastidiosa por la mañana reprochándole al marido lo que hizo la noche anterior, pero ella se dice que es una nueva mañana y él realmente sabe que ella lo ama. Nosotros solemos olvidar que esos pequeños momentos son importantes precisamente porque son pequeños. Puesto que nuestros días están llenos de pequeños momentos, recordemos que es precisamente aquí donde se forma el carácter y la calidad de un matrimonio.

Este es el punto: tú no puedes escapar de la influencia de lo que haces y dices sobre la persona con la que vives y tu relación con ella. Pablo dice, “Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gálatas 5:15). Dios te ha hecho una persona de influencia en la vida de tu cónyuge. Tú siempre serás influenciado de alguna manera. No puedes escapar de las implicaciones de las palabras de Pablo. Y nota quien dice él que será destruido—tú. Tú puedes robarle a tu esposa la esperanza. Tú puedes pulverizar la fe de tu esposo. Ustedes pueden dañarse el corazón el uno al otro. Tú puedes nublar la visión de la presencia, la bondad y la gracia de Dios de tu esposa. Tú puedes tentar al otro a creer que él o ella está solo y sin ayuda. Esposos y esposas, ustedes y yo debemos preguntarnos, “¿Cómo influyo diariamente en la manera que mi esposa piensa de Dios, de sí misma y de la vida?” Tu respuesta al resto de este asombroso pasaje será determinada por el grado en el cual has aceptado la advertencia del verso 15.

Ahora, nota el primer principio en este pasaje altamente relacional: “no uséis la libertad como ocasión para la carne” (Gálatas: 13). No hay mayor lucha para ninguno de nosotros. No hay nada que complique más nuestro matrimonio. Un matrimonio feliz se trata de saber a lo que hay que decir que no. Lo que estamos llamados a hacer es tanto iluminador como práctico, y es una protección para tu matrimonio; pero estoy convencido que la mayoría de nosotros no tenemos idea de lo que significa. Déjame desenvolver estas palabras potencialmente transformadoras del matrimonio.

“Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (v.16). Puesto que aún hay pecado dentro de nosotros, hay pensamientos, deseos, motivos, elecciones y decisiones que tenemos que combatir internamente. Nunca

ganaremos terreno en nuestras relaciones comenzando por ocuparnos de las conductas malas, porque la verdadera batalla de las relaciones reside a un nivel mucho más profundo. Es a este nivel al que Pablo se refiere aquí. Tú puedes entender esta profunda batalla solo cuando entiendes la naturaleza fundamental del pecado.

El ADN del pecado es el egoísmo (ver 2 Cor. 5:15). El pecado da vuelta a todo para que gire alrededor de nosotros mismos. Reduce nuestro círculo de esperanzas y preocupaciones a las cosas que tienen que ver con nosotros. Nos hace del todo enfocarnos y ser motivados por nuestros deseos, necesidades y sentimientos. El pecado puede llenar nuestros ojos de tal manera con nuestras necesidades que nos hace funcionalmente ciegos a las necesidades de otros. Podemos llegar a estar tan enfocados en nuestros intereses que tenemos poco interés en los intereses de otros. Ahora, piensa en esto: si el ADN del pecado es el egoísmo, entonces el pecado en su forma fundamental es antisocial. Las necesidades del individuo arrollan las necesidades de la otra persona o las necesidades de la relación. Piensa acerca de cuándo y dónde te enojaste la semana pasada. ¿No sería seguro para mí concluir que poco de tu enojo vino por un interés por la otra persona o interés por tu matrimonio? Más frecuentemente nos enojamos porque el otro obstruyó el camino de algo que queríamos. Nunca entenderás los conflictos de tu matrimonio hasta que comiences a enfrentar la realidad de algo que vive dentro de ti que es destructivo para tus relaciones. La Biblia le da un nombre a este algo: pecado.

Pero hay más que decir. Puesto que el pecado nos centra en nosotros mismos y es antisocial, deshumaniza a la gente en nuestras vidas. Las personas cesan de ser objetos de nuestro afecto y son reducidas a vehículos u obstáculos. Si son vehículos que nos ayudan a conseguir lo que queremos y pensamos que necesitamos, nos emocionamos con ellas y agradecemos que estén en nuestra vida. Pero si se convierten en obstáculos para lo que queremos, nos irritamos e impacientamos espontáneamente con ellas y queremos que se quiten de nuestro camino como sea. Aunque nuestro enojo nos dice que ellas son las del problema, el problema realmente tiene su génesis en la auto-orientación y auto-obsesión de nuestro corazón pecaminoso.

Es por esto que Pablo dice, “¡no te vayas por allí! Piensa acerca de esto: ¿Qué significa complacer algo? Significa ir hacia donde te está atrayendo. Significa sentir su exigencia. Si voy a un buffet chino y complazco mi apetito no voy a conformarme con un plato. Treinta y siete platos más tarde me digo

que aun hay otras delicias que necesito disfrutar. Los matrimonios saludables lo son porque han aprendido a reconocer y a decir no a los instintos egoístas que asechan sus corazones.

El egoísmo es una de las grandes malezas que sofocan la vida de nuestro matrimonio, y tenemos que reconocer continuamente que ese egoísmo es una condición del corazón antes de ser una serie de decisiones, palabras y acciones. Habiendo dicho esto, es importante reconocer que el egoísmo se expresa a través de lo que hacemos. Pablo registra estas acciones como “las obras de la carne” (v.19). Cuando piensas en los problemas que turban nuestros matrimonios, esta lista es asombrosamente acertada. La mayoría de las palabras en la lista ilustra específicamente las cosas que tienden a infectar nuestros matrimonios, no solo en los grandes momentos de dificultad, sino más regularmente en los momentos simples de la vida diaria. Examina estas palabras: “enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías y envidias.” Piensa, ¿ha estado tu matrimonio libre de discordias? ¿Has vivido con celos? ¿Has estado exento de ataques de cólera? ¿Se ha metido en tu camino la ambición egoísta? ¿Has experimentado disensión en tu matrimonio? ¿Se ha arruinado alguna vez un bonito día por causa de la envidia? Sé humildemente honesto; de alguna manera estas cosas han turbado el matrimonio de cada uno de nosotros.

Considera como puede el egoísmo moldear tu matrimonio. Si no estás peleando la batalla interna, sino que le estás permitiendo a tus deseos, necesidades y sentimientos, ser la fuerza que controla tu relación con tu cónyuge, no solo no rechazarás las cosas que deberías rechazar sino que de alguna manera procurarás que él o ella te dé las cosas en las que tienes puesto tu corazón. Sé que esto es difícil de aceptar pero tenemos que hacerlo. Esto significa que el estilo básico de nuestras acciones, reacciones y respuestas a nuestro cónyuge es la manipulación. No me refiero al engaño planificado e intencional de la otra persona. No, me refiero a que de formas imperceptibles para ti, logras que tu cónyuge participe en lo que tú quieres para darte lo que tú te has convencido que necesitas, y para que se someta a lo que tú sientes.

Las tres herramientas más familiares de la manipulación en el matrimonio son *la amenaza, el pago y la culpa*. Una esposa dirá: “¡no sé que voy a hacer si tengo que vivir con esta sala por más tiempo!” Un esposo dirá: “¡a veces me pregunto si no cometimos un gran error!” En cada caso, el esposo y la esposa están usando la amenaza de algo para controlar a su cónyuge y lograr que se ajuste a su agenda. También usamos lo que sabemos que nuestro

cónyuge quiere, necesita o disfruta como un incentivo para que haga lo que queremos que haga. Por ejemplo, un esposo puede darle a su esposa un lujoso fin de semana de vacaciones, no tanto porque quiera estar con ella sino para que la próxima vez que se queje él pueda decir, “yo hago y hago cosas para ti, ¿y así es como me lo agradeces?” O una esposa insatisfecha puede decirle a su esposo, “recuerdo cuando era una mujer feliz. Fue antes de casarme. Nunca pensé que sería así. Nunca me imaginé que terminaría de esta manera.” ¿Qué está haciendo? Está infringiendo responsabilidad a su esposo, esperando que él se sienta culpable y que por ello haga lo que ella quiere que haga. Hay mucha más manipulación sucediendo en nuestro matrimonio de lo que solemos pensar. La naturaleza esencial de la manipulación es que es impulsada por el amor a sí mismo, no por el amor al otro.

EL HILO COMÚN

¿Qué tienen en común todas estas acciones que Pablo registra? ¿Cuál es la hebra que los une? El egoísmo. Eso es lo que asecha cada corazón y es el enemigo de la unidad, el amor y el entendimiento que todos decimos queremos en nuestro matrimonio. Seguramente tú te has casado con una persona que está lejos de la perfección. Y ciertamente tu vida se complica a causa de sus debilidades y faltas. Tu esposo o esposa tendrá días malos. Él tomará decisiones lamentables. Ella no siempre será tan encantadora como cuando la cortejabas. Esta es la verdad—no lograste casarte con la mujer perfecta. Pero aun cuando todo esto es verdad, tu más grande problema no es la imperfección de tu cónyuge. No; es esa cosa antisocial que conspira en los rincones de tu corazón. Tu más grande conflicto es con el egoísmo que nos tienta y seduce a todos. Tenemos que arrancar esta maleza una y otra vez, junto con las malezas de las palabras destructivas y las acciones que vienen junto a ellas.

PLANTANDO SEMILLAS

Sembrar semillas es a lo que Pablo realmente nos llama. Estamos comprometidos a plantar intencionalmente las buenas semillas de una relación sana en el terreno de nuestro matrimonio. Esto requerirá entendimiento, dedicación, disciplina y perseverancia. Pablo delinea el discrepante estilo de vida relacional de esta manera: “servíos por amor los unos a los otros” (v.13). Luego dice algo sorprendente, “Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” Si hubieses escrito las palabras, “toda la ley en esta sola palabra se

cumple,”¿qué habrías escrito después de eso? Pienso que yo hubiese escrito, “amen a Dios sobre todas las cosas.” Pero, asombrosamente, eso no es lo que Pablo escribe. En lugar de eso él escribe, “ama a tu prójimo como a ti mismo.”¿Cómo es que el amor al prójimo resume todo lo que Dios nos llama a hacer? La respuesta es simple y profunda a la vez. Es que aquellos que aman a Dios sobre todas las cosas, amarán a su prójimo como ellos se aman a sí mismos. Es difícil escuchar estas cosas, pero en estas palabras se encuentra la esperanza del cambio.

El problema en nuestros matrimonios no es principalmente que no haya suficiente amor del uno al otro; el problema es que no amamos a Dios lo suficiente y por no amarlo a Él como se debe, no nos amamos entre nosotros como nos deberíamos amar. ¿Será que estamos tan afanados amándonos a nosotros mismos y asegurándonos que nuestras esposas nos amen como queremos, que nos queda muy poco tiempo y energía para amarlas como deberíamos? ¿Será que estamos demasiado ocupados procurando usar al otro para que sirva a nuestros deseos, necesidades y sentimientos, que eso nos distrae para darnos cuenta de las oportunidades diarias de amar? ¿O estamos demasiado afanados asegurándonos que nos aman para hacer algo acerca de las oportunidades de amar aunque nos demos cuenta de ellas? ¿Por qué sucede todo esto? Sucede porque hemos reemplazado el amor de Dios y su cuidado por nosotros con el amor propio y la ansiedad por nuestra necesidad.

Nuevamente, esto significa que un matrimonio no se arregla comenzando horizontalmente; se arregla comenzando verticalmente. Solo cuando hemos confesado nuestra falta de amor por Dios – su plan, su propósito y su llamado–y cuando admitimos que hemos reemplazado su agenda para nosotros con nuestra agenda egoísta, seremos libres para comenzar a amarnos unos a otros como solo su gracia lo hace posible. Es entonces que reemplazamos manipulación por ministerio. En lugar de esforzarte por manejar a tu cónyuge para que te sirva, hallas gozo y satisfacción en descubrir maneras de servirle a él o ella. Quieres mirar hacia las inminentes necesidades venideras. Quieres hacer cosas que le produzcan gozo. Quieres compartir sus penas y sobrellevar sus cargas. Cuando estos deseos son mutuos, tu matrimonio no se vuelve perfecto, pero se convierte en un lugar donde la verdadera unidad, entendimiento y amor tienen lugar para vivir, respirar y crecer.

ATENCIÓN: SE NECESITA AYUDA

Ya hemos dicho que esta clase de servicio no es natural en nosotros porque aún tenemos residuos de pecado y porque el ADN del pecado es el egoísmo. Así que, si vamos a vivir de esta manera, cada uno de nosotros necesitamos el rescate, la intervención y la capacitación que solo la gracia de Dios puede dar. Es aquí que necesitamos oír estas palabras: “bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad” (2 Cor. 12:9). Sé honesto: tu tendencia es convencerte a ti mismo que tú eres el o la más fuerte en tu matrimonio y que de alguna manera estás cargando con la debilidad de cónyuge. Pero el pecado deja paquetes de debilidad en todos nosotros. Nadie de los que leen este libro está orgulloso de todo lo que ha dicho o ha hecho en su matrimonio. Nadie defendería todo lo que ha pensado o deseado. Así que, el cambio no se encuentra en defender nuestra justicia sino en admitir nuestra debilidad y clamar por ayuda, y el apóstol Pablo nos recuerda que la ayuda está disponible y es suficiente para la tarea.

Basta ya de estar señalando al otro o la otra, de escuchar a tu abogado interno defender tu causa y de andar llevando a todas partes el registro de las faltas de tu cónyuge juzgándole, criticándole y culpándole. Ya basta de someter al otro a un estándar más alto del que tú te sometes a ti mismo; de quejarte, de argumentar, de retirarte y de manipular. Suficiente de resentimiento y aspereza, de describirte a ti mismo como víctima y a tu esposa como la criminal. Suficiente de las demandas y las expropiaciones, y de las amenazas y de la culpa. Ya no más de decirle a ella cuán bueno eres tú y cuán agradecida debería estar de vivir con una persona como tú; de ir a la cama en silencio, enojado y auto justificándote. Marido, deja de subirte a la montaña rusa de los altibajos emocionales de tu esposa. Esposa, deja de esperar que él sea tu mesías personal quien satisfaga los anhelos de tu corazón. Ya basta de todo eso.

Es tiempo de dejar de señalar y de comenzar a confesar cuán profunda y generalizada es tu debilidad. El cambio en el matrimonio comienza con la confesión de tu necesidad. Es tiempo de decir, “Señor, hay veces cuando estoy en lo correcto, pero con mucha frecuencia estoy equivocado. Frecuentemente dejo que la impaciencia y la irritación se apoderen de mí. Con frecuencia soy celoso y rehúso perdonar. Repetidamente fracaso en servir con gozo y dar con satisfacción. A menudo prefiero ganar que tener unidad y paz. Me propongo hacerlo mejor, pero caigo de nuevo en la misma trampa. Señor, ¿no vas a fortalecerme por tu gracia para que pueda amar como me has llamado a hacerlo?”

¿Cómo luce vivir esta vida de amor? ¿Qué significa en la práctica plantar nuevas semillas de amor en tu matrimonio? Bueno, hay otra lista en Gálatas 5 llamada “el fruto del Espíritu.” No puede haber un mejor catálogo de las cualidades del carácter de un buen matrimonio que esta lista. Si quieres arrancar las malezas de la manipulación de tu matrimonio y entregarte a una agenda de amor, entonces esta lista es para ti. Considera estas palabras: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (Gal. 5:22-23).

¿Cómo luce dedicarse a servir a tu cónyuge en amor? Bueno, luce como levantarse por la mañana y dedicarse a buscar maneras concretas de *amar* a tu esposo o esposa. ¿Dónde es que tiende él a desanimarse o a sentirse abrumado? ¿Cuáles son las tareas diarias en la cuales ella necesita ser apoyada? ¿Cómo puedes comunicar tu afecto de manera especial? Tal vez una tarjeta inesperada en la bolsa de su almuerzo, o enviarle flores o una llamada a medio día solo para decirle, “te amo.” Quizás puedas comunicar tu amor no prendiendo el televisor y estando dispuesto a hablar en lugar de eso. Probablemente el amor pueda ser comunicado arreglando algo que está quebrado, simplemente porque arreglarlo le facilitará la vida a tu esposa. Quizás pueda ser comunicado mejor estando dispuesto a realizar la tarea que usualmente le corresponde al otro. No hay escasez de oportunidades para amar; el asunto es, ¿las vemos y estamos determinados a responder a ellas? *¿Diría tu esposo o tu esposa que eres una persona amorosa?*

Servir en amor implica estar entregado al *gozo*. ¿De qué se trata el gozo? Se trata de buscar razones para estar agradecido. Significa que aprecias tus bendiciones mejor de lo que calculas tus quejas. Se trata de comunicar aprecio; de dejarle saber a tu esposa cuánto significan para ti las cosas que ella hace por ti. Se trata de agradecerle a Dios diariamente por tu matrimonio, aun cuando sea menos que perfecto. El gozo significa buscar lo bueno en el otro y animarlo cuando lo encuentras. ¿Te describiría tu esposo o esposa como una persona agradecida?

Servir en amor requiere estar comprometido a *la paz*. Admitámoslo: hay una alarmante cantidad de conflictos en cada una de nuestras vidas. Casi cada día nos enojamos, nos impacientamos, nos irritamos, nos resentimos o nos decepcionamos con alguien. Nuestro pecado hace fácil que queramos más la guerra que la paz, y la mayoría de nuestras luchas son sobre asuntos de mínimas consecuencias a largo plazo. Claro que hay momentos cuando las implicaciones son elevadas y podemos estar luchando por cosas que pueden

alterar nuestras vidas, pero esos momentos son raros. Tristemente, muchos de nosotros nos encendemos fácilmente, somos intolerantes con las faltas de otros y rápidos para irritarnos con cualquiera que se interponga en nuestro camino.

Así que, si realmente estamos determinados a la paz, alegremente dejaremos pasar las ofensas menores. Estaremos rápidamente dispuestos a perdonar. Nos esforzaremos por restaurar las relaciones cuando algo nos ha separado. Nos será más atractiva la unidad que ganar un argumento, y más llamativa la paz que el poder. Estaremos dispuestos a escuchar y dispuestos a pensar bien antes de hablar. No permitiremos que resuciten ofensas que ya han sido perdonadas, y estaremos dispuestos a confesar rápidamente cuando nos hemos equivocado. Nunca iremos a la cama mientras aún estemos enojados, y buscaremos proteger nuestro matrimonio de cualquier cosa que pueda interrumpir nuestra paz. ¿Diría tu cónyuge que tú eres pacificador o pacificadora?

Servir a nuestro cónyuge en amor también significa estar determinado a *responderle de manera afectuosa* y hacer solo lo que es bueno para él o ella. Piensa un momento: ser afectuoso y hacer lo que es bueno son determinaciones que todos se hacen durante el cortejo. ¿Por qué? Porque el uno trata de conquistar al otro. Pero luego que se casan, ambos tienden a bajar la guardia. En tu caso, tal vez eso signifique no ser tan educado y paciente como cuanto cortejabas a tu esposa. Quizás significa criticarla más de lo que jamás lo habrías hecho cuando tratabas de conquistarla. O puede ser que fallas en ponerla en el primer lugar como lo hacías antes de casarse. Tal vez significa hacer cosas rudas que nunca habrías considerado hacer cuando intentabas ganarte su afecto. ¿Diría tu cónyuge que tu eres afectuoso o afectuosa?

Servir en amor también significa ser *fiel* a los votos que hiciste al casarte. La fidelidad es seguramente una de las cualidades del carácter esenciales en un buen matrimonio. La fidelidad comienza con tus pensamientos y deseos. ¿Te das libertad para fantasear que dejas a tu cónyuge o que te casas con otra persona? ¿Miras o piensas a veces acerca de otro hombre o mujer de maneras que no deberías? ¿Te dedicas aun a amar tu esposa como prometiste que lo harías cuando hiciste tus votos matrimoniales públicos? ¿Hay algunas otras cosas que se interponen como el trabajo, los proyectos individuales, los hijos, el afán, la falta de atención, la ociosidad, el olvido, la amargura, o los intereses propios? ¿Diría tu esposa que ustedes han sido fieles en todo lo que

han prometido?

Servir en amor significa estar dispuesto a la *gentileza*. ¿Qué es la gentileza? Es no dañar algo mientras está en nuestras manos. Un niño hace una tarjeta a su mamá pero le falta gentileza, de modo que cuando le da la tarjeta está arrugada, doblada y manchada. Con frecuencia toleramos demasiada severidad, rudeza y enojo al hablar con nuestro cónyuge. En nuestra contrariedad y dolor, nuestras respuestas carecen de gentileza, profundizando la dificultad con la cual ya tenemos dificultades. Un corazón apacible y una respuesta suave son herramientas muy poderosas en las manos de un Dios de gracia transformadora. La gentileza no debe ser confundida con debilidad; la gentileza es una confianza tranquila en el poder de Dios para cambiar lo que tiene que ser cambiado. Es el reconocimiento de que si pudiéramos cambiar a otra persona por el volumen de nuestra voz, el poder de nuestro vocabulario y la fuerza de nuestra personalidad ¡Jesús no habría tenido que venir! ¿Te describiría tu esposo o esposa como alguien gentil?

Servir en amor significa tener la determinación de ejercitar diariamente el *auto control*. Un buen matrimonio siempre es el resultado de decir no, no a la otra persona sino a ti mismo. Si quieres dañar tu matrimonio, ve a donde tus deseos y tus emociones te lleven. En apasionados momentos de desacuerdo, en terribles momentos de desengaño, y en desalentadores momentos de dolor, te sentirás tentado a hacer y decir cosas que no solo son erradas sino incrementarán el problema que estás experimentando. El desacuerdo es difícil, pero no tiene que degenerar en una guerra personal. El desengaño es duro, pero no tiene que dar lugar a un ataque personal. Es doloroso cuando has sido lastimado, pero responder agresivamente no es nunca un paso hacia la reconciliación. Puede ser que no haya una característica matrimonial más necesaria que la del auto control. Es la constante disposición a criticar tus propios pensamientos, editar tus palabras y restringir tu conducta por amor a tu cónyuge y a lo que es bueno. El auto control significa que simplemente tú no te permitirás actuar baja y suciamente. Tomarás el tiempo que necesites para estar en una posición desde la cual puedas hablar y actuar con amor, sabiduría, gracia y gentileza, y estar comprometido con la unidad, el entendimiento y la paz.

PLANTAR BUENAS SEMILLAS REQUIERE AYUDA

Los recuerdos de nuestro primer jardín están aún bien vivos en mi mente. Yo era un jardinero neófito; ingenuo en todo sentido. Caminé hacia el espacio

escogido: terreno pedregoso, duro y no cultivado. Todo lo que llevaba eran unas pocas herramientas de mano y el sueño de una cosecha de vegetales. ¡Estaba a punto de ser desconcertado! Mi primer agujero con la pala no fue para nada un agujero. Ni siquiera penetró la tierra. Solo se deslizó sobre la superficie y se soltó de mi mano. Me moví unos cuantos metros y probé de nuevo, pero ese espacio era igual de duro. Fui a buscar un azadón. (¿Qué estaba pensando?) De regreso en el futuro lugar del jardín di un fuerte golpe con el azadón e hice un pequeño agujero en nada proporcional a la fuerza que había ejercido. Luella me miraba. Pienso que ella estaba procurando hasta donde podía, no reírse. Mis vecinos probablemente estaban disfrutando el entretenimiento gratis mientras pensaban, “él aprenderá.” ¡La siguiente herramienta que usé para mi jardín fue un teléfono! Llamé a mi cuñado para ver si me prestaba un motocultor de gas de los que se comen la tierra. Había sido humillado por lo difícil del terreno y estaba listo para admitir que necesitaba ayuda.

Si vas a arrancar las malezas enraizadas profundamente en tu corazón egoísta y vas a plantar nuevas semillas de amor auto-sacrificial en el terreno de tu matrimonio, necesitas ayuda. Tus instintos te llevan a enfocarte en ti mismo y son tan obstinados como el pecado que aún permanece allí. Cuando combinas esto con el hecho de que no siempre te ves a ti mismo como realmente eres, siendo que el pecado es engañoso, ¿a quién crees que engaña primero? No tendrás problema identificando las debilidades y fallas de tu esposa, pero no verás las tuyas con igual claridad. Todo esto se complica más por los artificios de la justicia propia que aun reside en ti. Todos solemos ser muy hábiles para embaucarnos a nosotros mismos haciéndonos sentir bien acerca de lo que Dios dice que no es bueno.

Sé que tú eres como yo. Quieres pensar que el cambio que tu matrimonio necesita está siendo estorbado por tu cónyuge. Pero la realidad es que todos nosotros defendemos lo que hacemos y decimos, y somos los que interferimos en lo que Dios está haciendo. Por esto necesitamos más que las herramientas manuales para la jardinería espiritual. La fortaleza y la sabiduría con que contamos no tienen el poder de romper el duro terreno de los patrones errados para poder plantar semillas nuevas. No sé si enfrentas esta realidad o no, pero aquí está: si tu matrimonio alguna vez va a ser aquello para lo que fue diseñado, necesitas la intervención divina. Consideremos por un momento como es esto.

¿Has tenido alguna vez un momento en tu matrimonio cuando no sabes a

donde ir? Tú sabes que, como pareja, no estás en un buen lugar, y sabes que has tratado de iniciar el cambio, pero no sucedió o no duró. Te parece que lo has probado todo y nada ha funcionado. Bueno, en Gálatas 5 se nos dice que hacia dónde mirar.

Escucha estas palabras: “Así que les digo: Vivan por el Espíritu, y no seguirán los deseos de la *naturaleza pecaminosa. Porque ésta desea lo que es contrario al Espíritu, y el Espíritu desea lo que es contrario a ella. Los dos se oponen entre sí, de modo que ustedes no pueden hacer lo que quieren (Gál.16-17 NVI).

He dicho esto y regresaré a ello a través de este libro: las grandes batallas en el matrimonio no son las que peleas con tu esposa. No, las grandes batallas son las que peleas en tu corazón. Todas las escaramuzas horizontales entre un esposo y su esposa son el resultado de esta batalla más profunda. Recuerda, aún hay un remanente de pecado en tu corazón, y el ADN del pecado es el egoísmo. Puesto que el pecado en su forma más fundamental es egoísta, también es esencialmente antisocial. Esto significa que tú y yo tenemos que reconocer que hay algo que aún asecha dentro de nosotros que es destructivo al matrimonio. Es importante notar que después de que Gálatas nos llama a una vida de servicio en amor se vuelve para recordarnos de esta vigente, cotidiana e incesante guerra.

Si alguna vez vas a lograr un matrimonio de unidad, entendimiento y amor, tienes que estar dispuesto a pelear diariamente, pero no con tu cónyuge. Necesitas comprometerte a pelear contigo mismo. Necesitas estar determinado a pelear contra la poderosa atracción de tu egocentrismo. Necesitas combatir el instinto a tolerar esas emociones ardientes y antojos poderosos. Tienes que analizar tus deseos, acorralar tus motivos, criticar tus pensamientos y corregir tus palabras. Debes batallar hasta que tu letanía de “quiero para mí” se convierta en una gozosa lista de “me encantaría hacer algo por ti.”

Déjame decirlo de esta manera: la jardinería espiritual (arrancar maleza y sembrar nueva semilla) que dará lugar a un hermoso matrimonio, tiene que ser hecha mayormente dentro de tu propio corazón. Hay pensamientos, actitudes, deseos, motivos, preferencias y metas centradas en ti mismo que tienen que ser desarraigadas del terreno de tu corazón, y en su lugar hay que sembrar nuevas semillas de pensamientos, actitudes, deseos, motivos, preferencias y metas enfocadas en tu cónyuge. Y necesitas recordar que este

arrancar y plantar no es cosa de una sola vez, sino algo que tiene que convertirse en una forma de vida en tu matrimonio.

Pero hay algo aún más poderoso que nos señala las palabras que te cité. Es esperanza para nuestros matrimonios. Las palabras citadas nos dan más que luz acerca de la dinámica interna de los conflictos matrimoniales. Ellas nos dan la mejor esperanza para nuestro matrimonio, no importa en qué condición se encuentre actualmente. De hecho, estoy convencido que apuntan hacia el único lugar donde puede hallarse la verdadera esperanza para la transformación permanente. Estas palabras nos recuerdan algo que muchos esposos y esposas ignoran o han olvidado a lo largo del camino. Aquí hay verdadera esperanza. Mientras te entregas a la batalla cotidiana de arrancar y plantar, *¡tú no estás solo!* Justo aquí, justo ahora, esposa, di a ti misma: “¡No estoy sola!” Aquí mismo, en este momento, dilo esposo: “¡No estoy solo!”

Dios sabe cuán grande es el conflicto. Él sabe cuán profunda fluye la guerra dentro de nosotros. Sabe cuán débiles y ciegos podemos ser. Sabe cuán cambiantes pueden ser nuestros corazones. Sabe cuán fácilmente perdemos nuestro rumbo. Así que, Él no nos da solamente una serie de principios para ayudarnos en el matrimonio; no, ¡Él se nos brinda *a sí mismo!*

Emmanuel ha invadido tu matrimonio con una iniciativa de gracia para la guerra. Él no está de pie afuera de ustedes en su matrimonio, dándoles principios para vivir y con los cuales les juzgará si no lo hacen. No, Él ha entrado literalmente dentro de sus corazones de manera que puede pelear por ustedes en el mismísimo lugar donde toma lugar la guerra por su matrimonio – en sus corazones. Él sabe que ustedes no son perfectos, que el pecado una y otra vez interfiere en el camino de lo que un matrimonio puede y debe ser. Él sabe que las reglas, principios y perspectivas no son suficientes. Sabe que su matrimonio necesita más que información; que necesita transformación, así que Él ha venido a morar dentro de ustedes. Esto significa que Él combate los oscuros instintos del pecado que aún están en su interior, ¡aun cuando ustedes no lo hagan!

Si ustedes son hijos de Dios, entonces su matrimonio no es solo una unión de dos; es más exactamente una unión de tres. Piensa en esto esposa: el mismo Espíritu que ahora vive dentro de ti, también vive dentro de tu esposo. Su presencia provee la mejor plataforma para la unidad y el amor marital que ustedes jamás podrían desear. Él les brinda la sabiduría y fortaleza que necesitan para ser lo que deben ser y hacer lo que han sido llamados a hacer

en su matrimonio. Y su más dulce regalo, en una agenda de gracia, es que Él diariamente los rescata de ustedes mismos, que es justo lo que necesitan pero son incapaces de hacer.

La esperanza para tu matrimonio no se encuentra en tu cónyuge. No; se encuentra en esa tercera Persona invisible, quien se ha hecho parte de tu unión. Él ha venido a ustedes para que pudieran tener lo que necesitan para arrancar lo que debe ser arrancado y plantar lo que debe ser plantado y que su matrimonio sea todo lo que Dios determinó que fuese.

APTOS PARA LIBERARNOS

Josefina y Ulises estaban atrapados y muy desanimados. A Josefina le gustaba leer y hacía que Ulises le leyera a ella. Ella había conducido el cerebro de Ulises a través de casi cada libro matrimonial que llegaba a los estantes. Su librero era un museo de esperanza matrimonial que se había marchitado en las páginas. No es que tuviesen un matrimonio horrible. No había habido adulterio y no estaban en el ardor del conflicto todo el tiempo. Pero su matrimonio simplemente no era un matrimonio. Ellos vivían y eran padres juntos, pero hasta allí se extendía su unión. Su relación sexual era el único barómetro necesario para entender el clima de su matrimonio. Ni Josefina ni Ulises podían recordar con certeza cuándo habían tenido sexo la última vez. No era que cesaron súbitamente, ni que se estaban rechazando el uno al otro. Es que el sexo había dejado de ser tierno, excitante y satisfactorio hacía tiempo atrás. Sentían como si tenían sexo porque estaban supuestos a tenerlo. Josefina decía que era como estar desnuda en los brazos de un extraño. Y Ulises decía que el desinterés de Josefina le hacía muy difícil ejecutar la relación. Lo que había llegado a ser aburrido ahora era doloroso, tanto que silenciosamente ellos habían pactado cesar (aun cuando jamás habían tenido ni una conversación sobre ello).

La relación sexual es un buen barómetro para cada pareja. El carácter y la calidad de la relación entre los esposos determinarán el carácter y la calidad de su unión sexual. Ustedes no dejan la desilusión y la división fuera de la cama, ni se escabullen de los malos entendidos y el dolor simplemente porque caen uno en los brazos del otro. Puesto que en ésta que es la más íntima de las relaciones humanas, ustedes son físicamente despojados y están en los brazos de otro a quien ofrecen su cuerpo, la mayoría, si no todas las capas de auto protección son quitadas. Están en un lugar de exposición y vulnerabilidad. Esto es lo que hace de la relación sexual algo tan hermoso. Tú

puedes estar expuesto y vulnerable en los brazos de tu amado o amada y no temer porque sabes que él o ella te cuidará y que el resultado será satisfacción mutua.

Pero ésta no era para nada la experiencia de Josefina y Ulises. Ella compartió confidencialmente con una de sus amigas su desaliento por el fracaso de su vida sexual. Su amiga le sugirió que leyera uno de esos manuales sexuales cristianos que hablan de los órganos sexuales, como si el problema de ellos fuese que no sabían donde estaban y para qué servían. Pongan atención a lo que voy a decir porque pienso que se aplica no solo a Josefina y Ulises sino a miles de otras parejas. Ellos no necesitaban un curso de anatomía; lo que necesitaban era un curso de teología. Necesitaban saber la verdad acerca de la batalla dentro de su propio corazón, y necesitaban conocer que la esperanza no se hallaba solo en principios, sino en la presencia del Espíritu guerrero viviendo dentro de ellos.

Ulises y Josefina no estaban atrapados. Comenzaron a hacer el trabajo diario de arrancar y plantar, y aprendieron a clamar en su debilidad y a recibir la fuerza que necesitaban para seguir adelante. Esto no significa que lograron un buen matrimonio instantáneamente; en realidad les esperaba un largo camino de cambio. Pero ya no se apuntaban con el dedo el uno al otro, ya no se peleaban ni daban lugar al desánimo y la evasión. Ahora no solo estaban enfrentando la batalla interna, sino que se ayudan a ver dónde era la batalla y se animaban mutuamente mientras se esforzaban por luchar. Y juntos celebraron el hecho de que ya no estaban solos al comenzar a arrancar las malezas de su viejo camino y a plantar un jardín de cosas mejores en su matrimonio. Dios no los había dejado solo con las herramientas manuales de su propia sabiduría y fortaleza; Él les había dado la más poderosa herramienta de transformación que jamás podrían haber tenido – Él mismo. ¡Y Él te ofrece la misma ayuda a ti!

Que tengan confianza en ti es un cumplido más grande que si te aman.

GEORGE MACDONALD

Es mejor sufrir una ofensa que hacerla, y más bienaventurado ser engañado de vez en cuando que desconfiar.

SAMUEL JOHNSON

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometemos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

9.

ARRIESGANDO EL CUELLO

Crista y Guillermo se casaron jóvenes. Les resultó difícil llenar sus necesidades financieras pues Guillermo estudiaba a tiempo completo y sólo Crista trabajaba largas horas para sostenerse, pero lograron hacerlo. Se habían conocido prácticamente desde el primer día pues habían vivido al otro lado de la misma calle y se veían casi diariamente. Sus familias no eran cercanas, pero participaban de las actividades del vecindario. Fueron juntos a la escuela primaria y a la secundaria. En cierto momento, estando en la escuela secundaria, se encendió la chispa entre ellos. Comenzaron a salir juntos y sus padres estaban complacidos. Cuando llegó el tiempo de la graduación no podían tolerar la idea de estar separados, así que se matricularon en la misma universidad. No es como lo habían planeado, pero como ya no podían esperar para casarse, se casaron mientras estaban en el segundo y tercer año. Les tomó como seis semanas darse cuenta que no era posible que ambos siguieran estudiando, así que Crista dejó la universidad y se consiguió el primero de muchos trabajos.

Tal vez era porque se habían conocido por tanto tiempo, o por pura inmadurez, pero Guillermo y Crista parecían dar por sentada su relación. No es que fuesen rudos entre sí, y permanecieron fieles; pero hacía falta algo. Su matrimonio parecía más el lugar donde ambos vivían que una inversión que estaban haciendo. Guillermo estaba muy ocupado, era muy impredecible y estaba muy determinado a estudiar para no continuar haciéndolo. Crista era demasiado rencillosa y estaba muy apegada a sus amigas. Lo que ninguno de los dos sabía, es que durante el tiempo que debían estar edificando un fundamento sólido de confianza para su matrimonio, sin darse cuenta, estaban erosionando la poca confianza que había entre ellos.

Guillermo insistía en tomar todos los cursos posibles. Decía que no podía tolerar la idea de alargar sus estudios por cinco o seis años. Esto era demasiado para un hombre recién casado. Pasaba mucho tiempo fuera de la casa estudiando en la biblioteca de la universidad. En la casa mantenía su nariz metida en los libros por largo tiempo. Crista decía, bromeando, que había perdido un esposo y había ganado un estudiante; pero lo sentía de verdad. El Guillermo del que se había enamorado era juguetón y romántico. Ella había sido conquistada por su jocoso sentido del humor, su tierna atención y su evidente amor por Dios. Había momentos en que Guillermo volvía a ser el mismo de antes, pero eran momentos fugaces. La mayoría del tiempo parecía tener poco tiempo para Crista y ninguno para hacer algo con ella por el puro placer de pasar tiempo con ella. No había momentos de quietud entre ellos. No compartían ningún tiempo de relajación. Conversaban a la carrera. Y Guillermo raramente dejaba de estudiar lo suficiente como para ser juguetón o romántico. Eso sí, en su cumpleaños la llevó fuera el fin de semana, pero la apabulló darse cuenta que había traído sus libros con él y le enojó tener que pasar gran parte del tiempo viéndolo estudiar, tal como le sucedía en casa. Crista pronto se cansó de seguir a Guillermo; se cansó de rogarle su atención y de sus muestras formalistas de afecto seguidas por las excusas recicladas por la falta de tiempo para estar juntos.

El afán de Guillermo no era la única cosa con la que Crista tenía conflicto; lo impredecible que era la irritaba aún más. Guillermo le prometía recoger algo por ella, pero con frecuencia lo olvidaba. Le aseguraba que arreglaría algo en la casa, pero lo hacía solo hasta que pensaba que ella no podía presionarlo más. Le prometía que apartaría tiempo para que compartieran juntos, pero siempre parecía que había alguna interrupción o alguna razón para posponerlo. En términos de su tiempo, Guillermo era aún mas impredecible. Raramente se ajustaba a su agenda; casi nunca estaba en casa cuando lo prometía y cuando iban a salir a algún lugar juntos. Siempre parecía retrasarlos. Cada semana Crista se sentía confrontada con evidencias abundantes de que simplemente no podía depender de Guillermo. Y cuando intentaba hablarle acerca de esto, él la acusaba de no ser comprensiva.

Para Crista, era evidente que Guillermo estaba dispuesto a ocuparse solo de las cosas que eran importantes para él. Parecía que regularmente desechaba las cosas que eran importantes para ella. Ser puntual no era importante para Guillermo, y no parecía importarle que sí era importante para ella. Guillermo era un poco pionero y siempre tenía un plan-B, de modo que no objetaba

tener que corregir algo. Un inodoro que no echaba agua adecuadamente o una gaveta que no rodaba bien sobre su riel no lo molestaba para nada. No le ponía mucha atención a su reloj; de hecho, lo usaba solo porque Crista se lo había dado para su cumpleaños. Argumentaba que lo que uno hace es mucho más importante que la velocidad con la que se hace.

Crista había conocido a Guillermo suficiente antes de casarse para saber que no era perfecto, y sabía que había áreas donde veían las cosas de diferente manera. A ella no le sorprendía que no siempre estuvieran de acuerdo. Pero algo estaba sucediendo dentro de ella que le daba miedo – sentía que se estaba alejando de él. No porque él fuese un hombre malévolo, sino porque no era de fiar. Crista razonaba que si no podía confiarle a Guillermo las cosas pequeñas de la vida, ¿Cómo podía confiarle las cosas vitales del corazón y la vida? Y lo que la turbaba aún más era la indisposición de Guillermo a escuchar su preocupación. Se preguntaba si alguna vez llegaría a tener la conexión que siempre había soñado tener con Guillermo.

Ellos no peleaban. Se las arreglaban para llevarse bien, pero su matrimonio estaba lejos de ser un caso de estudio en unidad, entendimiento y amor. Poca gente que los conocía habría sabido que el cimiento de roca necesario para un matrimonio saludable y permanente se estaba desmoronando por debajo de ellos.

La experiencia de Guillermo era muy diferente de la de Crista. Él se veía a sí mismo como un hombre dedicado y laborioso que solamente necesitaba moderarse un poco. Le parecía que Crista era mucho más exigente que comprensiva. Él se decía a sí mismo que no era irresponsable, solo ocupado. Estaba cansado de llegar a casa por la noche y encontrar a Crista señalando su reloj, y de las quejas de Crista por algún trabajo en casa que ella quería que se hiciera en su tiempo, no en el de él. Estaba cansado de que Crista lo culpara porque no pasaban tiempo juntos, aunque ella sabía que él no tenía tiempo, o de que lo acusara de no preocuparse cuando él se había impuesto ese horario duro precisamente porque se preocupaba por Crista y su futuro juntos.

Guillermo sentía que no había manera de alcanzar los estándares de Crista y que si él pudiera hacerlo, ella seguiría haciéndolos más altos. Él decía que comenzó a pasar más tiempo en la biblioteca de la universidad porque los constantes ataques de Crista hacían imposible que se concentrara en sus estudios. Y hacía tiempo que había dejado de compartir mucho con ella sobre su vida académica porque cuando lo hacía, ella le decía que eso era lo único

de lo que él le hablaba porque era lo único que le importaba.

Crista no se daba cuenta porque no lo hacía consciente e intencional-mente, pero ella se había refugiado en un círculo de amigas que había hecho en la iglesia. Compartía sus pensamientos y sentimientos sobre la vida por mensajes de texto con sus amigas más de que lo que lo hacía con Guillermo. Y mientras ella se refugiaba en su círculo de amigas, Guillermo simplemente se escondía en sí mismo. Ninguno de los dos tenía suficiente confianza para ponerse el uno en las manos del otro. Crista estaba plagada de dudas acerca de si había cometido un gran error al casarse con Guillermo. Si veía a una pareja de jóvenes recién casados se preguntaba cómo sería estar casada con ese hombre. Cuando veía parejas en la iglesia se preguntaba si ellos se apoyarían el uno en el otro como siempre había soñado que ella y Guillermo pudieran hacerlo. Y se preguntaba cómo podría ella vivir de esta manera por el resto de su vida. Simplemente ya no confiaba más en Guillermo y había momentos cuando se preguntaba si habría alguien más en su vida que hubiese captado su atención y ganado su corazón.

Guillermo se protegía a sí mismo con no-respuestas y con distancia física. Esto lo libraba de tener que lidiar con la insatisfacción de Crista, pero únicamente empeoraba las cosas. Él sentía que la única manera en que podrían vivir juntos era viviendo separadamente. Ya no confiaba en el cuidado de Crista por él y por las cosas que él invertía para ellos. Encontró otros lugares para hablar sobre sus gozos y decepciones, pero la mayoría del tiempo hablaba consigo mismo; el problema era que siempre estaba de acuerdo con cómo él veía las cosas.

Su matrimonio ya no era un matrimonio en verdadero sentido de lo que significa el matrimonio. No había habido adulterio ni violencia física, ni se gritaban cosas desagradables. Ninguno de ellos era mentiroso o manipulador. Su confianza no se había destruido en una explosión de infidelidad sino a través del goteo, goteo, goteo de la indolencia en su relación y el egoísmo personal. Y por haber sucedido así, ellos no se dieron cuenta cómo sucedió y no hicieron nada por evitarlo.

Estoy convencido de que la historia de Guillermo y Crista se refleja miles de veces en parejas alrededor nuestro. Tal vez ustedes son una de ellas. Déjame animarte a mirar en el espejo de las siguientes preguntas.

CUESTIONARIO SOBRE LA CONFIANZA

1. ¿Hay más unidad, entendimiento y amor en el matrimonio de ustedes

ahora de lo que ha habido antes?

2. ¿Cumplen ambos con lo que prometen dentro del tiempo que prometieron hacerlo?
3. ¿Están atentos a lo que su cónyuge considera que es importante?
4. ¿Ponen excusas por no cumplir lo que han prometido, o están dispuestos a confesar?
5. ¿Escuchan bien a su cónyuge y actúan conforme a lo que han oído?
6. ¿Cumplen con los planes que han acordado mutuamente?
7. ¿Trabajan juntos para planear y programar sus prioridades, o exigen que el otro haga las cosas a su manera?
8. ¿Comparten sus pensamientos, deseos, esperanzas, sueños y preocupaciones con el otro o es más fácil callarlos o compartirlos con alguien más?
9. ¿Hay alguna evidencia de que te alejas de tu cónyuge buscando distancia para protegerte?
10. ¿Diría tu cónyuge que tu palabra es firme y que eres fiel a tus promesas?
11. ¿Llevan las ofensas que reciben con ustedes o confían el uno en el otro para confrontarlas y confesarlas?
12. ¿Se preguntan a veces que está haciendo su cónyuge mientras no está con ustedes?
13. ¿Cuidan sus palabras y reprimen sus sentimientos porque no confían que su cónyuge pueda lidiar con ellos adecuadamente?
14. ¿Es tu cónyuge tu mejor amigo o amiga o se han evaporado tus sueños de tener esta clase de compañía?
15. ¿Es su relación sexual mutuamente satisfactoria o es difícil para ustedes entregarse físicamente a su cónyuge?
16. ¿Dicen ustedes cosas a la otra gente acerca de su cónyuge que no le han dicho a él o a ella?
17. ¿Esperan ustedes con agrado los momentos que compartirán juntos, y cuando llegan son momentos plácidos y deleitosos?
18. ¿Hay problemas entre ustedes sin resolver porque no tienen los vínculos de confianza necesarios para lograr juntos una solución?
19. ¿Se sienten cómodos con la vulnerabilidad que un buen matrimonio involucra?

20. ¿Te has preguntado alguna vez si cometiste un error al casarte con tu actual cónyuge?
21. ¿Temes a veces que estás siendo manipulado o manipulada o que tu cónyuge se aprovecha de ti de alguna manera?
22. ¿Te preguntas a veces si tu cónyuge se preocupa por él o ella más que por ti?

NO HAY ESCAPE PARA LA NECESIDAD DE CONFIANZA

Así que, mira tus respuestas. ¿Qué piensas? ¿Hay confianza sólida en tu matrimonio? Tal vez te estás preguntando. Tal vez, antes de evaluarte querrías saber más sobre la confianza y cómo luce. ¿Qué es esta cosa llamada confianza que es tan esencial para cualquier relación buena, robusta y saludable? Déjame darte una definición que todos entiendan para luego explicarla con detalle. *La confianza es estar tan convencido de que puedes apoyarte en la integridad, fortaleza, carácter y fidelidad de la otra persona que estás dispuesto a ponerte bajo el cuidado de él o ella.*

Ahora, considera esta definición en el contexto del matrimonio. Cuando dices tus votos delante de Dios, de tu familia y de tus amigos, estás haciendo el compromiso de ponerte bajo el cuidado de otra persona y de cuidar por él o por ella a cambio. Una de las rocas esenciales en el fundamento de un matrimonio es la confianza. Sin confianza, no hay matrimonio – al menos no la clase de matrimonio que Dios diseñó cuando creó esta relación de toda la vida. Tú puedes cohabitar sin confianza. Puedes tener una tregua de tensiones sin confianza. Pero no puedes tener la unión íntima, vulnerable, mutuamente cooperativa de una-sola-carne que el matrimonio debe tener, sin confianza.

Tienes que ser capaz de tomar a la otra persona tal como es. Tienes que sentirte cómodo o cómoda cuando no le tienes ante tus ojos. No puedes preocuparte de si está o no está siendo honesto o de si será fiel a su promesa. No puedes tener temor de si ella se preocupa más por si misma que por ti. Nunca debes dudar si hay alguien más que ha capturado su interés y/o afecto. No puedes jamás preocuparte por tu bienestar o seguridad. No tienes que tener miedo de alzar tu cuello y ser vulnerable. No debes temer que se aprovechen de ti o seas usado de alguna manera. La confianza tiene que ver con el reposo, la paz, la seguridad y la esperanza. La confianza te permite enfrentar lo peor y esperar lo mejor. Te da la disposición a tomar riesgos y te permite arriesgarte a estar dispuesto. Te hace sentir seguro y te da seguridad para compartir tus sentimientos. Te permite hablar honestamente y escuchar

con honestidad a tu cónyuge. Te hace saber que se preocupan por ti y hace que tu preocupación por el otro sea conocida. Te hace velar por los intereses del otro mientras descansas en el hecho que él o ella vela por los tuyos. La confianza se trata del cuidado mutuo pero con la disposición a cuidar aun cuando esto no sea mutuo. Se trata de que tu palabra valga y de estar dispuesto a hacer solo lo que es bueno. Significa hacer lo que sea para que tu esposa sepa que puede estar confiada en entregarse a tu cuidado.

Tal vez estés pensando, “todo esto es útil, Paul, pero ¿puedes ser aún más concreto en términos de cómo luce la confianza y qué y cómo funciona en el contexto del matrimonio?” Para ser aún más concreto regresemos al cuestionario y déjame desplegar todas las preguntas para ti y cómo éstas son un indicador de la calidad de confianza en tu matrimonio.

LLEGANDO A LA HORA DE LA VERDAD

1) ¿Hay más unidad, entendimiento y amor en el matrimonio de ustedes ahora de lo que ha habido antes?

Quizás este es el mejor indicador de todos. Cuando hay un vínculo fuerte de confianza, la intimidad del matrimonio crece. La confianza le permite a la pareja trabajar sus diferencias y cultivar la unidad. La confianza te permite esforzarte por entender a tu cónyuge y saber que él o ella se esforzarán por entenderte. Cuando tu pareja te prueba que se preocupa suficiente por ti para demostrarte que puedes confiar en él o ella, tu respeto y afecto crece. Esto no significa que tu matrimonio estará libre de dificultades. Recuerda, vivimos en un mundo caído y no vives con una persona sin defectos. La confianza no aliviará todos los problemas y diferencias, pero te dará los medios para lidiar con ellos.

2) ¿Cumplen ambos con lo que prometen dentro del tiempo que prometieron hacerlo?

Te guste o no, tienes que enfrentar el hecho de que la manera en que te ajustas a tus promesas funciona como un barómetro de confiabilidad para tu cónyuge. Y así es como debe ser. Si amas a tu esposa, tomarás en serio las promesas que le haces. Si amas a tu esposo, disfrutarás el hecho de que él puede descansar en la seguridad de cualquier cosa que te hayas comprometido a hacer por él, la harás, y la harás en el mejor momento para él.

El problema aquí es que la mayoría de las promesas que hacemos en el matrimonio son promesas hechas en pequeños momentos que tienen que ver

con las necesidades, tareas y horarios cotidianos que componen la vida de cualquier pareja. Puesto que no son promesas con grandes consecuencias, es muy tentador no tomarlas seriamente y fallar en considerar el resultado de no cumplirlas. Recuerda lo que ya hemos considerado: el carácter de un matrimonio no se establece sobre tres o cuatro momentos de gran importancia. No; se establece a través de miles de pequeños momentos. Es el carácter que se edifica en los pequeños momentos el que te lleva a los grandes momentos de la vida. Así que la confianza no se edifica en dos o tres momentos significativos de promesa (aunque esos momentos son formativos también), sino momento a momento y día tras día. Es el grado de tu confiabilidad diaria lo que le dice a tu cónyuge si eres una persona en la que se puede confiar o no. Amor a tu cónyuge significa que le amas para servirle y que te agrada darle el regalo del descanso que viene de saber que serás fiel a las promesas que le haces, no importa cuán pequeñas sean.

3) ¿Están atentos a lo que su cónyuge considera que es importante?

A causa del egoísmo del pecado, es fácil envolvernos y enfocarnos en nosotros mismos. Es fácil caer atrapado por nuestra propia agenda e intereses. Tal vez no haya una fuerza más peligrosa en el matrimonio que el egoísmo. Tal vez no haya un error marital más grande que darle de alguna manera razón a tu esposa para preguntarse si tú realmente te preocupas de tus intereses más que por los de ella. El amor significa comprometerte a ti mismo(a) a cuidar de lo que ella (él) cuida; a interesarte en una cosa simplemente porque a él (ella) le interesa. El amor es acerca de reconocer, anticipar y satisfacer las necesidades de tu cónyuge. El amor se trata de compartir tus aflicciones, gozos y preocupaciones. Y cuando amas a alguien de esta manera, estás fortaleciendo un vínculo de confianza. Es difícil confiar en una persona que se preocupa tanto por sí misma que falla en preocuparse por otros. Sin embargo, tú te entregarás a la persona que te ama lo suficiente para complicarse la vida con lo que te la complica a ti.

4) ¿Ponen excusas por no cumplir lo que han prometido, o están dispuestos a confesar?

La auto-justificación, la inaccesibilidad, el ponerse a la defensiva y el auto-excusarse son todas cosas tóxicas para la confianza. Tú no vas entregarte a tu esposo si él tiende a defenderse y no es accesible. No vas a confiar en tu esposa si, cuando falla, no está dispuesta a mirarse a sí misma. No vas a confiar en tu esposo si cuando es tiempo de escuchar humildemente y a

confesar, él falla en estar dispuesto a hacerlo. La confianza no demanda perfección, pero demanda humildad. En lo profundo de tu corazón, sabes que ambos fallarán. Así que tú quieres vivir con tu cónyuge con la seguridad de que cuando él te falle de alguna manera, esté dispuesto a enfrentarlo y lidiar con ello. Los patrones de auto-excusas te dicen que tu cónyuge está más interesado en sí mismo(a) que en ti. Ponerse a la defensiva te dice que él (ella) está más interesado en ser quien tiene la razón que en forjar contigo una relación de unidad, entendimiento y amor. Una apertura humilde, aunada al compromiso de admitir y confesar los errores, es un ingrediente esencial para un lazo de confianza.

5) ¿Escuchan bien a su cónyuge y actúan conforme a lo que han oído?

Si vives con alguien que no escucha, tarde o temprano, confrontado con la futilidad de querer hacer que la persona escuche, vas a dejar de hablar. Nosotros nos sentimos atraídos a gente que escucha. Una de las cosas más asombrosas que Dios nos promete es que Él nunca cerrará su oído a nuestro clamor. Tú puedes correr a Dios sin ningún temor de que Él te ignore. Pero probablemente no hay un dolor marital que yo haya escuchado ser expresado más frecuentemente que el dolor de no ser oído.

- “Ella simplemente no escucha.”
- “Hablar con él es como hablarle a una pared de ladrillos.”
- “No puedo creer que tú no puedes hacer esto por mí: ‘calla y escucha lo que estoy tratando de decirte’.”
- “Me tomó tiempo, pero finalmente lo vi con claridad: él se desconecta en cuanto yo comienzo a hablar. No se sale del cuarto, pero cuando termino no hay ninguna respuesta’”.
- “Estoy cansado de oír que ella me diga, ‘¿tenemos que hablar de eso ahora?’”
- “Nunca parece ser el momento correcto, así que raramente hablamos de algo que tenga importancia.”

No puedo decir cuántas veces me he sentado con parejas y he escuchado palabras como éstas. El que es ignorado deja de hablar, pero no solo eso; hace algo aun más debilitante para el matrimonio – deja de confiar. Tú tiendes a confiar en gente que se preocupa lo suficiente por ti como para escuchar lo que tienes que decir y que te ha demostrado que está dispuesta a responder a lo que le dices, tanto con sus palabras como con sus acciones.

6) ¿Cumplen con los planes que han acordado mutuamente?

Planear juntos las cosas grandes y pequeñas es de lo que se trata el matrimonio. El matrimonio es el plan de vida de dos personas uniéndose para formar un solo plan; es la manera más completa que un ser humano pueda experimentar de compartir la vida. La meta de Dios para el matrimonio es que el esposo y su esposa vivan en una relación tan profundamente fusionada y unificada que tenga que ser descrita como “una carne.” Así que, el trabajo de cada esposo y esposa es el de la unidad. Puesto que desean vivir juntos, necesitan planear juntos. Ya no es el plan de él ni el de ella. Por lo tanto, necesitan dedicarse al trabajo de dar y tomar discutiendo y planeando juntos. Y necesitan descansar en la seguridad de que cuando han acordado una meta con un plan de acción, el otro permanecerá fiel a ese plan y lo realizará como lo acordaron. Cuando esto sucede, la confianza se fortalece. Pero cuando acuerdan un plan y luego lo dejan y hacen las cosas a su manera y no como mutuamente decidieron, se ponen en evidencia como personas en las que no se puede confiar.

7) ¿Trabajan juntos para planear y programar sus prioridades, o exigen que el otro haga las cosas a su manera?

Seamos humildemente honestos aquí; todos queremos las cosas a nuestra manera. El instinto de ser soberano sobre tu pequeño mundo y lograr lo que quieres y lo que te dices a ti mismo que necesitas, no te dejó cuando hiciste tus votos matrimoniales públicos. Dios está trabajando ahora mismo en ti para que puedas vivir sin egoísmo en tu corazón hasta que cruces al otro lado. Las demandas y la apropiación destruyen la confianza porque, mientras vives con tu esposa, ella pronto entiende que no importa qué compromiso hayas hecho con ella, lo que tú realmente quieres es tu camino. Tú has prometido cooperar con ella, pero lo que realmente quieres es que tu esposa participe en apoyar tus planes y tus deseos de tu pequeño reino de uno. Cuando ella te ve operando de esta manera, sabe que no puede confiar en ti para trabajar con ella y tomar cuidado de su vida.

8) *¿Comparten sus pensamientos, deseos, esperanzas, sueños y preocupaciones con el otro o les es más fácil callarlos o compartirlos con alguien más?*

¿El vivir juntos los ha inducido a más y mayores niveles de confianza? ¿Has aprendido a decirle cualquier cosa a tu esposo porque él se acerca a ti con un corazón noble, generoso, entendido y paciente? ¿Han tenido alguna conversación donde empiezan en los lados opuestos de un asunto y ven cómo la comunicación honesta y paciente los lleva a estar de acuerdo? ¿O tu cónyuge no ha tomado en serio tus preocupaciones? ¿Has menospreciado los pensamientos, esperanzas y sueños de tu esposo? ¿Pueden ustedes comunicarse mejor hoy de lo que lo hacían al principio? ¿Puedes entrar en una conversación con la seguridad de que vas a encontrar un oído paciente? ¿O te resulta más fácil hablar abiertamente con alguien que no sea tu esposo o esposa? Cuando alguien de afuera de la casa se ha convertido en un confidente que reemplaza a tu cónyuge, es una señal segura de que la confianza se ha roto.

9) *¿Hay alguna evidencia de que te alejas de tu cónyuge buscando distancia para protegerte?*

¿Tienes temor de ser honesto con tu esposa? ¿Temes tener un desacuerdo con él? ¿Te intimida confrontar amorosamente a tu esposa o contradecirla? ¿Te da temor de lo que sucedería si le dijeras lo que realmente piensas? ¿Te da miedo alzar tu cuello y ser vulnerable? ¿Sientes a veces como que estás caminando sobre arenas movedizas? ¿Sientes la necesidad de medir tus palabras? ¿Sientes a veces que necesitas protegerte de ella? ¿Te has alejado de alguna manera? No hay rodeos; el alejamiento es un signo seguro de la falta de confianza. Sin embargo, hay muchas, muchas parejas que no tienen intención de divorciarse, lo cual es bueno, pero viven distanciados para protegerse el uno del otro, lo cual es malo.

10) *¿Diría tu cónyuge que tu palabra es firme y que eres fiel a tus promesas?*

La Biblia sostiene la posibilidad real de que el concepto que tienes de ti mismo puede ser menos que certero. Sé que tenemos la tendencia a pensar que nos conocemos a nosotros mismos mejor que nadie. Pero ¿es verdad? La Biblia enseña que el pecado nos ciega, y por ello no nos conocemos tan bien como pensamos. Pues, el pecado nos ciega, ¿y adivina a quien ciega primero? Nosotros no tenemos problema viendo las debilidades y fallas de otros, pero

podríamos llevarnos una sorpresa si nos señalaran los nuestros. Así que, en realidad necesitamos gente en nuestra vida para ayudarnos a ver a nosotros mismos con honestidad (Hebreos 3:12-13).

Este es uno de los beneficios del matrimonio. Puesto que vives con tu cónyuge 24 horas 7 días a la semana, él o ella tienen un enfoque integral de quien tú eres y cómo operas. No, su enfoque no será perfecto y sin prejuicios, pero tenderá a ser más objetivo que la opinión que tú tienes de ti mismo. Así que, enséñale ésta y las otras preguntas a tu cónyuge. Pídele que te diga si ha llegado a considerarte confiable, y por qué sí, o por qué no. Abre tu corazón para ver lo que no podrías ver por ti mismo y comprométete a responder con humildad a lo que tu cónyuge pueda ayudarte a ver y a entregarte a cambio.

11) ¿Llevan las ofensas que reciben con ustedes o confían el uno en el otro para confrontarlas y confesarlas?

Cuando escoges estar amargado escoges lo que te hace sentir bien, pero no lo que es mejor para tu esposo o para la relación a la que te has entregado. Cuando no estás dispuesto a tomarte la molestia de ayudar a tu esposa para que vea que te ha lastimado y la tensión del desacuerdo, es porque amas más tu comodidad de lo que la amas a ella. Cuando dudas si es seguro confrontar a tu esposa o confesarle algo, estás diciendo que no estás seguro si ella es una persona confiable. El silencio es señal de falta de confianza.

12) ¿Se preguntan a veces que está haciendo su cónyuge mientras no está con ustedes?

La confianza significa que no se preocupan por lo que su cónyuge hace cuando no está frente a ustedes. La necesidad de seguirlo, registrarlo o interrogarlo cuando regresa a casa es señal segura de que no confías en él. La confianza significa que sabes que tu cónyuge no pensaría en hacer nada que no haría frente a ti cuando está en otra parte. Ser confiable significa que nunca sientes la necesidad de mirar sobre tu hombro para ver si te están observando, y nunca sientes la necesidad de ocultar tus huellas o practicar tu historia. La confianza significa vivir con el descanso que viene de conocer que ninguno de ustedes tiene nada que esconder.

13) ¿Cuidan sus palabras y reprimen sus sentimientos porque no confían que su cónyuge pueda lidiar con ellos adecuadamente?

La naturaleza y el estilo de comunicación con tu cónyuge es un buen indicador del grado de confianza que existe entre ustedes. Si escondes tus pensamientos y sentimientos de tu cónyuge significa que no lo amas lo

suficiente para abrirte a él o no confías lo suficiente para entregarte a su cuidado. No recuerdo cuantas veces he escuchado a un esposo o esposa decir, “no tenía idea de que te sentías así respecto a...” ¿Has experimentado situaciones en las que has compartido algo con tu cónyuge que luego él o ella ha usado en tu contra? ¿Has compartido alguna vez con alguien más cosas secretas que tu esposo o esposa te han dicho? Cuando no estás seguro que puedes colocar la loza fina de tu vida en las manos de la otra persona, estas siendo confrontado con la fragilidad de la confianza en tu matrimonio.

14) ¿Es tu cónyuge tu mejor amigo o amiga o se han evaporado tus sueños de tener esta clase de compañía?

El matrimonio es realmente un pacto humano de compañerismo. Dios realmente no le estaba dando a Adán una ayuda física para trabajar en el huerto; le estaba dando una compañera. Él sabía que había creado un ser social, y a causa de la naturaleza social de Adán, no era bueno para él vivir sin la compañía de alguien hecho de él y como él. Tú podrías argumentar que ésta es la razón más básica para el matrimonio. Dios le hizo a Adán una compañera para toda la vida, y su relación con Eva existiría en la tierra como un recuerdo visible de la relación de amor de Dios con su pueblo y como el medio ordenado por Él para poblar la tierra tal como Él lo diseñó. Así que el carácter y la calidad de la amistad entre un esposo y su esposa siempre funcionan como una medida justa de la salud de su matrimonio. Es también un barómetro preciso de la confianza. Cuando la confianza está presente entre dos personas, su aprecio y afecto crecerá, y cuando estas cosas crecen, la amistad florece.

15) ¿Es su relación sexual mutuamente satisfactoria o es difícil para ustedes entregarse físicamente a su cónyuge?

¿Qué tiene que ver el buen sexo con la confianza? ¡Todo! Debo ser honesto aquí. Estoy un poco cansado de los libros cristianos que tratan sobre los órganos maritales del cuerpo. No creo que el problema para la mayoría de parejas en el área del sexo sea que ellos no sepan donde se encuentra cada cosa. No pienso que la pareja promedio necesite mapas y cuadros. Ahora, un poco de educación puede ser útil, pero no creo que la Biología sea la solución para la abrumadora disfunción sexual que sufren muchos matrimonios cristianos. Pienso que esta disfunción particular está directamente relacionada con la confianza. Es importante entender que tú no dejas el carácter y la calidad de tu relación a un lado del lecho matrimonial. Tú arrastras la

naturaleza de la relación justo hasta en medio de este desnudo y vulnerable momento. Si has experimentado el egoísmo de tu cónyuge en una variedad de maneras, ¿por qué no habrías de concluir que él o ella serán egoístas en la cama también? Si tu cónyuge ha sido exigente, crítico y vengativo en otros momentos y lugares, ¿no sería lógico asumir que él o ella lo pueden serlo igualmente durante el acto sexual? Por otro lado, si tú has podido entregarte al cuidado de tu cónyuge en otras situaciones, ¿no sería seguro concluir que él o ella cuidarán de ti en este momento que es el más vulnerable de todos los momentos matrimoniales? Hay una relación directa entre la satisfacción sexual mutuamente gozosa en el matrimonio y la confianza.

16) ¿Dicen ustedes cosas a otra gente acerca de su cónyuge que no le han dicho a él o a ella?

Intercambiar la comunicación marital honesta por el chisme marital es una señal clara de la ruptura de la confianza. No me refiero a hablar sobre tu matrimonio con otra persona cuando se han dado cuenta que hay problemas que no han podido resolver los dos juntos. Cuando una pareja buscan ayuda externa, lo hace porque han hablado previamente y están conscientes que necesitan ayuda. A lo que me refiero con chisme marital es a despegarte de tu cónyuge y entregarte a la liberación de tu tensión hablando de él sin su conocimiento. Nuestras iglesias están plagadas de reuniones de mujeres, formales e informales, que muchas veces no son tiempos de comunión saludable sino de quejas en contra de los hombres en sus vidas. Si eres 15

19) ¿Se sienten cómodos con la vulnerabilidad que un buen matrimonio involucra?

No puedes tener una relación sin vulnerabilidad, y la razón por la que la vulnerabilidad tiene este nombre es que requiere riesgo. ¿Estás aún dispuesto a alzar tu cuello y hacerte vulnerable porque sabes que tu cónyuge cuidará de ti cuando lo hagas? ¿O desististe hace tiempo de estar exponiéndote a cualquier situación de vulnerabilidad personal en tu matrimonio? Piensa en el hecho de que el matrimonio sin vulnerabilidad no es matrimonio. Aun el más básico de los actos matrimoniales, la cohabitación, requiere vulnerabilidad. El grado en el cual te sientes cómodo desnudándote emocional, física y espiritualmente delante de tu cónyuge es un indicador seguro de la calidad de confianza que existe entre ustedes.

20) ¿Te has preguntado alguna vez si cometiste un error al casarte con tu actual cónyuge?

Es probable que sea absolutamente obvio, pero lo diré de todas maneras: el arrepentimiento marital es un poderoso indicador de la ruptura de la relación y de la confianza. Si te encuentras allí tengo dos palabras para ti: busca ayuda. Si hay una ruptura fundamental de la confianza entre ustedes, entonces probablemente no tienen el vínculo que se necesita para la reconciliación y la restauración de su matrimonio. No dejes que el dolor por estar renegando de tu matrimonio te tienta a escapar de él, sino que te motive a buscar la ayuda de Dios. Ve a tu pastor o a un hermano o hermana maduros y comienza a compartir tu dilema. Busca a alguien maduro que tome seriamente la Palabra de Dios. No te dejes enredar por el lamento. Recuerda, Jesús murió por lo que ahora estás enfrentando. Él está contigo, está a tu favor y no abandonará tu matrimonio, ¡no importa cuán estropeado esté!

21) ¿Temes a veces que estás siendo manipulado o manipulada o que tu cónyuge se aprovecha de ti de alguna manera?

Si has llegado al punto en el que temes a tu cónyuge es porque ha habido una completa ruptura de la confianza. Tú no temerías a alguien que te ama. No temerías a alguien que busca de corazón tus mejores intereses. No temerías a alguien que te ha tratado con bondad y ternura. Si tu compañero o compañera se ha convertido en tu adversario es que la confianza se ha ido y tu matrimonio no puede funcionar. Eso no significa que todo terminó; simplemente significa que necesitan cambio y sanidad fundamental. No puedes permitirte o permitir que tu esposa viva con el estatus quo. No puedes conformarte sabiendo que estás en peligro. Tienes que tomar la determinación de hacer todo lo que puedas para reedificar lo que se ha roto. Dios honrará tu determinación de hacer lo correcto dándote la fuerza a medida que lo haces.

22) ¿Te preguntas a veces si tu cónyuge se preocupa por él o ella más que por ti?

Recuerden nuestra definición de confianza al principio de este capítulo: La confianza es estar tan convencido de que puedes apoyarte en la integridad, fortaleza, carácter y fidelidad de otra persona, que estás dispuesto a ponerte bajo el cuidado de él o ella. No toleren vivir en un matrimonio donde ha muerto la confianza. Crean que Dios nunca les llamará a hacer algo sin darles los recursos para hacerlo. Su gracia les llevará a lugares donde no habían intentado ir, pero también producirá en ustedes cosas que nunca habrían podido producir por sí mismos.

LA GRACIA RESTAURADORA

Gracias a Dios Guillermo y Crista se cansaron del distanciamiento y el dolor. Se cansaron de caminar de puntillas, de vivir en un matrimonio que no era matrimonio. Así que buscaron la ayuda de Dios y de su pueblo. No les fue fácil reedificar lo que se había roto, pero lo hicieron, y al hacerlo experimentaron la verdad de que la gracia de Dios es verdaderamente suficiente y que su fortaleza realmente se perfecciona en nuestra debilidad. Esa misma gracia está disponible para ti. Búscala y no la dejes ir hasta que te transforme y haga que retorne la confianza a tu matrimonio.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

10.

UNA PERSONA CONFIABLE

Es una de las cosas más hermosas que puedas ver y es aún más hermoso experimentarlo. Es dulce contemplar a una pareja descansando totalmente el uno en el otro. Es maravilloso observar el respeto y el afecto que fluye entre ellos y verlos negociando la solución de sus problemas como si fuesen uno y cuán relajados se sienten y cuán cómodamente se cuidan el uno al otro. Es hermoso ver lo que sucede en un matrimonio cuando crece y prospera. Hubiese deseado que mi matrimonio comenzase de esa manera, pero no fue así.

Creo que cometí el error de mucha gente cuando entra en esta relación de toda la vida que es el matrimonio – daba por hecha la confianza. Nos amábamos y nuestra relación era bastante placentera y fácil, así que simplemente yo no pensaba en la confianza. Que poco sabía que no solo no estaba fortaleciendo un vínculo fuerte de confianza, sino que estaba erosionando la poca confianza que había entre nosotros. Veo para atrás y me cuesta creer todo lo que nos sucedía sin yo darme cuenta. No es que yo fuese grosero o violento; es que era egoísta e inmaduro. Quería las cosas a mi manera y no lidiaba bien con las diferencias. No quería tanto la unidad como la uniformidad, y cuando la conseguía hacía todas las cosas equivocadamente.

Luella era muy paciente, pero no accedía. Sabía que mis actitudes y mis respuestas eran equivocadas. No iba a declararme la guerra y a responderme de la misma manera, pero tampoco estaba dispuesta a vivir en una relación con alguien en quien no pudiera confiar. Tenía que haber un cambio. Lo que estaba sucediendo no podía continuar. La confianza tenía que ser fortalecida como nunca antes. Estoy profundamente agradecido por la resolución de Luella. Ella no iba a llamar a lo malo bueno; no se iba a desvanecer entre las sombras, y no estaba dispuesta a darse por vencida. Se mantuvo llamándome a hacer lo bueno, aun sabiendo que yo me enojaría cuando lo hiciera. Como saben, todavía estamos juntos. Existe una asombrosa confianza entre nosotros. Luella no solo es mi heroína, sino también mi mejor amiga. Hay

una estupenda paz y unidad entre nosotros. Nos encanta estar juntos y estamos agradecidos por los años que hemos vivido juntos. Todo esto habría sido imposible sin el fortalecimiento de un maravilloso vínculo de confianza entre nosotros. Por eso, estoy agradecido con Luella, con aquellos a quienes Dios usó para mostrarme la luz y a la transformadora gracia de un persistente Redentor.

La confianza – se da en un instante, se rompe fácilmente y es difícil repararla. Usualmente tú estás dispuesto a brindarle confianza a alguien al principio de una relación. La mayoría de nosotros no entramos a una relación con suspicacia. Tú estás dispuesto a recibir las palabras de alguien tal como te las dice y le das el beneficio de la duda cuando hace algo que no entiendes. Estás dispuesto a escuchar explicaciones y recibes confesiones con gracia, pero esperas que la persona se haga digna de la confianza que le brindas. Llega un momento en el que te das cuenta si estás en una relación con alguien que es predecible y confiable o alguien que no es de confiar, ni cumple su palabra. Aquí está el punto: la confianza es en cualquier relación, particularmente en el matrimonio, y aunque la confianza es otorgada temporalmente, esta debe ser edificada para que cualquier relación sea sana. Puesto que esto es particularmente cierto en el matrimonio, si tu matrimonio va a ser lo Dios quiere que sea, tienes que cimentar, mantener y proteger la confianza y restaurarla cuando se haya roto. Es de eso que se trata este capítulo.

LA CONFIANZA: EL PROYECTO DE CONSTRUCCIÓN DEL MATRIMONIO

Cometí un error grande que muchos cometen. Di por hecho la confianza. Nos gustábamos; parecía que nos llevábamos bien, así que no parecía que la confianza fuese a ser un problema. La confianza no era una meta práctica diaria que yo llevase en mi mente. Yo no evaluaba mis acciones, reacciones, palabras y respuestas desde el punto de vista de como fortalecería o debilitaría la confianza de Luella en mí. Consecuentemente, hacía cosas que dañaban la confianza y no me daba cuenta.

Ahora, es verdad que ustedes tendrán algún nivel de confianza cuando entren al matrimonio. Si no, probablemente no se habrían casado. Pero hay un sentido real en el que los primeros años del matrimonio son un aprendizaje de confianza. Ustedes se observan el uno al otro aprendiendo el grado en el cual pueden apoyarse el uno en el otro y entregarse a su cónyuge. También

están aprendiendo que necesitan demostrar a la otra persona que se puede confiar en ustedes. Esas cosas suceden en cada matrimonio. El problema es que la mayoría de parejas no están conscientes de esto y por ello no se enfocan ni actúan tan intencionalmente como deberían.

Por causa de su amor y del deseo de que su matrimonio funcione, ustedes se otorgarán una confianza probatoria mutua, pero ninguno se seguirá entregando si el otro ha demostrado de varias maneras que no se puede confiar en él o ella. Esto da lugar a algo más que debe ser considerado. Tú eres un pecador casado con una pecadora. No siempre harás o dirás cosas que inspiren confianza. Tendrás momentos de egoísmo o irritación innecesaria. Te enojarás y dirás cosas que no deberías. Habrá momentos cuando querrás salirte con la tuya más que tener paz, o cuando exigirás más de lo que das. Resucitarás una ofensa que dijiste haber perdonado. Serás crítico cuando deberías ser alentador. Mira esta lista. Ninguna de estas cosas estimula la confianza. No, todo lo contrario. Ellas afrontan y rompen cualquier lazo de confianza que habías dado por hecho.

Como ves, la plenitud de la convivencia matrimonial te expondrá. Revelará tu verdadero corazón y tu carácter. Las presiones, oportunidades y responsabilidades del matrimonio arrojarán luz no solo sobre tus fortalezas sino sobre tus debilidades, errores y pecados. Lo que quieres, valoras, piensas y haces cuando no consigues estas cosas será expuesto. Esto significa que tu esposo o esposa te verá tal como eres. Es por esto que es tan importante ser intencional y no tomar la confianza como cosa hecha. Ustedes querrán edificar un fundamento sólido de confianza de manera que cuando peque el uno contra el otro, hayan establecido suficiente confianza para enfrentar el pecado de una manera que no erosione más la confianza ni provoque un daño permanente a su matrimonio.

Es duro para mí pensar cuán diferente habría sido el primer período de mi matrimonio si hubiese sabido que los primeros años son de edificación. Si ustedes no lo han sabido tampoco, y aunque hayan vivido juntos no han estado edificando, no entren en pánico. El mensaje luminoso de la Escritura es que el cambio es verdaderamente posible. Dios envió a su Hijo a vivir, morir y resucitar para darnos vida nueva y con ello la promesa de la reconciliación y la restauración. Su matrimonio no está sepultado en concreto. Ustedes no están estancados. Dios no solo les llama a cambiar sino que le ha dado todo lo necesario para hacer los cambios a los que los ha llamado. Recuerden, no están solos en su conflicto. Él ha invadido su

matrimonio con su poderoso amor y su gracia transformadora. Confiesen lo que ha roto la confianza entre ustedes y entréguese a trabajar para edificar la confianza de nuevo.

Lo he visto una y otra vez – esposas y esposos tratando de vivir juntos sin confianza. Es un ejercicio en la futilidad. Simplemente no pueden tener una relación con alguien en quien no confían. Un matrimonio así es un ciclo de dudas, acusaciones, conflictos, recriminaciones, dolor, desaliento y alejamiento. He escuchado a esposos que se tienen tan poca confianza entre ellos que literalmente debaten todo lo que el otro dice. Pero he podido estar allí cuando ellos se desesperan y rehúsan seguir viviendo de esa manera. He podido estar con ellos cuando dejan de apuntarse con el dedo el uno al otro y comienzan a asumir su responsabilidad personal. He podido estar allí cuando comienzan a confesar sus errores a Dios y a su cónyuge. He podido estar cuando comienzan a tomar en serio la confianza y a ser intencionales para fortalecerla. Y he estado con ellos para celebrar un fresco y nuevo inicio.

Esto es lo que necesitan comprender: el fortalecimiento de la confianza entre ustedes comienza verticalmente antes de que comience horizontalmente. Esto significa que ustedes pueden avanzar y edificar una relación de confianza mutua a causa de su confianza en la presencia, el amor, el poder transformador, el perdón, la sabiduría y la gracia habilitadora de Dios, así como en su fidelidad para no abandonarlos hasta finalizar lo que Él ha comenzado.

Como puedes ver, mientras haces esto, no es que estás poniendo tus huevos en la canasta de tu esposa con la esperanza de que ella no los va a botar. No, tú sabes que ella es menos que perfecta, y tú sabes que él fallará. Más bien, has puesto tus huevos en la canasta de Dios, y sabes que aunque tu cónyuge te falle, Dios no lo hará. Sabes que Él te dará lo que necesitas para lidiar con el peligro y la decepción que viene al tener que edificar una vida de confianza con alguien que es defectuoso. A causa de tu confianza en Dios, tú puedes acercarte a tu cónyuge sin temor porque aunque le amas, no es en él o en ella que tu encuentras tu identidad, propósito en la vida y sentido interno de bienestar. Esas cosas tú las encuentras en el Señor, y puesto que confías en Él, puedes edificar la confianza con tu esposa.

Se Honesto

La comunicación directa, clara y transparente, sin manipulación, engaño o doble sentido, es esencial para edificar una relación de confianza. No importa

el lugar o la situación, tu cónyuge necesita poder tomar tus palabras en serio. La esposa no debería tener que preguntarse si su esposo habla en serio o si lo que dice es serio. El esposo no debería tener que leer entre líneas o interpretar el significado oculto detrás de lo que su esposa dice. A esto se refiere la Biblia cuando nos llama a que nuestro sí sea sí y nuestro no sea no.

Es aquí donde creo que las palabras de Pablo sobre la comunicación son útiles. Él dice, “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Efesios 4:29). ¿Cuál es la definición de Pablo sobre la comunicación edificante? El no reduce la comunicación edificante, como lo hacemos nosotros, a evitar ciertas palabras. Para Pablo la comunicación saludable es la que se centra en *otros*, la que considera *a los demás*. Tú le dices algo a tu esposo no porque quieres algo *de* él sino porque quieres algo *para* él. Quieres que tus palabras lo consideren a él, consideren el momento, y consideren cómo puedes ministrarle gracia (edificarlo) con lo que vas a decir. No hay un doble sentido, un significado oculto o una intención manipulativa que necesitas temer. Tú lo amas y quieres lo mejor para él, y tu esperanza es que tus palabras le beneficien de alguna manera. Esta clase de comunicación siempre estimulará la confianza. *¿Es tu comunicación libre de agendas escondidas y motivada por las necesidades de tu esposa o esposo?*

Se Fiel a Tu Palabra

Cumple las promesas que haces. Es así de simple. Tú quieres que la persona con la que vives sepa que lo que te propones lo harás en el tiempo que has prometido hacerlo. Ahora, como dije antes, la mayoría de tus promesas serán pequeñas, pero no puedes minimizar la importancia de las promesas pequeñas. Recuerda el tema que corre a través de este libro: no puedes edificar un matrimonio de unidad, entendimiento y amor en unos pocos momentos grandes de la vida sino en decenas de miles de pequeños momentos. Las promesas pequeñas son importantes precisamente porque son pequeñas y el efecto acumulativo de tus pequeños momentos de fidelidad convencerá a tu esposo o esposa que eres confiable respecto a los grandes momentos de la vida. Tu cónyuge sabrá que ha sido bendecido(a) al vivir con alguien en quien puede apoyarse y que no dejará que las circunstancias, contingencias y excusas se interpongan para hacer lo que ha prometido hacer. ¿Eres serio(a) en tus promesas aun cuando sean pequeñas, y haces todo lo que está en tu poder para cumplirlas?

Hazle Frente a Tus Errores

La auto justificarse y el tener y una actitud defensiva no estimula la confianza. Permitir humildemente que tu esposo o esposa se te acerque lo hace. De nuevo, es realmente simple. La persona con la que vives tiene evidencias empíricas de que tú no eres perfecto, así que necesita saber que en las situaciones en las que has fallado puede venir a ti y tú le escucharás y considerarás humildemente lo te ha dicho. Tiene que saber que tú tienes un concepto correcto de ti mismo(a), que sabes que aún necesitas crecer y cambiar y que estás dispuesto(a) a examinar tus pensamientos, deseos, decisiones, palabras y acciones. Sin esto, cuando tu esposa ha sido ofendida, no tendrá lugar para apelar y por ello no tendrá esperanza de cambio.

Como ves, no es que estés esperando que tu esposo o esposa sean perfectos, sino que estás confiando que él esté dispuesto a hacerle frente a sus errores con honestidad, humildad y la determinación de cambiar. El fortalecimiento de la confianza siempre requiere la admisión de los errores y un compromiso a cambiar. Este requerimiento es esencial porque el matrimonio, en este lado del cielo, es siempre entre dos personas defectuosas en un mundo caído.

De hecho, anhelamos algo más alentador en nuestros corazones. Anhelamos un matrimonio donde la confrontación no sea regularmente necesaria debido a que cuando hacemos o decimos algo erróneo, nuestro corazón se intranquiliza (por el ministerio de convicción del Espíritu Santo) y sin necesidad de confrontación, quien ha pecado reconoce su culpa y busca el perdón y la restauración para la relación. ¿Quién no querría vivir en esta clase de relación, y quien no sería movido a confiar en esa clase de persona? *¿Admites prontamente tus errores y buscas el perdón?*

Vela Por la Otra Persona

El cuidado genuino, de corazón, voluntario y consistente por la otra persona es otra semilla importante de la confianza. Tú tiendes a sentirte seguro cerca de alguien que ha demostrado de diversas maneras que realmente piensa en ti, vela por tu bienestar y busca formas de cuidar por ti. He oído a muchos esposos y esposas decirme “yo no soy el radar de mi esposo,” o, “él no parece darse cuenta que yo estoy a su lado,” o, “ella vive en su propio pequeño mundo.” Tú no tiendes a entregarte a alguien que te da la impresión de que está demasiado ocupado u ocupada consigo y tiene poco tiempo para preocuparse por ti.

Ahora, esto es una guerra. No, no quiero decir una guerra entre tú y tu

cónyuge por ver cuán bien cuida el uno del otro. Me refiero a la batalla que se libra en tu propio corazón. Es la batalla de los reinos de la que ya hemos hablado. Es una batalla sobre cuál reino gobernará tu corazón y controlará la manera en que respondes a tu cónyuge. ¿Serás regido por el reino del yo y dejarás que tus respuestas a tu esposa sean controladas por nada más elevado que tus deseos, necesidades y sentimientos? ¿O te entregarás con gozo al reino de Dios y vivirás por algo más grande que tú? Recuerda, el reino de Dios es un reino de amor. El evento central de este reino es un radical sacrificio de amor – Dios entregando a su propio Hijo a la muerte para que nosotros podamos tener vida. Recuerda también que el llamado central del reino de Dios es un llamado al amor; amor a Dios sobre todo lo demás y amor a tu prójimo como a ti mismo. Es un llamado a alejarse de la vida centrada en el yo y a entregarse a una vida enfocada en otros.

Pero esto es una guerra. Algunas veces la ganas y hasta hallas gozo en renunciar a lo que quieres por amor a tu cónyuge:

“Vamos a ver la película que ella prefiera”

“Voy a comprar la casa que le gusta a ella.”

“Voy a escoger la paz en lugar de hacer lo que sea por probarle que estoy en lo correcto.”

En otras ocasiones perdemos la guerra y actuamos mal:

“No importa cuánto se queje; yo voy a ir a jugar golf.”

“Sé que no tenemos el dinero, pero necesito unas vacaciones.”

“Sé que se siente incómoda con algunas de las cosas que le pido, pero ella es mi esposa.”

Si viven su vida cuidándose consistentemente el uno al otro van a tener que estar conscientes de esta guerra y buscar la gracia de Dios para pelearla. *¿Cuán bien cuidan ustedes el uno del otro?*

Mantengan Cuentas Cortas

Para nosotros fue un asombroso consejo de sabiduría práctica que evitó que los conflictos de nuestros primeros años destruyeran por completo nuestro matrimonio. Lo tomamos seriamente y actuamos conforme a eso con resolución. Fue difícil porque nos pedía que hiciéramos cosas incómodas que no se ajustaban a nuestros sentimientos, deseos y horarios. Pero nos pareció que tenía sentido y determinamos vivir a la luz de ese llamado. ¿Los tengo intrigados? Vino a nosotros como una notable frase en un porción muy teológica de la Escritura, pero cuando lo leímos saltó de la página. Allí estaba en el cuarto capítulo de Efesios: “No se ponga el sol sobre vuestro

enojo.”(v.26). Es un llamado a mantener cuentas cortas para no darle oportunidad al diablo (v.27).

Considera cuán práctica y sabia es esta directiva. Cosas malas suelen suceder cuando le das tiempo a las ofensas para que se sazone en tu corazón. Tú has experimentado esto. Mientras guardas la ofensa contigo, ésta tiende a crecer en tamaño y magnitud. Mientras crece, tu dolor y enojo crecen también. Mientras esto sucede, comienzas a repasar las cosas que te gustaría decirle a la otra persona en tu defensa para ayudarla a entender el horrible crimen ha cometido en tu contra. Sin saberlo, estás alborotando tu problema y dirigiéndote hacia una explosión marital en lugar de a una dulce reconciliación. Puesto que le has dado tiempo a la ofensa para que se expanda, hablarás de ella de una manera que será inflamatoria y exagerada. Esto hará que el otro se ponga a la defensiva en lugar de abrirse porque tú estás haciendo el problema mucho más grande de lo que era. Cuando tu esposa responde defensivamente, te sientes herido por su indisposición a enfrentar lo que ha hecho. Le has agregado un doloroso impasse a la ofensa original. Ahora ambos se sienten justificados en su enojo y cada uno espera que sea el otro quien lo reconozca primero.

No permitir que se ponga el sol sobre tu enojo permite que una ofensa pequeña se quede pequeña, permite que una ofensa grande no acreciente el dolor, y te protege de las sucias insinuaciones del enemigo quien es un engañador, divisor y destructor. Para nosotros esto significó que no iríamos a dormir enojados el uno con el otro. ¡A veces significó estar en la cama estirando los ojos mientras esperábamos que la otra persona pidiera perdón primero! Pero a través de los años aprendimos la protección y el beneficio que viene de mantener las cuentas cortas. Así que ahora son solo unos cuantos minutos después de que algo ofensivo ha sido dicho o hecho que nos acercamos el uno al otro buscando perdón y reconciliación de nuevo. Sabemos que necesitaremos hacer esto hasta que ya no haya pecado en nosotros.

Cuando la relación de amor que tienes con tu cónyuge es tan importante para ti que te duele si hay problemas entre ustedes y de inmediato haces algo para arreglarlos, estás edificando un vínculo de confianza. El compromiso de mantener cuentas cortas te dice que tu cónyuge te toma en serio a ti y a su relación contigo, y te dice que él o ella tiene la disposición a auto examinarse por amor a ti. Esto te da confianza para aproximarte sin tener miedo de lo que sucederá si te pones bajo su cuidado. *¿Tratan ustedes de inmediato con sus*

fallas y arreglan prontamente sus diferencias?

Recuerda que la Confianza es Guerra

¿Por qué nos advierte la Biblia para que no demos lugar a “enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías (divisiones) y envidias” (Gal. 5:19-21)? Aquí está la vergonzosa respuesta a esta pregunta. Una y otra vez la Biblia nos llama a huir de estas cosas porque son completamente naturales para todos nosotros. Como gente que aun tiene pecado dentro de nosotros, somos mejores para hacer guerra que para hacer paz. Somos mejores para enojarnos que para entender. Nos resulta más fácil demandar que perdonar. Nos es más fácil vivir con divisiones que buscar la reconciliación. Nos es más fácil ser envidiosos que agradecidos.

El llamado a huir de estas cosas nos recuerda que aún hay algo dentro de nosotros que es destructivo para la relación. Hay algo oscuro dentro de nosotros que hace que se nos antoje hacer las cosas a nuestra manera, que hace que nos sea más atractivo el “yo” que el “nosotros.” Ese algo es el pecado. Las repetidas advertencias de la Escritura nos recuerdan cuán necesitados estamos de ayuda. Esposos, su principal necesidad no es ser rescatados de sus esposas. No, las advertencias escriturales te recuerdan que necesitas ser rescatado de ti mismo porque si le das lugar al pecado que aun vive dentro de ti, nunca lograrás un matrimonio de unidad, entendimiento y amor. En cuanto a las esposas, su necesidad primaria no es ser rescatadas de sus esposos. No, ustedes necesitan ser rescatadas de sí mismas, porque si dejan que el pecado que hay en ustedes logre su propósito, destruirán cualquier posibilidad de tener una relación de amor duradero con su esposo.

La Biblia no solamente les advierte que huyan de estas cosas; les llama también a una nueva y mejor manera de vivir juntos. Palabras como éstas ilustran esa nueva y mejor manera de vivir: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gálatas 5:22-23). Estas cosas son difíciles para nosotros porque nos sacan de los límites confortables de nuestra sabiduría y fortaleza. Nos piden que hagamos en fe lo que no es natural. Nos llaman a quitar nuestros ojos de nosotros mismos y a enfocarlos en Dios y en otros.

Reconocer esta guerra hace algo importante en tu corazón. Produce una necesidad profunda de la ayuda de Dios. Hace que busques la gracia que solo Él puede dar. Te impulsa a buscar la gracia del rescate, del perdón, de la sabiduría, de la capacitación, de la perseverancia y de la liberación. Tú

necesidad de gracia cambia la manera en que respondes a tu esposo o esposa. Puesto que te hace reconocer tu necesidad, no te permite proferir juicio ni ser impaciente frente a las debilidades y errores de tu cónyuge. Nadie otorga la gracia mejor que la persona que sabe que la necesita. La persona que se cree justa, que piensa que ha arribado y tiene poca necesidad de cambio tiende a menospreciar a los que están cerca de él que son débiles y fallan, y tiende a ser pronto para irritarse y para juzgar.

No hay mejor semilla para la confianza que una conciencia humilde de la necesidad personal. Esto crea un estilo de vida de entendimiento y gentileza en tu matrimonio y un deseo de cambiar y crecer juntos. *¿Respondes a tu esposo o esposa consciente de la necesidad de tu propio corazón?*

LA CONFIANZA: PROTEGIENDO NUESTRA CASA

La confianza no solo debe ser edificada sino también protegida. ¿Cómo pueden proteger la confianza que han logrado y cerciorarse que la relación entre ustedes permanezca segura y resguardada? Bien, de nuevo, la agenda aquí es relativamente simple. Primero, necesitan la determinación de hablar, hablar y hablar. He observado con asombro a través de los años cuán poca comunicación consistente y honesta hay entre las parejas casadas. Creo que hay muchas, muchas parejas que simplemente no hablan. Ellos discuten entre sí los horarios y la logística de su vida juntos, pero no hablan el uno con el otro con el corazón abierto para proteger su relación. Los pecadores que viven en silencio no producen unidad, entendimiento y amor.

Hay también muchas parejas que intentan hablar, pero lo hacen en el momento equivocado o en un lugar equivocado. El centro comercial no es un buen lugar para tener una conversación seria acerca de los defectos de su relación. Justo antes de que tu esposo salga de la casa en la mañana no es el momento óptimo para decirle que crees que él no te ama de verdad. Sacar a relucir una de las fallas de tu esposa cuando se encuentran en compañía de otras parejas probablemente no producirá más tarde en una conversación productiva.

Conversación constante es el modelo que necesitamos seguir en nuestro matrimonio. No hay probablemente un día libre de la necesidad de comunicarnos sobre algo que ha sucedido en nosotros o entre nosotros. La determinación de comunicarte le dice a tu esposa que la amas, que tomas en serio tu relación con ella y que estás comprometido a abrirla para auto examinarte y para cambiar. Todas estas cosas protegen la confianza que está

creciendo entre ustedes.

Segundo, ustedes tienen que escuchar, escuchar, escuchar. Hay muchas formas en las que es más fácil hablar que oír. Cuando tu cónyuge te está hablando acerca de ti, es muy fácil escuchar más a tu abogado interno que escucharla a ella. Tú sabes cómo es que funciona eso. Cuando te das cuenta que tu esposa quiere que veas algo que dijiste o hiciste, es muy fácil ponerse a la defensiva. Cuando tu esposa comienza a hablar ya comenzaste a defenderte en contra de lo que ella va a decir, aun cuando no hayas dicho nada en respuesta. Como tu mente está ocupada con tu auto defensa, no la escuchas bien aunque parezca que la estás oyendo. Cuando haces esto, lo que te queda no es tanto lo que ella te ha dicho como el giro defensivo sobre lo que ella ha intentado lograr que tú oigas o veas. Así que escuchar no quiere decir ser pasivo. Escuchar es una determinación activa. Para oír bien a tu cónyuge, tienes que pelear la batalla contra tu auto justificación, tu tendencia a excusar lo que has hecho y tu habilidad de darle vuelta a la acusación y la culpa. Escuchar es algo para lo cual tienes que luchar.

Además de hablar y escuchar, ustedes necesitan orar, orar y orar. En la oración le agradecen a Dios por lo que les ha dado (mirando a su alrededor y siendo agradecidos), y buscan la ayuda de Dios (conscientes de su necesidad continua de gracia). Es también maravilloso para tu cónyuge escucharte orar por tu vida pidiendo a Dios que su mano protectora sea contigo. Yo me he propuesto hacer estas tres oraciones cada mañana aun antes de levantarme de la cama:

“Dios, soy un hombre con una necesidad desesperada de ayuda hoy.”

“Te ruego que pongas en mi camino a quienes me han de ayudar.”

“Señor, dame la humildad de recibir la ayuda cuando venga.”

Así que en lo que se refiere al lazo de unidad entre ustedes, no hay lugar para darlo por sentado, para dejar que las cosas caigan o para esperar pasivamente que suceda lo mejor. No, ustedes tienen que levantarse cada día y trabajar para proteger las cosas buenas que Dios ha permitido que crezcan en su matrimonio.

CONFIANZA: RESTAURANDO LO QUE SE HA ROTO

Tristemente, la confianza es la loza fina de un matrimonio y puede despedazarse. A veces se rompe por los años y años de descuido de los pequeños momentos. A veces se rompe por un enorme momento de infidelidad o traición. En cualquier caso, necesitas saber qué hacer cuando la

confianza entre ustedes se rompe. Aquí hay algunos pasos vitales.

1. Admitan Su Necesidad

Algunas parejas parecen más comprometidas por proteger la reputación de su matrimonio fuera de casa que por enfrentar la verdadera ruptura que hay dentro de ella. Cuando es claro que la confianza se ha roto, no se den permiso para negarlo. No se comparen con otras parejas que ustedes piensan que están peor. No le den lugar al desánimo ni a la tentación de caer en la rutina o de abandonarlo todo; admitan su dilema a Dios y admítanlo entre ustedes. La honestidad respecto a lo que se ha roto es el primer paso para ver la restauración.

2. Busquen Ayuda

Cuando la confianza se rompe, van a necesitar buscar ayuda de afuera para su matrimonio. ¿Por qué? Porque ustedes no confían lo suficiente el uno en el otro para trabajar juntos y hacer lo necesario para ir desde donde están hacia donde deben estar. Ustedes necesitarán a alguien que los haga responsables con su compromiso para cambiar. Necesitarán a alguien que les ayude a escuchar bien y a hablar de una manera productiva. Necesitarán a alguien que les ayude a negociar esas aéreas donde el cambio es costoso y necesitarán a alguien que trabaje con su fe aun cuando su fe sea débil.

3. No se Den por Vencidos

Cuando están emocionalmente exhaustos, su fortaleza se debilita, su esperanza es tenue y su determinación está a punto de desvanecerse, es muy fácil ser tentado a dejarlo todo y huir. Es muy fácil pensar que no hay salida, ser pesimista y rehusar creer que el otro está dispuesto y que puede cambiar. Es muy fácil comenzar a tener fantasías de una vida del otro lado del matrimonio. Es muy fácil meterse en una concha y convertir la casa en un motel donde viven dos personas sin ninguna relación significativa. Hay mucha gente que vive en matrimonios que hace rato están muertos. Hay esposos y esposas que han cancelado sus sentimientos y viven vidas solitarias aunque comparten la misma dirección. Hay parejas cuya relación se ha reducido a llamadas telefónicas rutinarias y breves mensajes de texto y correos electrónicos. Hay muchas parejas que han llegado al punto en que ya no se gustan y realmente no quieren estar juntos, pero no han hecho nada para cambiar el estado de sus matrimonios. En pocas palabras, la mayoría de las personas que se han dado por vencidas todavía viven juntas. Es una penosa y desalentadora manera de vivir. Si tu matrimonio está enfermo, no permitas

que el paciente muera. ¡No te des por vencido! ¡Enójate! No, no con tu esposa sino con el pecado, la debilidad y las ofensas que han roto tu unión, y lucha contra estas cosas como los enemigos que son.

4. Arriesguen su Cuello

Restaurar la confianza significa que tienes que estar dispuesto a arriesgarte de nuevo. No puedes tener una relación sin hacerte vulnerable y no puedes ser vulnerable sin arriesgarte. No digas, “Ya me engañaron una vez y no voy a dejar que vuelva a suceder.” En lugar de eso, participa en la restauración de la confianza entre ustedes. No puedes esconderte de tu cónyuge mientras trabajas con él o ella para reconstruir lo que se ha roto. Las cercas de privacidad que levantes para protegerte también te separarán de la relación con la persona de la cual estás buscando protección. Hay un punto en el que si la confianza ha de habitar en tu matrimonio una vez más, tienes que estar dispuesto a salir de tu reducto a campo abierto y acercarte a tu esposo o esposa. No tienes que hacer esto de una sola vez. El cambio es con frecuencia un proceso más que un evento. Pero tienes que estar dispuesto a sacar tu cuello para que la confianza sea restaurada.

5. Vuelvan a Empezar Otra Vez

Pueden estar seguros que el proceso de restauración de la confianza no va a ser perfecto. Habrá momentos en que fallarán. Habrá desánimo a lo largo del camino. Por momentos pensarán que cometieron un error y sentirán que sus más grandes temores se han hecho realidad, que nunca habrá confianza entre ustedes de nuevo. Así que necesitan reedificar con expectativas realistas. Ya saben que en algún punto van a fallar, pero también deben saber que ese tropiezo no significa que están desperdiciando su tiempo. Simplemente significa que la confianza entre ustedes aun es nueva y frágil. Lo que necesitan ustedes es empezar de nuevo, enfrentar su error con honestidad y gracia y continuar haciendo las cosas buenas que han estado haciendo para restaurar lo que se ha roto.

6. Recuerden a Jesús

Cuando te esfuerzas por reedificar la confianza, necesitas poner tu confianza, no en tu esposo o esposa, sino en la tercera persona en tu matrimonio, el Señor Jesús. Él está con ustedes y por ustedes. Como el diseñador del matrimonio y el que los unió, Él tiene más celo del que jamás tendrán ustedes para que su matrimonio llegue realmente a ser aquello para lo que lo creó. Él tiene la sabiduría que necesitan. Tiene la fuerza que necesitan.

Les ofrece el perdón que necesitan. Y Él no los dejará cuando las cosas se tornen difíciles. Clamen a Él; Él nunca cerrará su oído a su oración. Escuchen Su palabra; allí está la sabiduría que tiene el poder para restaurarlos. Y cuando estén desanimados y sientan que están solos y nadie entiende, recuerden a Jesús. Él sufrió el rechazo y el maltrato. No pudo confiar ni aun en sus más cercanos compañeros. En la cruz, mientras llevaba nuestro pecado, aún su Padre lo abandono. Él sabe por lo que tú estás pasando y es el único que está listo y es capaz de darte la gracia que necesitas mientras unes las piezas de la loza desbaratada de tu confianza de nuevo en su lugar.

La confianza es algo hermoso cuando es el adhesivo que sostiene a un esposo y su esposa juntos, y es algo triste cuando los mantiene separados. ¿Dónde te encuentras en relación a la confianza? ¿Cómo te está llamando Dios para llevarte desde donde estás hacia donde Él puede capacitarte a estar? No quieras seguir viviendo con una confianza despedazada. Tu Señor está en el negocio de la restauración y está listo para ayudarte.

El amor nunca muere una muerte natural. Muere porque no sabemos cómo reabastecer su fuente. Muere por ceguera, errores y traiciones. Muere por enfermedad y heridas. Muere por fatiga, sequedad y deterioro.

ANAIS NIN

El amor a primera vista es fácil de entender. Cuando dos personas se han estado viendo por toda una vida y aún se aman, es cuando se vuelve un milagro.

AMY BLOOM

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometemos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

11.

TODO LO QUE NECESITAMOS ES EL AMOR

Cuando la vi en la línea del almuerzo me conquistó de inmediato. Para mí fue amor a primera vista. ¡Para Luella, solo fue la primera vista! Ella no se impresionó. Yo me pasé todo el mes siguiente tratando de maniobrar la forma de lograr una cita con ella. Finalmente ella accedió a salir conmigo, pero me advirtió que no estaba interesada en una relación. Yo oí las palabras, pero en realidad no escuché lo que significaban. Juntos pasamos un tiempo maravilloso; la hice reír, lo cual era importante porque ella estaba lidiando con un corazón roto. Aunque me dijo que no, le pedí que saliéramos de nuevo. Ella me repitió la advertencia, pero estuvo de acuerdo en salir otra vez. En cada ocasión que yo le pedía que nos viéramos, de nuevo me repetía la advertencia, pero accedía a ir. En poco tiempo nos estábamos viendo consistentemente. En muchos aspectos ella parecía ser todo lo que yo habría esperado de la persona con la que escogería pasar el resto de mi vida. Nunca hablábamos del futuro. Simplemente nos disfrutábamos el uno al otro en el presente.

Con el paso de las semanas y los meses me convencí de que amaba a Luella. Nunca había sentido algo como esto con nadie antes. Así que comencé a buscar una oportunidad para decirle esas maravillosas y transformadoras palabras: “Te amo.” Yo quería que el momento y el lugar fuesen adecuados. Sabía que éste era un momento importante y no quería arruinarlo. Finalmente encontré lo que pensaba que sería el momento perfecto y me atreví a decir lo que había deseado y esperado decir. Miré a Luella a los ojos y le dije, “Luella, te amo.” Pensé que oiría pajarillos cantar y violines sonar. La respuesta de Luella fue inmediata y puntual. Ella dijo, “¿me amas?

¿Qué sabes tú del amor? No me vuelvas a decir eso nunca más.” ¡Oí pajarillos morir y violines quebrarse! ¡No podía creerlo! Después de toda mi espera y planificación ella me lanzó de vuelta las palabras.

Es vergonzoso admitirlo, pero esa noche Luella estaba en lo correcto. Yo era el profundamente maduro muchacho de diecisiete años y sabía poco sobre el amor. Lo que entonces yo pensaba que era amor, no lo llamaría amor hoy. Debería ser obvio puesto que Luella es ahora mi esposa, que ella no se apartó de mí. Nuestro afecto y compromiso mutuo continuó creciendo. Nunca olvidaré la noche cuando me miró y me dijo, “quiero decirte algo Paul: Te amo.” Yo respondí diciendo lo mismo y las cosas no han sido iguales desde entonces.

¿DONDE ESTÁ EL AMOR?

Lo que estoy por decir va a sorprender a algunos, pero estoy convencido que es verdad. Hay muchos más matrimonios sin amor por allí de lo que nosotros solemos pensar. Cuando era joven me sentía muy atraído por Luella. Yo había comenzado a pensar cómo sería vivir mi vida con ella, pero realmente no sabía lo que era el amor. Muchas relaciones que terminan en matrimonio parecen estar cimentadas en el amor, pero en realidad no lo están. Hay una *sequía de amor* que está haciendo que los matrimonios se sequen a nuestro alrededor. Esta sequía hace imposible tener un matrimonio permanente de unidad y entendimiento. Cuando se trata del amor tenemos dos problemas. Primero, hay muchas cosas que llamamos amor que simplemente no alcanzan el nivel de lo que es el amor. Y carecemos de una clara definición de lo que es el amor y de lo que hace.

Muchas parejas piensan que es el amor lo que los mantiene unidos, pero hay señales de que pueden estar viviendo en medio de una sequía de amor, sin saberlo. La dinámica es bastante parecida a lo que sucede en tu cuerpo físico. Quizás has tenido un accidente de carro y pocos días mas tarde tu rodilla comienza a ponerse rígida. Al principio, el dolor surge por la mañana y te distrae durante el día, pero en poco tiempo te acostumbras. La rigidez altera la manera en que caminas e inicialmente te das cuenta que estás cojeando, pero en pocos días tu cojera se convierte en la forma en que caminas. De hecho, llega un punto en el que ya no te das cuenta en absoluto que estás cojeando. Lo al principio era dolor se transforma en la manera normal que tu rodilla se siente, y lo que una vez fue cojera se transforma en tu manera normal de caminar. No te sientes estorbado ni imposibilitado por tu rodilla, y

parece que puedes movilizarte bastante bien. Entonces un viejo amigo a quien no has visto por años te visita y te dice de inmediato, “estás cojeando; ¿Qué le paso a tu pierna?” Es entonces que te das cuenta que tu normalidad en realidad no es normal.

Todos nosotros somos arrullados por la regularidad. Las cosas que ves y experimentas una y otra vez tienden a ser las que dejas de notar. Si manejas al trabajo por la misma ruta cada día, me imagino que hay vistas y sonidos que ya no ves ni escuchas. Has sido insensibilizado por la regularidad diaria de lo que ves y oyes. Si vives en la ciudad, llega un punto en que ya no te distrae la gente y el tráfico afuera de tu casa. Tal vez las primeras noches no podías dormir por el ruido, pero ahora ya no sientes que tu vecindario es ruidoso. Tú sabes que no es que todo se haya aquietado sumamente. No, eres tú quien ha cambiado. La regularidad del ruido ha hecho que te sea normal el ruido, tanto que ya no oyes el ruido. El ruido ya no irrita ni te distrae más por una razón significativa: has dejado de oírlo. Alguien viene a pasar un fin de semana contigo en tu apartamento y te dice por la mañana, “¿es así de ruidoso todas las noches?” Mientras tu estás pensando, “no creo que sea de verdad tan malo.” Lo que es anormal se ha vuelto normal para ti que vives justo en medio de ello, y ya no ves ni oyes.

Hay muchas parejas en la misma situación en sus matrimonios. Ellos piensan que su matrimonio está bien. Dicen que tienen un matrimonio bastante normal, pero piensan así porque lo que debería ser anormal es tan regular que se ha vuelto su normalidad, y al suceder esto han dejado de ver y de oír. El problema para estas parejas no es que se encuentran insatisfechas con su matrimonio. No, su problema es que están demasiado satisfechas con algo que está por debajo de lo que Dios diseñó que sea un matrimonio normal. Están cojeando a través del ruido de un matrimonio roto y ni siquiera se dan cuenta.

Muchos de nosotros somos demasiado hábiles para vivir con un plan B. Somos muy buenos para pintar las paredes agrietadas, para trabajar alrededor de tuberías rotas y para conectar cables disfuncionales. Somos muy buenos para llevarnos bien, para resolver y esperar que suceda lo mejor. Sabemos cómo auto convencernos de que las cosas mejorarán, que nuestro problema realmente no es tan grande, que estamos mejor que muchas otras parejas. Somos diestros para vivir con menos y pensar que es más. Cuando hacemos esto, no buscamos ayuda y no nos esforzamos por cambiar. En lugar de enmendar lo que se ha roto, aprendemos a vivir como si no lo estuviera. No

buscamos ayuda porque no vemos realmente los lugares donde necesitamos esa ayuda. Estamos cómodos cuando deberíamos sentirnos preocupados. Somos pasivos cuando deberíamos estar activos. Nos sentimos satisfechos cuando deberíamos estar insatisfechos. Nos levantamos cada mañana y hacemos que las cosas funcionen lo mejor que se puede, pero lo que es mejor para nosotros está muy por debajo de lo mejor de Dios.

Ese es el valor de un libro como éste. Tal vez te ayude a oír de nuevo, a ver de nuevo, y a tener apetito y esperanza de nuevo. Tal vez te dé ventanas para observar a través de ellas y eso te ayude a ver lo que has dejado de ver por mucho tiempo y Dios use eso para estimular un nuevo deseo y un renovado compromiso con el cambio. Quizás esto comenzará un proceso para redimir las realidades de tu matrimonio.

Entonces, ¿Cuáles son las marcas de una ausencia de amor vivo y activo en tu matrimonio? Déjame ofrecerte varias cosas que son indicativos de una sequía de amor:

Desunión

Jacob y Erica no podrían haber sido más diferentes el uno del otro. Era simplemente un hecho de su vida matrimonial. Pero fueron esas diferencias las que los atrajeron y las que inicialmente hicieron su relación excitante, personalmente enriquecedora y completa. Jacob era un individuo que iba directo al grano, sin compromisos, ni negociaciones. Erica había sido creada en Hawái por padres realistas y contra culturales. Jacob y Erica se despertaban cada mañana en lados diferentes del universo, pero contribuían sustancialmente al crecimiento y al cambio de cada uno. Pero ahora su casa estaba dividida. No les tomó mucho tiempo para estar en desacuerdo, para que el desacuerdo escalara a discusiones y las discusiones resultaran en estancamiento. Era frustrante y opresivo para ambos.

Ahora, tú podrías estar pensando, “por supuesto que diferían, Paul; ¡no tenían nada en común!” Pero hay que señalar un punto importante aquí. La unidad no es producto de ser iguales. Recuerda, el Dios que hizo los lirios también hizo las rocas. Como Creador, Dios ha revestido su creación de diferencia; todas las cosas no son las mismas. Él ha hecho gente ampliamente diferente una de la otra. Todo esto refleja su gloria. Y como soberano, Él escoge llamar personas diferentes a una relación íntima una con la otra para la gloria de Él y el beneficio de ellos. La unidad no es el resultado de la igualdad. Más bien, la unidad resulta cuando el amor se entrelaza con las

diferencias.

Es el amor a sí mismo lo que odia las diferencias. Es al amor a sí mismo lo que te hace impaciente, lo que hace que quieras las cosas a tu manera y te convence que tu manera es la correcta. Es al amor a ti mismo lo que hace que prefieras más ganar un argumento que alcanzar la unidad. El amor celebra la forma en que Dios ha hecho a la otra persona; celebra el proceso de trabajar juntos para ser uno, y celebra la gracia transformadora que opera en medio de las dificultades que vienen con las diferencias. El amor aprecia la unidad y está dispuesto a hacer sacrificios para lograrla; transforma las diferencias en oportunidades para experimentar una unidad más profunda y completa. El amor no es impaciente y no se aleja. Persevera y se mantiene activo hasta que lo que Dios ha planeado se vuelve una experiencia real. El amor escucha, trabaja y espera. La unidad sucede cuando el amor se entrelaza con la diferencia. *¿Está creciendo la unidad en tu matrimonio?*

Malos entendidos

Melisa y Rogelio vivían una vida de malos entendidos. Tenían muchas conversaciones como ésta: “Pero yo pensé que habías dicho...” “No, no lo dije.” Eran tantas que habían llegado a un punto donde tenían miedo de hablar y esperaban que hubiese malos entendidos cuando lo hacían. Las cosas pequeñas se volvían grandes y confusas. Los planes simples se hacían difíciles y complicados. Había tantos malos entendidos entre ellos que aun sus momentos de armonía se convertían en discrepancias. No, Rogelio y Melisa no necesitaban un curso en comunicación; necesitaban un compromiso eficaz de amor. Como ves, un vida de malos entendidos es una señal segura de falta de amor.

Es el amor a ti mismo lo que te hace apegarte más a lo que tú entiendes que al entendimiento de tu cónyuge. Es ese amor egoísta lo que hace que no escuches bien y que no quieras esperar hasta estar seguro de haber entendido a tu cónyuge. Es ese amor propio el que impide que valores las palabras, perspectivas, deseos y opiniones de tu esposo o esposa. Es eso lo que te hace valorar más tu propia opinión que el entendimiento funcional que podría existir entre ti y tu cónyuge.

El amor anhela que haya acuerdo entre los dos. Está dispuesto a pagar el sacrificio diario que requiere alcanzar un verdadero entendimiento. Valora las palabras de la otra persona. Celebra el proceso del entendimiento tanto como el resultado. El amor estima un estilo de vida de paz no solo porque honra a

Dios sino porque honra a la persona que Él diseñó para que camine junto a ti. *¿Viven juntos en el gozo de un entendimiento simple y básico?*

Separación

Para Jaime y Guadalupe era más una guerra fría al estilo de los sesentas que una verdadera paz. No, ellos difícilmente estaban en desacuerdo y casi nunca peleaban. Jaime estaba contento con las cosas como eran. Guadalupe lo dejaba ser como él quisiera, y él no hacía problema del problema hasta que el problema lo emproblemaba. Guadalupe disfrutaba la ausencia de conflicto, pero estaba muy lejos de sentirse contenta. Sabía que lo que disfrutaba con Jaime no era realmente un matrimonio en el verdadero sentido de lo que esto significa. Ciertamente podían tener conversaciones de planeación y logística. Podían ponerse de acuerdo para comer algo e ir al cine. Pero realmente no tenían una relación. Tenían una tregua. No habían crecido en su cercanía ni tenían unidad. No se habían esforzado por forjar un estilo de vida de verdadera relación. Se habían cansado de las pequeñas escaramuzas y de las guerras a gran escala. Se habían cansado de ir a la cama enojados y despertar con amargura. Así que, concibieron una conspiración silente. Conspiraban para vivir juntos pero separados. Se hicieron expertos en otorgarse mutuamente un amplio espacio, y evitaban deliberadamente cualquier tópico que los llevara al camino de las potenciales diferencias. Desde afuera lucía como si tuvieran un buen matrimonio, pero era precisamente un matrimonio lo que no tenían. Lo que tenían era una vida de cohabitación de evasión pacífica.

Para el amor este tipo de separación es inaceptable y doloroso. El amor es motivado por el gran privilegio que es tener alguien a quien amar y de quien recibir amor. El amor prospera cuando el llamado es para edificar una relación más sólida. Tiene la disposición a hacer los sacrificios penosos que demanda la unidad; entiende que la cohabitación es solo una localización no una meta en la relación; no descansa hasta que podemos descansar uno en los brazos del otro y experimentar verdadero descanso. *¿Es tu matrimonio un retrato de una cohabitación más que de una relación?*

Disfunción física

Toda verdadera relación sexual entre Jorge y Jordana había muerto hacía tiempo. Ellos tenían una vida sexual cargada de culpabilidad y por obligación cada dos meses, y aun eso estaba comenzando a morirse. Jordana quería sentirse excitada cuando estaba con Jorge, pero no lo lograba. Le aterraba el

sexo frío e impersonal que carecía de verdadera intimidad y terminaba apresuradamente. A veces Jordana sentía que Jorge tenía sexo con ella pero que la estaba usando como una herramienta de masturbación. Se sentía culpable cuando pensaba así, pero sabía por seguro que lo que estaban experimentando en la cama no tenía nada que ver con el amor. Sabía que Jorge no la encontraba atractiva y seductora y ella tampoco se sentía físicamente atraída por él. Es una tragedia cuando el sexo tiene poco que ver con el amor.

A medida que cuento su historia ustedes sabrán que lo que Jordana y Jorge necesitaban era algo más que un mejor entendimiento de la sexualidad física. Tengo que admitir una vez más que estoy cansado de los libros que se enfocan en los órganos corporales. Es como si pensáramos que la disfunción sexual que muchísimas parejas experimentan se debe a que no saben donde están sus órganos sexuales. Raramente el problema es tan simple como la ignorancia de la sexualidad física. Lo que extravía y destruye la sexualidad física es la falta de amor. Si tu cónyuge no te ama afuera del lecho matrimonial, ¿por qué piensas que te amará cuando estén en ella? Si ha sido impaciente y egoísta contigo regularmente, ¿tendría sentido que esperaras que hiciera lo mismo cuando están teniendo sexo? Si la relación entre ustedes no es un acto diario de amor, hay pocas posibilidades de que el sexo lo sea.

El amor vive asombrado ante la santidad de la relación sexual dentro del matrimonio; encuentra su gozo en tu comodidad, tu satisfacción y tu seguridad; te sirve, no te usa. El amor se deleita más en dar que en recibir; disfruta la vulnerabilidad única de la desnudez del lecho nupcial y cuida que esa vulnerabilidad no sea exigente o peligrosa. El amor ve el sexo como un acto y una celebración de la relación del amor auto sacrificial propia del matrimonio; sabe que nunca escaparás de la verdadera calidad y carácter de la relación cuando se hallan desnudos uno en los brazos del otro. Al amor convierte las dificultades sexuales en un motivo para dar y compartir un amor más profundo; celebra el diseño del Creador y al hacerlo es respetuoso de tu cuerpo y de la manera en que funciona. El amor te seduce de una manera que te honra y no te hace un objeto de satisfacción auto erótica; está dispuesto a esperar para que juntos se satisfagan. El amor da y sirve aun cuando el corazón esté ansioso y el cuerpo estimulado. En el lecho matrimonial, el amor ama. *¿Es la relación sexual entre ustedes un retrato del amor paciente y auto-sacrificial?*

Conflicto

Selena y José sabían como pelear. Lo hacían con frecuencia y con habilidad. Sabían cuáles armas usar el uno en contra del otro y las usaban bien. Selena era susceptible a andar cargando culpas, así que Jorge sabía que podía ganar sus batallas contra ella haciéndola sentir culpable. José era un romántico, así que Selena lo privaba del romance a fin de ganar sus batallas. Nadie pasaba mucho tiempo con ellos sin ver una escaramuza. No se necesitaba mucho para que explotara el conflicto, y ambos parecían determinados a lo que fuese necesario para ganar. No siempre era así. Había momentos en los que ambos se apesadumbraban por permitir tanta pelea entre ellos. Parecía que el conflicto era más típico que la paz y las divisiones más regulares que el perdón.

La paz es algo hermoso y deseado para una persona comprometida con una vida de amor. Cuando amas a alguien te duelen las cosas que te separan y dividen. Cuando amas, estás dispuesto o dispuesta a pasar por alto las debilidades, irritaciones y ofensas menores porque no quieres que nada interrumpa la vida que viven juntos. Cuando amas a alguien, la paz verdadera y permanente tiene más valor para ti que lograr que se hagan las cosas a tu manera o tener el control. Cuando tienes amor estás dispuesto a perdonar, servir, esperar, escuchar, considerar, auto examinar tu vida y tus motivos y hacer sacrificios personales – cosas todas que fortalecen la paz en una relación. Si el conflicto entre tú y tu cónyuge no te causa pesar significa que hay una falla en el amor. El amor ama la paz y odia el conflicto. *¿Detestas el conflicto en tu matrimonio y haces lo que sea necesario para crear paz?*

CUIDADO CON EL AMOR FALSO

Cuando te propones examinar la calidad del amor en tu matrimonio, es importante darte cuenta que el amor falso usa máscaras convincentes.

La atracción física es una cosa maravillosa. Dios despliega su gloria creativa en diez mil diferentes formas de belleza humana y al darnos una infinita variedad de preferencias en cuanto a la belleza. No todos lucimos igual, y no todos nos miramos unos a otros de la misma manera. Como resultado vemos la belleza en formas diferentes y somos atraídos por diferentes personas. La belleza física es una atracción poderosa porque es física. Vivimos en un mundo material, de modo que la belleza física es una de las cosas que nos preocupan en alguna manera. La atracción física no es mala o peligrosa en sí misma. Tal vez es la primera cosa que nos conecta. Si alguien te resulta físicamente repulsivo o repulsiva, la relación probablemente

no durará mucho. El entusiasmo inicial de la atracción física tiene una vida muy corta.

Si, da miedo pero es verdad que la gente se envuelve en relaciones serias y aun se casan basados en la atracción física. Tú te sientes atraído a alguien por su belleza. Quieres estar cerca de ella y con ella de la misma manera que quieres ser dueño de esa espléndida pintura que viste en la feria de arte. Puedes hasta fantasear con una vida a su lado antes de haberla realmente conocido. Así es de poderoso el encanto de la atracción física. Hasta puede ser que hallas permitido que haya más contacto físico con ella del que es correcto antes del matrimonio, profundizando así más esa atracción. Tú puedes estar pensando que amas a esa persona, pero en realidad no la amas. Lo que amas es su belleza física. Ahora, sé que esto suena severo, pero creo que muchas parejas han caído en esa trampa.

La belleza física se normaliza en el matrimonio. Tú te despiertas la primera mañana después de la boda junto a una persona con aliento a mono y con un pelo como nido de rata y te preguntas qué te atrajo tanto de ella. Él se levanta de la cama, se pone una camisa vieja y manchada y sale tropezándose hacia el baño donde hace unos ruidos que preferirías no oír. Entonces te golpea el pensamiento: te casaste con una fantasía, pero te dieron a la persona de verdad. La gente de verdad tiene cuerpos imperfectos; tiene verrugas, engorda y se pone vieja. Los matrimonios basados en la atracción física siempre conducen a la decepción.

La conexión emocional con un hombre o una mujer siempre es una cosa fascinante. Encontrar a alguien con quien puedas identificarte, hablar y sentirte cómoda es placentero y enriquecedor. ¿Quién no quiere experimentar esto? Es divertido poder hablar sin nunca sentir esos incómodos momentos de silencio mientras tratas de buscar algún otro tema. Es agradable poder identificarte con lo que el otro está experimentando y sintiendo. Es maravilloso cuando tu personalidad se complementa con la del otro y ambos piensan y sienten lo mismo de las cosas. Es grato cuando estás en una relación relativamente libre de tensión y preocupaciones. Es estimulante imaginarse cómo responderá y reaccionará la otra persona a algo que habrán de compartir juntos.

Esta conexión emocional es importante en el matrimonio. No se puede tener una relación a largo plazo con una persona que nunca está en la misma página emocional que tú estás. Pero puedes tener todo esto y no tener amor.

Lo opuesto también es cierto. Puedes tener una relación donde la conexión emocional no sea natural y espontánea, donde cuesta mucho más trabajo conectarse en esa área, pero donde sin embargo se desarrolla una relación sólida de amor verdadero. La conexión emocional es poderosa y agradable, pero esa cosa poderosa que experimentas puede no ser amor.

Aquí está el punto: al igual que la atracción física, la conexión emocional puede ser en realidad amor a sí mismo vistiendo una máscara de amor verdadero. ¿Podría ser que te sientas atraído poderosamente por alguien porque es fácil y agradable de estar a su lado? Estar con él no requiere mucho compromiso o esfuerzo porque son emocionalmente similares. Quizás te atrae no porque lo amas a él sino porque te amas a ti misma y es placentero estar con él pues te cautiva la facilidad con que sabe relacionarse. Seamos honestos. La mayoría de nosotros no disfrutamos el trabajo arduo y lo evitamos si es posible. Pienso que esta tendencia a evitar el trabajo y a ser atraídos por lo fácil ha llevado a muchos matrimonios por el camino equivocado, convenciendo a las parejas que están experimentando amor cuando lo que están experimentando es un amor falso.

La unidad espiritual es aún más engañosa. Es esencial que un esposo y su esposa tengan unidad espiritual. Esta unidad se basa primero en el hecho de que ambos son miembros de la familia de Dios y por lo mismo habitados por el mismo Espíritu. Pero esta unidad es más que eso; es la unidad de una visión bíblica de la vida, de una convicción teológica y de una experiencia cristiana. Es muy poderoso estar alrededor de alguien con quien compartes profundas verdades bíblicas. Es muy poderoso cuando estas con alguien con quien buscas en todo mirar la vida a través de los lentes de la Escritura. Es muy poderoso estar con alguien mientras Dios hace que Su palabra sea comprensible y relevante para ambos. Es muy poderoso estar en servicios de adoración donde eres movido a celebrar la gracia transformadora de Dios. Estas cosas crean una conexión y una unidad como no hay otra. Compartir los mismos valores y apreciar las mismas experiencias es algo dulce. Estar conectado a alguien que toma su fe en serio de la misma manera que lo haces tú es confortante y grato. Compartir juntos la comunión de la admirable sabiduría de la Palabra de Dios es una experiencia que no debe ser tenida en poco.

Todas estas cosas son buenas, pero son cosas que podrías experimentar con muchos creyentes. Tú puedes compartir una plataforma de valores espirituales con alguien a quien no amas en el pleno sentido de lo que el amor

es y hace. Esto turbará a algunos de ustedes, pero tiene que ser dicho: la poderosa atracción del cielo y la unidad espiritual puede que no sea amor; puede ser en realidad amor a sí mismo con la máscara del verdadero amor.

No puedo enumerar a cuántas mujeres he aconsejado que se casaron porque fueron atraídas por la “espiritualidad,” el entendimiento bíblico y el conocimiento teológico de un hombre, solo para tristemente darse cuenta que ese hombre no las amaba. Sus futuros esposos se sintieron atraídos a ellas porque compartían una plataforma de unidad espiritual que puede hacer que construir una relación requiera mucho menos trabajo del que se requeriría de otra manera. Y casi en cada situación, estos hombres fueron cautivados por la forma en que estas mujeres los buscaban a ellos en calidad de mentores teológicos. Pero cuando las mujeres mostraron que eran pecadoras y no siempre estudiantes dispuestas, y los hombres mostraron que amaban más la teología de esas mujeres que a ellas como mujeres, el castillo de naipes se derrumbó.

La cultura es un enorme tema en el matrimonio. Tú siempre arrastras tus influencias familiares y culturales a la forma en que se desarrollan tus relaciones, y ultimadamente, a tu matrimonio. Dios ha planificado los lugares, situaciones y relaciones que han formado tus instintos y preferencias culturales. Tú tienes ciertos gustos y disgustos (en comida, ropa, entretenimiento, etc.). Hay experiencias en la vida que han formado tu sentido de lo que es importante y lo que no lo es, de lo que es agradable y de lo que no lo es, de lo que es hermoso y de lo que no lo es. Tú entras a cada relación con ciertas presuposiciones acerca de lo que es apropiado y lo que se debe esperar. Tienes cierta definición de lo que es un padre, un hermano, una hermana, un empleado, un vecino, un jefe, etc. La ropa en tu armario y la forma en que decoras tu casa son ambas una muestra de tu trasfondo cultural.

Todos traemos con nosotros diferentes definiciones de lo que es correcto y lo que no, de lo que es refinado y lo que no, de lo que es caro y lo que no, de lo que es casual y lo que es elegante, de lo que debe ser público y lo que debe ser privado, y la lista podría ser interminable. Así le damos a nuestro potencial esposo o esposa una recopilación completa de presuposiciones y reglas silenciosas. Aun cuando puedes no hacerlo conscientemente, estas reglas existen en cada área de tu vida. Ellas se convierten en uno de los lentes a través de los cuales observas para evaluar a la gente en tu vida y por eso nos agrada una relación con alguien con quien compartimos las mismas presuposiciones, expectativas y reglas tácitas. Es difícil no sentirse atraído

por esa persona, y es tentador confundir esa unidad cultural y la atracción que viene con ella con amor.

Una vez más, la poderosa atracción de la similitud cultural se sienta como si fuese amor, pero puede ser realmente amor a ti mismo o a ti misma con máscara de amor. Quizás tu esposa te atrae, no porque la amas sino porque tú te amas a ti mismo y te asombra cuanto ella está de acuerdo contigo. La ves atractiva por ella piensa que ella piensa que estás en lo correcto acerca de la vida tanto como tú piensas que lo estás, y encuentras esto muy atractivo. Puede ser que en realidad tú no amas a tu esposo sino que amas la similitud de presuposiciones culturales que él comparte contigo. Esto será casi siempre un reto en el matrimonio a medida que descubres que ustedes no son clones el uno del otro y que deben enfrentar la realidad de que hay muchas aéreas donde están en desacuerdo y que ven la vida con ojos diferentes. De nuevo, lo que luce como amor, puede simplemente ser otra forma convincente de amor falso.

UNA HISTORIA DE AMOR

Todo se derrumbó y Cristofer y Sara no sabían por qué. Comenzó con las quejas de Sara sobre el silencio y la distancia de Cristofer. Las cosas habían cambiado. Cristofer llegaba a casa del trabajo y se iba a su oficina. Por supuesto, decía hola, pero nada más, y de inmediato se retiraba a su refugio nocturno. Ellos simplemente habían dejado de hablar, excepto por las conversaciones necesarias acerca de sus planes, pagos y horarios. Sara fue con Cristofer más de una vez para hablar con él sobre su lejanía, pero él siempre le aseguraba que la amaba y que todo estaba bien.

Cristofer estaba cansado de ser controlado, pero cada vez que trataba de hablar con Sara sobre eso, ella reaccionaba emocionalmente y paraba la conversación. No es que Sara fuera grosera; era que ella quería tener el control de todo. Cristofer sentía que eso lo estaba sofocando, pero se dijo a sí mismo que iba a lidiar con ello, que amaba demasiado a Sara para arruinar su matrimonio.

Las leves irritaciones pronto se convirtieron en grandes argumentos. Un incidente hoy era la ocasión para desenterrar las heridas de la semana pasada o del mes anterior. El dolor y la amargura hacían que conversaciones simples se volvieran repulsivas y complicadas. Tanto Sara como Cristofer se enfurecían y se ponían a la defensiva en cada conversación. Cada altercado recorría el mismo territorio. Sara acusaba a Cristofer de ser frío,

despreocupado y distante, y Cristofer le decía a Sara que ella era la persona más despótica que había conocido. Ambos eran buenos para auto justificarse, y siempre repetían la misma larga lista de acusaciones el uno contra el otro. Los dos estaban exhaustos y desanimados con todo esto. Para Cristofer esto significaba poner más distancia entre él y Sara; para Sara significaba estar encima de Cristofer diciéndole una y otra vez que algo tenía que cambiar. La lejanía de Cristofer activaba a Sara, y el activismo de Sara empujaba a Cristofer a esconderse.

No, ninguno de ellos había sido infiel, y sus argumentos nunca se volvieron físicamente violentos, pero ambos se preguntaban si habían cometido alguna enorme equivocación. Cristofer se sentó un martes por la noche en su escritorio y se dio cuenta que había estado mirando a su titilante computadora por largo tiempo. Cuando volvió en sí y se dio cuenta de lo que había estado pensando, tuvo miedo. Por primera vez había comenzado a imaginarse cómo sería la vida sin Sara. Le alarmó que los pensamientos de soltería le resultaran tan confortables y atractivos, pero era así. No, él no iba a dejar a Sara y a pedirle el divorcio, pero se sentía sofocar y no sabía dónde encontrar lo que necesitaba para continuar casado.

A Sara le había sucedido algo similar, pero fue cuando estaba con una de sus amigas. Jenny le había preguntado si podían almorzar juntas; como era un día bonito decidieron comprar un sándwich y sentarse en el parque. Cuando Jenny le preguntó a Sara cómo le estaba yendo, brotó todo. Sara le contó de la lejanía de Cristofer y de lo desalentada que estaba. Le dijo a Jenny que no creía que podía más. Le habló de cómo le estremecía el momento en que Cristofer pasaba por la puerta de la casa cada noche porque significaba o un silencio absoluto u otro de esos horribles altercados. Dijo que había tratado de comportarse amable, pero que nunca funcionó. Jenny miró su rostro y vio a una mujer desesperada y exhausta mientras buscaba algo que decirle.

Nadie que conociese a Sara y a Cristofer se imaginaría. La gente en su pequeño grupo notaba que no eran tan afectuosos como solían ser antes, pero ya habían dejado de ser recién casados. Nunca peleaban en público y siempre se las arreglaban para tratarse con respeto y cortesía cuando estaban con otros. Se mantuvieron fieles a la iglesia, y Cristofer seguía enseñando la clase de la escuela dominical donde había enseñado por años. Sara continuaba yendo al hogar de ancianos cada dos semanas. Disfrutaba el tiempo que compartía con los viejitos y ellos amaban su guitarra y su dulce voz. Ambos se las arreglaban para ayudarse durante los días de fiesta cuando la familia

extendida estaba con ellos y procuraban limitar sus escaramuzas delante de los niños. A la distancia, su matrimonio lucía mucho mejor de lo que era. Las sonrisas públicas no removían el dolor privado.

Mientras escuchaba su historia, sabía que tendría que decirle a Cristofer y a Sara algo que sería duro de decir. Iban a tener que enfrentar el hecho de que estaban cosechando las semillas que habían plantado. Déjenme explicar.

Sara conoció a Cristofer durante su último año en la universidad. Ella recuerda muy bien el momento. Estaba examinando su correspondencia frente a los buzones cerca de su dormitorio. Él caminó para hablarle a la persona que estaba junto a ella. Fue un momento bochornoso pero decisivo. Sara se distrajo tanto a causa de Cristofer que botó casi toda su correspondencia a los pies de él. Ambos se agacharon espontáneamente para recoger las cartas, y al hacerlo chocaron sus cabezas. Entonces, riendo por lo que sucedió, se saludaron y comenzaron a hablar. Sara dijo que se había impresionado por el hermoso ser humano que era Cristofer. Él era alto y apuesto y no parecía tomarse a sí mismo muy en serio. Decidieron reunirse más tarde esa semana para un café. Sara se asombró cuando, en esa primera conversación tomando café, se dio cuenta que Cristofer era cristiano y, al igual que ella, había sido criado en el medio oeste. A él le gustaba hablar y ella era de las personas que le encantaba escuchar. Él era atlético y a ella le fascinaba el aire libre. A él le gustaba la buena comida y ella disfrutaba cocinar. A él le gustaba el cine y a ella también. Él era de un pueblo pequeño, y también ella. Él disfrutaba el café – ¿Qué más podía ella pedir?

Parecía tan perfecto. Los momentos que pasaban juntos eran agradables y fáciles. Este era el hombre que Sara había estado buscando. Cristofer se ajustaba a su vida como un guante. Era físicamente atractivo, era divertido, espiritualmente a tono, y parecía un hombre con futuro. El tiempo que estaban juntos no le parecía suficiente a Sara, y no tardó mucho para que ella comenzara a hacer planes mentales para su futuro juntos. Ella sabía que Cristofer era el hombre de su vida, y se iba a asegurar que no lo perdería.

A Cristofer le agradaba que Sara y él tuviesen trasfondos similares. Sentía que ella tenía una percepción natural de “quién era él.” Le gustaba que fuese una mujer decidida, que sabía lo que quería y que no hubiesen muchas sorpresas con ella. Ella decía que lo que pensaba y lo que quería. Con un trasfondo similar, intereses comunes y todas esas conexiones espirituales importantes en su lugar, Sara parecía realmente ser la mujer de su vida.

Cristofer no estaba de prisa, pero Sara le gustaba en verdad, y ella parecía lista para hacer un compromiso permanente en cualquier momento.

Así que seis meses más tarde, una tarde fría de invierno, Cristofer le lanzó la pregunta. Sara se mareó de la alegría pero se las arregló para decir que sí como treinta y cuatro veces antes de que Cristofer le diera el beso de su vida. Inmediatamente ella comenzó a hacer planes. Sabía exactamente cómo debería ser la ceremonia y qué clase de casa necesitarían para vivir. Le dijo a Cristofer que encontrara un trabajo en un pequeño pueblo para experimentar juntos la vida que habían disfrutado cuando crecieron. A Cristofer le pareció divertido que Sara estuviese tan enfocada y motivada y bromeaba con ella acerca de cómo podía ser capaz de planear su vida entera en tres días.

Se casaron el día después de la graduación, se movieron a un pequeño pueblo en Ohio y comenzaron su vida juntos. Los niños y los ascensos en el trabajo vinieron pronto, pero su relación dejó de ser grata. Cristofer trabajaba arduamente por largas horas y la mayoría de las noches y fines de semana se sentía exhausto. No tenía mucho tiempo libre, pero le gustaba cazar, pescar y jugar golf con sus amigos. También le gustaba escribir para su blog y mantenerlo al día. Él no era muy de casa. No es que rehusara ayudar, pero a Sara le comenzó a molestar que él nunca se ofreciera voluntariamente para hacerlo.

Sara amaba a sus tres niños, pero significaban bastante trabajo. Cada vez tenía menos y menos tiempo para estar con sus amigas y Cristofer y ella pasaban juntos poco tiempo. Resentía que él parecía pensar que todo el trabajo de la casa era responsabilidad de ella. Por eso siempre tenía una lista de proyectos para que él realizara, el cual le tomaba a él un buen tiempo completar. Poco a poco Sara comenzó a sentir que en lugar de un esposo tenía un huésped en la casa, y Cris sentía que en lugar de una esposa tenía una capataz. Él se estaba comenzando a cansar de las demandas de Sara, y Sara estaba hastiada con el sentimiento de que vivía sola.

Tanto ella como él no podían evitar preguntarse qué había pasado. Todo era tan fácil y perfecto al principio; era como si sus sueños se hubiesen hecho realidad. ¿Cómo habían terminado en semejante desencanto? Hay solo una respuesta para esta pregunta. Es difícil aceptarla pero es vital enfrentarla. Sara y Cristofer tenían una sequía de amor seria en su matrimonio porque desde el inicio de su relación habían confundido el amor falso con el verdadero.

Fue devastadoramente difícil para Sara admitirlo, pero finalmente lo hizo: se había casado con Cristofer, no porque lo amaba a él sino porque se amaba a sí misma. La atracción física, la conexión emocional y cultural y la unidad espiritual fueron las cosas que la atraieron. Cristofer la atraía porque él era todo lo que había deseado en la vida; la atracción era poderosa e irresistible. Él no podía ajustarse más perfectamente a sus sueños. La atracción de Sara por Cristofer era todo lo que Sara quería para Sara. Lo que se había disfrazado de amor no era amor.

También para Cristofer fue difícil admitir que se había sentido atraído a Sara porque ella lo hacía todo fácil. A ella parecía gustarle él por quien él era y le ayudaba a realizar sus planes. Él pudo establecer una relación tan buena que pensó que se había ganado la lotería. Pero no se casó con Sara porque la amaba en el verdadero sentido de la palabra. En realidad él amaba lo que Sara hacía por él y por su vida. El amor falso se puso la máscara del verdadero amor y Cristofer cayó en la trampa de manera total.

La falta de unidad, los constantes malos entendidos, el alejamiento, la distancia, la falta de intimidad física, y la lista de conflictos regulares, gritaban a voces que lo que estaba ausente en el matrimonio de Cristofer y Sara era el amor – el amor verdadero y auto sacrificial que se centra en el otro.

Las cosas comenzaron a ir mal cuando la relación dejó de ser fácil y la necesidad de servir al otro se hizo imperativa. Cuando se hizo necesario el esfuerzo arduo que el amor fiel requiere, ellos se desanimaron y comenzaron a señalarse y culparse mutuamente. La triste realidad es que tuvieron que enfrentar y confesar el hecho de que su relación no había sido edificada sobre la base del amor. Había sido edificada sobre uno de los más débiles y temporales fundamentos de una relación – el enfoque en sí mismos y el amor a sí mismos.

Nunca habían considerado la dificultad que implicaba que una persona imperfecta viva con otra igualmente imperfecta. Nunca habían considerado los costosos sacrificios diarios que son necesarios para hacer que trabaje esta relación a largo plazo llamada matrimonio. No pensaron en lo que estaban siendo llamados a darse el uno al otro. No, lo que ocupaba sus mentes era lo que estaban recibiendo del otro. Así que su matrimonio estaba destinado a fallar porque no existe un bien matrimonio que no sea impulsado por el amor y no existe el amor que no requiera sacrificio personal. Las ambiciones

egoístas y las expectativas irreales los habían condicionado para el momento de abatimiento en el que se encontraban.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometemos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

12.

PREPARADOS, DISPUESTOS Y ESPERANDO

Tadeo pensaba que estaba preparado, dispuesto y esperando amar a Katia y por esta razón le emocionaba la idea de casarse. La gente les decía que no se precipitaran, que era sabio esperar, pero ni Tadeo ni Katia querían esperar. Ambos estaban convencidos de estar preparados. Tadeo estaba persuadido que no podía amar a Katia más de lo que ya la amaba. Estaba convencido que no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella. De cualquier manera, se decía, era fácil amar a Katia.

Tadeo estaba convencido de estar preparado, dispuesto y esperando, pero en realidad no lo estaba. Cuando miraba adelante hacia su matrimonio se imaginaba que este sería como una cita amorosa extendida. Me temo que mucha gente hace esto. Tadeo había encontrado en las muchas noches que había salido con Katia que ella era una persona con la que se podía relacionar fácilmente. Ir a la iglesia con ella y pasar juntos el domingo le resultaba cómodo y agradable. Las vacaciones de Navidad y la semana que habían pasado en la playa con la familia de ella no le habían dejado más que recuerdos agradables.

Claro que no eran perfectos. Ella era un poco perfeccionista y a veces podía ser bastante obstinada. En cuanto a él, estaba consciente que no era el tipo más paciente en su vecindario. Pero amaba a Katia tanto que habían logrado llevarse muy bien hasta entonces, de modo que no pensaba que casarse fuese a ser dificultoso.

Tadeo se dijo a sí mismo que estaba preparado, dispuesto y esperando amar a su futura esposa para siempre; pero no lo estaba. Una vez que estuvieron casados no tomó mucho tiempo antes de que comenzara a volverse loco con la tendencia de Katia a andar detrás de él recogiendo todo lo que dejaba tirado. Tenía conflicto por la insistencia de ella de forzar las cosas y por su tendencia a no reconocer que estaba errada, aun cuando fuese claro que lo estaba. Le perturbaba el hecho de que ya no era independiente. Resentía tener que discutir todo con Katia. Sentía que se había enamorado de su novia y se

había terminado casando con su madre.

Le gustaba estar con Katia, pero se sentía sofocado. Cuando salían juntos de novios su relación no parecía forzada. Ciertamente había habido momentos en que hicieron o dijeron cosas tontas y tuvieron que arreglarlo admitiendo que les había dolido o tuvieron que buscar el perdón el uno del otro. Pero esas ocasiones habían sido raras. Sin embargo, ahora que estaban casados, él había comenzado a sentir que en su matrimonio todo era más trabajo que amor, más conflicto que compañía y más enfrentamiento que placer.

Una complicación surgió la mañana cuando en un arranque de frustración Tadeo dijo, “Si esto es amor, entonces no tengo idea alguna de lo que es el amor.” Esto fue devastador para Katia. Nunca había cuestionado el amor de Tadeo y había minimizado la evidencia que veía de su conflicto. Ella también solía decirse a sí misma que todo estaría bien si en verdad se amaban el uno al otro. El problema era que ninguno de los dos sabía lo que era y lo que hacía el verdadero amor. Confundían el placer de compartir experiencias con el amor. Habían confundido la atracción física y el afecto romántico con el amor. Habían confundido los breves momentos de paciencia con la determinación sacrificial del amor a largo plazo. Pensaban que sería fácil porque estaban enamorados, pero fallaron en entender que el amor no los protegería del desencanto y los conflictos pero les proveería lo que necesitaran en medio de ellos.

Lo que fue devastador para Katia, para Tadeo fue realmente un radiante momento de dirección. Él estaba en lo correcto. No conocía el amor como realmente es, y estaba cansado y necesitado—justo como debía estar. Tadeo necesitaba ayuda, pero tenía que llegar al punto donde admitiera su necesidad y donde descubriera lo que el amor es y lo que hace. Esto habría de cambiarlo a él y a su matrimonio para siempre.

¿QUÉ COSA ES EL AMOR DESPUÉS DE TODO?

Tadeo aprendió rápidamente que la mejor definición del amor no se puede conseguir en algún artículo del internet. No la vas a encontrar en Wikipedia o en Dictionary.com Tampoco la conseguirás de Webster o de Shakespeare. La verdad es que la mejor definición del amor no consiste en una serie de conceptos abstractos; su mejor definición se encuentra en un evento. Déjenme explicarlo.

Hay pocas discusiones que sean más útiles y prácticas en la Escritura sobre amor que la que se encuentra en 1 Juan 4:

Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. ⁸ El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor. ⁹ En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. ¹⁰ En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. ¹¹ Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. ¹² Nadie ha visto jamás a Dios. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros, y su amor se ha perfeccionado en nosotros...

Dios es amor; y el que permanece en amor, permanece en Dios, y Dios en él. ¹⁷ En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. ¹⁸ En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. ¹⁹ Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. ²⁰ Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? ²¹ Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano. (1 Juan 4:7-12; 16b-21).

Este pasaje nos dice dónde conseguir la mejor definición del amor. Se consigue en un evento, el más importante evento de la historia: la cruz del Señor Jesucristo. El sacrificio de amor de Cristo es la definición suprema de lo que el amor es y de lo que hace. En este pasaje Juan nos llama al *cruciforme* amor de Dios, es decir al amor que toma la forma de la cruz del Señor Jesucristo (*cruci* = “cruz” y *forme* = “que toma la forma de”).

Mira las palabras del verso 10 y 11: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros.” En lo que al amor se refiere, la cruz de Jesucristo es nuestro ejemplo supremo. Juan lo dice claramente: Si Jesús nos amó de esta manera, nosotros debemos amarnos unos a otros así.

¿Cómo luce el amor cruciforme entonces? Déjame darte una definición para luego analizarla. *El amor es un sacrificio voluntario por el bien de otra persona y que no requiere reciprocidad, ni que la persona amada lo merezca.*

*El amor es **generoso**.* Jesús dijo, “Nadie me la quita [mi vida], sino que yo de mí mismo la pongo.” (Juan 10:18) Las decisiones, palabras y acciones de

amor siempre crecen en el terreno de un corazón generoso. No se puede obligar a una persona para amar. Si se obliga a una persona para amar, por la naturaleza de la acción, se demuestra que tal persona no ama.

*El amor es **sufrido**.* No existe el amor sin sacrificio. El amor te lleva más allá de los límites de tus propios deseos, necesidades y sentimientos. El amor te llama a estar dispuesto a invertir tiempo, energía, dinero, recursos, habilidades personales y dones por el bien de la otra persona. El amor te llama a entregar tu vida de maneras concretas y específicas; te llama a servir, a esperar, a dar, a sufrir, a perdonar, y a hacer todas estas cosas una y otra vez.

El amor te llama a callar cuando quieres hablar, y a hablar cuando te gustaría callar. Te llama a actuar cuando quieres esperar y a esperar cuando te gustaría actuar. El amor te llama a detenerte cuando querías continuar y a continuar cuando querías detenerte. Te requiere ser líder cuando preferirías ser seguidor y ser seguidor cuando preferirías ser líder. Una y otra vez te llama a alejarte de tus instintos y tu comodidad. Siempre requiere sacrificios personales. Te llama a rendir tu vida.

*El amor es el sacrificio voluntario **por el bien de otra persona**.* El amor siempre le hace el bien a la otra persona. Es motivado por los intereses y necesidades del otro. Se emociona ante el prospecto de aliviar sus cargas y de satisfacer sus necesidades. Se siente pobre cuando la persona amada es pobre; sufre cuando el otro sufre; quiere lo mejor para el otro y lucha por dárselo.

*El amor es un sacrificio voluntario por el bien de la otra persona y **no requiere reciprocidad**.* La Biblia dice que Jesús murió por nosotros mientras aun éramos pecadores. Si Él hubiese esperado hasta que nosotros pudiéramos reciprocárle, no habríamos tenido esperanza. El amor no es ofrecer un “tú me rascas la espalda y yo te rasco la tuya.” El amor no es poner a la gente en nuestra lista de deudores y esperando el momento en que nos paguen. No es una negociación para el bien mutuo. El verdadero amor no demanda reciprocidad porque no es motivado por las ganancias de la inversión. No; el verdadero amor es motivado por el bien que resultará en la vida de la persona amada.

*El amor es un sacrificio voluntario por el bien de la otra persona, y no requiere reciprocidad, **ni que la persona amada lo merezca**.* Cristo estuvo dispuesto a ir a la cruz y llevar nuestro pecado precisamente porque no había nada que nosotros pudiésemos hacer para ganar, lograr o merecer el amor de

Dios. Si a ti te interesa amar solo a personas que se lo merezcan, la realidad es que tu motivación no es el amor a la persona sino el amor a ti mismo o a ti misma. El amor hace su mejor esfuerzo cuando la otra persona es indigna. Es en esos momentos cuando la persona necesita más el amor. Es en esos momentos cuando el amor es protector y preventivo. Se mantiene en su curso mientras rehúsa darse por vencido o desplomarse y ensuciarse dando lugar a cosas que no son amor.

No hay un solo día en el que tu matrimonio no te llame a estar dispuesto, cuando no requiera algún sacrificio personal, cuando esté libre de la necesidad de considerar a tu esposo o esposa. No hay un solo día cuando no seas llamado a hacer lo que no es reciprocado y a ofrecer lo que la otra persona no merece, cuando, para avanzar, tú no tengas que estar saturado de esta clase de amor.

Imagínate tirándome sobre el sillón al lado de mi esposa y diciéndole con voz severa, apática y monótona, “Luella, ya entendí que es mi obligación amarte. Así que voy a cumplir con mi responsabilidad. Te voy a amar porque eso es lo que estoy supuesto a hacer.” ¿Crees que Luella va a extender sus brazos hacia mí mientras me dice, “¡Gracias, gracias por amarme así! No, eso le destrozaría el corazón porque sabría instintivamente que lo que le he expresado no es amor.

El amor no nace sucumbiendo desganadamente ante la obligación. No, el amor nace del recuerdo y la celebración. Cada vez que recuerde el suntuoso, paciente, perdonador y habilitador amor que ha sido derramado sobre mí – que yo nunca pude haber ganado y jamás seré capaz de reciprocitar – querré amar a alguien de la misma manera. Cuando despierte por la mañana – aunque no haya pagado mis cuentas y mi casa necesite reparaciones y mis hijos sean un poco desordenados y mi esposo o esposa estén lejos de la perfección – me sentiré lleno de gratitud por el amor que ha sido derramado sobre mí cambiando mi vida para siempre, y me sentiré motivado a buscar oportunidades para ser una herramienta de ese amor en la vida de la persona que Dios me ha dado como mi esposo o esposa.

Tal vez uno de los pecados más ignorados en el matrimonio es el del olvido. Cuando olvidamos cómo hemos sido amados es fácil estar cómodos mientras fallamos en amar a otros. Nadie ama mejor que la persona que sabe que necesita desesperadamente el amor.

Juan dice otra cosa que es muy poderosa además de ser práctica en el nivel

más básico, “Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” (1 Juan 4:20). Juan está diciendo que si quieres conocer el verdadero carácter y calidad de tu amor por Dios, examines la calidad de tu relación con la persona que vive cerca de ti. Tu amor por tu esposo o esposa es un barómetro muy adecuado de tu verdadero amor por Dios.

Pero estas palabras significan algo más. Ellas nos llaman a enfrentar el hecho de que tenemos que enmendar nuestros matrimonios verticalmente antes de hacerlo horizontalmente. ¿Por qué? Considera mi propio matrimonio. La esencia de mi problema no es que no amo lo suficiente a Luella. Mi problema es que no amo lo suficiente a Dios, y por ello no amo a Luella como debo amarla.

Cuando fallo en amar a Dios como debería, me inserto a mí mismo en lugar de Dios, deseando ser soberano sobre mi pequeño reino de uno y demandando a los que están a mi alrededor que hagan lo que pido. Si no amo a Dios como mi rey, establezco mi propio reino y vivo para mí mismo.

Yo te preguntaría justo en este momento, “¿Es tu matrimonio impulsado, movido y motivado por un amor adorador de Dios, centrado en tu cónyuge, que se da a sí mismo, y es voluntario? ¿Has hecho este compromiso y lo estás viviendo? ¿En qué área necesitas buscar perdón y comprometerte a un camino nuevo y mejor?” Tal vez lo que viene a continuación te puede ayudar a responder estas preguntas.

EL AMOR MATRIMONIAL EN ACCIÓN

Aun con todo mi celo por definir el amor *cruciforme* en el contexto del matrimonio, puede que estés confuso en cuanto a cómo luce este amor en su nivel más básico. Aquí hay algunas descripciones concretas de cómo piensa y actúa un amor verdadero como el de Cristo.

El amor está dispuesto a complicarse la vida por las necesidades y problemas de tu esposo o esposa sin impaciencia ni enojo. Esto debe hacernos pensar en dos cosas. Primero, deber recordarte a Jesús, quien estuvo dispuesto a enfrentar todas las complicaciones de la vida en este mundo caído para satisfacer nuestra más grande necesidad, la de una nueva vida. También tienes que enfrentar el hecho de que no te gusta complicarte la vida. No quieres que tus planes se interrumpan y no disfrutas tener que lidiar con problemas que no esperabas. Uno de los grandes desafíos del verdadero amor

es la determinación a abandonar tu exigencia a tu comodidad y a una vida predicable; y uno de los llamados más importantes del amor es encontrar tu gozo más grande en satisfacer las necesidades de tu cónyuge más que en satisfacer las tuyas.

El amor lucha activamente contra la tentación de criticar y enjuiciar mientras busca maneras de motivar y halagar a tu esposo o esposa. Es muy fácil ser delicados e irritables. Frecuentemente es fácil ser mejor en sorprender a tu cónyuge haciendo lo malo que en reconocer las muchas veces que hace lo que es bueno. Cuando olvidas quién eres, y fallas en reconocer tus propias debilidades y errores, es mucho más fácil criticar a tu cónyuge. Las respuestas críticas a otros siempre están enraizadas en la justicia propia. Es cuando afirmamos nuestra necesidad de la gracia y celebramos la que se nos ha dado que nos deleitamos en darle gracia a la persona con la que vivimos.

El amor es un compromiso diario a resistir los momentos innecesarios de conflicto que vienen cuando señalamos y respondemos a las ofensas menores. Tú eres una persona imperfecta casada con otra persona imperfecta; y si el paradigma de la relación con tu cónyuge es reaccionar ante cada falla u ofensa, aun ante las más pequeñas, nunca se terminarán el dolor, el conflicto y la desilusión en tu matrimonio. El amor es considerado, comprensible, paciente, noble, no se deleita en la injusticia pero se regocija en la verdad. Tú estas casado con una persona en proceso. Esto significa, por la gracia de Dios, que tu cónyuge es mejor hoy de lo que era ayer, pero no de lo que será mañana. Tu esposo o esposa fallará en cosas pequeñas cada día, así que es vital reconocer lo que es importante y debe ser amorosamente confrontado y lo que es insignificante y debe ser amorosamente pasado por alto. Y en ambos casos es importante dar gracia.

El amor es ser amorosamente honesto y humildemente accesible cuando hay malos entendidos, y estar comprometidos a la unidad y al amor más que a salir ganando, acusar o tener la razón. No importa cuán unidos han llegado a ser y cuán cómodos y cuanto se conocen el uno al otro; ustedes aún tendrán malos entendidos. Uno de los beneficios del matrimonio es que nosotros no vemos la vida de la misma manera que nuestro esposo o esposa la ven; pero eso crea malos entendidos. Es también verdad que no siempre nos comunicamos tan claramente como pensamos que lo hacemos. Tampoco oímos tan bien. A veces nuestras mentes están tan enfocadas pensando cómo expresar nuestra perspectiva, que no oímos lo que nuestro cónyuge nos está

diciendo. Además, somos propensos a cambiar de opinión. Aprendemos, crecemos y reconsideramos, pero con frecuencia no comunicamos esos cambios a medida que nos suceden. Así que, la unidad de un matrimonio no se debe a la ausencia de malos entendidos, más bien es establecida a medida que trabajas por ella con paciencia, consideración y gracia en medio de los inevitables malos entendidos.

El amor es la determinación diaria de admitir tu pecado, debilidades y fallas, y de resistir la tentación a excusarse o a transferir la culpa a algo o alguien más. Es muy tentador creer que eres más justo de lo que realmente eres y levantar excusas y defensas por lo malo que has hecho. Es fácil señalar el pecado de tu esposo o esposa y ser ciego al tuyo. La justicia propia es una guerra espiritual diaria que todos tenemos que enfrentar y estar dispuestos a pelear. Solo peleando esta batalla no nos apropiaremos ni hablaremos conforme a patrones de pensamiento, deseos, palabras y obras que interfieran con lo que Dios nos ha llamado a hacer y no caeremos por debajo del nivel del amor al que somos llamados y que protege el matrimonio.

El amor significa que al ser confrontado por tu cónyuge estés dispuesto a examinar tu corazón en lugar de ponerte a la defensiva o de cambiarle el enfoque. Mientras haya pecado remanente en nosotros, todos llevamos ese abogado interior, preparado ante todo desafío, reprensión y confrontación para levantarse en nuestra defensa y presentar argumentos a favor de lo que hemos hecho. El amor significa estar dispuesto a luchar contra estos instintos defensivos de tu corazón. Significa rehusar cerrarse y defenderse. Significa no estar dispuesto a darle vuelta al asunto y procurar convencer a tu cónyuge de que tú no eres el único pecador en el cuarto. El amor significa admitir que necesitas que tu esposa te ayude a verte a ti mismo con precisión. El amor significa estar dispuesto a reconocer tus errores, a examinarlos a la luz de la luz de la palabra de Dios y a confesarlos a Dios y a tu esposo o esposa.

El amor es una resolución diaria a crecer en amor para que el amor que le ofreces a tu esposo o esposa crezca para no ser egoísta, sino maduro y paciente. El amor significa no vivir sintiendo que “ya llegaste.” El amor no es indolente ni seguro de sí mismo; más bien significa aceptar la realidad de que Dios te sigue llamando a crecer y a cambiar. Amar a otra persona significa que estás dispuesto a admitir que hay áreas donde tu amor necesita crecer y madurar. Cuando amas a tu esposo o esposa, aprendes a comprometerte con la honestidad y el crecimiento personal de modo que puedes crecer en el amor de manera más consistente y madura. El amor no se acomoda sino que

siempre tiene una agenda de crecimiento personal.

El amor es no estar dispuesto a hacer lo malo cuando te han hecho algo malo, sino que busca maneras concretas y específicas de vencer con el bien el mal. Lo ves en la conducta de los niños pequeños, en la ira de los ancianos y en todos los que están entre la niñez y la vejez. Es muy tentador herir a quien nos ha herido y hablarle bruscamente al que nos ha hablado ásperamente. Es tentador reaccionar enojadamente cuando hemos sido objeto del enojo de otro. Es tentador tratar a nuestro esposo o esposa sin respeto cuando sentimos que nos faltado al respeto. No es nuestra respuesta natural procurar hacer el bien cuando nos han hecho mal. No es natural buscar maneras de amar a la persona que nos ha herido. Es natural para los pecadores atropellar cuando han sido atropellados. De manera que si alguna vez hemos de vencer concretamente el mal con el bien, necesitamos la intervención y el fortalecimiento de la gracia de Dios y tenemos que admitir que nos cuesta hacer el bien frente a las ofensas, no por causa de lo que hay dentro de la persona con la que vivimos, sino por lo que hay dentro de nosotros.

El amor es ser un buen estudiante de tu cónyuge observando sus necesidades físicas, emocionales y espirituales para que de alguna manera puedas remover su carga, ayudarle a llevarla o animarla en el camino. El amor no solamente es reactivo; es voluntariamente auto-iniciativo y pro-activo. Es bueno cuando tu esposo o tu esposa te comunica su necesidad y tú voluntariamente respondes, pero el verdadero amor es más activo y agresivo que esto. Encuentra gozo en estudiarla – sus oportunidades, responsabilidades, tentaciones, dones, debilidades, fortalezas, familia, amigos, horarios, etc. – de manera que te es posible anticipar sus necesidades y moverte rápidamente para satisfacerlas o ayudarla en lo que sea posible. El amor no espera que se le diga qué es lo que se necesita y qué hay que hacer. Nunca ve la necesidad del cónyuge como una interrupción, más bien se carga cuando él o ella llevan una carga y se goza cuando llega el alivio. Si realmente amas a tu esposo o esposa tendrás la disposición a aumentar tu carga para aliviar la que él o ella lleva.

El amor significa la disposición a invertir el tiempo necesario para discutir, examinar y entender los problemas que enfrentan como pareja, persistiendo en ello hasta que el problema sea resuelto o se pongan de acuerdo sobre una estrategia de respuesta. Vivimos en un mundo fracturado. Los problemas vendrán y no siempre se irán con el paso del tiempo. Tú enfrentarás

problemas en tus relaciones, problemas personales que impactarán tus relaciones y problemas que vienen de afuera de tu matrimonio. Por mucho que te gustaría, nunca tendrás sobre la gente, los lugares y las situaciones la clase de control que sería necesario para mantener tu matrimonio libre de problemas. De hecho, estos problemas son con frecuencia una cosa buena, pues Dios los usa para llevarte más allá de tu propia fuerza y sabiduría y para que aprendas lo que realmente significa vivir juntos en dependencia de Él. Un buen matrimonio es el resultado de dos personas que han aprendido juntas a resolver problemas y que han aprendido a celebrar el crecimiento y el cambio que resulta.

El amor siempre está dispuesto a pedir perdón y siempre está comprometido a otorgarlo cuando se lo piden. Ni tú ni tu esposo son perfectos, de manera que el perdón es un llamado esencial. Tú dirás algo equivocado en algún momento. Actuarás, reaccionarás o responderás de manera equivocada. Habrá momentos en que serás egoísta, desamorado, rudo, irritable o impaciente. Probablemente no hay un solo día en que no pequen el uno contra el otro de alguna manera. Así que es vital reconocer que tu cónyuge tiene que vivir con una persona como tú – luchando aún con la tentación y el pecado y aún fallando de alguna manera. Y deberías encontrar gozo en aliviarle la carga de vivir contigo pidiendo perdón cuando le has afectado con tus faltas. También es importante que estés preparado y dispuesto a perdonar a tu cónyuge. No puedes vivir en un matrimonio sin que tu cónyuge peque contra ti de alguna manera. Así que tienes que renunciar a mantener una lista de errores; tienes que decirle no a la venganza de cualquier clase; tienes que decir no a la amargura. Y tienes que tener siempre la disposición a otorgar el perdón cuando tu cónyuge te haya ofendido y él o ella busque corregir las cosas pidiéndote perdón.

El amor es reconocer el gran valor de la confianza en un matrimonio y cumplir tus promesas y ser fiel a tu palabra. Ya hemos examinado la importancia de la confianza para un matrimonio sano, de modo que no necesitamos decir mucho aquí. Pero vale la pena conectar el amor y la confianza de esta manera: el amor ama, confía y se esfuerza en lo que sea posible para fortalecer el matrimonio. Puesto que amas a tu cónyuge, quieres que él o ella conozca que puede depender de ti. Tú quieres que ella sea libre de la necesidad de estarte siguiendo y vigilando. Quieres que tenga la certeza de que harás lo mejor que puedas para cumplir lo que le has prometido y que cualquier cosa que le digas es confiable y verdadera. El amor también

significa vivir con tu cónyuge de tal manera que él o ella no tiene que preguntarse con quién andas o que estés haciendo cuando anda por otro lado. El amor significa que tu cónyuge puede descansar, sabiendo que no hay secretos en tu vida o doble sentidos en tus palabras de las cuales deba preocuparse.

El amor es hablar con consideración y gentileza, aun en momentos de desacuerdo, rehusando atacar el carácter de tu cónyuge o agredir su inteligencia. Mi hermano Tadeo dice que el viejo refrán, “las piedras y los palos me lastiman, pero las palabras no,” no puede estar más lejos de la verdad. Mucho tiempo después de que las heridas físicas se sanan, las heridas hechas con palabras aún viven en el corazón. Yo he visto cómo la paz y la esperanza de un matrimonio ha sido destruidas por palabras horribles que nunca debieron haber sido dichas; pero estas son difícil de remover de la memoria una vez que han sido expresadas. Cuando estés herido o envuelto en un gran desacuerdo, es muy importante que edites tus palabras y que no seas llevado a usar ataques verbales. Si quieres tener un matrimonio de unidad, entendimiento y amor, no te des permiso de decir todo lo que piensas o te dejes llevar por tus emociones. El amor se niega una y otra vez, no a tu esposo o esposa, sino a ti mismo, resistiendo la tentación de lograr lo que quieres usando las palabras como armas de guerra en lugar de herramientas de amor.

El amor es no pedirle a tu cónyuge que sea la fuente de tu identidad, significado y propósito o sentido interno de bienestar, y rehusar ser para él o ella esa fuente. Si realmente amas a tu cónyuge, no querrás que sea tu mesías personal ni querrás el poder y la euforia de ser el mesías de él o ella. Tu cónyuge no es capaz de cargar con tus esperanzas y tu felicidad. No puede ser la razón por la que te levantas por la mañana o lo que te sostiene durante el día. Pedirle que haga esto no solo es un acto de egoísmo espiritual, sino que le pone una carga que no puede llevar. Si haces esto él o ella fallará y luego tendrán que lidiar con las consecuencias de la desilusión y con el impacto negativo que esto tendrá en el matrimonio. El amor significa que nunca le pedirás a tu cónyuge que haga lo que solo Dios puede hacer. El amor nunca le demanda a tu esposo o esposa lo que Dios ya te ha dado en Cristo. El amor buscar la satisfacción vertical que viene de Dios para así poder servir horizontalmente al cónyuge.

El amor es la disposición a tener menos tiempo libre, a dormir menos y a tener un horario lleno para ser fiel a lo que Dios te ha llamado a ser y a

hacer como esposo o esposa. El amor marital significa estar dispuesto a renunciar al control individual de tu tiempo, tus planes y tu calendario para edificar una amistad, una intimidad y una comunión verdaderas y permanentes con la persona con la que hiciste votos de por vida. Tú no puedes pensar, escoger o decidir como uno y al mismo tiempo estar comprometido con la unidad y el amor en tu matrimonio. El amor es la disposición a renunciar a tu derecho a controlar tu tiempo, energía y recursos. El amor es la decisión de agregarle más obligaciones a tu vida y más complicaciones a tu horario; es la determinación a hacer estas cosas por el gozo de servir a tu cónyuge y de ayudarlo a experimentar lo que Dios dice que es mejor.

El amor es un compromiso a decir no a los instintos egoístas y a hacer todo lo puedas para promover una unidad verdadera, un entendimiento funcional y un amor activo en tu matrimonio. Probablemente no hay una decisión de amor más importante que decir no. ¿Estás confundido? Déjame explicarte. Si vas a decir sí a los constantes llamados al sacrificio personal requeridos por el bien de tu esposo o esposa, primero tendrás que decirte no a ti mismo. Recuerda que el ADN del pecado es el egoísmo. Así que mientras haya pecado en nosotros habrá una continua tentación a vivir, actuar, reaccionar y responder a nuestro cónyuge centrados y enfocados en nosotros mismos. Si vas a vivir una vida de amor verdadero debes primero pelear esta batalla del corazón. Como en cualquier otra guerra, esta batalla solo puede ser peleada en términos concretos, es decir en los momentos de tentación específicos que se presentan en lugares y situaciones específicas.

Tal vez seas tentado a comenzar tu día tan consumido con tus propias decisiones y tareas que te tomas muy poco tiempo para darte cuenta o para responder a las necesidades de tu esposo o esposa. O tal vez tu conflicto es que eres egoísta con el uso de tu tiempo libre. Quizás eres tentado a ser egoísta con el uso de tu dinero. O acaso tu lucha sea con el egoísmo respecto a tu participación en las tareas normales de la casa. Pueda ser que al final de un largo día lo único que quieres es que te dejen solo. El punto es que si vas a amar a tu esposo o esposa hay tentaciones específicas a las que debes decir que no.

El amor es permanecer fiel a tu compromiso a tratar a tu cónyuge con aprecio, respeto y gracia, aun en los momentos cuando parece que él o ella no lo merecen o no están dispuestos a reciprocitar. Nadie que lea este libro ha estado o estará casado con una persona perfecta. El matrimonio significa que

el pecado, las debilidades y las fallas de tu esposo o esposa serán para ti una experiencia diaria de primera mano. Significa amar a tu cónyuge cuando está teniendo un mal día o luchando con desalientos específicos. El matrimonio significa amar a tu cónyuge cuando está irritable e impaciente; significa amarle cuando te ha herido de alguna manera; significa amarle cuando te exige y te critica; significa seguirle amando cuando se rehúsa a participar, cooperar, servir, dar o ayudar. Significa perseverar a través de los tiempos duros y los días difíciles. Significa negarse a usar las palabras como armas o dejar que caiga el sol sobre tu enojo, aun cuando él o ella estén haciendo estas cosas.

El amor es nunca dejar que las fallas de tu cónyuge sean la razón para cambiar las reglas del juego. El verdadero amor es respetuoso, busca maneras de expresar aprecio, encuentra gozo en dar gracia, quiere edificar y motivar. Y el verdadero amor hace estas cosas sin importar lo que esté pasando.

El amor es la disposición a hacer sacrificios regulares y costosos por causa de tu matrimonio, sin pedir nada a cambio o usar tus sacrificios para poner a tu cónyuge en deuda contigo. Hay momentos cuando el amor es bastante fácil. En un fin de semana romántico cuando ustedes están solos y lejos de las responsabilidades normales y las presiones de la vida diaria es fácil amar. Cuando tu esposo o esposa se ha dado cuenta de algo que necesitas y te sirve en esa área, es fácil amar. Cuando has recibido algún regalo especial, es fácil amar. Cuando tu cónyuge te ha comunicado cuanto te respeta y te aprecia, es fácil amar.

Pero el verdadero amor no vive solo en estos grandes y afectuosos momentos. No, vive al nivel de la calle. Vive cuando ningún violín está tocando o los pajarillos están cantando. Vive cuando la vida es agitada, aburrida o difícil. El verdadero amor no demanda que la vida sea fácil o estimulante. El verdadero amor ama tanto en la oscuridad de la noche como en el calor del sol; ama cuando no es tan divertido ni satisfactorio amar; no se da por vencido cuando las cosas son difíciles ni se retira cuando hay que enfrentar el desaliento. Así que no hay tal cosa como un verdadero amor que no requiera un verdadero y voluntario sacrificio cotidiano. No hay escape – el verdadero amor es costoso. El verdadero amor nos llama a sufrir voluntariamente sacrificios de tiempo, energía y dinero; nos llama a estar dispuestos, a veces a quedarnos callados y a veces a tener el coraje de hablar; nos llama a veces a rehusar la contienda y otras veces a contender por lo

correcto; en ocasiones nos llama a actuar decisivamente, otras veces, a que esperemos. Nos llama a guiar, pero también nos llama a que estemos dispuestos a seguir. Nos pide que sigamos un plan o que nos dispongamos a abandonar nuestros planes. El amor no huye frente al sacrificio.

El amor es rehusarse a tomar ninguna decisión personal o a preferir cualquier cosa que dañe tu matrimonio, hiera a tu esposo o esposa o debilite el vínculo de confianza entre ustedes. El amor significa renunciar a tu autonomía. Significa que ya no vives como si tu vida te pertenece. Es no tratar más a tu esposa como una inversión que puedes hacer individualmente. Es tomar cada deseo, elección, decisión, palabra o acción en el contexto de lo que es mejor para tu esposo o esposa y de lo que es mejor para tu matrimonio. El amor es someter tu independencia al llamado más elevado y al gozo más grande de la unión y la comunión con tu cónyuge; es rehusar a verte a ti mismo como un ser separado de tu cónyuge; es entender que ahora que vives junto a él o ella en esta perpetua relación, cualquier cosa que hagas será un acto que afectará la relación ya sea para edificarla o para destruirla. El amor es entender que en el matrimonio es imposible actuar independientemente. En alguna manera todas tus decisiones, preferencias y acciones afectarán a tu cónyuge.

Así que el amor significa vivir conscientes de la relación, es decir, vivir escogiendo siempre actuar con tu matrimonio a la vista. Significa nunca escoger lo que podría parecer bueno para ti, pero que dañaría tu relación matrimonial en alguna manera. Significa nunca tolerar una emoción o deseo que termine hiriendo a tu esposo o esposa. Significa nunca escoger algo o actuar de tal manera que debilite la confianza que es tan importante para tu matrimonio.

El amor es rehusar enfocarnos en nosotros mismos o exigir, más bien es buscar maneras específicas de servir, apoyar y motivar, aun cuando estés atareado o cansado. Una de las cosas que lastima el matrimonio es exigir derechos. Los pecadores tienen una gran habilidad para convertir las bendiciones en necesidades. Es muy fácil para nosotros razonar que merecemos algo y que es correcto para nosotros exigirlo. Es muy fácil incluir en nuestras “necesidades” cosas que no son necesidades y al hacerlo, esperar y exigir esas cosas. Es así como trabaja: si estoy convencido que algo es una necesidad y mi cónyuge me dice que me ama, me parece correcto esperar que él o ella satisfaga esa necesidad. Parece justo entonces observar si él o ella se ha comprometido a darme lo que espero y demandarlo si no lo hace, porque

después de todo ¡es una necesidad! Llamar necesidad a algo que no es necesidad es una de las maneras en que solemos excusar nuestro enfoque en nosotros mismos y las exigencias que lo acompañan.

El modelo bíblico del amor provee el rescate de esta tentación. En Mateo 6:25-32 Jesús nos recuerda que tenemos un padre celestial que conoce precisamente lo que necesitamos. Él nunca confunde lo que es una necesidad y lo que no lo es. Es mejor dejar que Él defina nuestras necesidades. Y Él ha prometido que suplirá todo lo que necesitamos.

¿Cómo puedes conocer esto con seguridad? Bueno, la cruz de Cristo es tu garantía. Pablo dice esto en Romanos 8:32: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Si Dios llegó al extremo de sacrificar a su Hijo para que nosotros pudiéramos tener una relación con Él, ¿Tendría algún sentido abandonarnos ahora que ya la tenemos? Pablo dice, “¡Absolutamente no!” Así que no tienes que vivir preocupado tratando de que tus necesidades sean satisfechas. Tú puedes admitir humildemente que con frecuencia te sientes confundido acerca de tus verdaderas necesidades y puedes estar seguro que estas serán satisfechas por tu amoroso Padre celestial quien pagó un enorme precio para que pudieras ser el objeto de su eterno favor. La cruz del sacrificio sobre ese antiguo monte afuera de la ciudad es tu garantía escrita.

Puesto que eres amado de esta manera, eres libre para apartar tus ojos de ti mismo y amar a tu esposa. No tienes que estar espiando sobre tu hombro para ver si Dios aún está activo detrás de ti, y no tienes que tener preocupación en tu corazón. Puedes estar seguro que si Él dio a su Hijo no hay manera que te abandone en tu tiempo de necesidad.

El amor es admitirte diariamente a ti mismo, y admitirles a tu esposa y a Dios, que no eres capaz de amar de esta manera sin la protección, provisión, perdón, rescate y gracia liberadora de Dios. Después de leer este capítulo hay dos cosas que deberían quedar contigo. Primero, que debes confrontar el hecho de que el amor es fundamentalmente más profundo y más activo que los sentimientos cálidos y románticos de afecto hacia alguien que te atrae. No es una respuesta de felicidad generalizada que sientes al lado de esa persona. No; el amor es un compromiso específico del corazón hacia una persona específica que te hace entregarte a un estilo de vida específico que requiere tu disposición a hacer sacrificios que tienen como objetivo el bien de esa

persona. El amor nunca es general y nunca se queda detenido en el terreno de los sentimientos. El amor desea, piensa, escoge, decide, actúa y habla en compromiso activo de día a día para el bienestar del otro. El verdadero amor es concreto, específico y activo.

Pero hay aun una realidad más poderosa que debería impactarte después de leer este capítulo. Entender esto debería hacerte reflexionar y moverte a la acción: es imposible para ninguno de nosotros amar como lo he descrito. La medida es simplemente demasiado alta. Los requerimientos son simplemente demasiado grandes. Ninguno de nosotros tiene lo que se necesita para alcanzar este estándar. Personalmente, esta descripción del amor en acción me ha dejado humillado y lamentando. Me ha confrontado nuevamente con mi tendencia a llamarle amor a lo que no es amor. Me ha forzado a admitir cuán absorto y enfocado en mí mismo soy. Me ha recordado que respecto al amor no soy un experto. No; soy pobre, débil y necesitado. Pero no estoy solo y por ello, el entendimiento de mi falla no debería derrotarme o paralizarme ni a mí ni a ti porque su propósito es moverte a buscar ayuda. Y no estoy hablando de leer un buen libro sobre el matrimonio, de asistir a un curso para parejas o de buscar un buen consejero matrimonial. Todo lo que estos pueden hacer es describir lo que es mejor. Pero no tienen el poder de ayudarte a desear y a hacer lo que es mejor. Pueden informarte sobre lo que es el amor, pero nunca pueden transformarte en una persona que ama. ¿Pero, no es eso lo que todos necesitamos?

Como puedes ver, el llamado de Dios al amor nos confronta con nuestras debilidades e incapacidades. Nos hace reconocer cuán inconstantes son nuestros corazones. Nos ayuda a ver cuán débil es nuestra resolución. Nos llama a admitir humildemente cuán renuentes e impacientes somos. Ser confrontados con nuestra debilidad es una de las metas de Dios para el matrimonio. Esta relación integral y permanente es una herramienta en las manos de Dios para exponer nuestros desvaríos de sabiduría, justicia y fortaleza y nos moviliza a buscar ayuda. Y hay ayuda, una maravillosa y suficiente ayuda para todo el que la busca.

Cuando Juan comienza su larga discusión del amor en el pasaje que hemos estado considerando, él dice, “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por él” (1 Juan 4:9). Juan dice que el propósito de la venida, sufrimiento, muerte y resurrección de Jesús fue para que a través de Él pudiéramos tener lo que necesitamos para poder vivir la vida a la que Él nos ha llamado. Y esa

vida es fundamental, comprensiva y perseverantemente una vida de amor. Juan está diciendo que Jesús murió no solo para que pudiéramos ser perdonados por no amar como deberíamos, sino también para que pudiéramos tener el deseo, la sabiduría y el poder de amar como debemos.

Jesús derramó su sangre por el pecado que cometiste durante esa conversación con tu cónyuge que comenzó bien pero se convirtió en algo airado y tenso. El murió para enseñarte a lidiar con la presión diaria de vivir con alguien que es tan diferente a ti. El murió para que pudieras ganar en tu lucha por perdonar y resistir la seducción de la amargura y la venganza. El entregó su vida para darte lo que se requiere para tomar la decisión de levantarse de la cama y cumplir tu promesa aun cuando estando cansado y desanimado. El sufrió para que pudieras enfrentar el dolor y el maltrato con sabiduría y gracia. Murió para que pudieras resistir la tentación de darte por vencido, de ceder, de escapar o de renunciar. Derramó su sangre para que tuvieras el poder de hablar con cuidado y decir cosas que edifican aun cuando te hayan hablado groseramente. El derramó su sangre para que tengas poder en momentos específicos para rehusar la irritación y la impaciencia y que puedas responder con gentileza y auto control. Jesús murió para que al enfrentar la muerte de tus sueños te apropiés del sueño mejor al que El te ha llamado. El sufrió para que tengas la sabiduría que necesitas para lidiar con las cosas inesperadas e incomprensibles. Derramó su sangre para que puedas tener el poder de crecer y cambiar.

Jesús sufrió en amor para que en tu lucha por amar jamás y nunca estés solo. Mientras te entregues a amar, El te inundará con Su amor, para que nunca te falte lo que necesitas para amar. El estuvo dispuesto a hacer el sacrificio supremo del amor porque sabía que es la única manera en que podrías lograr lo que se necesita para amar como has sido llamado a amar. El sabía que lo único que te podría ayudar era si El se entregara a sí mismo por ti. Así que eso es exactamente lo que El hizo. Se entregó a sí mismo para que en este lugar, ahora mismo, tú pudieras tener los recursos que necesitas para vivir una vida concreta y continua de amor.

Así que no dejes que el remordimiento te paralice. No te agobies por el llamado del amor. No te desanimes por la dimensión o la cantidad de las cosas que estás enfrentando. No dejes que los errores del pasado te roben la esperanza del futuro. Ciertamente, por ti mismo, no tienes lo que se necesita, pero El está contigo, en ti y por ti. Camina hacia adelante con esperanza y aliento, y entrégate al cruciforme amor, verdadero, activo y específico,

sabiendo que Su gracia tiene realmente el poder para que estés preparado, dispuesto y esperando.

Enséname a sentir el pesar de otro y a esconder la falta que veo; la misericordia que muestro a otros, esa misericordia muéstrame a mí.

ALEXANDER POPE

Mientras más amamos a quien no es como nosotros, menos amamos como hombres y más como Dios.

JOHN SALTMARSH

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

13.

MARAVILLOSA GRACIA

No fuiste tú quien lo hizo y mientras más rápido lo entiendas, mejor será para ti y para tu matrimonio. Tú no podrías haberlo hecho. Simplemente no eres tan poderoso ni tan sabio. A nosotros nos gusta pensar que fue por nuestra iniciativa, pero no lo fue. Cuando reconoces el hecho de que la historia de tu matrimonio es cuestión de la sabiduría y la voluntad de Otro, tu entendimiento del matrimonio cambia por siempre.

Yo fui criado en la normalidad blanca de Toledo, Ohio. Mi padre trabajaba en una tienda de artículos deportivos, y mi madre era una operadora de IBM. Todo en mi familia era conforme a la normalidad del medio oeste americano. El gran evento de mi niñez fue cuando nos movimos hacia los suburbios, al pequeño pueblo de Maumee. La vida en Ohio era una interminable rutina repetitiva. Habría sido natural que me graduara de la escuela secundaria, que fuese a la universidad, que llegase el momento de casarme con una chica de Ohio y que me estableciera para repetir la rutina por otra generación. Pero el Autor de mi historia tenía otro plan.

Había una pequeña niña llamada Luella que nació en Placettas, Cuba. Luella era la hija de padres misioneros canadienses. Desde mi perspectiva, como un muchacho de Ohio, su vida era cualquier cosa menos normal. Ella vivió rodeada de una gran “familia” extendida como parte de su experiencia. Fue el ministerio lo que la llevó a ella y a su familia a Cuba y lo que dio forma a su vida. Ella vivió en una tierra de playas de arena blanca, palmeras y aguacates. Su refrigerio favorito eran las galletas cubanas con queso blanco y pasta de guayaba. Durante toda mi niñez yo nunca vi el océano. Ciertamente yo no sabía lo que era una guayaba o un aguacate. Lo más cerca que estuve de una playa fueron los costas del lago Erie.

La revolución del Che Guevara y Fidel Castro llevó a la familia de Luella

de Cuba hacia Hartsville, Carolina del Sur. Su padre pastoreó una pequeña iglesia, y su madre trabajó como costurera. Hartsville era un pintoresco y tranquilo pueblo sureño de diez mil personas. Era realmente el profundo y somnoliento sur de los Estados Unidos.

Mis padres habían descubierto una pequeña universidad cristiana en Columbia, Carolina del Sur, que daba una buena educación bíblica y realmente querían que yo fuera allí por al menos un par de años antes de ir a cualquier otro lugar. A mí no me entusiasmaba eso. Estaba un poco preocupado por el conservadurismo tradicional del sur, pero hice la solicitud de admisión y fui aceptado.

Fui a esa universidad con una mente cerrada y con prejuicios en mi corazón. No estaba interesado en echar raíces o en establecer ninguna relación a largo plazo, incluyendo con ninguna chica que encontrara allí. Me imaginaba que todas las mujeres en ese lugar lucirían como si acabasen de salir de una finca Amish, o estuviesen recién llegadas de las selvas de África o de las junglas de Sur-América con escaso conocimiento de la cultura americana. Yo estaba interesado en los Beatles, en Bob Dylan y en la guerra de Vietnam. ¡No estaba interesado en conocer a alguien que tuviese planes de regresar al desierto!

Mi primera semana en la universidad fue difícil. Aborrecí todo a mi alrededor. De hecho, no desempaqué mis cosas durante la primera semana porque estaba convencido que no habría manera en que me quedara. Me forzaron a cortarme el cabello, aun cuando ya me lo había cortado por varias pulgadas; ¡esto fue una indignidad que no perdonaría! Sin embargo, logré pasar la semana de orientación y decidí quedarme.

El año anterior Luella se había registrado en la misma universidad (a sesenta millas de su casa). Su primer año había sido de constante conflicto, pero decidió regresar. El primer día de la semana de orientación, en el primer almuerzo que se sirvió a los estudiantes, yo estaba en la línea de la cafetería detrás de ella. De inmediato fui impactado. Ella no lucía como si sus padres fuesen Amish o como si hubiese arribado de la jungla. Era elegante y hermosa y yo no podía quitar mis ojos de ella. Como lo mencioné antes, para mí fue amor a primera vista. ¡Para ella fue solo primera vista!

Decidí que tenía que saber más sobre ella, y en un mes tuvimos nuestra primera cita. Luella no estaba interesada en una relación a largo plazo, y me dijo que no le pidiera que saliéramos de nuevo. Pero yo se lo pedí y ella aceptó. Me propuse seguirla pidiendo mientras ella continuara aceptando, y

como se dice, el resto es historia.

Mi vida fue cambiada y enriquecida por Luella de mil maneras. No hay forma que yo fuera lo que soy y que hiciera lo que hago sin ella. No puedo imaginar lo que habría sido mi viaje por la vida sin ella. Ella es mi heroína y mi amiga más preciosa. No hay nadie en la tierra con quien yo querría pasar el tiempo más que con ella. No hay voz en mi vida que tenga más influencia que la de ella. Soy profundamente bendecido por estar casado con alguien como ella y sé que nunca podría haberla encontrado por mí mismo.

La historia de mi matrimonio realmente ilustra un poderoso punto teológico. Tú y yo no somos los autores de nuestra propia historia. Piénsalo conmigo por un momento. Deja que tu mente se expanda y que tu corazón reflexione en la maravilla. Piensa en todos los lugares, situaciones y relaciones – individuales, culturales, nacionales e internacionales – de las que tendrías que tener absoluto control para garantizar que esta jovencita de Cuba y este muchacho de Ohio se conocieran en algún momento de alguna manera. Considera las posibilidades matemáticas. Considera con cuán pocas de esas situaciones, lugares y relaciones Luella y yo teníamos alguna relación, no digamos el control. Considera cómo ninguno de nosotros tenía idea alguna de que el otro existía o de que nuestras historias estaban dirigiéndose hacia ese providencial momento de intersección. Considera cómo ninguno de nosotros era suficientemente intuitivo para encontrar al otro o para entender cómo nuestras vidas se unirían y se amoldarían. Y considera lo improbable que era que cualquiera de nosotros hubiese escrito la historia de nuestra relación desde el primer día que nos conocimos.

Ahora, ustedes saben que nuestra historia no es única. Ustedes saben que su vida no se ha desarrollado de acuerdo a su propio plan. El mes pasado no fue como ustedes lo planearon. La semana pasado no se dio conforme a su plan. Algunos de ustedes están un poco irritados mientras leen esto hoy porque están enfrentando la realidad de que ayer las cosas no salieron conforme a lo que habían planeado. Diez años atrás ustedes no podrían haber escrito su vida conforme a las circunstancias en las que se encuentran ahora. Luella y yo vivimos en un apartamento en el barrio Chino de Filadelfia. No hay manera que yo hubiese podido saber que este era el rumbo que mi historia habría de tomar.

Tú no necesitas leer una novela de misterio; tu vida es un misterio que solo tiene sentido después de los hechos. En lo que se refiere a tu matrimonio, tú

no fuiste quien lo hizo posible, y mientras más rápido entiendas lo que esto significa, mejor será. Ciertamente, tú has tomado decisiones en el camino, y las decisiones fueron muy importantes y dejaron un rastro de consecuencias. Pero hay algo aún más fundamental que sucedió, y cuando lo entiendas tendrás un nuevo entendimiento de la lucha del matrimonio y de lo que debes hacer al respecto.

EL ARTISTA DE TU MATRIMONIO

Nadie planea conflictos en el matrimonio, pero todos los tenemos. La gente no piensa que las diferencias entre ellos y su cónyuge los llevarán, de alguna manera y en algún momento, al colmo de su paciencia, pero tales diferencias siempre lo hacen. Tú te tienes que preguntar, “¿de qué se trata todo esto?” Es aquí donde es vital entender que la historia bíblica es la única historia que puede darle sentido a la historia de tu vida y a la de tu matrimonio.

La historia bíblica comienza con el Creador. Juan 1:3 dice, “Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho fue hecho.” El mundo físico y todo lo que está en él es un despliegue tecnicolor con efectos de sonido que funciona 24 horas al día, siete días a la semana, mostrándonos la creatividad artística de Dios. Si te detienes, miras y oyes por un momento, esto te estremecerá.

La semana pasada estuve en tres ciudades: Denver, Filadelfia y Phoenix. Estuve en el lugar de tres cordilleras, pero estas no podrían haber sido más diferentes la una de la otra. Tú pensarías que al usar la palabra montaña todos sabrían de inmediato lo que estás describiendo, pero esto simplemente no es el caso. La vastedad del diseño creativo de Dios impide que eso sea tan simple. Mientras manejábamos por el absoluto y rocoso esplendor de las majestuosas Montañas Rocosas, yo estaba maravillado por su intimidante gloria. Escuché los rápidos del río de la montaña mientras atravesaba el cañón; sonaba como una ovación espontánea dedicada a la belleza que se veía por todas partes. Mientras manejábamos me dije a mí mismo, “Estas sí que son montañas.” Como pueden ver, estoy acostumbrado a las Montañas Pocono de Filadelfia donde vivo. Cuando uno comprara la medida de las Pocono con las Rocosas, estas en realidad no son montañas. He concluido que las Poconos son solo los badenes de Dios para aminorar la velocidad antes de llegar al océano de la costa de Jersey.

El fin de semana yo estaba en las Montañas de Catalina en el área de Phoenix. Estas son montañas desérticas, desoladas y de bordes afilados,

cuyos ángulos son suavizados solo por los cactus que con sus extensiones levantadas se enfilan por el rumbo hacia sus áridas cimas. Cada cordillera salió de la mente de Dios. Cada una fue construida por su dedo y cada una es una señal que apunta hacia su gloria. Yo podría hablar más de cuán diferente es la vegetación en cada lugar, de cómo cada uno es habitado por diferentes criaturas, y como cada uno tiene un clima peculiar a su entorno, pero ustedes ya captaron mi punto.

¿Qué tiene que ver todo esto con su matrimonio? Ustedes no podrán comenzar a comprender los conflictos que enfrentan como una pareja que trata de formar un matrimonio de verdadero respeto y aprecio, sino hasta que comiencen a ver su matrimonio a través de los lentes de Génesis 1. Las verdaderas y significativas diferencias entre ustedes comenzaron en la mente del Creador. Todo lo que tiene que ver con tu mujer – su apariencia física, sus dones innatos, y las peculiaridades de su personalidad – vienen de la mente de un diseñador creativo increíble. Todo lo que tiene que ver con tu esposo – su apariencia física, sus dones innatos, y las peculiaridades de su personalidad – vienen de la mente de un diseñador creativo increíble. Él no fue encerrado en el modelo de lo que es un ser humano. No hay fin a las sutilezas de las diferencias que Dios puede formar en la constitución de un ser humano. Parece no haber fin a la variedad infinita del diseño de un cuerpo. Parece no haber fin para el rango de la personalidad humana. Parece no haber fin a la lista de dones y habilidades incorporadas a los humanos.

Piensa en esto: algunas personas son mecánicas, algunas analíticas, otras conceptuales, otras matemáticas, otras organizativas, otras artísticas y otras sociables. Algunas personas son desenvueltas y extrovertidas, otras son tranquilas e introvertidas y otras son a mitad-del-camino-vertidas. Pero aun dentro de cada una de estas categorías hay vastas diferencias. Considera el color del cabello (excluyendo los teñidores de botella) y textura del pelo y sus infinitas variedades de combinación. Mira alrededor al tamaño y la forma de las mandíbulas de las personas, sus narices, frentes, oídos, dientes y mejillas, y considera las infinitas variedades de la arquitectura de los rostros humanos. Luego combina esto con todas las variables de las formas del cuerpo con el tamaño de las extremidades y el torso con el peso y la cintura. Tú nunca encontrarás dos seres humanos que luzcan completamente iguales. Ni aun los gemelos idénticos son completamente idénticos.

Cuando comienzas con Génesis 1, eres confrontado con el hecho de que era virtualmente imposible para ti casarte con alguien como tú. Puesto que no

fuiste formado por alguna factoría evolucionaria que te fabricó a través de una serie de estrictas fórmulas científicas, sino por la mano de un infinito artista divino, tú eres único. No hay nadie exactamente como tú. Nunca podrías haberte casado con tu clon y en tu matrimonio nunca serás capaz de convertir a tu esposa o esposo en tu clon.

He aquí hacia lo que esto nos conduce: la unidad en el matrimonio no es el resultado de la uniformidad. Nunca serás exactamente el mismo con tu esposa o esposo. Dios ha diseñado que te cases con alguien diferente a ti. La unidad es más bien el resultado de lo que los esposos hacen frente a las inevitables diferencias que existen en sus vidas. Entonces, ¿Qué deben hacer con las diferencias entre tú y tu esposo o esposa, las cuales constantemente tienes que enfrentar en tu matrimonio? Déjame sugerir algunas cosas.

Celebren a su Creador. Lidar con sus diferencias de una manera que edifique un robusto vínculo de unidad entre ustedes comienza aquí. Mientras más observes a tu esposa y veas las huellas de los dedos de Dios y te asombres, más podrás resistir la tentación de tratar de rehacerla a tu imagen. Mientras más estimes lo que Dios ha creado en ella, menos querrás rehacerla. Mientras más veas la belleza y la gloria divinas en las diferencias entre ustedes, menos te irritarás por ellas. Este es el meollo del asunto: mientras más observes a tu esposo o esposa y honres a Dios como su Creador, más te inclinarás a estimar y a apreciar a esa persona con quien vives, la cual es tan increíblemente diferente a ti.

Rehúsen ver las diferencias como buenas o malas. Cuando hablamos de cómo el Creador ha constituido a tu esposo o esposa, no estamos hablando de cosas que son moralmente buenas o malas. Por ejemplo, Luella no es una persona cronológicamente orientada. Por naturaleza, ella se sintoniza mucho más con la tarea que realiza o con la persona con la que está. Vive la vida con una calma reflexiva. Raramente está de prisa o se deja distraer por la próxima cosa en su calendario. Yo soy completamente lo opuesto. Soy muy orientado a los proyectos. Trato de realizar tantas cosas como me sea posible en un día. Soy muy cronológicamente orientado y siempre estoy pensando en lo próximo que necesito hacer.

Esta diferencia en la orientación del tiempo entre nosotros no es un asunto de madurez o moralidad. Yo no soy mejor que Luella porque tiendo a ser más orientado al tiempo y a la puntualidad; y Luella no es más recta que yo porque es más capaz de atender a la tarea del momento. Hemos sido unidos

por un maravilloso Creador. Ambos somos criaturas de Dios, pero al mismo tiempo, somos muy diferentes.

Cuando ustedes comienzan a actuar y a pensar como si su constitución les hace mejor, más maduros o más justos que su cónyuge, actuarán y responderán de manera despectiva e irrespetuosa. Y cuando responden de esta manera, no solo no edifican la unidad de su matrimonio, sino que crean innecesarios y debilitantes espacios de conflicto.

Determinense responder a sus diferencias con aprecio y respeto. Esto requerirá un cambio en la orientación, actitud y acción de parte de muchos de nosotros. Estamos acostumbrados a ser impacientes y a irritarnos frente a las diferencias. Solemos irrespetar sutilmente esas diferencias y estamos acostumbrados a hacer lo que sea para quitarlas de nuestro camino. Aquí está lo que debemos enfrentar: esas respuestas tienen que ver más con nuestra relación con Dios que con nuestra relación con nuestro esposo o esposa. No son las decisiones de tu esposo o esposa las que estás rechazando, sino las de Dios. Luella no decidió ser metódica más de lo que decidió su estatura. Es Dios quien formó a tu cónyuge con sus dones naturales y su personalidad, y después de hacerlo, miro y dijo, “esto es bueno.” Es doloroso para tu cónyuge cuando le faltas al respeto por cosas que él o ella no decidieron, o cuando le rechazas por cosas que no puede cambiar. Cada diferencia es una oportunidad para celebrar la creación artística de Dios y una ocasión para transmitir tu respeto y aprecio por la manera en Dios ha hecho que tu cónyuge sea.

Conozcan las áreas donde sus diferencias crean dificultades y propónganse trabajar por la unidad. No hay duda al respecto: las cosas que ahora celebro me causaron grandes dificultades en el pasado. Yo pensaba que en asuntos de puntualidad yo estaba en lo correcto y Luella equivocada. Pensaba que yo era un mejor creador que el Creador, por eso procuraba, sin éxito, recrear a Luella a mi imagen. Para mi vergüenza, dije e hice cosas despectivas e irrespetuosas. Al principio de nuestro matrimonio no entendía lo mucho que necesitaba a Luella en mi vida.

Mi error estuvo en no examinar nuestras diferencias con la determinación de hacer lo posible, mientras lidiaba con ellas, por incrementar y profundizar nuestra unidad. Lo que hice fue causar discordia y desunión. Estaba convencido de que a menos que Luella y yo fuésemos iguales, nunca tendríamos unidad. Por esto, yo me esforzaba por edificar una unidad sólida alrededor de nuestras diferencias. Luella es mejor para proyectos de pintura

en la casa que yo y por eso no le importa tomarse su tiempo. Yo soy mejor para hacer un calendario de vacaciones porque soy más realista respecto al tiempo. Hemos aprendido a capitalizar cada una de las fortalezas con las que Dios nos diseñó y esto nos protege de nuestras debilidades naturales. Hemos aprendido que nuestro más grande beneficio mutuo proviene de nuestras aéreas de más grande debilidad. Y continuamos trabajando para no convertir en conflicto lo Dios nos ha dado con el propósito de beneficiarnos.

Admitan dónde es que esas diferencias se oponen a su crecimiento. Mi conflicto estaba en el hecho de que esas diferencias me estaban llamando al crecimiento y al cambio. Yo necesitaba ser más paciente. Necesitaba ser más apreciativo y respetuoso. Necesitaba ser más considerado y alentador en los momentos en que discutíamos nuestras diferencias. Necesitaba ser más humilde y accesible. Necesitaba que mi egoísmo y auto justificación fuesen expuestas. Yo estaba tan ocupado mirando a Luella con ojo crítico que tenía poco tiempo o interés en mirarme a mí mismo con ojo analítico. Me enojaba que ella no entendiera y reaccionaba a eso con enojo, una y otra vez. No entendía lo que Dios estaba haciendo. Él estaba usando su habilidad creativa para exponer las deficiencias de mi carácter. Nuestras diferencias no solo reflejaban su gloria; estaban siendo usadas para nuestro bien, y cuando lo entendí comencé a cambiar en el área de mi carácter, y dejé de tratar de cambiar esas cosas de la personalidad de Luella que simplemente nunca cambiarían. Esto establece lo que veremos a continuación.

CONFLICTO PLANIFICADO

Los conflictos por las diferencias no son accidentes cósmicos; son un plan. Si lo miras, el mismo Dios cuya creación artística creó las diferencias estructurales que tanto tú como tu esposa experimentan diariamente los unió para su plan y propósito. Reconocer su soberanía es la clave para entender los conflictos de tu matrimonio y lo que deben hacer al respecto.

Comenzamos este capítulo con el reconocimiento de que el autor de la historia de cada uno de nuestros matrimonios ha sido Otro, no nosotros. Ahora queremos reflexionar en la razón que Él tuvo para hacer lo que ha hecho. Permítanme ofrecerles los pasos del plan bíblico que deben entender si van a lidiar en una actitud de humildad y gracia, con las diferencias que tienen con su cónyuge.

1) Dios tiene el control absoluto de los detalles de nuestra vida.

Muchas veces he dicho que encuentro en Hechos 17:24-27 una de las más

útiles y alentadoras discusiones neo-testamentarias acerca del gobierno de Dios sobre nuestras vidas.

El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues El es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas. Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación; para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros.

Aquí está la idea básica de Pablo sobre el involucramiento de Dios en los detalles de la vida: “y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación”(26b). ¿Qué quiere decir Pablo con estas palabras? Bueno, déjenme parafrasearlas. Dios determina el lugar preciso donde cada uno de nosotros vivirá (“los límites de su habitación”) y la extensión exacta de nuestras vidas (“les ha prefijado el orden de los tiempos”). Es Dios quien determina los detalles precisos del lugar, las situaciones y las relaciones en cada una de nuestras vidas. Esto significa no solo que Dios está en control de dónde ustedes habrán de terminar y con quien finalmente vivirán, pero también, para hacer eso, Él ha estado en control de todo lo que los trajo a donde están ahora. Esto significa que Dios ha estado en control de todas las influencias experimentales, culturales y familiares que han moldeado cómo ustedes desean, piensan, actúan y responden. Así que Dios está en control no solo del lugar en donde viven, sino también de las influencias que los han formado como personas. Él no solo ha escrito la historia de cada uno de ustedes y ha determinado que sus historias se cruzarían, pero ha controlado todas las cosas que los han hecho diferentes el uno del otro.

Cuando tengan conflicto no deben ver su matrimonio como una mala fortuna, como el producto de un pobre planeamiento o como un enredo que ustedes mismos se formaron. No, Dios está justo en el medio de sus conflictos. A Él no le sorprende lo que ustedes están enfrentando hoy. Él está haciendo algo.

2) Dios tiene un propósito para las situaciones y lugares en los cuales los ha puesto.

¿Cuál es la pregunta que todo creyente se hace de alguna manera en un determinado momento? Aquí esta: “¿Por qué un Dios de amor y sabiduría planea a propósito los conflictos que tengo?” Esta es una pregunta que tiene que ser respondida si hemos de entender nuestro matrimonio y si hemos de

responder a él de una manera que promueva la unidad, el amor y el entendimiento.

Para responder a esta pregunta tenemos que retroceder y mirar el cuadro en su totalidad. En el aquí y ahora el celo de Dios se enfoca en la redención. ¿Qué significa esto? Significa que si ustedes son hijos de Dios el poder del pecado ha sido roto en sus vidas (ver Romanos 6.1-4). Pero ustedes todavía tienen un profundo problema. La presencia del pecado aún permanece. Y Dios no está dispuesto a descansar, no está dispuesto a dejarlos a sus propias expensas hasta que el microbio del pecado haya sido erradicado de cada célula de su corazón. Así que esto es en lo que Él está trabajando aquí y ahora. Él está trabajando para rescatarlos de sí mismos, para liberarlos del pecado y para formar el carácter de Jesús en ustedes.

Así que esto significa que el matrimonio, la relación más permanente e integral del mundo, toma lugar en medio de la santificación, el proceso más importante e inconcluso del mundo. ¿Por qué hace esto Dios? ¿No sería más fácil cambiarnos completamente que tener que casarnos? ¿Acaso Él no ha comprendido el proverbial dicho del carro antes del caballo? Bueno, la razón por la que esto parece no tener sentido para nosotros es que nuestro propósito para el matrimonio tiende a ser diferente que el propósito del Señor. No estamos en la misma página de la agenda de Dios. Nuestro deseo es que nuestro matrimonio sea el lugar de nuestra comodidad, solaz, y deleite; usualmente no tenemos deseos más grandes que estos. Pero el propósito de Dios es que cada uno de nuestros matrimonios sea una herramienta para algo que es mucho más milagroso y glorioso que nuestra pequeña y egocéntrica definición de la felicidad. Él ha diseñado el matrimonio para ser una de Sus más efectivas herramientas de santidad personal. Ha diseñado el matrimonio para cambiarnos.

Las diferencias y las dificultades que ellas causan entre ustedes no significan que Dios los ha olvidado o que ha sido infiel con ustedes. Sus dificultades con las diferencias no son una interrupción de los planes de Dios; son parte de Su plan. Comprender esto es básico para responder a esas dificultades de manera nueva y mejor.

3) El matrimonio es una de las herramientas primarias de cambio y crecimiento personal.

No puedo saber con seguridad cómo te pasa a ti, pero puedo imaginarme que eres como yo. He tenido dificultades a causa de las diferencias entre Luella y

yo y he resistido a cambiar por dos razones. Primero, no quiero lidiar con las inconveniencias. Quiero que mi vida sea fácil y predecible. Quiero que las cosas salgan como las he planeado. Quiero que Luella diga, “sí, mi amor, eso es una maravillosa idea,” o, “estoy completamente de acuerdo contigo.” No quiero tener que lidiar con un plan o una perspectiva alterna. Quiero ser el soberano de mi mundo y hacer que este opere de modo que satisfaga las demandas de mi definición personal de la felicidad. Pero eso no es todo; tiendo a pensar que no necesito cambiar. Lo que estoy diciendo es esto: estoy convencido que detrás de los conflictos a causa de las diferencias entre los esposos hay un deseo de ser soberanos y el delirio de la justicia propia. Queremos tener más control del que jamás tendremos, y pensamos que somos más rectos de lo que realmente somos.

Cuando resistimos al cambio y nos quejamos de las dificultades cotidianas causadas por las diferencias maritales, no es principalmente con nuestro cónyuge que con quien nos irritamos y contra quien protestamos. Es contra Dios y contra lo que El dice. Las dificultades horizontales que experimentamos son el fruto de las dificultades verticales entre nosotros y nuestro Señor. Dios, en el cielo de su amor, está empleando nuestros matrimonios para darnos cosas de valor eterno; nuestra lucha es valorar estos dones de gracia transformadora tanto como lo hace El.

4) Hay tres herramientas principales usadas para revelar y cambiar nuestros corazones.

Son tres las herramientas primarias relacionadas con las diferencias entre los cónyuges las que Dios usa para revelar nuestros corazones. La primera, que ya hemos examinado, es la diferencia en la estructura de la personalidad con la que el Creador nos hizo a cada uno. La segunda es la diferencia en los puntos de vista, instintos y gustos que hemos adquirido por la influencia de las experiencias, la cultura y las relaciones en que hemos vivido, las cuales han moldeado nuestra forma de ver el mundo y de responder a él. En tercer lugar están las diferencias marcadas por nuestros pecados y debilidades personales y por nuestro crecimiento en la gracia. No todos estamos en el mismo lugar en nuestro camino hacia la madurez cristiana.

Es muy importante recordar que estas tres cosas no deben ser vistas como baches que hay que evitar en el camino hacia un buen matrimonio, sino como instrumentos de cambio en las manos de un Redentor amoroso, sabio y fiel. Vale la pena confiar en Él, aun en los momentos cuando nos cuesta confiar el

uno en el otro porque a pesar de los motivos de nuestro cónyuge nuestro Salvador está haciendo algo bueno.

5) El cambio comienza cuando vemos estas diferencias como gracia y no como obstáculos a la gracia.

Realmente pienso que hay momentos en nuestros matrimonios cuando estamos clamando por gracia y no nos damos cuenta que la estamos recibiendo. No estamos recibiendo la gracia del alivio o de la liberación, porque esa no es la gracia que necesitamos en ese momento. Lo que estamos recibiendo es algo que necesitamos desesperadamente, la incómoda gracia del crecimiento y el cambio personal. Con el amor de un Padre, tu Señor está forzándote a abrir tus manos para que sueltes las cosas que han llegado a controlar tu corazón y que no te satisfacen. Con la agudeza de un maestro maduro, El te está guiando a cuestionar tu propia sabiduría para que descanses en la suya. Con la destreza del mejor consejero del mundo, Dios te está mostrando el espejismo del control que crees tener para que encuentres descanso en su control. Con la gentileza de un amigo fiel, El te está confrontando con lo inadecuado de tu propia justicia para que encuentres esperanza en la de El.

Cuando estás cansado y molesto porque te ha tocado vivir con alguien que no es como tú, lo que te dices a ti mismo sobre lo que está sucediendo es muy importante. Es en este momento en que debes predicarte a ti mismo la teología de la gracia incómoda (ver Romanos 5; Santiago 1 y 1 Pedro 1), porque cuando lo haces comienzas a ser menos resistente y más apreciativo, y estás en camino de forjar un matrimonio de unidad, entendimiento y amor. Recuerda, el aprecio genuino por tu cónyuge comienza con la adoración práctica y cotidiana.

6) Dios está contigo en el conflicto.

Realmente amo la manera en que Pablo habla del control de Dios sobre los detalles prácticos de la vida diaria. El dice, "...para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros"(Hechos 17:27). Lo que Pablo está arguyendo es que el control absoluto de Dios sobre los detalles íntimos de nuestras vidas no lo hace distante e inaccesible, como si fuese un gigantesco jugador de ajedrez en el cielo. Lo que realmente está diciendo es lo opuesto. Dios está en el medio de los detalles de tu matrimonio y por eso está cerca. Esto significa que puedes buscar su ayuda en cualquier momento. Tú nunca estás solo en tu

conflicto. Dios no solo ha determinado las situaciones y relaciones en las cuales vives, sino está contigo en ellas. El nunca te abandonará disgustado, nunca se tomará un tiempo para descansar; nunca se cansará y se dará por vencido. Él está cerca de ti y por ti y no dejará de hacerlo hasta que termine lo que comenzó.

LIDIANDO CON LAS DIFERENCIAS: UNA INTRODUCCIÓN

Entonces, ¿qué debes hacer cuando te golpea la realidad de cuán diferente eres de tu esposo o esposa? Voy a sugerir unas pocas cosas aquí a manera de introducción para luego completa la discusión en el próximo capítulo. No salgas huyendo despavorido. No has cometido un terrible error. Nadie se ha casado jamás con alguien completamente como él o ella. La situación que estás enfrentando es parte del plan. No trates de animarte a ti mismo negando las diferencias que existen en la realidad. He aconsejado a muchas parejas comprometidas en un estado de profunda negación. Estaban convencidos de que nunca tendrían desacuerdos. Yo sabía que mi trabajo era despertarlos de esa negación. No se resistan el uno al otro poniéndose a pelear como si la manera de pensar del uno es la única correcta frente a la del otro. Recuerden, cuando resisten, no están resistiendo primeramente a su esposo o esposa, sino a Dios. Él los llama a trabajar por la unidad aun cuando son diferentes porque Él sabe que este trabajo no solo cambiará su matrimonio, sino también los cambiará a ustedes y eso es exactamente lo que El está buscando. No se dejen arrastrar hacia debates innecesarios y batallas triviales. Trabajen en las diferencias que hacen una diferencia. El diseño de los muebles probablemente no es algo por lo que vale la pena discutir, pero la iglesia con la que se van a comprometer sí lo es. Las diferencias entre ustedes serán usadas por Dios para ayudarlos a poner sus prioridades en orden y para recordarles de manera práctica lo que es importante y lo que no lo es.

En verdad es un plan espléndido; Dios los llevará en su matrimonio a lugares que nunca se imaginaron, para darles lo que nunca hubiesen podido lograr por sí mismos. El está trabajando en algo que es muy bueno – el cambio personal permanente – y El está con ustedes durante el proceso dándoles lo que necesitan para que lleguen a ser lo que están diseñados a ser y logren hacer lo que han sido llamados a hacer. Esta es una razón para sentirse animados, aun en días difíciles.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y

perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

14.

ANTES DE QUE OSCUREZCA

Juan y Macrina cayeron en un patrón; no se imaginaban cuán dañino habría de ser. Macrina era tranquila y reflexiva, el tipo de persona que prefiere reclinarsse en un sillón y leer un buen libro que salir por la noche. El padre de Macrina era un profesor de historia en una universidad importante y su madre una ama de casa que se había concentrado en sus hijos. Macrina había crecido en una casa donde había una grata regularidad. Las fiestas siempre se celebraban de la misma manera, y cada verano la familia se pasaba una semana en la misma casa al lado de un lago. Desde párvulos hasta que se graduó de la escuela secundaria, ella tuvo el mismo grupo de amigos y fue con muchos de ellos a la universidad local donde su padre enseñaba. Nada había cambiado mucho en su vida, y a ella le gustaba eso.

Juan fue criado en ciudades grandes. Su padre era un poderoso abogado que había ascendido de la industria de la comida hacia el éxito grande. Juan vivió en Los Ángeles, en Dallas y finalmente en la ciudad de Nueva York. Él era un muchacho de ciudades grandes. Le encantaban el panorama, el ruido y el caos de la ciudad y no le temía a los cambios; de hecho, le gustaban. Le encantaban los lugares nuevos con todos sus desafíos, y no tenía temor de hacer cosas que no hubiese hecho nunca antes. Fue así que arribó a una universidad importante en un pueblo relativamente pequeño. Nunca había vivido en un pueblo pequeño y le gustaba el hecho de que la universidad era el centro de todo lo que sucedía allí. Cuando se graduó de la escuela superior, Juan estaba listo para algo nuevo, y se propuso permanecer allí hasta que dejara de ser nuevo.

La familia de Macrina era tranquila y cuidadosa. No había mucho tumulto en su casa, aun cuando estuviesen celebrando algo. La televisión se usaba mayormente para las noticias, y la música que se tocaba era usualmente música clásica. Los padres de Macrina eran cuidadosos financieramente también, como resultado de criar cuatro hijos con el salario de un profesor. Ellos vivieron en la misma casa por treinta y cinco años, haciendo adiciones cada diez años después de haber comprado la casa. Nunca compraron un

carro nuevo y amueblaban su casa muy modestamente.

La familia de Juan vivió en una sucesión de casas cada vez más grandes. No pasó mucho tiempo para que en la carrera del padre de Juan el dinero dejara de ser un problema, de modo que pudieron comenzar a comprar y a hacer cosas caras. A Juan le regalaron un carro cuando cumplió dieciséis años y viajó a Europa en el verano después de graduarse de la secundaria. La familia de Juan se iba de vacaciones alrededor del mundo y parecían determinados a no ir dos veces al mismo lugar cuando salían de viaje de placer. Era una familia a la que le gustaba la acción y las cosas emocionantes. En las noches su televisor siempre estaba encendido y siempre parecía haber música en la casa.

Juan y Macrina se conocieron durante el segundo semestre de su segundo año. Estaba sentado uno frente al otro en un Starbucks. A Macrina la llamó la atención la infecciosa risa de Juan. Al poco rato ya estaban hablando y antes de que terminara su conversación se pusieron de acuerdo para juntarse de nuevo esa noche para un café. No fue amor a primera vista, pero casi. A Juan le gustaba cuán estable parecía ser Macrina. Nunca había conocido a una muchacha de su edad tan madura. Macrina proyectaba una tranquila confianza. No necesitaba euforia o drama en su vida. Parecía saber quién era y hacia dónde iba. Era una fuente de información sobre el pueblo y la universidad; hizo sentir a Juan como si siempre estuviese siendo guiado en recorrido turístico de primera. Y por encima de todo, Macrina era una cristiana comprometida.

A Macrina le encantaba la forma en que Juan parecía vivir la vida al máximo. Era fantástico que él hubiese logrado que hiciera cosas que nunca había hecho. Amaba la risa de Juan y el hecho de que él la hacía reír más de lo que se había reído en toda su vida. Era una nueva y divertida experiencia estar con alguien que no necesitaba estar contando sus centavos. Macrina no podía creer cuando comenzaron a hablar de su fe esa primera noche. Realmente pensó que con este joven se había sacado el premio mayor de la universidad.

La graduación fue seguida rápidamente por una hermosa boda en la iglesia donde Macrina había crecido. Juan fue aceptado en la escuela de leyes en una gran ciudad, así que se fueron a vivir su vida juntos. Pero Macrina y Juan cayeron en un patrón, y no se imaginaban cuán dañino habría de ser. Había dos aspectos en ese patrón. Primero, ellos no se habían tomado el tiempo para

reflexionar sobre cuán diferentes eran en personalidad, estilo de vida y madurez cristiana. Era casi como si no quisieran que nada arruinara el gozo que experimentaban en su relación. Pero una vez que estuvieron casados las cosas se volvieron pegajosas casi de inmediato. No pasó mucho tiempo antes de que la espontaneidad e impulsividad de Juan volviera un poco loca a Macrina. No había dos días que parecieran iguales. Las noches casi siempre estaban llenas con alguna clase de actividad. Ella se sentía como si estuviese en una montaña rusa de la cual no podía bajarse. Y si intentaba cuestionar o debatir, Juan hacía muecas de disgusto.

Juan comenzó a pensar que si volvía a ver a Macrina con otro libro en la mano, no lo soportaría. Le molestaba que ella fuera tan lenta y metódica. Le irritaba que se tardara tanto para tomar aun la más pequeña decisión. No podía soportar verla tratando de decidir qué ponerse cada vez que salían a algún lugar. Le enfermaba oírle decir que prefería quedarse en casa. Ya se había cansado de las veces que le repetía que estaba gastando demasiado dinero. Y simplemente no quería que le dijera tampoco lo ruidoso que era.

Macrina y Juan estaban cansados de cómo ambos ponían a sus respectivas familias como el mejor ejemplo de cómo vivir la vida. Pero ellos nunca examinaron lo diferente que eran y cómo esas diferencias los tentaban a la crítica, el enojo y la amargura.

Pero había un segundo aspecto en ese patrón: nunca hablaban sobre sus momentos de tensión y desacuerdo y raramente pedían perdón por las actitudes, palabras y acciones malas en las que caían durante sus argumentos o debates. Noche tras noche se iban tensos o enojados a la cama. Mañana tras mañana se levantaban en silencio, desmoralizados o un poco amargados. Día tras día revivían en su cabeza los eventos de las noches previas. Hubo muchas cenas cuando comían silenciosamente, rompiendo ese silencio solo con el sonido de los utensilios y los platos.

A Juan comenzó a gustarle más estar fuera de casa que con ella, aunque al principio no se dio cuenta. Encontraba cualquier excusa para extender su día. Macrina comenzó a preguntarse si habría cometido un error, aunque no se daba cuenta de lo que se decía a sí misma. El hecho era que dos personas totalmente diferentes se habían casado y esas diferencias creaban dificultades casi todos los días. Pero en lugar de lidiar con las dificultades, hacían todo lo posible por tratar de negarlas y estaban pagando el precio. Ambos estaban desanimados y cada vez más amargados, y nada parecía mejorar.

Pero en realidad los problemas de Macrina y Juan no se debían a sus diferencias. Sus problemas se debían a la manera en que lidiaban con sus diferencias. Habían establecido patrones de negación, de mala comunicación, de enojo y de falta de perdón – todo sin momentos decisivos de resolución. Sin saberlo estaban extirpando la vida de su matrimonio.

LIDIANDO CON LA REALIDAD

Entonces, ¿Qué debes hacer cuando debes confrontar la diferente manera de pensar y responder a las situaciones de la vida diaria entre tu cónyuge y tú? Déjame sugerir algunos pasos hacia un patrón productivo que te ayude a fortalecer la unidad, el entendimiento y el amor en tu matrimonio cuando una y otra vez sea necesario que tú y tu esposa se reconcilien.

1) Enfrenten la realidad.

Nunca se esfuercen por negar, rechazar o evitar la realidad. Simplemente no vas a poder lidiar con la realidad de manera que haya cambio si rehúsan enfrentar esa realidad. Sin embargo, temo que esto es exactamente lo que muchas parejas tratan de hacer. Se esfuerzan por convencerse que las cosas no están tan mal como parecen y que todo se va a arreglar o que solo es cuestión de darle tiempo a los problemas. Tal vez temen que si procuran arreglar las cosas más bien las van a empeorar. Pero la inacción es raramente un curso efectivo de acción que conduzca al cambio. La realidad es algo que siempre debes de enfrentar. No debes tenerle miedo a la verdad.

Aquí es donde la Escritura nos provee el modelo exacto que necesitamos. Cada día me siento agradecido por la manera en que la Biblia trata con la realidad. Por un lado es brutalmente honesta. Su nivel de honestidad nunca deja de asombrarme. La sangre y las entrañas de un mundo fragmentado lleno de gente defectuosa está en cada una de sus páginas. Algunas de sus historias te fuerzan a reconocer cuán oscuras y peligrosas pueden llegar a ser las cosas en este mundo caído. Hay pasajes que te requieren aceptar cosas sobre ti mismo que no intentarías negar. Por el otro lado, la Biblia es el libro más esperanzador y alentador que jamás pudieras leer. Su oferta de vida real y eterna se halla de alguna manera en cada página. La historia de la Biblia marcha toda hacia un final glorioso donde el pecado y la muerte morirán y las cosas serán restauradas por la eternidad.

¿Por qué tenemos estos temas en la Biblia? Porque Dios nos está invitando a entender que cuando ponemos nuestra confianza en El, no tenemos que sacrificar la honestidad ni la esperanza. La honestidad de la Biblia no es

suavizada por la esperanza, ni la esperanza es negada por su honestidad. Por ser Dios quien es y por la gracia que nos ha dado en Jesucristo, podemos enfrentar la realidad sin temor. Podemos mirar a la dificultad y no entrar en pánico. Ustedes pueden enfrentar sus diferencias con honestidad y esperanza aun en los días cuando esas diferencias parecen enormes y la unidad parece lejana.

2) *Lidien honestamente con su enojo.*

Al igual que con la realidad, nunca funciona negar el enojo. Tú sabes cómo sucede. Notas que tu esposa está enojada porque hay más ruido de ollas y sartenes de lo normal mientras prepara la cena. Así que vas a la cocina y le preguntas si hay algún problema. Ella responde con un mordaz, “¡ningún problema!” Tú respondes, “cariño, creo que estás enojada por algo.” Entonces ella responde, “no estoy enojada. ¡Me fastidia que me acuses de estar enojada! Solo estoy tratando de arreglar la mesa para la cena. Me ayudarías si me dejas sola para que haga lo que debo hacer.” Tú dices, “creo que necesitamos hablar.” Y ella replica, “¡no querrás que hablemos ahora!

Uno de los pasos más importantes en la resolución de las diferencias entre ustedes es admitir y reconocer las cosas que hay en el corazón. Tienen que admitir y confesar cuando están irritados, impacientes o enojados y necesitan reconocer las cosas erradas que han hecho o dicho en esos momentos. Siempre me asombra ver parejas que aconsejo que han tenido conflictos por sus diferencias por años y es en mi oficina donde por primera vez comienzan a admitir y a confesar su enojo.

Si quieren lidiar con su enojo, tienen que estar dispuestos a pasar por alto las pequeñas diferencias. Ustedes no pueden vivir con otra persona y considerar igualmente importante cada diferencia y convertirla en un problema entre ustedes. Algunas diferencias no son importantes en lo absoluto. No es importante, por ejemplo, que tú y tu esposa no quieran comer siempre la misma comida o mirar la misma clase de película. No es importante si uno de ustedes es más elegante que el otro. Hay mucho espacio para esta clase de diferencias en un buen matrimonio. Cuando manejen sus diferencias deben priorizar las áreas donde debe haber alguna clase de unidad funcional con el fin de ayudarse. Por ejemplo, probablemente no es posible ni saludable que asistan a diferentes iglesias. No funcionaría que tuvieran diferentes maneras de criar a sus hijos. Tienen que ponerse de acuerdo en cómo van a tomar sus decisiones financieras y su uso diario del dinero. Estas

cosas no pueden ni deben dejarlas pasar por alto, pero hay muchas otras áreas en su matrimonio donde podrían permitirle a sus diferencias tener un espacio para respirar.

Hay una cosa final que es esencial que se propongan hacer. Ocúpense de su enojo antes de que oscurezca y se vayan a dormir. Fallar en esto fue un error fatal para Juan y Macrina. Dio lugar para que el enojo y el desaliento de ambos crecieran. Pablo nos da un maravilloso consejo práctico: “Airáos pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo” (Efesios 4:26-27). Cada una de las tres directivas de estos versículos es útil.

Primero, con la determinación de mantener las cuentas cortas y de lidiar con las cosas de manera humilde e inmediata, no se enojen, y si se enojan, no le den lugar al pecado. Hay muchas cosas implicadas en estas palabras, pero aquí hay una determinación que tienen que tomar. Cuando estén enojados, resistan ir hacia donde su enojo los conduce. En Jesús, ustedes tienen el poder de decir no al deseo de tolerar su enojo y dejar que les lleve a decir y a hacer cosas que no deberían. Cuando se dejan llevar, están complicando sus problemas, agregando una capa de dolor al dolor que ya está allí.

Segundo, en el matrimonio es vital rehusar dejar que el sol caiga mientras todavía ustedes están enojados. No tengo palabras para decirles cuánta protección nos ha brindado este consejo bíblico a Luella y a mí. Nosotros nos propusimos desde el primer día no irnos a dormir enojados. A veces ha significado estar en la cama estirando los ojos, ¡esperando que la otra persona sea la que pida perdón primero! Pero hemos sido protegidos manteniendo cuentas cortas y no dejando que los malos momentos se hagan más grandes.

Pablo agrega una tercera cosa. Cuando hayan hecho algo pecaminoso a causa del enojo y hayan rehusado ocuparse de lo que han hecho antes de ir a la cama, le dan al diablo una oportunidad para hacer su escabroso trabajo de engaño y división. Es asombro cómo, si dejan que el dolor se quede allí largo tiempo, este crecerá ¡aunque no tengan ninguno otro problema! Así que mantener cuentas cortas ocupándose humilde e inmediatamente del enojo es una gran protección para cada uno de ustedes y para su matrimonio.

3) Comuníquense de manera saludable.

Es triste lo que hemos hecho con el concepto de la comunicación saludable. Lo hemos reducido a una cuestión de palabras, es decir, lo entendemos como algo menos que rehusar el uso de cierto tipo de vocabulario. Pero la definición bíblica de comunicación saludable se enfoca no tanto a nuestro

vocabulario como en las intenciones de nuestro corazón. Consideremos la palabras de Pablo nuevamente: “Ninguna palabra corrompida [no -saludable] salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes” (Ef.4:29). La adición de la palabra ‘no-saludable’ es mía. Cada uno de nuestros matrimonios debería beneficiarse de un compromiso diario de hablarnos unos a otros de la manera saludable que Pablo sugiere en este pasaje.

Cuando ustedes tengan que enfrentar sus diferencias y el dolor y la cólera que estas les producen, es esencial que se comprometan a comunicarse de manera que refleje la medida bíblica de una comunicación saludable. Es posible que nunca levanten la voz, ni usen palabras vulgares o se insulten con expresiones groseras; sin embargo, pueden ser arrogantes, rudos y renuentes al cambio; más preocupado por sus deseos que por las necesidades del otro. La comunicación saludable se enfoca y se orienta hacia la otra persona. Ella hace que hablen de manera considerada a su cónyuge y que digan solo lo que es útil para él o ella.

¿Cómo luce esto en la práctica? Pablo nos lo dice. Significa que procuras hablar con tu cónyuge de una manera edificante. Procuras dejar a tu cónyuge llena de esperanza, aliento y el sentimiento de que le amas. No quieres dejarla desanimada y desesperada. No quieres comunicarte de modo que estimes enojo o amargura en su corazón. No quieres decir nada que la haga dudar de Dios, de su presencia y de su ayuda. Significa que quieres hablar con tu cónyuge de acuerdo al momento. Si están en un lugar público o con un grupo de gente, no es sano que la envuelvas en una discusión sobre las diferencias entre ustedes. Tampoco es amoroso que si él está exhausto o perturbado lo fuerces a hablar sobre cuán irritada te sientes. Cuando no consideras el entorno que los rodea y le hablas a tu esposo de manera insensible o vergonzosa, no le hablas por consideración a él sino a ti; le estás dando rienda suelta a tu enojo y no estás dispuesta a esperar un momento más apropiado para él y productivo para la relación entre ustedes.

Lo último que Pablo expresa aquí es su definición máxima sobre la comunicación sana. Es hablar con gracia al que oye. La conversación sana le regala a la persona la gracia del amor, la gracia de la esperanza, la gracia del ánimo, la gracia del perdón, la gracia de la sabiduría, la gracia de la paz, la gracia de la paciencia y la gracia de la fidelidad. Cuando hablas con esa clase de gracia te conviertes en una herramienta de gracia transformadora en las manos de un redentor sabio, amoroso y poderoso, quien está obrando en

tiempos de conflicto para cambiarte a ti, a tu cónyuge y a tu matrimonio. Él tiene una maravillosa habilidad para convertir las cosas malas en cosas hermosas. Piensa en la cruz; lo peor que ha sucedido jamás se convirtió en lo mejor que sucedido en la historia. Cuando funcionas como una herramienta de gracia, Dios puede hacer en ti, a través de ti y por ti cosas que jamás podrías haber logrado por ti mismo.

Como ves, la esperanza de tu matrimonio no es tu habilidad de ganar un argumento o de forjar algún compromiso sentimental. No es convencer a tu cónyuge de que tu manera es la única y mejor manera de hacer las cosas. No es tu habilidad de tragarte el enojo y controlar tus palabras. No es actuar como si las cosas están bien cuando no lo están. No es agregarle amenazas a tus requerimientos hasta que el otro sucumba a tu poder. No. La esperanza de tu matrimonio no se encuentra en ti o en tu cónyuge sino en un único lugar – en la maravillosa gracia de un Señor siempre fiel y presente. Solamente Él es capaz de llevarte hacia donde debes ir para que experimentes lo que tu matrimonio debe ser.

El problema por el que ustedes realmente necesitan ayuda no es tanto el de sus diferencias, sino el de cómo el pecado les hace enfrentar esas diferencias de manera que intensifica sus dificultades en lugar de solucionarlas. Esta es la razón por la que la gracia de Dios es la verdadera esperanza de su matrimonio. La gracia les ofrece todo lo que necesitan para decirle no al pecado y hacer lo que sano, aun en los momentos en que estén enojados y desanimados.

4) Echen mano de sus recursos.

Mientras enfrentan sus diferencias, es importante que recuerden que su matrimonio nunca fue diseñado para que exista en el aislamiento. Para que sea sano, su matrimonio necesita estar conectado a una comunidad más extensa que les ofrezca los recursos que no podrían obtener si tuvieran que arreglárselas por ustedes mismos. La comunidad que Dios ha diseñado para que les sirva de apoyo es la iglesia. Muy cerca de ustedes en el cuerpo de Cristo hay parejas que han pasado por lo que ustedes están pasando. Luella y yo nos preguntamos donde estaríamos como matrimonio si no hubiésemos disfrutado el beneficio de la sabiduría de nuestros hermanos y hermanas que honestamente nos hablaron de sus conflictos y con gracia compartieron lo que Dios les había enseñado.

También está el ministerio de enseñanza y predicación de la iglesia. Me

asombra cuánta gente se me acerca, me envía correos electrónicos o mensajes de texto después de que predico para dejarme saber que lo que dije el domingo era exactamente lo que necesitaban oír. Muchos esposos y esposas me han preguntado después de un sermón si yo había hablado con su cónyuge, ¿o si tenía una cámara secreta en sus casas! Dios aplicará Su palabra a la situación de ustedes de una manera tan específica que ningún predicador, ni aun en el mejor momento de la aplicación de sus sermones, podría hacerlo.

Además están los sacramentos de la iglesia que tan poderosamente les recuerdan quienes son ustedes como hijos de Dios y los maravillosos regalos que poseen en virtud del cuerpo partido y la sangre derramada del Señor Jesucristo. Junto a esto está la alentadora y fortalecedora comunión de los grupos pequeños y la esperanza que se puede obtener de libros cristianos sólidos. Ustedes no están solos. Dios no es cruel e infiel para dejarlos sin los recursos para hacer lo que les ha llamado a hacer.

5) Resistan las mentiras del enemigo.

Él susurrará dos mentiras mortales en sus oídos. La primera es, “tú no tienes la culpa.” Él tratará de convencerte de que estás bien, que no tienes necesidad de crecer y cambiar. Tratará de convencerte de que tus grandes problemas están afuera, no adentro de ti. Y si tiene éxito ya no te emocionará la ayuda que Dios te ha ofrecido porque no piensas que la necesitas. Si puede convencerlos de que el problema es la otra persona, pueden entonces pasarse todo el tiempo señalándose y culpándose, y mientras estén haciendo eso se auto justificarán más y la condición de su matrimonio se empeorará.

Pero hay una segunda mentira. El enemigo de sus almas y su matrimonio les susurrará al oído lo siguiente: “ustedes no tienen lo que se necesita.” Él se esforzará por convencerlos de que ustedes simplemente no tienen lo que se requiere para enfrentar las realidades de sus diferencias con esperanza y coraje. Él los tentará a ceder o darse por vencidos. Los tentará a huir, a esconderse y a darle lugar a cosas que no pueden resistir. Hará lo posible para hacerlos sentir pobres y débiles. Y si él puede hacer que minimicen su pecado y duden de la provisión de Dios, ya los tiene en su poder.

Lidiar con sus diferencias no se trata solo de comunicarse, negociar y comprometerse. Es una guerra espiritual. Ustedes todavía son pecadores y son capaces de desear, pensar, hablar y actuar de una manera que no solo es fundamentalmente errada sino destructiva para la unidad, el entendimiento y el amor en su matrimonio. Nunca son solo ustedes dos. Ustedes viven en un

mundo donde existe el mal. No podemos vivir con una mentalidad negligente y acomodada, como si todo estuviese en paz. La guerra ruge. Tenemos que ser guerreros buenos, sabios y alertas en esta batalla por el control de nuestros corazones.

6) *Creen algo nuevo.*

El matrimonio no fue creado para ser una interminable serie de escaramuzas para ver quién de los dos impone su voluntad. La casa, la vida, y el horario de ustedes no deben reflejar la visión, el gusto, el deseo, las decisiones o los instintos de solo uno de ustedes. No. Dios quiere que sus vidas lleguen a estar tan absolutamente integradas, tan maravillosamente entrelazadas en todo, reflejando tal compromiso diario de cooperación, que no haya otra manera de definirlo sino como “una sola carne.” Ustedes han celebrado las diferencias con las que fueron creados y cómo las influencias a lo largo de sus vidas los han moldeado, pero también han comprendido la visión de cómo Dios los ha escogido para unirlos en matrimonio y por El darles mejor forma en experiencia y perspectiva y más madurez en carácter. En otras palabras, por la gracia de Dios ustedes han hecho un mejor uso de sus diferencias para ser mejores y más capaces de ser y de hacer aquello para lo que Dios los ha llamado.

Mientras estaba sentado con Juan y Macrina escuchando la historia del dolor y la decepción de su conflicto matrimonial, me impresionaba cómo habían tenido la habilidad de vivir separadamente juntos. No se habían convertido en “una sola carne” de ninguna manera. Más bien sus diferencias los irritaban cada vez más y su perturbación se incrementaba por el hecho de que habían llegado al punto en el que era prácticamente imposible hacer algo juntos sin tener un debate severo que de inmediato descendía para convertirse en una debilitante pelea. Se decían y se hacían mutuamente cosas dolorosas que los dejaban decididos a no tener que pasar por eso nuevamente. Así, que en lugar de seguir el patrón que hemos estado considerando, de crecer en aprecio y unidad, ellos lidiaban con sus diferencias viviendo vidas separadas, y procuraban pasar el día y controlar un mal final cuando era necesario hacer algo juntos. Noche tras noche iban desalentados o enojados a la cama. Y mientras más sucedía esto, más se preguntaba cada uno por separado si habrían cometido un gran error al casarse.

Sin embargo, mientras más conocía a Juan y a Macrina, más podía ver la sabiduría de Dios al haberlos unido. Juan realmente necesitaba volverse un

hombre más razonable y mesurado. Necesitaba ver el valor de una planificación bien analizada. Necesitaba crecer en su determinación a examinar sus pensamientos y controlar sus palabras. Tenía mucho que aprender de Macrina si tan solo pudiese dejar de sentirse amenazado y celebrase la maravilla de que Dios la hubiese traído a su vida.

Macrina necesitaba ser sacada de su acomodamiento. Ella llevaba consigo un paquete de dones sin usar porque siempre optaba por lo que le era familiar y confortable. Parecía incapaz de ser espontánea y se ponía demasiado tensa cuando tenía que lidiar con algo que no había anticipado o que era parte de su plan. Estaba motivada por el miedo más de lo que se daba cuenta. Era imposible conocerla y no impresionarse con la sabiduría de Dios al hacer que su historia estuviese entrelazada con la de Juan. En un verdadero sentido, Juan era el hombre perfecto para Macrina y era bueno que estuviesen juntos. No quiero decir que él era perfecto, porque estaba muy lejos de ello, pero él trajo una serie de dones innatos y de experiencias que fueron el balance perfecto para Macrina. Ella en verdad tenía muchísimo que aprender y que ganar de Juan.

Lo que estoy diciendo es que Juan era fuerte donde Macrina era débil, y Macrina era fuerte donde Juan era débil. Es maravilloso mirar a la distancia y considerar la sabiduría de Dios al unirlos. Sin embargo, en lugar de capitalizar el uno en la fortaleza del otro y crecer en base a ello, se frustraban el uno por las debilidades del otro. Al hacer esto, en lugar de crecer en carácter y unidad, participaban en una silenciosa conspiración de desconfianza, temor, desunión, dolor, ira y decepción en su matrimonio. Pensaban que su matrimonio era imposible. Pero la verdad es que habían entrado en una relación de maravillosas posibilidades y la habían convertido en algo imposible por su obstinada renuencia a escuchar, dar, servir y aprender.

Yo me sentaba con ellos y pensaba, “este matrimonio podría ser algo hermoso, pero miren en lo que se ha convertido.” Sin embargo, hubo algo que hicieron bien: en su dolor y decepción, echaron manos de sus recursos. No estaban solos. Macrina había cultivado una relación con una mujer de la iglesia mayor que ella, quien había estado casada por treinta años. El miedo y la vergüenza habían evitado que Macrina fuera honesta con su amiga sobre lo que estaba sucediendo en su matrimonio, pero hubo un momento en que su desesperación llegó a ser tan fuerte que pudo más que su miedo y entonces buscó ayuda. Fue a través del consejo de esta mujer mayor que Juan y

Macrina terminaron acudiendo a mí. Se tomó un tiempo, pero estas dos desesperadas personas se convirtieron en celebradores y comenzaron a vivir una verdadera vida de unidad.

7) Admitan humildemente que el conflicto es continuo.

Las buenas nuevas de la gracia del Señor Jesucristo consisten en que ustedes tienen toda la ayuda que necesitarán para enfrentar lo que haya escrito en sus vida Aquél que está escribiendo su historia. Pero tienen que enfrentar con humildad el hecho de que hasta que no lleguen a su reino final, donde el pecado, el sufrimiento y la muerte ya no existirán, van a necesitar su rescate, perdón, poder y liberación momento a momento, cada día. ¡Nunca se van a graduar en la gracia! Con esto quiero decir que su matrimonio nunca llegará al punto en el que puedan tirarse a la cama, relajarse y dejar de luchar. Mientras el pecado viva dentro de ustedes con sus instintos antisociales enfocados en el ego, necesitarán vivir con ojos abiertos, oídos atentos y corazones accesibles.

Ninguno de nosotros es todo lo que la gracia puede hacer de nosotros. Ni uno solo de nuestros matrimonios es todo lo que Dios ha diseñado que sean. Nadie que lea esto puede decir, “nuestro matrimonio es perfecto y no necesita crecer en manera alguna.” Todos tenemos que confesar que cada día tenemos conflictos con el pecado. Todos los días decimos y hacemos cosas erradas. Todos los días deseamos y pensamos cosas que no deberíamos. Todos los días caemos de nuevo en actitudes egocéntricas queriendo vivir para nosotros y no para Dios y nuestro cónyuge. No queremos celebrar como se debe, la forma en que Dios ha hecho a nuestro esposo o esposa. Nos irritamos e impacientamos porque queremos que nuestro cónyuge sea nuestro clon, y no queremos tener que lidiar con la dificultad de amoldar nuestra vida a su lado para que sea una con la de él o ella. Amamos nuestra comodidad más de lo que nos amamos el uno al otro. Queremos hacer las cosas a nuestra manera más que a la manera de Dios. Queremos que las cosas sean hechas a nuestra manera sin considerar otras maneras o que se nos pida admitir que hay maneras mejores que las de nosotros. No queremos admitir que hay maneras en las cuales nuestro esposo o esposa son más fuertes y maduros que nosotros. No queremos admitir que no todo puede ser reducido a un bueno o malo “moral”. No nos gusta vivir con diferencias.

Tenemos que admitir humildemente que el conflicto aún sigue, pero no por eso tenemos que darle lugar al fatalismo o al pesimismo porque la gracia nos

garantiza que no estamos solos. La gracia ha unido a Jesús con nosotros y nos ha unido a nosotros con Jesús para siempre. La gracia está obrando para rescatarnos de nuestro diminuto reino personal para vivir juntos en la exuberancia del vasto reino del amor de Dios.

Su Rey y Salvador sigue trabajando, aunque se den por vencidos. Él los ama aunque no tengan la suficiente sensibilidad para amarse el uno al otro o para amarlo a Él. Él obra afuera de ustedes para hacerlos sensibles a su necesidad, y trabaja dentro de ustedes para darles lo que necesitan. Ustedes nunca llegan a un punto donde Él no esté presente. Nunca viven en una relación donde Él no esté involucrado. Nunca enfrentan una decepción, tentación, responsabilidad, obligación, oportunidad o llamado sin los recursos de su gracia. En sus más oscuros momentos su gracia ilumina su camino. En sus más profundas decepciones, su amor les da esperanza. Cuando están débiles y exhaustos, su fuerza les da un motivo para continuar. Cuando están confusos y no saben qué hacer, su sabiduría les da dirección. En los momentos cuando se sienten heridos y solos, Él los conforta con sus manos amorosas y sanadoras. Cuando se han extraviado, Él los busca, los encuentra y los trae de regreso.

Su esperanza para un matrimonio permanente y amoroso se encuentra en un lugar – el amor de Dios por ustedes. Admitan que lo necesitan y entréguese a celebrar el hecho de que Dios los ha unido para la gloria de Él y para el bien de ustedes. Y recuerden, Él no los llamará a una tarea sin darles, en su gracia, lo que necesitan para realizarla.

Lo que cuenta para lograr un matrimonio feliz no es tanto cuán compatibles son ustedes, sino cómo enfrentan la incompatibilidad.

LEO TOLSTOY

El amor no se suicida. Nosotros tenemos que matarlo para que muera. Aunque con frecuencia simplemente muere a causa de nuestra negligencia.

DIANE SOLLEE

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

15.

CON LOS OJOS

BIEN ABIERTOS

Elizabet se quería ir y Eduardo no estaba muy motivado para persuadirla que se quedara. Yo había visto escenas como esas antes, así que eso no me sorprendía; sin embargo, no dejaba de ser triste. Elizabet y Eduardo se habían conocido hacia treinta años y habían estado casados veinticinco. A solo dos meses de su veinticinco aniversario llegaron a mi oficina para hablar sobre la disolución de su matrimonio. Elizabet ya había diseñado su plan de escape y Eduardo había decidido no pelear. Yo no estaba muy claro por qué querían verme.

Si, había visto casos como este, pero me recordé de la primera vez. Fue con Juan y Judith. Ellos habían estado casados por treinta años, pero ambos querían desesperadamente separarse. De inmediato tuve que enfrentar lo irracional de su situación. Ustedes se imaginarían que si una pareja había podido estar junta por treinta años, podría estarlo por siempre. Pensarían que en treinta años, habrían aprendido cómo vivir juntos, que se habrían beneficiado de toda la sabiduría obtenida a través de las dificultades y errores, que si habían vivido juntos tanto tiempo estarían decididos a morir juntos, pero ese simplemente no es siempre el caso. Elizabet y Eduardo me hicieron recordar a Juan y Judith.

Las lágrimas de Elizabet fluían copiosamente, y Eduardo raramente volteaba a ver. Con los hombros caídos y con pocas palabras, Eduardo estaba a punto de dejar ir su matrimonio. Y con una esperanza casi ilusoria en un futuro renovado, lo único en lo que Elizabet podía pensar era en su vida después de Eduardo. Lo que dijeron no me era del todo ajeno. Ambos se preguntaban a donde se había ido el amor. Ambos tenían una detallada letanía

de los errores que el otro había cometido. Ambos estaban armados con argumentos de por qué era imposible que su matrimonio continuara. Pero me impresionó que su análisis del matrimonio estuviera marcado más por acusaciones que por contrición. Fue esto lo que llamó mi atención. En algún momento ellos habían dejado de vivir como uno y comenzaron a vivir separadamente juntos. Déjenme explicarlo.

A veces hay una diferencia sutil, pero siempre dramática, entre estar firmes combatiendo juntos contra lo que amenaza el matrimonio y estar separados guardando un registro de las cosas que hace el otro para dificultar el matrimonio. Lo primero es un acto de compromiso mutuo; lo segundo es un acto de auto preservación y sobrevivencia. Lo primero fortalece el matrimonio; lo segundo lo debilita. Lo primero los une mientras aprenden a protegerse de sus debilidades; lo segundo los separa mientras las debilidades se convierten en acusaciones y juicio. Lo primero los hace más conscientes y misericordiosos frente al conflicto; lo segundo los hace más impacientes e intolerantes ante los conflictos del otro. Lo primero los mueve a buscar a Dios juntos; lo segundo los hace buscar el escape separadamente. Lo primero los conduce a la esperanza; lo segundo refuerza su desaliento. Lo primero los convence de que tienen que y van a separarse; lo segundo los convence de que no pueden y no van a separarse. Lo primero solidifica su determinación a seguir; lo segundo les da razones para irse. Lo primero rehúsa considerar opciones; lo segundo piensa que las opciones son la única esperanza. Lo primero acepta que permanecer significa sacrificio; lo segundo ya está cansado de los sacrificios. Lo primero sabe que amor significa esfuerzo; lo segundo ya no quiere esforzarse más por el amor.

Era claro que Elizabet y Eduardo ya no estaban firmes defendiendo juntos su matrimonio contra las amenazas. Era claro que habían tomado posiciones separadas en un estado diario de señalamiento acrimonioso. Fue esto lo que me dio esperanza. Como ven, no es que su matrimonio no hubiese funcionado. No es que hubiese habido un error cósmico de modo que el único curso de acción sensato era escapar. No es que las estructuras, principios y promesas de Dios hubiesen fallado. No. Eduardo y Elizabet habían cesado de estar casados. A lo que me refiero con esto es que habían cesado de hacer las cosas que constituyen el contenido de este libro. Y cuando cesaron, no tomó mucho tiempo para que su matrimonio tuviese problemas.

Ahora, prepárense porque estoy a punto de sorprenderlos: creo que ellos cesaron de hacer las cosas buenas que edifican un matrimonio sólido y

hermoso no porque tuvieran un mal matrimonio sino porque tenían un buen matrimonio. En algún punto, cesaron de velar y orar. En algún punto comenzaron a acomodarse y a disfrutar su jornada matrimonial. Tomaron el bienestar como una invitación a dejar de esforzarse, y ahora estaban pagando el precio. Pero este no era un matrimonio sin esperanza; era un matrimonio sin esfuerzo, y en este lado del cielo, evadir el esfuerzo nunca produce buenos resultados.

GARANTÍA DE POR VIDA

La gracia le da al matrimonio una garantía de por vida. Esto significa que Dios les dará todo lo que necesitan para hacer todo lo que han sido llamados a hacer en su matrimonio. Pero son ustedes quienes tienen que hacerlo. Su gracia capacita, reconcilia, restaura y repara. Su gracia les enseña y les cambia; les da lo que necesitan para pedir perdón y para perdonar; les capacita para pasar por alto las ofensas menores y enfocarse en lo que es verdaderamente importante. Les ayuda verse a sí mismos con más y mayor precisión y responder a lo que ven en su cónyuge con más y mayor sabiduría. Su gracia les da la fuerza para continuar cuando sienten que ya no pueden más; les da el poder para resistir la tentación, huir de ella y hacer lo recto; les rescata de la obsesión con el amor propio y les invita al gozoso esfuerzo de amar al otro. Su gracia les capacita para ser buenos e indignarse al mismo tiempo. Cuando la gracia produce en sus corazones un compromiso con el reino de Dios y su justicia, ustedes se indignarán con lo que el pecado causa en ustedes, en sus seres queridos y en el entorno en el que viven, y esa indignación los motivará a ser instrumentos de cambio. Su gracia les hace comprometerse con la gracia de la generosidad. Su gracia es una garantía para el matrimonio porque les da lo que necesitan, y lo que les da es su impulso capacitador.

Como ven, Eduardo y Elizabet no estaban en problemas porque el plan de Dios para el matrimonio estuviese infectado por algún defecto inherente o porque su gracia estuviese agrietada para la vida real. No; ellos tenían problemas porque fueron negligentes y dejaron de hacer las cosas por las cuales tendrían acceso a la gracia que les había sido otorgada. Es aquí donde pienso que las historias del Antiguo Testamento pueden ayudarnos. Considera al pueblo de Israel acampado frente a la costa del Mar Rojo. Era una situación terrible y desalentadora. En momentos así solo hay dos alternativas. Puedes mirar alrededor y decir, “¡Esto es una locura! No hay

escape, así que lo mejor que puedo hacer es salir huyendo.” O puedes recordar las promesas de Dios de que El entregará en tus manos a tus enemigos, y esperar sus instrucciones. No vas a experimentar la gracia de la redención de la esclavitud de Egipto y de la amenaza de tu enemigo si sales huyendo. La única manera de experimentar esta gracia es si haces lo que Dios te ha llamado a hacer y atraviesas el Mar Rojo en medio de esas burbujeantes paredes de agua, no importa cuán loco y aterrador parezca.

O considera a Jericó. ¿Cómo era posible que este grupo de harapientos esclavos recién liberados fuese a conquistar esta ciudad amurallada? De nuevo, puedes responder basado en la aparente posibilidad de la tarea y renunciar a la esperanza de alguna vez vivir en la tierra prometida, o recordar las promesas de Dios y hacer lo que Él te llamó a hacer. Este episodio es especialmente útil, porque las paredes no cayeron después del primer día de marcha. Tampoco cayeron al segundo o al tercero. Como podrás imaginar, algunos de los israelitas dudaban que esto fuese a suceder o se preguntaban cuántas vueltas tendrían que dar antes de que sucediera. Aquí hay un llamado a la perseverancia. Al séptimo día, al sonido de la trompeta, los muros cayeron.

Viéndolo terrenalmente, el llamado de Dios a Israel fue humillantemente irracional. Nadie se pone a marchar tan cerca del enemigo armado esperando sobrevivir, ¡mucho menos derrotando al enemigo! Pero quizás ese es el punto. Dios usa los momentos de dificultad para profundizar nuestra confianza en El y nuestra disposición a hacer lo que El dice, sin importar cuánto vaya en contra de nuestros instintos naturales. Para que los israelitas pudieran recibir la gracia de la derrota de su enemigo, tenían que estar dispuestos a caminar hasta que los muros cayeran.

Sí, el Mar Rojo era un obstáculo enorme y desalentador. También Jericó era un obstáculo que parecía insuperable. Pero ambos fueron mucho más que eso. Eran parte del plan de Dios. Si examinas los primeros versos de Éxodo 14 te darás cuenta que Israel no terminó frente al Mar Rojo porque Moisés tuviese un GPS defectuoso. No; Dios mandó a Moisés a guiar a Israel hasta allí porque Él sabía exactamente lo que iba a suceder y lo que Él habría de hacer. Iba a usar esta terrible ocasión para revelar su gloria a Israel y que ellos pudieran conocer que Él estaba con ellos y que ejercitaría su poder a su favor. E iba a usar esta situación para que Egipto supiera de una vez por todas, quién era el Señor.

A Dios tampoco le sorprendió que los muros de Jericó estuviesen en el camino hacia la tierra prometida. De hecho, era plan suyo que Israel participase en la limpieza de esa tierra de la promesa. Al hacerlo, Israel se iba a fortalecer en fe y en adoración. Igualmente, a Dios nunca le sorprenden los obstáculos que encuentras en tu vida con tu esposo o esposa. El planeo que te casaras con una persona imperfecta y que vivieran juntos en este mundo caído. Su propósito es que las dificultades maritales te conduzcan hacia su gracia y al hacerlo que crezcan y maduren juntos. El también ordenó que estos cambios en ti y en tu matrimonio fuesen un proceso y no un evento. El está contigo y te da lo que necesitas, pero tienes que levantarte y seguirlo a través del Mar Rojo hacia la batalla.

DONDE SE DETERIORAN FRECUENTEMENTE LAS COSAS

Lo triste de la maltrecha condición de Eduardo y Elizabet era cuán sutilmente se fueron deteriorando las cosas. El deterioro estaba sucediendo y ellos no lo notaban. No veían que la inercia los arrastraba, y que de este lado del cielo no se puede ser un pecador viviendo con otro pecador y ser indolentes. Ustedes tienen que levantarse cada mañana y reconciliarse una y otra vez el uno con el otro y con Dios. Tienen que aceptar el llamado a esforzarse diariamente para hacer de su matrimonio lo que debe ser. Tienen que admitir humildemente que son personas que necesitan cambiar y crecer. Tienen que estar dispuestos a ser confrontados y a examinar sus decisiones, deseos, pensamientos, palabras y conducta. Tienen que vivir con sus ojos y su corazón abiertos. Tienen que ser buenos estudiantes para conocer bien a su cónyuge y aprender a amarle de maneras siempre diferentes. Tienen que localizar los baches que pueden desviar su matrimonio del camino. Tienen que estar decididos a pasar por los difíciles y tensos momentos de honestidad cuando hay que poner sobre la mesa las cosas que hay que discutir y examinar. Tienen que estar dispuestos a levantarse temprano y a acostarse tarde porque hay cosas que tienen que finalizar. Deben estar dispuestos a abrir su matrimonio delante de Dios y de otros para conseguir la ayuda que necesitan frente a las cosas que les suceden. Tienen que tener presente la dosis diaria de recursos maravillosos que les da la gracia y deben celebrarlo. Tienen que resistir darle lugar a la suspicacia y el desánimo. Habrán de batallar contra la ira y el miedo y de resistir pensamientos como “¿cómo hubiera sido si...?” o “si tan solo...” van a tener que confiar que Dios puede verdaderamente suplirles lo que necesitan en el momento de la necesidad. Tienen que ponerle atención a su matrimonio y recordar al Señor. Tienen que

velar y orar.

Puede ser que el matrimonio de ustedes sea bueno. Puede que sea magnífico. Pueden haber crecido en aprecio, respeto, unidad, entendimiento y amor. Pueden haber aprendido cuáles son sus problemas típicos de pareja y cómo resolverlos juntos. Posiblemente han identificado las áreas donde necesitan madurar como personas y como pareja. Puede que hayan establecido una vida de comunicación honesta y eficiente para resolver sus problemas. Quizás hayan forjado una sólida y placentera amistad entre ustedes. Es posible que vean hacia atrás y estén agradecidos porque reconocen la diferencia entre lo que eran entonces y lo que son ahora.

Pero hay una cosa que tienen que aceptar: su matrimonio puede ser magnífico, pero no está seguro. De este lado de la eternidad, no hay ningún matrimonio que esté totalmente protegido contra los problemas ni que sea todo lo que podría ser. Las tentaciones son constantes amenazas en tu contra y en contra de tu matrimonio. La guerra espiritual continúa. De este lado del cielo los buenos matrimonios son buenos solo cuando las parejas están dispuestas a hacer día tras día las cosas que mantienen bien a un matrimonio. Las cosas se deterioran cuando las parejas piensan que ya han llegado al punto en el que pueden dejar de trabajar por su matrimonio y deambular, descansar y dejarse llevar. Quizás el más grande peligro para un buen matrimonio sea un buen matrimonio porque cuando las cosas están bien, somos tentados a sentir que ya lo logramos y a olvidar las actitudes y disciplinas que, por la gracia de Dios, han hecho de nuestros matrimonios lo que ahora son.

COMO LUCE LA APATÍA

Tal vez estés pensando, “Pablo, lo entiendo; no podemos permitirnos ser apáticos y necesitamos mantener la vigilancia sobre nuestro matrimonio, pero no estoy seguro cómo luce ser apático.” Bien, déjame darte seis características de una pareja apática.

1) Letargo Visual

De alguna manera, en algún momento todos dejamos de ver. En algún lugar en el transcurso de nuestras vidas vivimos con ojos ociosos. Déjame darte un par de ilustraciones. La primera vez que manejaste hacia tu trabajo ibas atento y con los ojos abiertos porque no conocías el camino por donde transitabas. Tomabas nota mental de ciertos lugares específicos que te sirvieran de señal para recordar tu camino para la próxima vez. Durante las

primeras semanas observabas cuidadosamente a tu alrededor mientras manejabas asegurándote de identificar tus señales y doblar en los lugares correctos. Pero después de un tiempo ya no parecía tan necesario ser tan cuidadoso. Con el tiempo dejaste de poner atención. Si alguien te acompañaba y decía, “Bueno, ¿Cuándo cerraron esa gasolinera?” tú decías, “No había notado que la cerraron.” No lo habías notado porque en algún momento dejaste de poner atención; comenzaste a preocuparte por otras cosas y te distraías fácilmente. En tu camino hacia el trabajo ibas ocupado con el café y el bizcocho, sintonizando la radio y enviando textos mientras manejabas. Ahora hay veces que llegas al trabajo y no recuerdas cuándo paraste en los semáforos e hiciste las vueltas importantes que te llevan hasta allí. No lo recuerdas porque has dejado de poner atención. Estás sufriendo de letargo visual.

Luella y yo nos mudamos recientemente. En nuestro camino de casa hacia el centro de Filadelfia teníamos que tomar una preciosa ruta ondulada llena de árboles a la orilla de un río. Hace poco estábamos en nuestro antiguo barrio y tuvimos que manejar por ese camino de nuevo. Ambos observábamos lo hermoso del paraje. Mientras hablábamos yo pensaba cuántas veces pase por allí sin notar su belleza.

Para usar otra ilustración, tal vez están en una feria de arte y no tienes la intención de comprar nada. Están allí solo porque es algo divertido. Pero mientras caminan de exhibición en exhibición, hay una pintura que captura tu atención, y le dices a tu esposa, “ven por un minuto, tengo que ver esto.” Después de lo que parece una interminable negociación terminas poniendo la pintura en tu carro. Sabes exactamente dónde la vas a colgar, y los primeros días te detienes, la miras y sonríes cuando estás en la habitación donde la colocaste. No puedes creer que sea tuya. Te impresiona cómo cambia la atmósfera entera de la habitación. Estás agradecido de poseerla. Razonas que necesita una luz apropiada, así que le instalas un riel iluminado. Luego notas que las almohadas sobre el sillón de cuero no va bien con los colores de la pintura, así que te compras nuevas almohadas. Cuando tienes invitados, les muestra con orgullo la pintura y compartes con ellos la historia detrás de ella.

Pero llega un momento en que dejas de estar consciente de tu preciosa compra, cuando ya no sonríes al pasar frente a ella. De repente una visita se sienta en la habitación contigo y te dice, “me encanta esa pintura,” y tú le dices, “la compramos hace algunos años en una feria de arte por allí,” y sigues con la conversación. Ya no te emociona porque ya no le pones

atención. Vives con ojos displicentes. Necesitas que alguien de afuera haga que atiendas por un momento lo que una vez captó tu atención. Estás sufriendo de letargo visual y probablemente no lo sabes.

Así es el estado de muchas parejas casadas. Elizabet y Eduardo tenían sus ojos bien abiertos durante el cortejo. Se escuchaban y se observaban el uno al otro cuidadosamente. Elizabet se colgaba a cada palabra de Eduardo, y Eduardo estaba atento a cada reacción de Elizabet. Siempre estaban alertas a los problemas que pudieran surgir entre ellos, y eran pronto para resolver lo que había que resolver. No había mucho que ellos dieran por hecho en su relación, y no tenían objeción en ser buenos estudiantes en el laboratorio de la escuela del amor.

Los días iniciales de su matrimonio fueron similares. Elizabet no podía creer que había sido bendecida casándose con un hombre como Eduardo y Eduardo sabía que al casarse con Elizabet, se había casado por encima de sus méritos. Ambos se esforzaban por su matrimonio temerosos de arruinar las cosas buenas que habían recibido. Pero en algún momento, con el paso de los años, sus ojos se volvieron letárgicos y sus horarios ocupados. Llegaron al punto en que comenzaron a sentir que estaban bien, y comenzaron a volverse apáticos; cesaron de notar las bendiciones y de ser agradecidos y vigilantes. Y cuando cesaron, comenzaron a dejar que entraran en su matrimonio cosas que nunca habrían tolerado antes. Por haber dejado de poner atención, dejaron de tomar nota de las cosas que requerían atención y como resultado dejaron de esforzarse por las cosas que necesitaban esfuerzo. Sus ojos aletargados fueron una de las causas principales que llevaron su matrimonio al desastre. ¿Dónde está la evidencia de que ustedes han estado viviendo su matrimonio con ojos aletargados?

2) Hábitos Inconsistentes

No hay duda de ello – un matrimonio de unidad, entendimiento y amor es el resultado de actitudes buenas que resultan en el establecimiento de hábitos buenos. Si miran alrededor, hay muchos ejemplos de la importancia de los buenos hábitos en su vida.

Cuando compras un carro nuevo, estás bien consciente de que es nuevo, y estás dispuesto a mantenerlo así. No piensas que va a estarse lavando automáticamente por afuera, que se va a limpiar solo por dentro, o que se va a dar mantenimiento mecánico por sí mismo. Aceptas la realidad de que para que esté limpio y en buenas condiciones, tienes que aplicar la ética del trabajo

y los buenos hábitos. Pero tú no tienes objeción en hacer estas cosas, porque te gusta tu carro, te sientes bien de que sea tuyo y es una fuente de orgullo darle un buen mantenimiento. Lavarlo y aspirarlo semanalmente, llevarlo a las inspecciones rutinarias y cambiarle el aceite no son molestias para ti; son cosas que quieres hacer porque lo aprecias. Le compras accesorios adicionales y limpiadores y desodorantes para mantenerlo fresco y limpio. Y cuando lo manejas estás atento a los sonidos que pueden indicarte que algo no anda bien.

El problema es que con el tiempo tu carro deja de ser nuevo. Ya no huele a nuevo porque se te ha caído el café en el camino al trabajo. Cuando lo manejas hace ruidos que no hacía cuando era nuevo. Además, ahora estás mucho más ocupado que cuando lo compraste y ya no es tan fácil mantenerlo limpio y cambiarle el aceite. Llega el momento en que no te molesta que haya vasos vacíos de Starbucks acumulados por semanas en el piso de atrás y ya no te importa que no esté tan limpio. Has comenzado a abandonar los buenos hábitos de mantenimiento y aunque no lo has notado, el carro está pagando el precio. Una mañana, inesperadamente, tratas de arrancar el carro y se prende la luz del aceite pero el carro no arranca. Te sorprendes porque no pensabas que algo anduviese mal, pero hace meses que le dejaste de poner atención abandonando los hábitos que lo habrían mantenido en buenas condiciones.

Elizabet y Eduardo comenzaron a tolerar irse a la cama estando peleados. Claro, se decían que discutirían su problema por la mañana, pero raramente lo hacían. Comenzaron a abandonar sus hábitos de comunicación sana y se decían cosas que nunca se habrían dicho de recién casados. Hubo veces cuando fallaron en pedir perdón o en otorgarlo, diciéndose a sí mismos que eso era poca cosa y no haría ninguna diferencia. Se volvieron más y más inconsistentes en hacer las cosas buenas que se requieren para un matrimonio amoroso, pacífico y robusto. Mientras más inconsistentes se volvían, mas sufría su matrimonio hasta que llegaron a un punto en el que la cantidad de problemas que tenían les parecía tan incontrolable que se sentían abrumados solo de pensar en seguir viviendo así. ¿Hay hábitos que fueron alguna vez parte regular de su vida juntos y que han abandonado?

3) Indolencia

Pase por allí por años y no podía creer lo que estaba viendo. No sucedió de un día al otro, pero sucedió y era triste verlo. Era una hermosa casa con un complicado techo en forma de cruz, cuyos bellos aleros de dos aguas se unían

en el centro. Yo me imaginaba cuánto orgullo debía haber sentido el constructor cuando la terminó y pudo verla completada. Era la casa más bonita del barrio.

Pero había un problema. La casa estaba habitada por gente indolente. Tú podías decirlo por el patio, que estaba más próximo a necesitar ser removido que podado, y por los arbustos que habían crecido enormemente en toda dirección. Una mañana, al pasar por allí, noté una pequeña lona sobre una parte del techo. Esto solo podía significar una cosa: el techo estaba goteando y necesitaba reparación. Una lona clavada sobre un techo no es una reparación; es solo una medida de emergencia mientras el techo es reparado apropiadamente. Pero la lona estuvo allí hasta que apareció otra lona más. No pasó mucho tiempo antes de que el techo entero se llenara de lonas, pero no se veía ninguna reparación. Algunas de las lonas habían estado tanto tiempo que se habían roto por lo podrido, y ahora aleteaban con la brisa.

No había manera que el remiendo de lonas brindara la clase de barrera contra la humedad que un techo adecuadamente instalado puede proveer. Así que bajo esos negligentes remiendos de lona, la estructura de la casa absorbía la humedad y lentamente seguía deteriorándose. Recuerdo el día que vi a unos trabajadores removiendo las lonas; a los pocos días me di cuenta que estaban removiendo algo más. Removían el techo, las tejas y las estructuras de los aleros. La negligencia había hecho que el techo fuese irreparable, y si la familia iba a seguir viviendo allí, tendrían que realizar reparaciones estructurales serias. La indolencia es destructiva para cualquier cosa que necesite mantenimiento.

Sin embargo, hay muchos matrimonios negligentes. En realidad, para ser más exactos, los matrimonios no son negligentes; las personas casadas son las negligentes. Estas personas quieren un matrimonio bueno, pero no quieren hacer el trabajo cotidiano necesario para mantenerlo sano.

Elizabet y Eduardo se cansaron del trabajo duro. De alguna manera fantaseaban pensando que su matrimonio estaría bien aunque hubiesen dejado de trabajar por él desde hacía mucho tiempo. En su desidia, Elizabet y Eduardo se habían vuelto diestros en tirar lonas sobre las goteras de su techo. Cuando se ofendían decían, “está bien,” cuando en realidad nada estaba bien. En su indolencia trataban de forzar una conversación larga en un poco de tiempo. En su apatía, se protegían el uno del otro con el trajín del trabajo y el entretenimiento. Pero las goteras de su matrimonio se hacían más grandes.

No se tomó mucho tiempo para que las estructuras que lo sostenían se pudrieran y debilitaran. La indolencia era parte de lo que había convertido su matrimonio en algo virtualmente imposible de vivir. ¿De qué manera está la indolencia dañando la salud y la belleza de tu matrimonio?

4) *Impaciencia*

Me gustaría decir que yo soy paciente, pero no lo soy. Me gustaría decir que siempre estoy dispuesto a esperar, pero no es así. Me encantaría decir que he aprendido el valor de esperar, pero aún estoy aprendiendo. Quisiera poder afirmar que veo el valor de vivir mi matrimonio con una mentalidad sometida al proceso, pero no siempre aprecio el proceso. Hay veces cuando me gustaría un matrimonio instantáneo – que bastase con echarle agua y agitarlo. Pero cuando resisto al proceso que hace hermoso al matrimonio y demando las cosas al instante, no estoy resistiendo al matrimonio o a mi esposa, sino a Dios.

Es Dios quien diseñó que el cambio fuese un proceso y no un evento. Es Dios quien escogió unir gente imperfecta en la intensidad y proximidad de la intimidad matrimonial. Es Dios quien diseñó el matrimonio para exponer sus corazón, para llevarles más allá de los límites de su fuerza y sabiduría, y así madurarles y hacerles crecer a medida que dejan de apoyarse en ustedes mismos y comienzan a buscar la ayuda que solo Él puede darles. Es Dios quien creó el matrimonio como un área de trabajo para hacer de ustedes personas que aman con la misma clase de amor que han recibido. Es Dios quien supo que las complicaciones del matrimonio serían productivas para impulsar la obra que Él comenzó en ustedes cuando los adoptó como sus hijos.

Cada matrimonio entre la caída y la eternidad está en medio de un proceso de cambio que dura toda la vida. Tu matrimonio puede ser mejor de lo que una vez fue, pero aún no es todo lo que podría ser. En el matrimonio ustedes están supuestos a crecer juntos en un amor cada vez más maduro y a crecer personalmente en su amor y servicio al Señor.

Como ven, la paciencia en el matrimonio es vital porque la meta del matrimonio es más grande que el matrimonio. La meta del matrimonio, desde la perspectiva de Dios, no es que de mutuo acuerdo alcancen alguna estabilidad de felicidad romántica e interpersonal. No, las metas divinas son mucho más amplias y hermosas que eso. La meta de Dios es que el matrimonio de ustedes sea una herramienta vital en sus sabias y amorosas

manos para rescatarlos de su auto-adoración claustrofóbica y transformarlos en personas que no vivan para nada inferior a Su reino, Su justicia y Su gloria. La meta de Dios es transformar la esencia de su persona, es decir, sus corazones. Él está trabajando para que todo lo que piensen, deseen, digan y hagan sea hecho para servirle fiel y gozosamente. La meta de Dios no es concederles sus bien-planificados sueños de felicidad personal. No, su meta es nada menos que la santidad; o como lo dice Pedro, que vengan a ser “participantes de la naturaleza divina”(2 Pedro 1:4).

Eduardo y Elizabet comenzaron a ponerse más y más impacientes. Elizabet diría, “Eduardo, ¿Cuántas veces tengo que decirte...?” Eduardo se quejaría, “ella hace lo mismo una y otra vez aunque sabe que eso me saca de mis casillas.” Ambos comenzaron a ver oportunidades para servir de mayor estorbo al mejoramiento de su relación. En sus exigencias e impaciencia, en lugar de aprender de sus problemas y progresivamente aprender a cómo resolverlos o a cómo evitarlos, los repetían una y otra vez. Constantemente se conformaban con soluciones instantáneas que no llegaban al corazón del asunto. Querían más de forma instantánea, pero solo conseguían menos. ¿Hay áreas en las que exiges de manera instantánea lo que solo se puede lograr a través de un proceso?

5) Responder con desánimo

Hay una penetrante breve directiva en el Salmo 37:8: “No temas; eso solo te guiará a lo malo” (mi traducción). Hay un momento en la vida de toda pareja cuando los cónyuges cesan de responder con fe, esperanza y amor y comienzan a responder con desánimo y miedo. Sus respuestas prácticas cotidianas son motivadas más por lo que temen que por lo que esperan. Son movidos más por el desánimo frente a lo que está sucediendo en el momento que por la fe en lo que podría suceder en el futuro. Responden más a causa del dolor que a la del amor.

Ahora, seamos honestos. El matrimonio es con frecuencia desalentador. Ya hemos determinado que todos hemos sufrido decepción en el matrimonio de una u otra manera. Todos hemos tenido que lidiar con lo indeseable y lo inesperado. Todos hemos pecado contra nuestro cónyuge en algún momento y de alguna manera; tu cónyuge ha pecado contra ti y tú has pecado contra él o ella. Todos miramos hacia atrás con remordimiento y hemos lamentado que nuestros matrimonios no sean todo lo que esperábamos que podrían ser. Es verdad que la persona a quien más amamos tiene la capacidad de ser quien

más nos lastima. De alguna manera, todos vemos nuestros sueños fragmentados y nuestras expectativas frustradas.

Así que habrá momentos en que lucharemos con la desilusión, y nos preguntaremos si las cosas mejorarán alguna vez y el temor de seguir en lo mismo nos sobrecogerá. El problema es que tenemos la tendencia a no hacer las mejores decisiones cuando estamos desanimados y usualmente terminamos lamentando las decisiones que hemos hecho por temor. Es en los momentos en que somos expuestos como pecadores cuando es de gran importancia combatir el desánimo con la esperanza y la duda con la fe.

¿Dónde puedes conseguir esa fe y esperanza? No la vas a conseguir de tu esposo o esposa. La tienes que conseguir de la tercera persona en tu matrimonio, la persona que estamos tentados a olvidar. Cuando parece que no hay esperanza, puedes conseguirla de Emmanuel. Tu Salvador derramó su sangre y murió por ti; ¿tendría sentido que habiendo hecho esto te abandonara en tu hora de necesidad? Como ves, la esperanza no se encuentra en tu cónyuge o en las circunstancias. Se encuentra en un solo y único lugar – en Jesús tu Salvador, tu hermano y tu amigo. Él te ama y nunca cerrará sus oídos a tu súplica.

Así que tienes que resistir el instinto de responder con desconsuelo, recordando quién eres tú y quién es Dios y actuando con esperanza, aun cuando esa esperanza sea difícil de ver. ¿En que área tienes la tentación de responder con desánimo y temor?

6) Cenando con el Enemigo

Unas páginas atrás en este libro examinamos Efesios 4 y las instrucciones de Pablo de no dejar que se ponga el sol sobre nuestro enojo y no darle oportunidades al diablo. Pero esto es lo que muchas parejas dejan de hacer. No solo le dan una oportunidad al diablo sino que ¡terminan invitándolo para la cena! ¿Cómo? Pensando que todo está bien y abandonando los buenos hábitos que hacen del matrimonio una relación de unidad, entendimiento y amor. Cuando ustedes dejan de prestar atención, abandonan los buenos hábitos, dan lugar a la indolencia y a la impaciencia, y responden con desgano, están invitando al diablo para que haga su sucio trabajo de engaño, división y destrucción.

Recuerden que el matrimonio es una batalla espiritual. El bien y el mal son reales. Existe alguien que es enemigo de sus almas y de todo lo que es bueno, verdadero, sabio y hermoso. Existe alguien que no quiere verlos crecer y

cambiar, que está en contra de la unidad, el entendimiento y el amor en el matrimonio. Vivir ciega e ingenuamente le da a él la oportunidad de destruir las cosas buenas que Dios ha creado en ustedes y en su matrimonio.

Por eso debemos permanecer alertas. Debemos proponernos ser vigilantes. Debemos resistir el cansancio y la indolencia. Tenemos que rechazar darle lugar al escepticismo y al desánimo. No debemos exigir en un instante lo que solo puede venir como resultado de un proceso. No debemos hacer estas cosas, porque cuando las hacemos estamos cenando con el diablo, y eso nunca nos lleva a nada bueno. ¿Hay áreas que ahora mismo, en este lugar le están dando al diablo una oportunidad?

GRACIA RESTAURADORA

Sí, era verdad. Elizabet y Eduardo estaban casi arruinados, y así lo estaba su matrimonio. Pero ellos hicieron lo correcto. Se alejaron de su aislado mundo de desaliento y resentimiento y buscaron ayuda. Fue difícil admitir cuán mal habían llegado a estar las cosas. Fue duro reconocer cuán triviales y divisivos habían sido. Les avergonzaba admitir las cosas que habían dicho y hecho. Pero estaban cansados y temerosos y se aferraron a la esperanza buscando ayuda donde fuese. Me alegré de poder ayudarlos porque estaba consciente de lo que les estaba sucediendo

Elizabet y Eduardo habían hecho algo desastroso en su matrimonio y habían provocado un caos. Se habían entregado al engaño de que tenían un buen matrimonio, y por eso dejaron de poner atención. Los buenos hábitos menguaron y los malos tomaron el control. La apatía reemplazó el esfuerzo diario del amor, así fue que las cosas fueron empeorando. Pero Dios se encontró con ellos en su momento de necesidad y les dio la capacidad, por su gracia, de retornar y hacer las cosas buenas que tenían que ser hechas para que su matrimonio fuese lo que Él determinó que fuese.

Hubo muchas áreas donde fue necesario buscar el perdón tanto como brindarlo. Muchos malos hábitos adquiridos tuvieron que ser reemplazados con los buenos hábitos del amor atento. Hubo áreas donde claramente tenían que esperar, y Dios les dio gracia para hacerlo. Hubo muchos tópicos que tenían que ser discutidos con la determinación de escuchar con humildad y hablar para edificación.

Pero ellos escucharon, esperaron y perdonaron; y Dios comenzó a restaurar la unidad, el entendimiento y el amor que parecían irreparables. Aprendieron la importancia de comprometerse a velar y orar, sin importar cuán bien

estuviesen las cosas y a responder en esperanza sin importar cuán mal pareciera que estaban; y aprendieron que nunca estaban solos.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

16.

DE RODILLAS

Es la cosa que muchas parejas no comprenden. Es tan simple, tan bíblicamente lógico, pero parece escurrirse a través de las grietas de la vida de muchas parejas. Si todas las escaramuzas a nivel horizontal entre un esposo y su esposa tienen su raíz en una guerra más profunda por guardar el corazón, y si un matrimonio tiene que arreglarse a nivel vertical con Dios antes de que los esposos se arreglen horizontalmente entre ellos, entonces el lugar donde hay que ganar la guerra por el matrimonio es sobre las rodillas. Tal vez no haya un mandamiento más importante para el matrimonio en toda la Biblia que las simples palabras de Pablo en 1 Tesalonicenses 5:16-18: “Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.”

Si el matrimonio es la unión de una persona imperfecta con otra igual de imperfecta en un mundo caído, y si la guerra por el control de nuestros corazones aún ruge, entonces no podemos y no debemos cesar de buscar la ayuda de Dios para nuestro matrimonio. De este lado del cielo no hay nada más importante para nuestro matrimonio que *orar sin cesar*. No hay ni un solo momento en el que nuestro matrimonio no necesite la gracia rehabilitadora, capacitadora y liberadora del Redentor. No hay ni un instante en el que no necesitemos su sabiduría, fortaleza y perdón. Nunca llega el momento en que hayamos crecido lo suficiente para que ya no necesitemos su misericordia. Nunca nos graduaremos de la escuela de la gracia mientras estemos en la tierra.

Todos los días enfrentamos cosas que no habíamos previsto; tentaciones, a veces sutiles y a veces poderosas nos asechan. Todos los días pecamos contra nuestras esposas y ellas de alguna manera pecan contra nosotros. Día a día este mundo caído, con toda su ruina, nos presiona y hace que la vida sea más difícil y complicada de lo que originalmente debía haber sido. Diariamente nos saluda la seductiva voz del reino del ego invitándonos a no vivir para nada que sea más grande que nuestros deseos, necesidades y emociones.

Diariamente somos llamados a luchar contra lo malo y entregarnos a lo

bueno; somos llamados a auto examinarnos con humildad y a entregarnos al cambio. Hay cosas en nuestro matrimonio que necesitan ser desarraigadas día tras día. Siempre surge alguna situación para la que necesitamos el consejo de la sabiduría bíblica. Debemos someter cada día nuestros deseos a la agenda superior de lo que Dios nos manda y luchar para ser buenos mayordomos de las bendiciones que hemos recibido. Debemos identificar todos los días las áreas donde hay que decir no y donde hay que decir sí.

Somos llamados a amarnos día tras día de maneras prácticas y específicas; a vivir con los ojos y con el corazón abiertos y a luchar contra las cosas que nos distraen de amarnos, servirnos y apoyarnos unos a otros. Necesitamos actuar diariamente con amor sacrificial aun cuando estemos cansados y ocupados; tenemos que esforzarnos por proteger la unidad, el entendimiento y el amor de nuestro matrimonio. Todos los días, de alguna manera, somos llamados a amar a nuestro cónyuge cuando el o ella no lo merecen. Somos llamados día a día a darle a nuestro esposo o esposa la misma gracia que Dios nos ha dado. Debemos estar motivados diariamente no solo por nuestros intereses sino por los intereses de nuestro cónyuge. Debemos tener muchas conversaciones diarias de tal manera que den gracia y que edifiquen a la otra persona. Tenemos que resistir día con día estar guardando un inventario de las ofensas, y en su lugar debemos perdonar genuinamente. Cada día necesitamos buscar maneras de brindar aliento, aprecio y respeto. Cada día somos llamados a entregar algo con el propósito de encontrar alguna oportunidad para amar.

LO QUE SE SUPONE QUE EL MATRIMONIO DEBE HACER

Ahora, seamos honestos. Ni tú ni yo tenemos lo que se necesita para hacer esto. Considera el llamado de este libro. Considera los párrafos anteriores. ¿Podrías verte con honestidad en el espejo de la Palabra de Dios y decir, “yo hago bien todas estas cosas”? Escribir este libro me ha hecho sentir redargüido nuevamente por las muchas áreas donde fallo. He sido confrontado con las áreas donde mis palabras y acciones son producidas más por el reino de mi ego que por el reino de Dios. He sido corregido por mi impaciencia que desearía que el matrimonio fuese instantáneamente más fácil de lo que es ahora. He sido acusado por las veces que no he hablado con gracia, cuando ganar una discusión (léase, altercado) es más importante para mí que la unidad de mi matrimonio. He sido confrontado por las maneras en las que aún soy exigente y centrado en mí mismo. He sido persuadido de que

aún hay conflicto en mi corazón.

Sé que no puedo pararme y decir, “yo hago bien todas estas cosas.” De hecho, cuando considero el llamado de Dios para el matrimonio, pienso, “la medida es muy alta; ¡nunca la voy a alcanzar!” Pero escucha lo que voy a decir ahora: esto es exactamente lo que se supone que el matrimonio debe hacer. Dios ha querido que el matrimonio sea un instrumento en sus manos para exponer tu corazón y llevarte hasta el colmo de tus fuerzas. El matrimonio está supuesto a exponer tu egoísmo y autosuficiencia. Está supuesto a convencerte que eres más necesitado de lo que piensas que eres y a mostrarte que la gracia de Dios tiene más poder para transformarte de lo que piensas que tiene. El matrimonio está supuesto a enseñarte como dar, amar, servir, perdonar, animar, motivar y esperar.

Piénsalo de esta manera: aunque hayas estado casado toda una vida, tu matrimonio no es un destino, ni un fin en sí mismo. No; la enseñanza radical que la Biblia nos brinda acerca de todo lo que nos sucede, es que ninguna experiencia o relación en este mundo es un fin en sí mismo. Todo lo que nos está sucediendo ha sido diseñado y está siendo controlado por Dios para un propósito. Tu matrimonio no es un destino; es un llamado a la preparación para nuestro destino final. Nunca vas a entender los conflictos de tu matrimonio y tus necesidades personales hasta que entiendas esto. De modo que Dios no solo está trabajando para hacer de tu matrimonio lo que debe ser; a un nivel más profundo Él está trabajando para reformarte conforme al propósito para el que te creó. Es solo cuando nosotros crecemos y cambiamos que nuestros matrimonios pueden prosperar.

Así que sentirse débiles e incapaces es una cosa buena. Lo que nos impide crecer no es la evaluación de nuestra necesidad. La gracia de Dios es más grande que cualquier debilidad que experimentemos. Lo que realmente nos impide crecer es nuestro delirio de grandeza y fortaleza. Cuando pensamos que somos justos y fuertes no buscamos la ayuda que Dios tan tierna y fielmente nos ofrece. Nuestro matrimonio no se daña por nuestros lamentos de debilidad sino por nuestros pronunciamientos de poder. Nuestro matrimonio es afectado por depender de nuestra propia sabiduría, justicia y fortaleza. En el modelo bíblico, la debilidad es el portal hacia la fortaleza. Es cuando admito que soy débil que busco la ayuda de un Dios de incalculable poder, el cual está cerca de mí y abiertamente me busca cuando tengo necesidad.

EL TRANSFORMADOR PODER DE LA ORACIÓN

He aquí por qué la oración es tan importante y poderosa. La oración no tendría sentido si no fuese por dos verdades. La primera verdad es que nuestras vidas no nos pertenecen. Puesto que hemos sido creados por Dios, todo lo que somos y tenemos, y cada situación y relación en la que vivimos le pertenece a Él. Puesto que somos sus criaturas, nuestro llamado número uno en cada área de la vida es adorarlo. Todo lo que hacemos y decimos en cada situación y relación debe ser hecho en reconocimiento de su existencia y para su gloria. Fuimos creados para su deleite y somos llamados a vivir adorándole constantemente. Así que todo en nuestras vidas tiene una dimensión vertical. Todo lo que hacemos debe ser hecho reconociendo su presencia y su justo derecho a ser dueño de nuestras vidas. Tenemos que vivir nuestro matrimonio única y totalmente enfocados en Dios, aun en los momentos más comunes y corrientes de la vida.

La segunda verdad por la cual la oración tiene sentido es que el pecado nos hace absoluta y totalmente necesitados. Cada parte de nuestra constitución humana ha sido dañada de alguna manera por el pecado. No deseamos, no pensamos, no hablamos, ni actuamos como deberíamos. Necesitamos ayuda, redención, sabiduría, perdón y fortaleza.

Así que, aquí está lo que la oración hace por ti y por tu matrimonio. De una manera poderosamente protectora y relacionalmente transformadora, cada vez que oras, haces que venga a tu memoria el *contexto* de tu matrimonio. Este contexto no es una situación o un lugar, sino una persona. El contexto de tu matrimonio es *Dios*. Él está arriba, alrededor, abajo y dentro de ti. Él creó todo lo que hace posible tu existencia. Él controla cada situación y relación en la que te encuentras. Su poder es lo que te preserva a ti y al mundo. Él ha escrito la historia de tu vida y la de tu matrimonio. Su plan, propósito y voluntad son la razón de todo lo que haces en tu matrimonio. Solo Él te ofrece la ayuda que llega hasta las partes más profundas de tus necesidades personales y de las de tu relación matrimonial. Él es tu dueño legítimo, y es el dueño de tu vida y de tu matrimonio. Él es quien concibió y creó tu matrimonio y por eso puede diagnosticar lo que está roto y sanar lo que tiene que ser sanado. Él es el único en quien puedes confiar para que defina lo que es correcto o incorrecto, bueno o malo, verdadero o falso, sabio o necio. Él no solo está cerca de ti, sino que por causa de la cruz de Jesucristo, ahora vive en ti por su Espíritu. Él es la vida y la esperanza de tu matrimonio; es tu consejero, protector, abogado, maestro, guía y amigo. Él te rodea con su amor

y te inunda de su gracia. La verdad es que “en Él vivimos, nos movemos y somos” (Hechos 17:28). Dios es el contexto de nuestro matrimonio.

Pero la oración hace algo más; nos trae a la memoria la *realidad* de nuestro matrimonio. Momento tras momento, esa realidad es una danza constante de pecado y gracia. Todos los días el pecado levanta su horrible cabeza, pero todos los días, la gracia nos da lo que necesitamos para lidiar con el pecado. De la misma manera que no podemos entender el matrimonio sin entender la existencia, el derecho y el poder de Dios, no podemos entender lo que experimentamos en el matrimonio y cómo lidiar con él a menos que entendamos el pecado y la gracia. El pecado es la razón de todos los conflictos del matrimonio, y la gracia es la única esperanza en la que podemos apoyarnos para lidiar con ellos.

Por el hecho de que el pecado aún reside en ustedes y en el mundo, necesitan reconciliarse con Dios día a día, e igualmente necesitan reconciliarse el uno con el otro. Todos los días ustedes hacen algo que de alguna manera ofende a Dios y los ofende el uno al otro. Como lo hemos observado anteriormente, la dinámica del pecado, el conflicto y el rescate toman lugar en los momentos más insignificantes y comunes de la vida diaria; momentos tan normales y que son tan intrascendentes que suceden sin que les pongamos atención. En algún punto dejamos de observar y de examinar y nos acomodamos a la rutina, y así se nos acumulan los días, los meses y los años.

Por esta razón, en los momentos de crisis que Dios envía para captar la atención de muchos matrimonios ellos ven para atrás y se preguntan, “¿Qué es lo que nos sucedió? ¿Cómo es que llegamos hasta aquí?” Sienten como si hubiesen sido conducidos a una especie de niebla marital. Sienten que lo que una vez fue esplendoroso y reluciente se ha vuelto repentinamente oscuro. Pero nada les sucedió súbitamente. Los cambios en su matrimonio tuvieron lugar a través de pasos progresivos y pequeños. En esos momentos intrascendentes que le suceden a todos los matrimonios, los pensamientos, deseos, palabras y acciones erradas cambiaron el carácter y la dirección del matrimonio; esos cambios sucedieron en momentos pequeños y nadie les estaba prestando atención.

Todos lo hacemos. No es que súbitamente nos dejamos de amar. Eso no es lo que típicamente sucede. Usualmente los matrimonios no cambian a causa de una explosión sino por un proceso de erosión. Aun donde las explosiones

maritales suceden, usualmente suceden al final de un largo proceso de erosión. El cambio en un matrimonio que se mueve de un compromiso activo hacia una vida activa de unidad, entendimiento y amor, raramente sucede a través de un solo paso. Esto sucede más bien a través de diez mil pequeños pasos. El problema es que mientras estos pasos se dan, usualmente estamos durmiendo en el volante. Lo que una vez nos comprometimos a valorar y proteger progresivamente se convierte en algo común que damos por hecho. Aquello que una vez apreciamos profundamente, con el tiempo se ha llegado a convertir en costumbre. La persona que era el foco de nuestros afectos y atención se ha convertido en algo menos que la persona con la que vivimos – parte de nuestro entorno y de nuestro calendario cotidiano. No recuerdo cuántas esposas me han dicho, “cuando él está en la casa, actúa como si yo no estuviera allí.”

¿Qué tiene que ver esto con la oración? Bueno, la oración no solo nos conecta a los maravillosos recursos de un Dios de gracia, quien está presente, poderosamente cerca y dispuesto, pero además nos recuerda que nosotros somos necesitados y Dios es un Dios de gracia. La oración nos despierta de la somnolencia y nos llama a estar alertas de nuevo. La oración se trata de afirmar nuestra debilidad y bendiciones; se trata de encontrar nuestra identidad y la gloria de Dios correctamente. Ella nos confronta con la realidad y nos recuerda lo que es importante. La oración es una parte muy importante de una vida alerta.

¿CÓMO DEJAMOS DE PRESTAR ATENCIÓN?

Berto y Martina estaban muy emocionados porque se iban a casar. Ninguno de los dos había tenido mucha vida social en la universidad. Berto se había propuesto dejar de lado ese asunto de las relaciones sentimentales y Marina tenía temor de dejar que cualquier relación con un hombre se fuese más allá de lo casual. Ambos se habían establecido bien en sus carreras cuando se conocieron. Berto estaba en el departamento de ventas de la firma de Martina. Martina era la responsable de comprar lo que Berto lograba vender. En su tercera visita para discutir con Marina las necesidades del producto de su compañía, Berto se dio cuenta que le gustaba estar con Martina.

En la próxima visita, mientras se disculpaba con un poco de vergüenza por sobrepasar los límites de lo laboral, Berto le preguntó a Martina si querría salir a tomar un café con él algún día. Para su sorpresa ella dijo que sí. Berto había estado pensando en esto por algún tiempo. Esto no iba a ser una

aburrida mini cita para tomarse un café late en Starbucks. No, Berto había decidido llevarla a la espléndida cafetería local que tenía muebles exclusivos, lámparas excéntricas y esos irresistibles pastelillos de chocolate. Martina estaba enojada por haber accedido tan fácilmente a salir con él, pero después de la cita no podía creer lo bien que la habían pasado y no podía esperar el momento en que le pidiera volver a salir.

Bien, Martina no tuvo que esperar. Para su sorpresa, Berto la llamó mientras ponía la llave en la puerta de su apartamento, y así, se concertó la próxima cita. A medida que su relación progresó, ambos estaban conscientes de que nunca antes se habían ocupado del amor; por eso apreciaban que Dios hubiese unido sus historias, y daban gracias el uno por el otro, comprometidos a cultivar y proteger la relación que ahora atesoraban.

El día de su boda estuvo lleno de actividad y emoción. Ambos estuvieron emocionados todo el día porque no podían creer lo que estaba sucediendo. No podían creer que se habían encontrado el uno al otro, que se habían enamorado, que se iban a casar y que iban a vivir juntos el resto de sus vidas. Se sentían privilegiados.

Pocas parejas se casan con el nivel de intencionalidad con que Berto y Martina lo hicieron. No iban a dejar que esto se arruinara. Sabían que para tener un matrimonio maduro, sólido y duradero, pasara lo que pasara, tenían que comprometer su vida a trabajar por su relación. No veían esto como una carga y se determinaron a velar y a lidiar con todo lo que se interpusiera en lo que su matrimonio era y podría ser. Y lo hicieron así. En los años iniciales, la atención y la intencionalidad los ayudó a formar, por la gracia de Dios, un matrimonio de verdadera unidad, amor y entendimiento.

Pero en el sutil proceso de cambio, dos cosas cambiaron. Se acomodaron y se llenaron de ocupaciones. Berto se acostumbró tanto a amar a Martina que cesó de ser consciente de su amor y de expresárselo tan frecuentemente como solía hacerlo. Martina se acostumbró tanto a apreciar a Berto que dejó de buscar los momentos en que pudiera expresar su gratitud. Con el tiempo pasaron de la atención y la acción al descuido y la pasividad. Pero eran mucho más ciegos a los cambios porque algo más estaba sucediendo: se mantenían demasiado ocupados.

Se cansaron de la vida en un apartamento y se compraron una casa independiente. El problema es que solo les alcanzaba el dinero para una casa a la que había que hacerle reparaciones. Para poder vivir cómodamente en la

casa iban a tener que trabajar mucho, y puesto que era una casa vieja iba a necesitar mucho cuidado y mantenimiento. Además tenían dos bulldogs ingleses y tres hermosas niñas. Y había algo más: a través de una serie de promociones, Berto era ahora el director regional de su división en su compañía. Sus días de trabajo eran rigurosos y tenía que viajar más de lo que se había imaginado cuando tomó la posición. Llegaba exhausto todas las noches a la casa y lo único que quería era descansar.

Martina estaba agradecida por Berto, pero entre las tareas de la casa (de las cuales Berto no parecía darse cuenta) y el cuidado y las actividades de las niñas y de los perros, no había suficiente tiempo en el día para hacerlo todo y después ponerle atención a él. Ellos no habían dejado de amarse, pero habían dejado de poner atención y habían abandonado su compromiso a hacer diariamente lo que se requiere para edificar y proteger su matrimonio, el cual se había convertido en una relación de desinterés, distanciamiento y distracción. Cuando esto sucede en cualquier matrimonio, el pecado, con todo su egocentrismo, irritación e impaciencia encuentra lugar para expresarse y crecer. Y esto es exactamente lo que le sucedió a Berto y a Martina.

Las pequeñas desavenencias y los conflictos sin resolver se tornaron en grandes batallas. El servicio se convirtió en impaciente egoísmo. El aprecio evolucionó en irritación. La disposición a servir y esperar se desintegró y lo que quedó fueron impacientes demandas. El perdón dio lugar a la crítica y el juicio, y la paz al enojo y la tensión. Berto y Martina habían dejado de atender y trabajar en su relación. Lo que una vez hubo no fue mejorado ni mantenido. Las determinaciones que se habían hecho fueron progresivamente siendo abandonadas. Su matrimonio era como un jardín sin mantenimiento; las malezas habían sofocado a las flores. Martina y Berto necesitaban ayuda; su matrimonio necesitaba oración.

EL PODER Y LA PROTECCIÓN DE LA ORACIÓN MARITAL

En nuestro matrimonio, la oración nos impulsa en la dirección correcta. Nos recuerda que el tipo de cosas que hemos dicho son muy importantes para un matrimonio de unidad, entendimiento y amor. La oración diaria refuerza las determinaciones vitales para mantener un matrimonio sano que estamos tentados a abandonar. La oración abre nuestros ojos y nuestros corazones. La oración es un ingrediente necesario para nuestro matrimonio. La mejor posición para nuestro matrimonio es de rodillas.

Usando la oración del Señor conocida como el Padre Nuestro, veamos

algunas de las cosas que la oración hace en ti y hará a través de ti en el corazón de tu esposa.

“Padre nuestro que estás en los cielos...” (Mat.6:9). La oración te recuerda que en tu matrimonio, tú nunca estás solo, a expensas de tus propias fuerzas y tu sabiduría. Berto y Martina, no solo quitaron la mirada el uno del otro y de su compromiso mutuo de amarse activamente día a día, sino que olvidaron a su Señor también. Ellos continuaron yendo a la iglesia y jamás se les habría ocurrido abandonar su fe, pero en cada rincón de vida interna habían comenzado a sentir que todo dependía de ellos, que todo pesaba sobre sus hombros. Parte de la lenta decadencia de su matrimonio se debía a un concepto de responsabilidad, oportunidades, conflictos y bendiciones en el matrimonio que no incluían a Dios. Esto es devastador, porque cuando olvidas la presencia, las promesas y las provisiones de Dios, tiendes a agobiarte y darte por vencido o tratas de hacer el papel de Dios. Y ninguna de estas opciones funciona.

Tal vez la manera más poderosa en que orar diariamente por tu matrimonio transforma no solo tu matrimonio sino a ti, es ésta: la oración te recuerda que nunca estás solo, que nunca dependes de tu propia justicia, sabiduría y fortaleza; te recuerda que Dios está en todo lugar o circunstancia en la que se encuentre tu matrimonio, y aun más alentadoramente, te recuerda que todo está bajo su control. El que controla la situación en la que se encuentra tu matrimonio no solo es un Dios de asombroso poder, sino es la definición de todo lo que es sabio, verdadero, fiel, misericordioso, amoroso, perdonador, bueno y noble.

Pero hay más cosas con las que la oración del Señor te confronta. Es que este Dios tan poderoso y tan cercano es tu Padre por gracia. Si tú eres hijo de Dios, no hay un momento en que estés fuera del círculo de su cuidado paternal. Como un padre, El te ama y está comprometido a proveerte fielmente lo que es mejor. Cuando estés enfrentando momentos desalentadores de conflicto marital, cuando no estés seguro qué pensar, ni qué hacer, la oración puede rescatarte de la desesperación y el aislamiento. Ella te anima a decir, “no sé cómo llegamos hasta aquí, no sé qué estamos llamados a hacer, pero de una cosa estoy seguro – nunca estoy solo porque tengo un Padre en los cielos que siempre está conmigo.”

Reconoce que Dios te protegerá de ti mismo, del desánimo, del temor y de la pasividad que siempre sigue a estas cosas. Dios te protegerá del orgullo, de

la autosuficiencia y de tu pretensión de soberanía. Para tener un matrimonio de unidad, entendimiento y amor, tienes que comenzar con este humilde reconocimiento: no tienes ninguna habilidad para producir las cosas más importantes con las que se construye un matrimonio maravilloso. La transformación de las ideas, deseos, palabras y acciones que restauran, maduran y protegen un matrimonio siempre son regalos de la gracia de Dios. Mientras escoges hacer las cosas a la manera de Dios, Él progresivamente te rescata de tus intereses egoístas y hace que encuentres gozo en amar a otros. Solo un Dios de amor puede cambiar a una persona centrada en sí misma, impaciente y exigente, en alguien que no solo desea amar sino que lo hace activamente. Hay una palabra para esto en la Biblia – gracia.

La oración te recuerda que has recibido la gracia del amor del Padre y que ese amor no te dejará ir hasta que te haya cambiado en cada aspecto que sea necesario.

“Santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra”(Mateo 6:9-10). La oración te recuerda que el propósito de Dios para tu matrimonio es siempre más grande que tu matrimonio. Nunca entenderás tu matrimonio o estarás contento en él hasta que entiendas que este es parte de algo más grande que es lo que lo forma y lo define, no solo a tu matrimonio sino la forma en que tú respondes él. Recuerda uno de los temas de este libro: los matrimonios se destruyen cuando la gente no tiene una visión más grande para sus vidas que la de establecer su egocéntrico pequeño reino. Cuando no hay un reino más grande que unifique a los cónyuges, el matrimonio se convierte tristemente en una guerra entre las metas del reino de la esposa y de las metas del reino del esposo. Lo sepan o no, cada uno estará trabajando aun en los momentos más comunes, para lograr el sueño de su vida.

Berto y Martina perdieron la visión del mundo más grande que el de su matrimonio y del reino mayor que el del reino individual de cada uno. El sueño del reino de Martina tenía que ver con lo que siempre había querido experimentar como madre y con los sueños que tenía para sus hijos. Todo lo que ella quería era que Berto participara en brindarle los sueños de su reino. Si él lo hacía, ella se sentía amada y feliz. En cuanto a Berto, el sueño de su reino se concentraba cada vez más fuera de su hogar. Progresivamente, había sido atrapado por el sueño del éxito y el poder potencial disponible en su trabajo. Berto quería que Martina hiciera todo lo posible por apoyar los sueños de su carrera, sin importar lo que costara en términos de la familia. El

problema era que los reinos de Martina y de Berto estaban en conflicto. El sueño de Martina para sus niños demandaba que Berto no usara mucho tiempo ni energía en el trabajo, y los sueños de la carrera de Berto demandaban que Martina abandonara los planes que tenía para él y para la familia.

La oración te recuerda que la verdadera vida se encuentra solamente cuando renuncias a tu pequeño reino egoísta por el más grande y mayor llamamiento del reino de Dios. La oración te recuerda que Dios te da su gracia, no tanto para que tu reino funcione sino para hacerte entrar en un mejor reino. Cada vez que oras reconoces que Dios gobierna sobre ti y sobre tu vida. La oración es someter tus propósitos a los de Dios; se trata de confesar el egocentrismo y la autonomía del pecado. Es la ofrenda voluntaria de tu vida y de todo lo que contiene, a la amorosa y sabia autoridad de Dios. La oración es una parte activa de lo que significa vivir para un reino mayor que el tuyo.

La verdadera unidad comienza cuando un esposo y una esposa dejan de tratar de ser soberanos sobre sus vidas, y de establecer sus agendas y en su lugar comienzan a procurar la agenda de Dios en maneras prácticas. La verdadera unidad marital comienza cuando los esposos cesan de pretender ser reyes y comienzan a someterse voluntariamente y con gozo a los planes, propósitos y llamamiento de un mismo Rey. Mientras más ama cada uno individualmente al Rey de reyes, más se unirán compartiendo un solo sueño y sus implicaciones prácticas para su vida diaria juntos. La oración te recuerda que hay un Rey más grande que tú y un reino mejor que el tuyo.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. (Mateo 6:11). La oración requiere que te veas a ti mismo necesitado. Orar por algo tan normal como el pan de cada día no tiene sentido a menos que represente algo sobre ti. Somos necesitados y dependientes. Nunca fuimos constituidos para una existencia independiente y autosuficiente. Orar no tiene sentido a menos que sea verdad que tú dependes de Dios aun para las necesidades más básicas de la vida. Orar requiere que reconozcas tu incapacidad, debilidad y necesidad. La oración diaria reconoce nuestra necesidad diaria, reconoce el llamado divino a estar contentos con lo que Él nos da hoy y a poner el mañana en sus manos. Si dependes de Dios para algo tan básico como el pan, hay entonces una lista completa de cosas necesarias para tu vida que eres incapaz de obtener por ti mismo.

Yo no puedo y no controlo todas las cosas necesarias para garantizar que

tendré un trabajo para sostener a mi familia. No gobierno las circunstancias que deben estar en su lugar para asegurar que mi familia tenga una casa adecuada para vivir. Yo no controlo todas las cosas que hacen que mi familia esté saludable y segura. No determino lo necesario para que mis hijos tengan una buena escuela a la cual asistir. No ejerzo autoridad sobre las cosas que aseguran que tengamos una iglesia sólida a la cual afiliarnos. Hay muchas necesidades importantes en mi vida que no tengo el poder independiente de satisfacer.

Pero hay más. Si tu matrimonio ha de ser un lugar donde la unidad, el entendimiento y el amor verdaderos modelen las características de cada día, hay cosas que tú y tu esposa necesitan ser y hacer. Pero tú no puedes hacer estas cosas por ti mismo. No tienes la habilidad de convertirte en una persona amorosa, noble, paciente, agradecida, amable, perdonadora, fiel y templada. Y sin duda, no tienes para nada el poder que asegure que tu esposa sea esa clase de persona. Estas cualidades esenciales del carácter de un buen matrimonio, solo pueden ser el fruto de la obra transformadora del Espíritu de Dios en sus corazones. Ellas solo vienen a medida que Él te libra progresivamente de ti mismo y te transforma a la imagen de Jesús.

La oración te saca del espejismo de tu autosuficiencia y te recuerda cuán profundamente necesitado eres. Te recuerda que nunca serás lo que necesitas ser y ni harás lo que eres llamado a hacer sin el rescate y la restauración divinas. La oración te humilla y al hacerlo te hace más paciente y más comprensivo con tu esposa. Nadie es más paciente con las debilidades y necesidades de otro que quien ha admitido que también es profundamente necesitado.

En algún momento en los días iniciales de sus buenas determinaciones, sus elecciones sabias y sus respuestas amorosas, Berto y Martina dejaron de verse necesitados y los resultados fueron devastadores para su matrimonio. En algún punto de sus vidas sintieron que ya lo sabían todo, y cada vez se convencían más de que ya habían arribado. No se daban cuenta que estaban convirtiendo los dones de la gracia de Dios en un motivo de orgullo personal y marital. Hubo veces en que juntos se preguntaron por qué ciertas parejas que conocían no eran capaces de lidiar con sus problemas. Pero este orgullo a causa de su sabiduría, habilidad y fuerza era sutil y engañoso. Casi siempre lo es. No es que cambiaron su teología y algún momento dijeron, “ya no necesitamos más a Dios.” Tampoco dejaron de orar antes de las comidas ni al final del día, pero sus oraciones se convirtieron más una rutina espiritual que

en un indicador de lo que realmente creían sobre sí mismos y sobre Dios. Nunca dejaron de participar en los programas y ministerios de la iglesia, pero había una clara separación entre su celebración de la gracia de Dios el día domingo y su auto suficiencia el resto de la semana.

De hecho, de una manera muy real, Berto y Martina dejaron de orar, porque dejaron de verse a sí mismos como necesitados. Claro que musitaban frases religiosas bien aprendidas con sus cabezas inclinadas y sus ojos cerrados. Pero estas “oraciones” no eran mejores que la oración del fariseo de la parábola de Cristo en Lucas 18. Sus oraciones estaban vacías de un verdadero y profundo sentido de necesidad personal y por ello, también estaban vacías de una celebración y un aprecio que brotara del corazón.

Quisiera poder decir que nunca he estado en esta posición, pero sí lo he estado. Gran parte de los problemas que experimentamos en los primeros años de nuestro matrimonio eran debido a mi orgullo e impaciencia con Luella por no ser “tan justa y madura como yo.” Mis oraciones eran más un acto de religiosidad externa que una expresión honesta del clamor de un corazón necesitado.

La verdadera oración te transforma mientras requiere que reconozcas cuán fundamentalmente necesitado eres.

Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6:12). La oración te recuerda el llamado diario de Dios a tratar a tu esposa con la misma gracia que El te ha dado a ti. Requiere que ames a otros como has sido amado, no tiene sentido si no está enraizada en el reconocimiento de que Dios te ha dado su amor aun cuando no te lo ganaste, lo lograste o mereciste. La oración solo tiene sentido cuando está enraizada en la realidad de que has recibido el don diario del perdón paciente y la gracia fortalecedora. La oración te hace humilde pues te fuerza a reconocer que lo más valioso en tu vida, el amor de Dios, es algo que no tienes, en absoluto, la capacidad de lograr por tus propios méritos. Y así como te llama a celebrar el amor inmerecido, la oración te requiere comprometerte a amar a otros de la misma manera. Hay una conexión directa entre la justicia propia y la incapacidad e indisposición de amar a otros.

Es una contradicción buscar la ayuda de Dios y a la vez no estar dispuesto a ayudar a tu esposo o esposa, o celebrar el amor de Dios y a la vez rehusar amar a tu cónyuge. Es contradictorio estar profundamente consciente de tu necesidad constante de gracia mientras te niegas a darle gracia a la persona

con la que vives y a la que dices que amas. Es una contradicción saber que tu única esperanza en la vida es el perdón de Dios y al mismo tiempo rehusar perdonar a tu esposo o esposa; o conocer que Dios oye tus oraciones solo porque es paciente y bondadoso, y luego responderle a tu esposa con irritación e impaciencia.

No tiene sentido participar en un acto que, por su misma naturaleza, reconoce que has sido bendecido por el amor y la gracia divinas y al mismo tiempo no tener un compromiso práctico de amor y gracia en tu matrimonio. Es incongruente celebrar el perdón de Dios y luego rehusar perdonar a tu cónyuge en los momentos cuando el perdón, la reconciliación y la restauración son tan obvia y prácticamente necesarios. La oración te llama a celebrar el perdón vertical, pero a la vez requiere que ofrezcas el perdón horizontal.

La oración te recuerda el llamado de Dios al amor. Te recuerda que has sido diseñado para vivir una vida de sacrificio voluntario para el bien de otro; te recuerda que la vida exitosa consiste en amar a Dios sobre todas las cosas y en amar a tu prójimo como a ti mismo. La oración te recuerda que tu matrimonio se trata siempre de la dinámica diaria de un hombre pecador viviendo con una mujer pecadora y por ello, no hay compromiso más importante en el matrimonio que perdonar. La oración te trae a la memoria que no hay un solo día en tu matrimonio cuando los esposos no sean llamados a darse el uno al otro una gracia que no merecen o no se la han ganado.

Lo que le sucedió a Martina y a Berto nos sucede a muchos de nosotros. Pon atención al ciclo que voy a describir ahora. En la medida en que Martina y Berto perdieron de vista su necesidad de perdón, dejaron de estar dispuestos a perdonarse el uno al otro. Al dejar de perdonarse y de poner a un lado las ofensas, comenzaron a hacer una lista diaria de los errores del otro. Y así como comenzaron a guardar esa lista diaria, comenzaron a darse cuenta más y más cuánto era afectada su vida por las debilidades y fallas del otro. En la medida en que se hicieron conscientes de esto y lo aceptaron, se volvieron progresivamente más irritables, impacientes e intolerantes el uno con el otro. Así, puesto que no les gustaba pelear, para lidiar con la decepción que el otro les provocaba se protegían volviéndose cada día más distantes y cargados de ocupaciones.

Un compromiso mutuo de dar diariamente gracia es la única esperanza para

un matrimonio que consiste de dos pecadores, que es la única clase de matrimonio que existe. La oración nos recuerda el llamado de Dios a amar y a perdonar y nos recuerda que este llamado se necesita más cuando la otra persona lo merece menos.

“Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Mat.6.13). La oración te recuerda que tu más grande dificultad marital se encuentra adentro, no afuera de ti. La verdadera oración siempre te hace más humilde porque requiere que admitas quién realmente eres. Nos gustaría pensar que somos fundamentalmente gente buena cuyas más grandes dificultades en la vida existen afuera y no adentro de nosotros. Pero la oración nos confronta con una humillante realidad: la única razón por la que somos atrapados por el mal afuera de nosotros es por el mal que hay dentro de nosotros.

La oración nos requiere enfrentar el hecho de que no importa cuánto suframos en nuestro matrimonio, el dilema más profundo y permanente de nuestra vida existe adentro, no afuera de nosotros. Nos requiere enfrentar la tenebrosa y devastadora realidad de nuestro pecado y cómo este distorsiona lo que pensamos, deseamos, decimos y hacemos. Requiere que reconozcamos que necesitamos rescate y protección porque llevamos dentro de nosotros algo que nos seduce y nos aleja de lo que es justo para llevarnos hacia lo que es erróneo. La oración nos doblega porque nos invita a admitir que llevamos dentro de nosotros algo egocéntrico y antisocial que es destructivo para nuestra relación matrimonial.

La oración requiere que confesemos que el más grande problema en nuestro matrimonio, aquello de lo que no podemos escapar aunque cambie el lugar y las circunstancias ¡somos nosotros mismos! Es nuestro pecado el que nos seduce, engaña y atrapa una y otra vez. Es nuestro pecado el que nos hace desear, pensar, decir y hacer cosas que no deberíamos. La oración nos llama a dejar de culpar a nuestro esposo o esposa por nuestras palabras y acciones; nos pide que aceptemos la responsabilidad por nuestra conducta y al hacerlo, que recibamos perdón y ayuda.

La oración destruye el juego de estarse señalando, acusando y culpando el uno al otro, y que paraliza tantos matrimonios. Cuando el esposo está profundamente persuadido de que la esperanza del matrimonio es que la esposa se corrija, y cuando la esposa está profundamente persuadida de que el futuro de su matrimonio está en lograr que el esposo cambie, puedes estar seguro que ese matrimonio no cambiará. Es solo cuando ambos confiesen que

es el pecado dentro de ellos lo que los mueve a hacer lo malo – no el pecado del otro – que comienzan a anhelar el cambio y el crecimiento y a buscar la ayuda de Dios.

Mientras más Berto y Martina se señalaban el uno al otro como la causa de sus actitudes y acciones, más se estancaba su matrimonio y el cambio parecía más remoto e imposible. El cambio en un matrimonio siempre comienza mirando hacia adentro, y eso es exactamente hacia donde la oración nos llama a mirar. La celebración de un Salvador, en la cual consiste la esencia de la oración, tiene sentido solo cuando reconocemos que no podemos escapar del pecado que reside dentro de nosotros. Cuando reconocemos nuestro pecado dejamos de culpar a nuestro cónyuge y comenzamos a ponernos serios acerca de buscar ayuda. En el matrimonio, la oración nos recuerda, una y otra vez, que tu más grande y permanente problema eres tú.

“Porque tuyo es el reino y el poder y la gloria por siempre. Amén.” La oración nos recuerda que la clave de un matrimonio de unidad, entendimiento y amor se fundamenta en el compromiso con el Reino de Dios y no con el nuestro. La oración verdadera y del corazón comienza como termina – con el reconocimiento del reino y la gloria de Dios. La oración te recuerda que la vida no se trata de ti, te recuerda que el centro de tu universo es un lugar reservado para Dios y para El solamente. La oración te hace consciente de que la verdadera paz, satisfacción y contentamiento viene cuando vives para una gloria más grande que la tuya; que la esperanza del matrimonio no se encuentra en un esposo o una esposa conspirando para edificar su propio reino, sino en someterse juntos a la sabiduría y al gobierno de un Rey mucho mejor. La oración te llama a salir del reino del ego, que es tan destructivo para todo lo que un matrimonio debe ser, y te invita al reino de Dios, donde un Dios de amor gobierna en amor.

PERSISTIENDO EN LA BATALLA Y CONFESANDO

NUESTRA NECESIDAD

No importa cuánto tiempo hayas estado casado, cuánto hayas aprendido, crecido y cambiado, tienes que mantenerte en la batalla (la que ruge en tu corazón entre el reino del ego y el reino de Dios), y tienes que continuar admitiendo tu necesidad. Todos los días hay evidencias de que el pecado aún vive en ti, y mientras sea así, no puedes bajar la guardia, no puedes darte el lujo de acomodarte. La guerra terminará algún día y la lucha se acabará algún día porque el pecado será finalmente derrotado, pero hoy todavía el pecado

vive dentro de ti y la batalla tiene que pelearse.

Pero no peleas solo. Mientras te propones velar y orar, Dios te da la gracia de su perdón, protección, sabiduría y fortaleza. Él te ama con amor eterno. Nunca se cansa de ti o se disgusta por tus dificultades. Nunca te lanzará tus errores en el rostro o usará tus pecados en tu contra. Él derramo la sangre de su Hijo para que en tus conflictos, puedas tener el perdón y el poder que necesitas.

Cuando oras por tu matrimonio reconoces que no estás solo. Cuando oras te reconoces que la gracia ha invadido tu matrimonio, y por ello, hay esperanza. Realmente la hay.

COMPROMISO 1: Nos entregaremos a un estilo de vida de confesión y perdón.

COMPROMISO 2: Haremos del crecimiento y el cambio nuestra agenda diaria.

COMPROMISO 3: Trabajaremos unidos para formar un vínculo robusto de confianza.

COMPROMISO 4: Nos comprometeremos a cultivar una relación de amor.

COMPROMISO 5: Negociaremos nuestras diferencias con aprecio y gracia.

COMPROMISO 6: Trabajaremos para proteger nuestro matrimonio.

17.

ADORACIÓN, TRABAJO Y GRACIA

¿Entonces, qué es lo que hace posible un matrimonio de unidad, entendimiento y amor? Esta clase de matrimonio es el resultado del compromiso de trabajar arduamente por el resto de la vida matrimonial y de una confianza profunda en la gracia transformadora de Dios. ¿Y cómo se obtiene ese compromiso de trabajar por el matrimonio y confiar en la gracia? Hay una sola y única cosa que puede crear en ustedes este compromiso de *trabajar arduamente y confiar*. Esta sola y única cosa es la adoración.

Piensen en el compromiso que hace posible un matrimonio maravilloso que honra a Dios – el compromiso del cual trata este libro. *¿Qué necesitan para lidiar honestamente con sus pecados, debilidad y errores?* Trabajo arduo y confianza. *¿Qué se requiere para hacer crecer y cambiar sus agendas diarias?* Trabajo arduo y confianza. *¿Qué se necesita para edificar un fundamento sólido de confianza?* Trabajo arduo y confianza. *¿Qué es necesario para edificar una relación de amor?* Trabajo arduo y confianza. *¿Qué hace posible lidiar con sus diferencias con aprecio y gracia?* El trabajo arduo y la confianza. *¿Y qué hay que hacer para proteger el matrimonio?* Trabajar arduamente y confiar. Estamos hablando de un estilo de vida que dura toda la vida y que consiste en un gozoso trabajo marital, una vida que los esposos comparten mientras se apoyan en la gracia de Dios, de donde obtienen lo que necesitan para hacer lo que les corresponde como pareja. ¿Pero qué impulsa a una pareja a entregarse a la labor diaria de un buen matrimonio y a creer que Dios no va a exigirles un trabajo más allá de lo que El les dé la capacidad de hacer? Lo que los impulsa es la adoración. Esto, y solamente esto, es el fundamento de un matrimonio de unidad, entendimiento y amor.

Mañana Luella y yo saldremos el fin de semana a celebrar nuestro aniversario. Puede sonar cursi, pero estoy casado con una de las personas más heroicas y admirables que conozco. Luella es mi confidente, mi consejera, y

mi amiga más querida. Constantemente me asombra con su coraje y perseverancia. Me maravilla la naturalidad de su amor por la gente y las muchas maneras en que, instintivamente, ministra a otros. Aprecio profundamente la forma tan enfocada en que vive cada día, preocupándose por lo que realmente importa. Repetidamente me impresiona cómo es que nunca deja de pensar y cómo piensa por implicación. Me encanta cómo ama al Señor y cómo toma en cuenta su voluntad en todo lo que hace. Estoy muy agradecido de vivir con una persona tan estable y madura.

Pero con todo lo que amo, aprecio y respeto a Luella, reconozco que ella no es perfecta (aunque esta mucho más cerca de serlo que yo). Sí, ella es una mujer de carácter, pero el pecado aun vive en ella tanto como en mí. La batalla aún ruge por el control de nuestros corazones en esos pequeños momentos en los que toda pareja vive. Anhelamos que nuestra vida sea amorosa, pacífica, unida y productiva. Nuestro deseo número uno es que nuestro matrimonio le sea agradable a Dios. Pero no siempre lo ponemos a Él delante de nuestros ojos. Hay veces que queremos seguir nuestro propio camino o queremos ir más allá de los límites. Hay veces en que dejamos que las diferencias que Dios ha creado entre nosotros sean motivo de conflicto. En ocasiones se nos hace difícil escuchar, perdonar, servir o dar, pues nuestro egocentrismo obstruye el camino del amor, cuando fallamos en dejar pasar por alto ofensas menores o convertimos una cosa pequeña en algo grande. Hay veces en que nos llenamos de tantas ocupaciones que nuestra relación sufre las consecuencias.

Luella y yo tenemos una maravillosa relación. Es una amistad y un romance a largo plazo. Puedo decir con honestidad que amo a Luella más que nunca a medida que nos encaminamos a este fin de semana de aniversario. Pero nosotros no podemos, y no debemos, cesar de trabajar en nuestra relación. No podemos actuar como si ya llegamos al final. No podemos descansar en nuestros laureles y acomodarnos el resto del camino. No podemos retirarnos de las cosas buenas que hemos sido llamados a hacer como esposo y esposa. El pecado aún vive en nosotros con todos sus instintos egoístas y antisociales. Tenemos que mantenernos velando, examinándonos, escuchando, pensando, confesando, perdonando y perseverando. Aun tenemos que trabajar para mantener a Dios delante de nuestros ojos. Tenemos que tener conversaciones que desearíamos que no fueran necesarias. Aún tenemos que decir, “perdóname, lo siento,” y “te perdono.” Tenemos que aferrarnos fuertemente a nuestro compromiso de hacer lo correcto pase lo que pase. Aún debemos

tener presente la gracia, darnos gracia el uno al otro, y descansar en la gracia.

Tenemos un matrimonio maravilloso, pero todavía hay trabajo que hacer diariamente. Y a medida que lo hacemos tenemos que recordar la presencia, las promesas y la provisión de Dios. El está en nosotros, con nosotros y por nosotros, pero su obra en nuestros corazones aún no se ha completado. Hasta que esto suceda, todos los días en nuestro matrimonio tienen que ser días de trabajo voluntario arduo y de confianza. Y la única manera de vivir de esa manera es cuando cada día es también un día de adoración. La adoración realmente es el fundamento de todo matrimonio que no solamente es bueno, sino bueno a largo plazo. Los buenos matrimonios se edifican verticalmente antes de edificarse horizontalmente. Los matrimonios en conflicto deben ser reparados verticalmente antes de que puedan ser reparados horizontalmente.

En lo que se refiere a los conflictos matrimoniales, la adoración es el problema y la adoración es la cura. Déjenme recordarles nuevamente lo que esto significa. Solo cuando Dios está en el lugar que le corresponde es que las otras cosas estarán en su lugar correspondiente. Solamente cuando amo a Dios sobre todas las cosas puedo amar a Luella como a mí mismo. Si el amor a Dios no es la fuerza práctica que mueve mi vida, lo que lo hará será el amor a mí mismo. Si el reino de Dios no es la razón por la que hago lo que hago en mi matrimonio, mi reino egocéntrico lo será. Si no descanso en el control de Dios, yo buscaré tomar el control. Si no estoy consciente de que dependo de la gracia de Dios, probablemente no actuaré con gracia hacia Luella. Si olvido el llamado de Su voluntad, mis respuestas serán dirigidas por lo que yo quiero, como lo quiero, donde lo quiero y cuando lo quiero.

Esa tendencia a adorarnos a nosotros mismos, que es el impulso antisocial tan destructivo para el matrimonio, solo puede ser derrotada cuando se reemplaza por una voluntaria, activa y consistente adoración a Dios. Voy a repetir mi confesión: mi problema nunca ha sido que no he amado lo suficiente a Luella; no, mi problema siempre ha sido que no he amado suficientemente a Dios, y por esa razón no he amado a Luella como debería.

Esta es la esencia del asunto: la guerra por nuestros matrimonios es una guerra de adoración. El problema fundamental de cada matrimonio es la adoración mal ubicada. La medicina para cada matrimonio es una renovada adoración a Dios. ¿Suena muy simple? Bueno, lo es y no lo es. Aunque este principio es verdad de cada matrimonio, la guerra y la medicina lucen diferentes para cada pareja, porque la manera en que esta guerra se lleva a

cabo y la manera en que la medicina sana son diferentes para cada uno de nosotros. Es diferente para cada uno debido a la manera en que Dios nos ha constituido, la persona cerca de quien nos ha puesto y el lugar donde ha escogido que vivamos. Pero a pesar de nuestras diferencias, todos sufrimos el mismo problema y buscamos la misma medicina.

Tal vez estés pensando, “Pablo, esto no suena muy romántico.” No es mi intención faltarle el respeto al romance. Amo el romance. En la vasta secuencia de lo que define la masculinidad yo me encuentro bien al extremo del lado romántico. Pienso que la intimidad y el romance son ingredientes importantes en un matrimonio sano, pero como he argumentado en este libro, un buen matrimonio no crece en el terreno del romance. No, el terreno en el que un buen matrimonio crece es el terreno de la adoración, y el fruto que un buen matrimonio produce es el fruto de un romance a largo plazo, dulce y mutuamente satisfactorio. La adoración realmente es el terreno de un matrimonio maravilloso. Permítanme explicarme una última vez.

TU MATRIMONIO Y LA ADORACIÓN

Cuando me casé no había una verdadera o necesaria conexión en mi mente entre la *adoración* y el *matrimonio*. Yo pensaba que esas dos palabras, adoración y matrimonio existían en dos dimensiones separadas de mi vida. Pero no es así. Ahora entiendo que nuestras vidas no están nítidamente divididas en lo espiritual y lo secular, lo vertical y lo horizontal. No están divididas en nítidas categorías como, “las cosas que debo hacer mientras adoro a Dios” y “las cosas que debo hacer mientras hago todo lo demás.”

Puesto que Dios reclama no solo el aspecto religioso formal de tu vida sino tu vida entera, tu relación con Dios determina tu relación con todo lo demás. La vida y la adoración no se pueden separar. Sea que lo reconozcas o no, tú te pasas adorando todo el día. La pregunta es, “¿qué es lo que adoras?” Déjame hacer conexiones concretas entre la adoración vertical (amor por Dios) y la horizontal (amor por tu esposa) como una manera de resumir el contenido de este libro y darte así una herramienta más para evaluar tus pensamientos, deseos y respuestas en tu matrimonio.

Cuando tu vida es moldeada por la adoración a Dios, vives con sus planes y propósitos a la vista. Cuando vives delante de Dios, tu perspectiva fundamental sobre el matrimonio cambia. En lugar de buscar en el matrimonio realizar tu sueño egocéntrico, te preguntarás, “¿Qué es lo que Dios ha determinado que mi matrimonio sea y haga?” Este cambio de

perspectiva alterará radicalmente la manera en que te relacionas con tu esposo o esposa. De modo que en lugar de procurar que tu cónyuge participe en tu sueño, o pretender que te lo haga realidad, juzgándole de acuerdo a eso, ahora querrás humildemente trabajar con él o ella para edificar un matrimonio que sea una expresión práctica y cotidiana de la voluntad de Dios. En lugar de buscar que se haga tu voluntad en el matrimonio y procurar que tu cónyuge se someta a tus planes, encontrarás gozo en la voluntad de Dios.

Déjame poner esto en los términos que he estado usando en este libro. Estoy convencido que muchos matrimonios de personas que se dicen cristianos, no tienen nada que ver con Dios, y es aquí donde comienza el problema. Tal vez la pareja ha tenido un consejería prematrimonial cristiana, y quizás han recitado los votos cristianos delante de su pastor y de la gente de su iglesia, pero hasta allí llega su cristianismo. Si se detuvieran a examinarse pronto descubrirían que lo que moldea sus matrimonios no es una búsqueda gozosa, disciplinada y cotidiana del reino de Dios. Aunque no se den cuenta, lo que estas personas probablemente están buscando con todas sus fuerzas son los intereses de sus reinos privados, y ya hay evidencias que esos reinos están comenzando a chocar. Si tú te casas impulsado por los sueños de tu propio reino, vas a decir que amas a la otra persona, pero lo que realmente estás haciendo es procurando manipularla para que de alguna manera sirva a tu reino. Si logras hacer eso, y la persona asiente, estarás feliz y contento de estar casado. Pero si la persona se resiste, estarás decepcionado e insatisfecho y te preguntarás si has cometido un terrible error.

Adorar a Dios en tu matrimonio hace que esto explote. Cuando adoran juntos a Dios y buscan Su reino, ustedes cesan de procurar que sea su propio reino el que venga y que sus voluntades sean hechas. Dejan de manipular, exigir, y tratar de reclutar a su cónyuge para el servicio de sus reinos. Dejan de examinar a su cónyuge y su matrimonio a través de los lentes de sus necesidades, deseos y sentimientos. Cuando adoran a Dios, las exigencias dan lugar al servicio, los reclamos dan lugar a la gratitud, y la insatisfacción da lugar al gozo porque el egoísmo ha dado lugar al amor a Dios y al amor al cónyuge. La adoración cambia radicalmente sus expectativas y la manera como se relacionan el uno al otro.

Estoy muy consciente que mi enojo durante los primeros años de mi matrimonio estaba arraigado en la adoración. El enojo no era la esencia de mis problemas; era solo el síntoma de un problema más grande. Yo quería ser

soberano sobre mi vida y mi matrimonio y me enojaba que Luella siempre pareciera interponerse en mi camino. Tenía un plan para mi vida y la de ella, y quería que ella se subiera a mi tren. Yo era pastor y consejero, pero estaba ciego al hecho de que el reino de Dios tenía poco que ver con lo que sucedía dentro de la puerta de mi casa. Luella estaba herida y confusa porque procuraba hacer lo que parecía ser lo mejor, pero yo me molestaba porque lo que a ella le parecía lo mejor no coincidía con lo que yo creía que era mejor. Mis intenciones no era abusivas o malevolentes. Si me hubieses preguntado te habría dicho que amaba a Luella. El problema es que había reemplazado funcionalmente a Dios en mi matrimonio, y por eso nos estábamos encaminando hacia el desastre.

Como ves, la esperanza de nuestro matrimonio no se encontraba en que yo asistiera a un curso para controlar la ira. Yo no necesitaba tanto el control de mi ira como un reajuste en mi adoración. Fue solo cuando Dios estuvo en su justo lugar que las cosas comenzaron a cambiar a nivel básico en el matrimonio de los Tripp. Como lo dije antes, mi problema no era que yo no amara a Luella suficiente. Mi problema era que no amaba a Dios suficiente y por eso no amaba a Luella como debía.

Si no adoran a Dios en su matrimonio, como sea, de una manera o de otra ustedes se insertarán a sí mismos en esa posición. Tú procurarás ser el Señor de tu matrimonio. Procurarás asegurarte que tu reino venga y que tu voluntad sea hecha, y evaluarás y responderás a tu cónyuge dependiendo de su disposición a servir a los propósitos de tu reino. Solo la adoración a Dios es suficientemente vigorosa para quebrantar tu apego a ti mismo y convertirte en una persona que realmente encuentra su gozo en amar a otro. ¿La voluntad de quién es la que establece la agenda en tu matrimonio?

Cuando tu vida es modelada por la adoración a Dios, vives agradecido. Cuando comienzas a examinarte de verdad en el espejo de la palabra de Dios y ves cuán indigno eres, te impacta lo grande que es la paciencia, la bondad, la ternura y el perdón de Dios. En lo profundo de tu corazón sabes que no tienes derecho a esperar o demandar cosas buenas para tu vida y tu matrimonio. Sabes que no puedes ponerte delante de Dios y decir, “yo merezco un matrimonio de unidad, entendimiento y amor por lo que soy y por lo que he hecho.” Cuando te examinas a la luz del carácter y la palabra de Dios, es difícil aferrarse a la creencia de que eres justo y digno. Cuando te pones bajo la sombra de la gloria de Dios, se apodera de ti una conciencia de lo débil, falible, indigno e inmerecedor que en realidad eres.

Este es el punto: la adoración a Dios es lo único que puede destruir la adoración a ti mismo. Solo cuando adoras a Dios eres capaz de mirarte a ti mismo con humildad y realismo, y es solo cuando haces esto que dejas de demandar y comienzas a ser agradecido. Mientras tú sigas siendo el centro de tu mundo, seguirás engañado por la falsa idea de tu propia justicia y dignidad. Te parecerá justo esperar y exigir cosas buenas porque estás convencido de que las mereces.

La adoración a Dios nos pone en nuestro lugar. Nos enseña que todo lo bueno en nuestras vidas es un regalo inmerecido de la mano de aquel cuya esencia es amor y gracia. La adoración transforma a esposos y esposas exigentes en personas agradecidas; hace que dejen de reclamar sus derechos y que den gracias por lo que tienen; cambia la desilusión por celebración gozosa.

Así que cuando comienzas a vivir con gratitud, esa gratitud vertical produce aprecio horizontal. En lugar de ser exigente e insatisfecho, buscas todas las oportunidades posibles para expresar tu aprecio. En lugar de criticar y juzgar te impresiona el hecho de que no mereces nada de lo bueno que has experimentado en tu matrimonio. Esto ha llegado, no porque tú eres bueno, sino porque Dios lo es y te ha bendecido con su amor y su gracia, aun en los días cuando has hecho poco para merecerlo. Adorar a Dios por su bondad, gracia y amor es el terreno donde crecerá la gratitud y el aprecio por tu esposo o esposa. ¿Te describiría tu cónyuge como una persona consistentemente agradecida y que aprecia la relación matrimonial?

Cuando tu vida es modelada por la adoración a Dios, no reduces el mundo al tamaño de tus deseos, necesidades y sentimientos. Los matrimonios en conflicto tienden a ser matrimonios disminuidos. ¿Qué significa esto? Significa que son tensos y decepcionantes, porque aunque el esposo y la esposa no lo sepan, han reducido las esperanzas y los sueños de su matrimonio al tamaño de sus deseos, necesidades y sentimientos individuales. La esposa mira la relación a través de los lentes de su pequeño reino privado, con su egocéntrico catálogo de deseos, necesidades y sentimientos; y el esposo hace lo mismo. Hay conflicto porque sus reinos están constantemente colisionando.

Matrimonios como estos no se van a convertir en lugares de paz aprendiendo alguna estrategia para la resolución de conflictos. No, lo que necesitan es un cambio a un nivel más profundo. En los días iniciales de mi

matrimonio, cuando yo tenía conflicto con el enojo, ese enojo era realmente el síntoma de un problema más profundo. Yo sabía exactamente cómo quería que fuera mi matrimonio. Sabía exactamente cómo quería que Luella pensara, actuara y respondiera. Sabía con exactitud lo que me satisfaría y me pondría contento. Había reducido las esperanzas y los sueños de mi matrimonio al tamaño de mis deseos, necesidades y sentimientos.

Tú podrías haberme visto y pensar, “este hombre necesita tomar clases para el control de su ira.” Pero eso no era lo que necesitaba. No necesitaba tanto el control de mi ira como el reajuste de mi adoración. En lo que se refiere a las realidades cotidianas de mi matrimonio, Dios estaba afuera de mi escenario. Claro que yo era un creyente, pero estaba enfrascado en la búsqueda frenética de mi propio reino y juzgaba a mi esposa basado en su disposición a participar en los propósitos de mi reino. En mi frustración no me daba cuenta que el problema era yo. Fallé en reconocer que Dios no derramaba su amor sobre mí para hacer funcionar mi pequeño reino, sino para introducirme a un reino mucho más grande y mejor.

Solo cuando un esposo y su esposa aman al mismo Rey y buscan de manera práctica el mismo reino, pueden esperar una unidad, un entendimiento y un amor funcionales. Mi enojo revelaba que mi problema no era, primero, que yo no amara suficiente a Luella. Lo que revelaba era que no amaba a Dios como para mantener delante de mis ojos su presencia y su reino de manera constante. Así que me inserté en el centro e hice que todo girara alrededor de lo que yo quería, lo que sentía y lo que pensaba que necesitaba, y al hacerlo arrojé por la ventana toda esperanza de unidad verdadera.

Gracias a Dios, El me rescató de mí mismo, y Luella y yo comenzamos a preocuparnos más de la voluntad del Rey que de nuestros propios diminutos reinos egocéntricos. ¿Hay áreas en tu matrimonio donde tus acciones y respuestas están aun ajustadas a apenas lo que tú quieres, sientes y estás convencido que necesitas?

Cuando tu vida está moldeada por la adoración a Dios, no tratas de hacer el trabajo de Él. Hay muchos esposas y esposos exhaustos, frustrados y desmotivados porque están tratando de hacer el trabajo de Dios. No toma mucho tiempo en un matrimonio para confrontar la realidad de que te casaste con una persona menos que perfecta. No hace falta mucho para darse cuenta que esa persona necesita cambio y crecimiento. Lo importante es qué haces cuando te das cuenta de eso.

Hay esposos y esposas que se asignan el trabajo de Dios de cambiar a su cónyuge en la persona que él o ella debiera de ser. Por supuesto, no se dan cuenta de lo que están haciendo, pero lo hacen de todas maneras. Se imaginan que por el tono y el volumen de sus voces, el poder de sus argumentos, usando la culpabilidad, amenazando con lo que pueda suceder o con cualquier otra estrategia humana, serán capaces de cambiar a la persona con la que se casaron. Pero sucede lo contrario. Ni tú ni yo tenemos la capacidad de cambiar a nuestro cónyuge. Y cuando tratamos de hacerlo nuestra tendencia es juzgar, criticar y condenar. Tendemos a enfocarnos en lo negativo en lugar de lo positivo. Nos volvemos más hábiles para descubrir los errores que para reconocer lo bueno. Y a medida que hacemos esto nos frustramos y desanimamos más, y nuestro esposo o esposa siente que le estamos faltando al respeto y que no le amamos. El resultado es que los cambios que suceden son más negativos que positivos.

Cuando tu matrimonio vive con la conciencia constante de Dios, ustedes tienden a estar más dispuestos y son más capaces de aceptar sus límites. Les anima saber que no solamente Dios está presente en ustedes sino que El quiere y puede cambiarlos a ambos como jamás podrían ustedes hacerlo, en las áreas donde más lo necesitan. El nunca se cansa o se siente con ganas de abandonarlos, ni nunca les dará la espalda. Tú puedes descansar, aun cuando es evidente que hace falta un cambio, porque sabes que no están solos. Dios está con ustedes y está dispuesto y es capaz de hacer en su matrimonio lo que ustedes no pueden hacer por sí mismos. ¿Hay áreas en sus vidas donde todavía intentan hacer el trabajo de Dios?

Cuando sus vidas son modeladas por la adoración a Dios, quieren dar a otros la misma gracia que han recibido. Mientras más conscientes estén del poder, la sabiduría, la santidad, la fidelidad y el amor de Dios, más humildemente vivirán conscientes de cuán profundamente necesitados son. Cuando viven a la luz de la gloria de Dios obtienen una conciencia más exacta de quienes son, y esta conciencia les hace confesar cuán desesperada es su necesidad de la gracia. Esta conciencia exacta se derrama sobre la manera que tienen de ver la vida y de ver a las otras personas. En lugar de ver lo que tienes y decir, “mira lo que he logrado,” dices, “mira cuántas evidencias de cómo Dios ha estado conmigo y me ha bendecido por su gracia.” Mirar de esta manera la vida cambia la manera en que miras a los demás. Cuando confiesas cuánto Dios te ha dado de su paciencia, bondad, perdón y amor, tiendes a relacionarte con tu esposa con más ternura y

paciencia.

Cuando olvidas quién eres, y cuánto necesitas la gracia, es muy fácil criticar, condenar, ser severo y juzgar a tu cónyuge; es fácil precipitarte para señalar, dándole lugar a tu justicia propia y enojándote porque te sientes mejor que tu cónyuge, cosas que son tan destructivas para el matrimonio. Muchas parejas, al olvidar quién es Dios y quienes son ellos, lo cual resulta en críticas y falta de perdón, comienzan a mantener un inventario de las faltas que cometen el uno contra el otro. Aunque no se den cuenta, esta lista de errores, la arrastran hasta su próximo problema y le da color a la manera en que se ven y se oyen al discutir. Por eso se les hace cada vez más difícil mirarse con aprecio y respeto. Progresivamente su visión del matrimonio es: “mira lo que tengo que pasar por estar casado contigo.” El enojo y la crítica se vuelven temas más frecuentes en su matrimonio que el perdón, y el aprecio.

La mejor defensa contra esto es mantener a Dios delante de ti en todo tiempo. Es cuando nos vemos a nosotros mismo a la luz de Dios que vemos también con precisión cuán necesitados somos y buscamos maneras de darle a nuestro esposo o esposa la misma gracia que tan desesperadamente necesitamos. La gente que mejor ama es la que aprecia más profundamente la manera en que ha sido amada. La gente que perdona con más disposición y fidelidad es la que sabe que todos los días está desesperadamente necesitada de perdón. Los más pacientes son aquellos que reconocen que cada día son bendecidos con la paciencia y la bondad de Dios. Cuando por su gracia adoras a Dios activamente, es difícil que no le des gracia a tu esposo o esposa. ¿Una conciencia clara de tu necesidad, no te motiva a responder con gracia a las necesidades, debilidades y fallas de tu esposo o esposa?

Cuando tu vida es moldeada por la adoración a Dios, la gente y las cosas toman su lugar correcto. Los seres humanos siempre buscan algo que les dé identidad, significado, propósito y un sentido interno de bienestar; nosotros fuimos creados para lograr estas cosas verticalmente, en relación a Dios y en adoración a Él. Pero cuando olvidamos quienes somos como criaturas e hijos de Dios, buscamos nuestra identidad en algún otro lugar. Anteriormente he escrito que la amnesia de nuestra identidad siempre nos lleva a un reemplazo de nuestra identidad. Lo que quiero decir con esto es que lo que fuimos diseñados a obtener verticalmente de un Dios que nunca cambia o falla, tratamos de obtenerlo horizontalmente en la gente, los lugares o las cosas.

Tal vez estás pensando, “Paul, entiendo lo que estás diciendo, pero no estoy seguro que tenga que ver con el matrimonio.” Déjame volver a algunos ejemplos. Juan no se ha dado cuenta, pero su trabajo se ha convertido en el lugar de donde él obtiene su identidad. Es donde él se siente vivo, exitoso y completo. La posición, poder, éxito y respeto que ha logrado en su trabajo son las cosas que le dan esa sensación interna de que “todo está bien” y que cada mañana le impulsan a levantarse. Es por eso que cada vez se pasa más y más tiempo en su trabajo, buscando incrementar ese éxito que le da el sentido de ser él mismo. A causa de esto, Juan paulatinamente pasa menos tiempo con su esposa. De hecho, el regreso del trabajo hacia la casa es para él como regresar de lo que es realmente importante y le da valor a su vida. Esto explica por qué no le emociona llegar a la casa por las noches ni se interesa por lo que allí sucede. No, Juan se desconecta de la vida cuando va de regreso a casa, de allí en adelante todo lo que quiere hacer es estar tranquilo y descansar para su próximo día de trabajo.

El no se da cuenta, pero el trabajo se ha convertido en su mesías sustituto y le ha extraído la vida a su matrimonio arrancándole todo el entusiasmo y el compromiso matrimonial. Su esposa ha entendido que ella vive fuera del círculo de lo que a él le hace sentir valioso. Su matrimonio se caracteriza más por la distancia y la distracción que por la unidad, el entendimiento y el amor.

María no sabe cómo sucedió, pero en algún momento, a lo largo del camino, comenzó a ligar su identidad y su sentido de bienestar a la belleza de su casa. En maneras que afectan severamente su relación con Guillermo, su esposo, y con sus tres niños, María ha convertido su casa en un museo donde exhibe su destreza doméstica. No puede tolerar que en su casa haya desorden o suciedad de ninguna clase. Ha establecido una serie de reglas sobre cómo cada uno debe conducirse en cada cuarto. Guillermo y los niños tienen que caminar de puntillas, y siempre están metidos en problemas porque de alguna manera quebrantan alguno de los mandamientos domésticos de María. Lo que ella prácticamente quiere es que su casa luzca como que si nadie viviera en ella.

María no lo sabe, y probablemente se ofendería si me escuchara decirlo, pero ella realmente ama el orden y la belleza de su casa más de lo que ama a Guillermo. Él ya no es el objeto de su afecto; ha sido reducido, unas veces a una herramienta de orden doméstico, y otras a un obstáculo para ello. De modo imperceptible personaliza todas las manchas, el polvo y el desorden.

Guillermo la ha escuchado decir repetidamente, “Si realmente me aman y me respetan, deberían ayudarme a mantener algún orden aquí.”

Ella está buscando su identidad en un lugar donde jamás podrá ser hallado y eso está dañando su matrimonio. A Guillermo no le gusta estar en la casa porque siente que siempre tiene problemas. No disfruta estar con María porque ella constantemente está criticando e insatisfecha.

Juan y María padecen de amnesia de identidad, y su equivocada búsqueda de identidad está extinguiendo la vida de sus matrimonios. No será sino hasta que comiencen a adorar a Dios por su presencia poder y provisión diaria que sus corazones descansarán, serán libres de la búsqueda inútil, y podrán amar con el amor con que han sido amados. ¿Te libran el descanso interno y la paz del corazón para entregarte a tu matrimonio en actos cotidianos de amor y servicio?

Cuando tu vida es moldeada por la adoración a Dios, tú celebras Su obra en tu cónyuge. Cuando miras a tu esposo o esposa, ¿celebras o criticas? Con esto no quiero decir que con un amor ciego te engañes a ti mismo y creas que te casaste con la persona perfecta, porque no es así. Es muy importante que estés consciente de las áreas donde tu esposa o esposo necesita cambio y crecimiento, porque Dios te ha llamado a ser uno de sus instrumentos de transformación personal en la vida de tu cónyuge. Pero habiendo dicho esto, el hecho es que no deberías ver a tu cónyuge sin ver en él o ella la mano de Dios. Él ha estado y está allí como Creador y Salvador.

Adorar a Dios como Creador en tu matrimonio significa que cuando miras a tu esposo o esposa, cuando consideras su personalidad y dones y cuando piensas cuán diferente es su constitución comparada con la tuya, vas a celebrar la gloria de Dios como Creador expresada en la forma que Él diseñó a tu cónyuge. Esto debería hacerte celebrar a tu cónyuge y la manera en que tu perspectiva ha sido expandida y tu vida ha sido enriquecida por el matrimonio. Adorar a Dios también te protegerá de intentar clonar a tu cónyuge a tu semejanza.

Adorar a Dios como Salvador significa que vas a buscar y a reconocer las cosas buenas que Él ha permitido que tu esposa tenga y haga. También significa que no buscarás ser un mejor mesías que el Mesías, tratando de hacer lo que solo Él puede hacer, es decir, tratando de cambiar a tu cónyuge por dentro. ¿Celebras la obra de Dios en tu esposo o esposa comunicándole aprecio y respeto?

Cuando tu vida es moldeada por la adoración a Dios, no vives en temor. Cuando adoras a Dios estás consciente de Su presencia, poder y promesas. Puesto que Dios está en tus pensamientos, te inclinarás a recordar que nunca estás solo. Cuando recuerdas que no estás solo, no tienes pánico al enfrentar en tu matrimonio cosas que son mayores que tu carácter, tu madurez, tu sabiduría y tu fortaleza. Sabrás que el potencial para que tu matrimonio sea lo que Dios diseñó que fuese no lo logras tú ni tu esposa. No, es Dios contigo, en ti y por ti. Él te dará la gracia para hacer lo que te ha llamado a hacer.

Algunas veces El te dará la gracia del coraje, si no fuera así tendrías miedo. Otras veces te dará la gracia de la sabiduría, y si fuese de otra manera no habrías sabido qué hacer. En ocasiones te dará la gracia de la paciencia, y si El no te la diera, te sería muy difícil esperar. Otras veces te dará la gracia del perdón, y si no fuese así te volverías amargado e indiferente. Ocasionalmente te dará la gracia de la fortaleza sin la cual no tendrías el poder de continuar. También te dará la gracia de la esperanza, sin la cual el desánimo te paralizaría. La adoración te hace consciente de la presencia de Dios y a medida que lo hace te protege de darle lugar al temor.

¿Por qué David pudo caminar hacia aquel valle para enfrentar al poderoso guerrero Goliath? ¿Cómo pudo Gedeón obtener la valentía para guiar a trescientos hombres contra un gran ejército? ¿Qué hizo a Samuel capaz de hablar tan fuerte y claramente y con tal valentía? ¿Qué le dio a Sadrac, Mesac y Abed-Nego la capacidad de decir no al rey, aunque eso significaba ser lanzados al horno de fuego? ¿Qué hizo a Pedro capaz de enfrentar a los líderes religiosos de sus días y rehusar hacer silencio? La respuesta a estas preguntas es la misma. Ellos pudieron hacer esto porque reconocieron que no estaban solos; estaban profundamente conscientes de que Dios estaba con ellos, de modo que medían su potencial de acuerdo a eso. No era su pequeñez en contra de un gran obstáculo. No, era un gran Dios contra un mínimo problema. La adoración a Dios en tu matrimonio siempre te protegerá contra el temor y te moverá a hacer cosas que, en temor, habrías escapado de ellas. ¿Te da valor saber que Dios está contigo en áreas donde si no fuera así sería el temor el que establecería la agenda?

ADORACIÓN Y TRABAJO

Puede ser que ya hayas anticipado lo que estoy por decir. La adoración es mucho, mucho más que un conjunto de emociones o un bosquejo teológico. Es un estilo de vida. Es una manera de pensar y de responder a todo lo que te

sucede en la vida. Es creer que Dios existe, que está contigo en tu matrimonio y que lo que Él te ha llamado a hacer vale la pena. La adoración y el trabajo van de la mano. Si crees que Dios es sabio y verdadero, vas a tomar en serio lo que Él dice y vas a hacer voluntariamente las cosas que es bueno y justo hacer. No las vas a hacer una sola vez; vas a hacerla una y otra vez, día tras día. Si confías en Dios vas a estar dispuesto a entregarte al trabajo arduo de un buen matrimonio. Un matrimonio de unidad, entendimiento y amor requiere un compromiso diario de trabajo.

Tal vez uno de los principales pecados de un mal matrimonio es el pecado de la pereza. El compromiso al trabajo arduo que hace hermoso a un matrimonio implica:

- Estar dispuesto a perder sueño con tal de concluir una conversación importante.
- Escuchar y considerar cuando tu cónyuge te comunique algún problema.
- Preocuparte por las necesidades legítimas de tu cónyuge y dedicarte gozosamente a satisfacerlas.
- Esforzarte por comunicarte con tu cónyuge de manera paciente y delicada.
- Buscar maneras concretas de apoyar y animar a tu esposo o esposa.
- Ocuparte diariamente del perdón y la reconciliación para poder vivir en paz con tu cónyuge.
- Lidiar con las diferencias maritales de tal manera que comuniqués aprecio y respeto.
- Hacer tiempo para disfrutar juntos la intimidad física y la amistad.
- Buscar maneras de ayudar a tu esposo o esposa a llevar la carga de sus responsabilidades específicas.

- Compartir con tu cónyuge el trabajo diario de darle mantenimiento al ambiente físico que los rodea.
- Nunca cesar de buscar a tu esposa románticamente.
- No dejar que el sol se ponga cuando haya dolor, malos entendidos o enojo.
- Buscar maneras de motivar y desarrollar la comunión espiritual entre ustedes.
- Proponerse diariamente dejar pasar por alto las ofensas menores.
- Evitar meticulosamente tener conflictos por cosas que no tienen importancia.
- Hablar de manera que transmitas gracia a tu cónyuge.
- Motivar y apoyar a tu cónyuge en áreas de interés que tú no compartes.
- Tener la disposición de sacrificarte en lo que sea necesario para mantener tu matrimonio como una prioridad.
- Buscar diariamente maneras verbales y no verbales de comunicar tu amor.
- Combatir las ocupaciones que se interpongan en la atención que debes darle a tu matrimonio.
- Estar dispuesto a sacrificar esparcimiento y actividades personales por causa de tu matrimonio.
- Esforzarte para que tu cónyuge tenga el tiempo libre, descanso y privacidad que necesita.
- Trabajar para edificar relaciones de amor y respeto con tu familia

- No cesar de esforzarte hasta que tu matrimonio sea todo lo que Dios quiso que fuese.

Este es el punto: el verdadero amor por Dios siempre resultará en la disposición a entregarte a actos concretos de amor por tu prójimo. ¿Qué significa esto para tu matrimonio? Significa que para que un matrimonio sea bueno se requiere que los cónyuges estén comprometidos a la labor diaria que ello requiere. ¿Qué es lo que este libro ha estado haciendo? Ha hecho una detallada descripción del trabajo diario de amor que con compromiso y gozo debe hacerse en este mundo caído donde el matrimonio consiste de dos pecadores viviendo juntos. Tu matrimonio no se convertirá mágicamente en una relación de unidad, entendimiento y amor, ni crecerá mágicamente en estas áreas. Tienes que trabajar para lograr estas cosas, Y cuando las obtengas no se conservarán, profundizarán ni fortalecerán mágicamente. Tendrás que trabajar y tener la determinación de asegurarte que el afán y el egoísmo no hagan que se marchiten.

Habrá momentos cuando estés herido, enojado, exhausto o desanimado, cuando estarás tentado a abandonar la buena obra a la que Dios te llamó de edificar y mantener un hermoso matrimonio y no sentirás amor por tu esposo o esposa. Habrá momentos cuando los problemas que enfrenten parecerán demasiado complicados y grandes, cuando parecerá que nada de lo que están haciendo hace ninguna diferencia; cuando querrás alejarte más que acercarte a tu cónyuge y querrás vengarte y causarle el mismo dolor que tú has sentido. Habrá ocasiones cuando querrás hacer las cosas a tu manera, cuando preferirías gritar y vociferar en lugar de escuchar y dar ánimo, cuando te preocupas y trabajas sin ningún resultado. Habrá momentos cuando la venganza lucirá más atractiva que el perdón y ya no tendrás ganas de hacer el esfuerzo que requiere todo buen matrimonio.

Es en estos difíciles momentos cuando si los esposos y esposas escogen ir por el camino del arduo trabajo del amor, los matrimonios débiles e inmaduros comienzan a madurar y a hacerse buenos. Es entonces cuando ustedes deben incorporarse, actuar y luchar por su matrimonio, cuando tienen que decidir que no permitirán que el dolor, el enojo, el cansancio, la pereza o la desilusión destruyan su matrimonio, cuando tienen que tomar en serio su llamado como esposa y esposo y unirse para hacer el esfuerzo de amor que Dios les ha llamado a hacer.

IMPULSADOS HACIA LA GRACIA

Quizás a medida que lees piensas, “esto parece difícil, no sé si tengo lo que se requiere para vivir así.” O te preguntas, ¿cómo puede ser posible hacer lo que este libro me llama a hacer como esposo o esposa en medio de la agitación de mis horarios y responsabilidades?” Pueda ser que hayas pensado, “Estoy cansado solamente tratando de mantener las cosas como están en mi matrimonio, no digamos si trato de mejorarlo.” Es posible que el llamado tan práctico de este libro para amar con sacrificio a tu esposa día a día te haya dejado un poco desesperado y desanimado. O tal vez ya hayas enfrentado el hecho de que simplemente no hay en ti el amor que un buen matrimonio requiere y leer este libro te ha llenado de más abatimiento y desánimo pues aunque te haya servido como un lente para ver mejor tu matrimonio te ha hecho comprender que las cosas están peor de lo que pensabas y sientes que te presenta una medida muy alta y te demanda un trabajo muy arduo.

Puede ser que lo que has leído te ha revelado cuán egoísta es realmente tu corazón y eso te dejó sintiéndote débil e incapaz. Bien, te voy a decir algo que te sorprenderá. Si esta ha sido tu reacción, estás en un buen lugar. Déjame recordarte que este es uno de los regalos incómodos de Dios está procurando darte en tu matrimonio. Él ha diseñado el matrimonio para exponer la necesidad de tu corazón y por medio de ello llevarte al colmo de ti mismo. ¿Por qué hace Dios esto? Lo hace porque sabe que solo cuando abandonas tu propia sabiduría, fortaleza y justicia es que comienzas a emocionarte por su gracia.

¿Cuál es la esperanza de tu matrimonio? Puede parecer extraño a estas alturas del libro leer esto, pero hay que decirlo: la esperanza de tu matrimonio no es el conjunto de todos los principios, consejos y perspectivas presentadas en este libro. No, la esperanza de tu matrimonio puede ser capturada en una gloriosa, poderosa y transformadora palabra – *gracia*. La gracia de Dios te garantiza que en tu conflicto nunca estarás solo, que cuando lo echas a perder todo, puedes encontrar perdón, que hay fortaleza cuando estás débil y sabiduría cuando no sabes qué hacer. La gracia te da esperanza cuando lo que ves es escaso, y te capacita para levantarte y seguir hacia adelante cuando lo que quieres es abandonarlo todo y escapar. La gracia te recuerda una y otra vez que no estás solo.

Como ves, Dios sabe que en esta tierra hay muchas manifestaciones de nuestra debilidad e incapacidad, hay muchas maneras en las que caemos por

debajo de la medida. Por eso El nos ha dado lo único que puede rescatarnos, restaurarnos y movilizarnos. ¡Se ha dado a sí mismo! En Su gracia él invade nuestros matrimonios; viene con un poder que no poseemos, una sabiduría antinatural para nosotros y un amor más allá de lo que hayamos jamás conocido. Él está dispuesto a dejarte ver cuán débil eres para que comiences a buscar lo que solo en Él se puede encontrar. A lo que debes temerle en tu matrimonio no es a tu debilidad porque ser débil es una posición. A lo que debes temerle es a tu falsa pretensión de fortaleza y de que tienes todo bajo control. Cuando piensas que ya tienes todo controlado, y crees que eres fuerte, no buscas los increíbles recursos de la gracia que Dios te ofrece gratuitamente, los cuales te dan lo que necesitas para una matrimonio de unidad, entendimiento y amor.

Así que en tu matrimonio Dios encontrará maneras de llevarte hasta el punto en que dejes de confiar en ti mismo y pongas tu esperanza y tu fortaleza en El. Tus momentos de debilidad no son cuestión de accidente o mala suerte. No, ellos están allí como parte de un propósito divino. Son un medio que Dios usa para brindarte una gracia de maravilloso perdón, capacitación, y motivación. Dios está usando esos momentos para rescatarte de ti mismo y hacerte una persona dedicada a amar con el amor con que has sido amado.

Ricardo y Sabrina estaban exhaustos y desanimados porque no tenían esperanza; nada de lo que hacían ayudaba. Se sentían desamparados y solos sin un lugar hacia dónde ir. Ricardo sabía que no debería estar tan enojado, pero lo estaba. Sabrina sabía que no debería tener amargura ni estar juzgando, pero no sabía como lidiar con su desencanto. Había momentos de paz, pero eran increíblemente escasos y pasajeros. La distancia y la tensión entre ellos parecía crecer cada día. Su casa ya no era un refugio para ninguno de los dos.

Una mañana, Sabrina miró por la ventana de la cocina, vio a su vecino en el patio y por un breve momento se preguntó cómo sería estar casada con él. Tal vez otro hombre la habría amado sin exigirle tanto. Ricardo sentía que estaba a punto de tirar la toalla. No sabía cuánto más iba a poder soportar. Se preguntaba, si se pusieran a trabajar en su matrimonio, ¿por dónde tendrían que empezar? No parecía haber quedado mucho por lo que valiera la pena luchar. Los problemas parecían demasiado grandes, malos y complicados para que se desaparecieran.

Sin embargo, ambos sabían que estaban muy lejos de donde las cosas

debían estar. Sabrina no odiaba a Ricardo; solo sentía que era imposible vivir con él. Ricardo no odiaba a Sabrina; solo que ya no le gustaba tanto.

Cuando se sentaron frente a mí, supe que estaban en una situación difícil, pero buena. Ellos pensaron inicialmente que el matrimonio sería fácil pues parecían tener un afecto natural el uno por el otro, y su cortejo había sido cómodo y sin conflictos. En aquel tiempo se preguntaban por qué otras parejas comentaban que el matrimonio requería mucho trabajo y determinación. Cuando se casaron lo hicieron convencidos de que no iban a tener problemas. Pensaban que entre ellos había algo único y especial que haría que su matrimonio fuese diferente. Como resultado se habituaron a la negligencia. Toleraron el afán y las distracciones. Nunca se esforzaron en desarrollar una buena ética de trabajo matrimonial. En su negligencia y afán dieron lugar a los malos entendidos y dejaron crecer la desunión. Claro que al principio solo eran momentos leves de desacuerdo e irritación, pero estos crecieron en tamaño y frecuencia. Mientras tanto sus vidas se volvían más ajetreadas y se sentían más desanimados.

En lugar de dedicarse a trabajar con ahínco para resolver sus problemas, desarrollaron habilidad para evadirlos. Pero a medida que estos crecían, se les hacía casi imposible enfrentarlos. Su matrimonio había dejado de ser pacífico y agradable. Su casa ya no era un lugar de descanso y protección. Así que se sentaron frente a mí, exhaustos y desanimados. Pero yo sabía que era la fatiga y el desánimo de la gracia. Sabía que Dios no les había dado la espalda sino que estaba con ellos, en ellos y por ellos. Y sabía que Dios había captado su atención de una manera nueva y fresca.

No empecé presentándoles los consejos y principios de este libro. Esto los dejaría más abrumados. Las primeras semanas hice solo una cosa, procuré mostrarles a Jesús. Sabía que al ver y confiar en su presencia, promesas, poder y fidelidad, podrían comenzar a anhelar que su matrimonio fuese lo estaba diseñado a ser y estarían dispuestos a trabajar arduamente para lograr esa meta. Esto los llevaría vivir con la seguridad de que Dios podía darles lo que necesitaban para vivir como El los había llamado a vivir.

Mucho tiempo después, me encontraba con Luella en la recepción de una boda, y para mi sorpresa vi Sabrina y Ricardo caminando hacia nuestra mesa. No los había visto por años. Venían tomados de la mano con una sonrisa en sus rostros. Sabrina me saludó y me dijo, “nos alegramos cuando supimos que estarías aquí, porque queríamos compartirte lo que Dios ha hecho en

nuestro matrimonio. Ya no vivimos con la falsa idea de que nuestro matrimonio será hermoso automáticamente. Ahora sabemos que somos pecadores y que por eso tenemos que trabajar diariamente por nuestro matrimonio. Pero puesto que amamos a Dios y nos amamos el uno al otro más que nunca, no nos importa esforzarnos. ¿Cómo es que tú lo pones Paul? ‘Un buen matrimonio es bueno porque los esposos trabajan para hacerlo bueno.’ Gracias por enseñarnos a estar dispuestos a trabajar y por mostrarnos que Dios nos fortalecerá para hacerlo.”

Es verdad, un matrimonio de unidad, entendimiento y amor no está enraizado en el romance. Está enraizado en la adoración. No será sino hasta que amemos a Dios más que a nosotros mismos, que dejemos de trabajar por nuestro propio diminuto reino y que comencemos a buscar el Suyo, que amaremos a nuestra esposa. Cuando amemos en realidad a nuestro esposo o esposa estaremos dispuestos a hacer el trabajo arduo que esa clase de amor requiere. Y cuando comencemos a esforcemos debidamente por ese amor, nos sentiremos abrumados por nuestra debilidad y necesidad y comenzaremos a celebrar el amor de Dios que está con nosotros en los momentos de más necesidad. Cuando seamos diariamente conscientes de que Dios nos ama, nos emocionará amar a nuestro esposo o esposa de la misma manera. Y cuando él o ella reciban día tras día ese amor, respeto y aprecio diario, tendrán la motivación para amarnos de la misma manera.

¿Quieres esta clase de matrimonio? Si es así, adora a Dios por encima de cualquier cosa. Haz el trabajo arduo del amor al que Él te ha llamado. Y confía que El está contigo con su gracia transformadora en sus manos. Tú puedes tener un matrimonio de unidad, entendimiento y amor. ¡Por su gracia puedes en verdad tenerlo!

”Noël y yo escuchamos la mayor parte de este libro ¡mientras manejábamos el carro! Palabras sabias. Experiencia auténtica. Aplicaciones provocativas. Convirtió un largo viaje en un fructífero seminario matrimonial para dos personas.”

Juan Piper, Pastor de Predicación y Visión en la Iglesia Bautista Bethlehem en Twin Cities, Minnesota.

“Cuando Paul Tripp enseña, predica o escribe, lo hace a través de los lentes del evangelio. En ¿Qué Esperabas?, Paul, fiel y brillantemente deja que el evangelio haga sentir su peso sobre el caos y la belleza del matrimonio. Personalmente yo encuentro este libro útil y en nuestra iglesia, The Village, lo usamos extensamente.”

Matt Chandler, Pastor y Líder de Enseñanza en la Iglesia The Village en Dallas, Texas.

“La razón por la cual ¿Qué Esperabas? es un libro tan poderoso, no se debe a que Paul Tripp sea un experto en el matrimonio con sugerencias y trucos para resolver problemas; se debe a que su enseñanza está saturada del evangelio y de la Palabra de Dios. Este honesto libro te ayudará a verte a ti mismo y a tu cónyuge en una nueva luz a medida que te muestra quién es Jesús y cómo su gracia redentora está conectada a las realidades diarias de tu matrimonio. Los solteros y las parejas comprometidas se beneficiarán de él también.”

Joshua Harris, Pastor Principal de la Iglesia Covenant Life en Gaithersburg, Maryland.

“Paul Tripp entiende, como pocos, de qué manera la gracia es lo único que puede transformar tu matrimonio. Con gran honestidad y claridad, Paul enfatiza el liberador punto de que cuando lo único que puedes ofrecerle a tu cónyuge son tus evidentes debilidades e impotencia, tus innegables faltas y errores, y tus claras incompetencias e incapacidades, la gracia de Dios se manifiesta. Y cuando la gracia reina en una relación, el inventario de errores llega a su fin y somos liberados de la carga esclavizante de tener que cambiarnos el uno al otro. Si vas a leer un libro sobre el matrimonio, lee este.”

Tullian Tchividjian, Pastor Principal en la Iglesia Presbiteriana Coral Ridge en Fort Lauderdale, Florida; Autor

“Profundamente teológico y a la vez prácticamente relevante, este es uno de los mejores libros que he leído sobre el matrimonio. Paul Tripp permite a sus lectores examinar el matrimonio a través de un lente bíblico para que podamos entender cómo Dios puede, por su gracia, sanar nuestros hogares heridos. Como pastor le imploro a nuestra gente que lea este libro tan pronto como esté disponible.”

Cristofer Brauns, autor del libro Unpacking Forgiveness; Pastor de la Iglesia The Red Brick en Stillman Valley, Illinois.

“He llegado a esperar siempre de Paul Tripp un consejo consistentemente profundo, transparente, sabio, práctico e impelido por el evangelio. En lugar de enlodar el agua con estrategias egocéntricas diseñadas para satisfacer nuestras siempre crecientes necesidades, Paul, como el veterano médico del alma que él es, diagnostica correctamente nuestros problemas y nos provee la medicina - una fe sencilla en Jesucristo. Este libro no me decepcionó. A usted tampoco lo decepcionará.”

Elyse M. Ftzpatrick, consejera, conferencista y autora del libro Give Them Grace

“Paul Tripp trae sus muchos años de experiencia en consejería, su crecimiento como esposo y un penetrante descubrimiento del poder liberador de la gracia a este realístico y desafiante libro que es una guía para entender el compromiso de Dios de redimir los matrimonios amenazados por la complacencia, los malos entendidos y el egoísmo. El mensaje bíblico del conmovedor y restablecedor poder de la misericordia de Cristo y de la poderosa presencia de Su Espíritu en nuestras casas se deja oír fuerte y claramente. La naturaleza práctica cotidiana del evangelio es hecha cristalinamente clara en la transparencia de Tripp al hablar de sus errores personales en su lucha por ser un esposo que refleje a Cristo, y en los muchos ejemplos de parejas que han descubierto que son pecadores casados con pecadores. Pero ese tercer miembro divino del matrimonio, del que Tripp habla, trae esperanza y transformación cuando las expectativas irreales se desmoronan y nosotros somos confrontados con nuestro pecado. Pero le advierto, las preguntas del diagnóstico de Tripp son definitivamente incómodas. Aun los que, por la gracia de Dios, tienen un matrimonio sólido, encontrarán que sus profundas tendencias a la auto exaltación son impugnadas.

Dennis Johnson, Profesor de Teología Práctica, Westminster, Seminary, California.